



# PIEDRA LUNAR

(CRONICAS)

*josé a. luján*

1995-2003

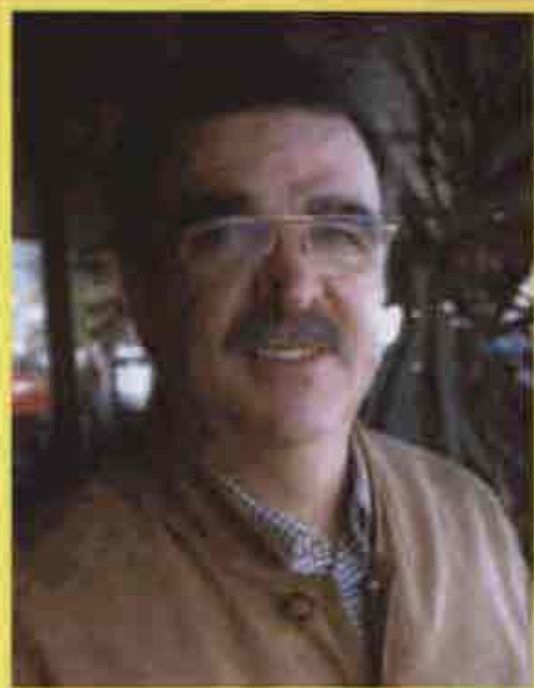


Foto: J. Castro/LP/MLP

**José A. Luján Henríquez**  
(Artenara, Gran Canaria, 1950).  
Licenciado en Filosofía y Letras  
(Universidad de La Laguna).  
Catedrático de Lengua Castellana  
y Literatura de Secundaria (IES  
"Pérez Galdós" - Las Palmas de  
Gran Canaria). Cronista Oficial  
de Artenara. Ha publicado:  
*Aspectos Históricos de Artenara*  
(1994); *La obra poética de José*  
*Cástor Quintana Sánchez* (1998);  
*Apuntes para una neología*  
*literaria. El paisaje de Gran*  
*Canaria en la literatura* (2000).  
Promotor de la "Ruta de  
Unamuno en Gran Canaria",  
coordina el catálogo de textos  
*Unamuno, encuentro con la Isla.*  
(1999). Miembro de la Junta  
Directiva del Colegio de  
Doctores y Licenciados de Las  
Palmas. Miembro fundador y  
secretario de la Junta de Cronistas  
Oficiales de Canarias, creada en  
diciembre de 2001.

# PIEDRA LUNAR

*(Crónicas)*

JOSÉ A. LUJÁN HENRÍQUEZ

PIEDRA  
LUNAR  
*(Crónicas)*

1995 - 2003



© José. A. Luján Henríquez.

© Por esta edición: Caja Rural de Canarias.

Diseño Portada: ETDEINFO.

Juan Socorro / Abenchara Socorro.

Fotografías: *Fototeca La Provincia / Diario de Las Palmas.*

Archivo del autor.

Fotocomposición e impresión: Imprenta Tegrarte, s.l.

Depósito Legal: G. C. 533 - 2003.

*A Macusa*

## ÍNDICE

<i>PRESENTACIÓN</i> .....	13
<i>PRÓLOGO</i> .....	15
<i>INTRODUCCIÓN</i> .....	19
Los caballeros de la cumbre. ....	23
La centenaria panadería de Artenara. ....	26
Los molinos de la aldea. ....	29
La isla de Néstor Alamo. ....	32
Votantes en el armario. ....	35
Los viajes de Daymí. ....	37
Las Arvejas y los Arbejales. ....	40
La obra de Santiago Santana. ....	43
La casa del curato. ....	46
El incendio del archivo. ....	49
La Aldea viva. ....	52
Toponimia isleña. ....	54
La memoria de la Isla. ....	56
En el altozano de Telde. ....	59
Nuestras palabras. ....	61
Don Vicente, el cronista de Teror. ....	63
Escritura de esfinge. ....	66
Almendrero .....	68
El Montañón Negro. ....	70
El convento de Gáldar (1). ....	73
El convento de Gáldar (y 2). ....	75
Heráldica artenarense (1). ....	77
-El escudo de Artenara (2) .....	80
-Las cabras rampantes (y 3) .....	83

Tiempos sin biblioteca.....	85
La Historia del Beta.....	88
Aruacas en la pluma de Juan Zamora.....	91
Pastores.....	94
Juncalillo.....	97
Los pescadores de El Veril.....	100
Monumento al Folclore.....	102
Memorial de Acusa.....	105
Carreteras.....	108
Páginas de Agaete.....	110
Cuadros en la Estación.....	113
Mr. Chirino y su Lady.....	115
La Laguna.....	118
Otras prosas.....	121
Los pinares.....	124
Tinamar.....	127
Los Cárdenes.....	129
Inventario escolar.....	132
Orlando en Agüimes.....	134
Artesanos.....	137
Obelisco.....	140
M. Mainou, el hombre. (1).....	142
- El paisaje. (2).....	145
- La pintura. (y 3).....	148
La Portada.....	151
La historia de Mogán.....	154
Firgas.....	156
Un folclorista isleño.....	159
Teror es una víspera.....	162
El Caidero.....	165
Nesología: Tratado de Islas.....	167
Precipicio.....	169
La Isla y el navegante.....	173
Saramago y el refranero.....	175
Isla trémula.....	178
Ex-Celso.....	180
Hombres y versos.....	183
Horcón Boys.....	185
...En oro viejo.....	188
Horizonte articulado.....	191



Matías Perera. ....	193
La Catedral (S.I.C.B.). ....	196
Abisal. ....	199
Canteras de luz. ....	202
Isla (intacta) de Lobos. ....	205
Sin retórica. ....	207
Neologismo. ....	209
A la sombra del castaño. ....	212
Andrenio ( <i>A Alfonso Armas</i> ). ....	215
Verbenura. ....	218
Islas útero. ....	220
La ilusión y el viento ( <i>para KeKo</i> ). ....	223
Blimunda, mi amor. ....	226
La Isla y las palabras. ....	228
Nieve efímera. ....	231
Pintor de cumbres. ....	233
Espacios de amor y literatura. ....	236
Mares de la Isla. ....	238
Serenata de la memoria. ....	240
La Casa de Los Picos. ....	242
Un caballero de la Isla ( <i>Para Federico Díaz Bertrana</i> ). ....	245
Restauración. ....	250
Conclusiones. ....	252
La canción del marinero. ....	254
Música y horizonte. ....	257
Famara. ....	259
De latitud encendida. ....	261
Alberti en la Isla. ....	264
Alojamiento de otoño. ....	267
Lava viva. ....	269
El síndrome de Stendhal. ....	271
Cuaderno de La Solanita (I). ....	273
Cuaderno de La Solanita (II). ....	276
Cuaderno de La Solanita (III). ....	279
El pintor del silencio. ....	281
Entre la piedra y la luna. ....	283
El tiempo (des)medido. ....	285
Anaga. ....	287
Dos paisajes. ....	289
Gradación del tiempo. ....	292

El mar de Las Calmas. ....	294
Nombre de biblioteca. ....	296
Diccionario de expresiones y refranes. ....	298

### *LAS CUMBRES*

Cumbres e identidad. ....	303
El modelo de Cumbres. ....	308
Las Cumbres de Gran Canaria en el Año Internacional de Las Montañas. ....	313
El Parque Nacional y la Cumbre de Gran Canaria. ....	318
Medianías y Cumbres, una reflexión conjunta. ....	323

### *UNA MIRADA SOBRE EL LIENZO*

Ana Salgado: Batik. ....	329
Manolo González: Las dimensiones del hombre. ....	332
Ana Gracia Álvarez: La dualidad espacial. ....	336
Juan Betancor: Sintaxis de agrimensor. ....	338
Francis Naranjo: La referencia conceptual. ....	341
Ana Gracia Álvarez: El sendero colorista. ....	344
Margot: Sensaciones marinas. ....	347
Juan José Gil: En los dominios <i>Del equilibrio</i> . ....	350
Saro Medina: Paisajes primarios. ....	353
Teo Mesa: Creador de anaformas. ....	356

<i>ÍNDICE ONOMÁSTICO</i> .....	363
--------------------------------	-----

## PRESENTACIÓN

**C**on el patrocinio de diferentes proyectos de investigación en el campo de las ciencias y las humanidades, así como el apoyo a múltiples iniciativas culturales y deportivas que se desarrollan en nuestro entorno, **Caja Rural de Canarias**, además de dar cumplimiento a uno de sus objetivos fundacionales, pretende integrar la apasionante tarea de fomento y gestión económica con su inestimable proyección social.

*En este sentido, nuestra entidad quiere consolidar una línea de colaboración con las instituciones y personas que desarrollan con rigor sus inquietudes tanto en el marco de la creación artística y literaria como en la divulgación histórica y cultural. Ese es el motivo que nos ha llevado a afrontar la publicación del libro Piedra lunar (Crónicas), de José Antonio Luján Henríquez, catedrático de Lengua Castellana y Literatura de Secundaria y Cronista Oficial de Artenara.*

*El libro que el lector tiene entre sus manos recoge las crónicas periodísticas escritas por un inquieto hombre de nuestra cultura y constituyen una mirada sobre múltiples aspectos históricos, literarios, artísticos y paisajísticos que, con un estilo propio y un lenguaje lite-*



*rario depurado, trasciende la inmediatez de la noticia periodística y logra dejar constancia de diversas manifestaciones de la vida cultural isleña.*

*Estas crónicas recogen acontecimientos referidos no sólo al municipio de Artenara, sino que también hacen referencia a otras localidades y paisajes de las islas como Agaete, Tejeda, Valleseco, Vega de San Mateo, Arucas, Firgas, Telde, Teror, Mogán, Aldea de San Nicolás, Agüimes, Gáldar, La Laguna... A la sombra de esta Piedra lunar también se cobija una larga nómina de personajes que son claros referentes de nuestro acervo cultural como Néstor Álamo, Martín Chirino, Alfredo Kraus, Antonio Bethencourt, Manuel Padorno, José Saramago, Miró Mainou o Luis León Barreto... que aparecen intercalados entre las impresiones sobre temas populares relativos a artesanía, folclore, etnografía o romerías festivas que convierten sus páginas en una rica miscelánea sobre la identidad canaria.*

**Lucas de Saá**  
*Presidente del Consejo Rector de  
Caja Rural de Canarias*

## Prólogo

**L**a sólida amistad que me une a José A. Luján y la gratitud que tengo en mí debe para con él, me obligan a aceptar la encomienda de componerle un prólogo a su Piedra lunar (Crónicas). Sin embargo, después de haber leído con morosidad el libro, ese deber se convierte en un honroso halago.

Empezaré por consignar una fortuita coincidencia: mi admirado Jorge Luis Borges, sabio y sagaz prologuista de tantas obras, prefijó unas sintéticas palabras de presentación en una obra intitulada La piedra lunar, una novela, entre policíaca y de aventuras, del escritor inglés Wilkie Collins. Dejo a la pródiga imaginación del lector la valoración del abismo que de seguro se abrirá entre el mencionado prólogo de JLB<sup>1</sup> y el que yo estoy en trance de escribir. Por de pronto, tomaré prestadas del sin par literato argentino las siguientes precisiones: "Que yo sepa, nadie ha formulado hasta ahora una teoría del prólogo. La omisión no debe afligirnos, ya que todos sabemos de qué se trata. El prólogo, en la triste mayoría de los casos, linda con la oratoria de sobremesa o con los panegíricos fúnebres y abunda en hipérboles irresponsables, que la lectura incrédula acepta como convenciones del género". A contrario sensu, este fragmento es rematado por el eximio escritor rioplatense con esta otra consideración: "El prólogo, cuando son propicios los astros, no es una forma subalterna del brindis".

---

<sup>1</sup> Véase Jorge Luis Borges, *Obras completas*, t. IV, Madrid, EMECÉ, pp. 48-49.



*Espero que mis palabras venturas se sitúen al menos entre estos dos polos, lo que no será nada fácil.*

*El libro que el lector tiene entre sus manos ha resultado de la reunión de una serie de artículos, la mayoría de ellos publicados en la prensa de Gran Canaria bajo el rótulo genérico de Piedra lunar (resonancia intertextual de un verso de la emblemática canción de nuestro querido Néstor Álamo Sombra del Nublo: lírica piedra lunar), que José A. Luján ha venido escribiendo en los últimos años, para dar curso libre a sus desazones. Por ellos ha desfilado la efervescencia de los más variados temas, humanísticos siempre: la literatura, la pintura, el ecologismo, la historia, la música, la lingüística... (también al clásico nada de lo humano le era ajeno). Pero por sobre todos, el paisaje y el paisanaje de Artenara, municipio del que José A. Luján es Cronista Oficial, que es título que su portador exhibe con orgullo allá donde va, como si se tratara como se trata de un entorchado del más alto honor. Con un indecible amor a Gran Canaria, a la Isla —con I mayúscula y antonomástica de singularidad, nunca de ombliguismo insular (no conozco a ningún canario ilustrado que adolezca de esto último)—, nuestro autor ha ido trazando a golpe de columna periodística un fresco primoroso sobre los aspectos más variados de nuestra cultura y natura, de nuestro ayer precario y de nuestro mañana incierto, pues el hoy es gazapo huidizo. Pero esta preocupación, si se desea de circunscripción local aunque conozca excepciones, está contrapesada por el espíritu universal que alienta todos los pasos existenciales de Pepe Luján, como corresponde por lo demás al hombre culto que es. Se diría que en estas páginas se entona, aunque con discreción, un animoso ¡Vade retro! al espíritu de campanario.*

*Junto a estas columnas, compactadas con argamasa de piedra selénica de nuestros roquedales y arena rubia de nuestras playas, Luján agrega un apartado que titula Las cumbres. En él, haciendo gala de un registro más genuinamente perio-*



*dístico, a la par que de un matiz reivindicativo, desarrolla con finura de perito toda una teoría socioeconómica sobre el presente y futuro de ese amplio espacio insular. Por último, en una imaginaria galería de crónicas de arte, nuestro cronista escruta con solvencia las obras de un apretado ramillete de artistas, consagrados unos, noveles otros, al calor de exposiciones circunstanciales.*

*Pero no es posible hablar del libro que glosamos sin referirnos al estilo depurado que se muestra en sus páginas. A pesar del corsé impuesto por el subgénero que es la columna, con su tasada cantidad de palabras, el autor le ha cogido de manera tan ajustada la horma a este zapato, que muchos de tales artículos podrían presentarse como modelos en los manuales de periodismo. Así de logrados están. La síntesis, en efecto, comenzando por los ceñidos títulos, es uno de los aciertos relevantes de estas piedras lunares. Sucede aquí lo que acontece en los buenos refranes, que pueden pasar por verdaderos tratados de filosofía o de sociología.*

*Otro mérito no menos sobresaliente es el tono de prosa poética, sin caer en vacuidades de artificio, que en forma sostenida transpira la escritura de Luján. Todos estos ingredientes, y otros que me callo para no incurrir en aquel exceso diti-rámbico que entristecía a Borges, son los que propician la lectura deleitosa de las páginas de este libro. En ellas, el "paseante de la Isla" nos infunde sensaciones de fruición como las que le procuran al lector sensible los libros de viajes. Porque lo que en verdad traza José A. Luján a lo largo y ancho del texto es un itinerario por la médula física, artística e intelectual de la Isla — esa olla de crepitar destemplado donde se sancocha la sustancia de nuestros sueños (una mala metáfora que poco aporta a la ingente colección que atesora el autor)—, aunque el recorrido carezca del requisito prescindible de la secuencialidad.*



*Uno de los caracteres que Borges acató siempre en sus incontables prólogos fue el de la brevedad, aunque en sus lúcidos comentarios sobre el género optara por dejarlo confinado en el tintero de las obviedades. Para no desmentirlo una vez más, debemos ir terminando. Bien mirado, ya hemos hecho, en la grata compañía del Cronista, una larga y nada imaginaria caminata desde los tesos ovejunos de la Cumbre a los ásperos bajíos de Las Canteras. De modo que va siendo hora de tomar nos un vasito de agua agria con azúcar para aplacar las agujetas.*

*Así, pues, con los pies algo aspeados por el tortuoso camino recorrido pero con la frescura mental que reporta la brisa vivificante del atardecer, remataremos estas apresuradas líneas, pórtico prosaico sustentado vigorosamente por columnas de lírico estilo lujaniano. Pero antes definiremos todavía un nombre, pues el de definidor de palabras es el único oficio que podemos desempeñar con mediano desparpajo. Se trata, nada más y nada menos, que de definir la voz Artenara, que se asoma siempre al balcón de la memoria de Pepe Luján como si se tratara de esa primera novia que no logramos exclaustrear del recuerdo. Ahí va, pues, nuestra definición de Artenara: “municipio pequeño y pintoresco de las cumbres grancanarias, salpicado de viviendas trogloditas, con un incommensurable Cronista Oficial”.*

**Gonzalo Ortega Ojeda**  
*Catedrático de Lengua Española de  
la Universidad de La Laguna y  
Miembro de la Academia Canaria de la Lengua.*



## Introducción

**S**e recoge en este libro una amplia selección de los artículos periodísticos publicados en la prensa local de Las Palmas entre 1995 y 2003. Esta colectánea se estructura en tres partes, con textos correspondientes a tres realidades diferentes.

La primera parte incluye algo más de un centenar de columnas que con la cabecera *Piedra lunar* aparecieron en el periódico *La Provincia*, y que por su entidad numérica es lo que justifica la edición y da título al libro.

La segunda, bajo el epígrafe *Las cumbres*, recoge cinco artículos publicados en el mismo periódico, que constituyen una reflexión, preferentemente basada en aspectos paisajísticos, medioambientales y de organización del territorio, sobre este significativo ámbito geográfico de la isla de Gran Canaria.

En la tercera parte, *Una mirada sobre el lienzo*, se ofrece, a la vez que un cambio de registro del discurso, una reflexión sobre la obra de nueve artistas de la Isla que han colgado sus cuadros y su creación pictórica en diferentes salas de exposiciones de la ciudad. Estos textos vieron la luz en la sección Galería Crítica del desaparecido *Diario de Las Palmas*.



La aparente variedad de textos que se recogen en este libro tienen el denominador común de la observación sobre la Isla. *Piedra lunar* obedece al ofrecimiento de una columna, de tema libre y sin periodicidad fija, que me hizo el periódico *La Provincia* a raíz de mi nombramiento como Cronista Oficial de Arténara. No dudé, pues, en dedicarme a la tarea, aún a sabiendas de que mi pequeño pueblo pocas crónicas genera en su devenir cotidiano.

Por ello, cuando finalmente opté por el título, entresacando la expresión de la letra de la más popular canción de Néstor Álamo, creo que, sin estar previamente establecido, llevaba implícito hablar de cosas de la Isla. Recuerdo que cuando le entregué la primera columna a Diego Talavera, entonces director del periódico, en presencia del jefe de sección, Francisco J. Cárdenes, entre bromas y veras, les dije: “Aquí está el título, la lírica llegará más tarde...” Luego, Paco Rivero, con mucho acierto, diseñó el logo de la cabecera.

Y es que *Piedra lunar* es una metáfora de la Isla. Es una isla de palabras. Cuando uno atraviesa los múltiples y diversos senderos isleños, lo primero que se encuentra en cualquier recodo es con una palabra pegada en la corteza de un pino, en la flor de una retama, en los labios de una mujer o en un balcón de Teror o de La Laguna...

Aunque no sé. Tal vez, lo primerísimo, lo más remoto que salta a la vista y al oído y al tacto son las sensaciones. Pero cualquier sensación sin palabras se queda en el vacío. Por eso, *Piedra lunar* lo que hace — y lo que ha significado para su autor, como paseante de la Isla—, es atrapar un sinfín de sensaciones isleñas y darlas a conocer en sus esencias más puras. Y elaborarlas con una prosa restringida al espacio concreto de



una columna periodística. Quinientas palabras. Ni más ni menos. En ese momento hay que pulir la frase, cincelar el adjetivo, desterrar un verbo. Y volver a pesarlas y medirlas, como hace *Mujer con una balanza (1664)*, uno de los óleos de Johannes Vermeer, para que, al igual que sus cuadros, conserven la luz de interior equilibrada en la tela del texto, en la labor de los brocados. Así se crea el estilo. Texto de periódico que siempre soñó con ser literario. Con la edición de este libro, que agradezco a *Caja Rural de Canarias*, aquella columna fugaz logra perdurar en el tiempo.

EL AUTOR



*ARTENARA. José Arencibia Gil. Óleo/lienzo (71x98 cms.)  
Año 1962. Colección particular.*



## **Los caballeros de la cumbre**

**E**n todo tiempo los pueblos han tenido sus juglares que en alegre deambular cantan las peripecias más relevantes de la vida cotidiana. En las culturas precolombinas los amerindios dejan caer sus testimonios después de mirar al sol, y en el medioevo los caballeros se sientan alrededor de la Mesa, cuentan sus aventuras y el rey manda ponerlas por escrito para que sean recordadas por la posteridad; en la cultura prehispánica canaria los aborígenes de prestigio se reúnen en el tagoror, y su palabra, después de servir de ejemplo a la tribu, queda escrita en las estrellas. Más tarde, en los linderos de la modernidad, aparecen en estas islas telúricas las crónicas de la conquista, impregnadas de realidad y de leyenda. Así se configuran, desde la agrafía, los diversos estratos de nuestra cultura, que progresivamente se han ido guardando en los pliegues de la memoria popular.

Nuestra más reciente experiencia personal ha sido comprobar cómo, en la diminuta comunidad artenarense, donde se ha hecho posible rescatar su identidad histórica, muchas gentes se han sorprendido con agrado ante las páginas que narran su pasado y que son el soporte testimonial de un montón de vivencias colectivas. Estos hechos tienen su importancia, independientemente de los vínculos y afinidades románticas a la tierra, y a sabiendas también de que estamos en un punto de transición

*En Ardenara los caballeros se reúnen en torno a las mesas, alrededor de los muros y poyos de piedra y cuentan sus historias, sus vivencias y su respirar.*





de milenios. Porque, más allá de las autopistas de la información y de las sofisticadas redes de intercomunicación, en nuestros pueblos isleños siguen vivas múltiples vivencias humanas que, día a día, configuran su identidad colectiva.

En este suceder del tiempo, en un año de sequías y rogativas, a Artenara le han nombrado un cronista que se ha trazado el objetivo de dejar el testimonio de su época para los siglos venideros. En los pueblos de Isla adentro, donde aún pervive la transmisión oral como único medio de comunicación entre las generaciones, tenemos la necesidad de rescatar las voces de una impresionante cultura de la palabra. Y una función primordial del cronista es dejar el testimonio escrito de su época y de su gente. Lo acaba de decir Vargas Llosa en Alcalá, a la sombra de Cervantes: «Con la escritura, la ficción (historia y palabra confiada a la memoria) pasa al libro, que fija lo que hasta entonces es un mundo perecible de oralidad».

¿Y qué contar de Artenara? Allí, todavía los caballeros se reúnen en torno a las mesas, alrededor de los muros y poyos de piedra y cuentan sus historias, sus vivencias y su respirar. Estos caballeros son ciudadanos de la cumbre, isleños de tierra adentro y de Isla arriba con nombres bíblicos, como Matías, Abraham, Ismael, María, Isabel... Son las gentes de Artenara que ahora tienen un cronista que ha adquirido el compromiso de dejar el testimonio de sus vidas, para que el irrepetible patrimonio de su voz no se quede sólo en las estrellas, sino que se convierta en rumor profundo que oigan, como signo de identidad, las generaciones venideras.

*(mayo, 1995)*



## **La centenaria panadería de Artenara**

**A** fines del siglo XIX, un joven comerciante oriundo de Agaete, José Romero Martín, se estableció en Artenara, inicialmente en el populoso pago de Las Cuevas y más tarde en el casco del pueblo, a la sombra de la nueva iglesia parroquial, que pocos años antes había erguido sus muros en el centro de la Plaza más alta de la isla. Su iniciativa lo llevó a comprar en los alrededores de esa plaza un amplio solar y más tarde, cuando el pueblo se fue definiendo en su trazado urbano, construyó su tienda, su panadería y sus casas, al ritmo que imponía el lento crecimiento de la localidad. Don José Romero participó en la vida política local y llegó a ser alcalde en dos breves etapas, allá por 1906 y en 1930.

A comienzos de siglo cedió una parte de su amplio solar a don Manuel Díaz Quintana, el secretario del ayuntamiento recién llegado al pueblo, quien levantó frente a La Alameda y en su misma vecindad la casa donde habrían de nacer todos los hijos de don José Díaz y de doña María Bertrana. Vivió don José Romero en el trajín de su comercio, de su panadería, de sus bestias de carga y en los avatares de la política local, y un día de 1937 el pueblo lloró su muerte. Una placa de mármol, colocada recientemente en el frontis de lo que fue la primera panadería de la localidad, conmemora el centenario del esta-







blecimiento y deja el testimonio de esta actividad industriosa para la historia íntima del pueblo, con el nombre del iniciador de una estirpe familiar de hondo arraigo en la cumbre.

Toda la mercadería de su padre fue continuada por su hijo Abraham Romero y su esposa Pilar Melián, procreadores de una numerosa familia, que prosiguió día a día construyendo pueblo, encendiendo el horno de leña y repartiendo el pan por todo el término municipal. Abraham Romero heredó de sus laboriosos progenitores una mente clara, la palabra exacta y precisa y los genes de un hombre cabal. Los pueblos se edifican con este tipo de hombres que son ejemplo de tradición, así como del buen sentido de dominio sobre las cosas y espejo de autoridad moral.

Este patriarca local, que acaba de rendir tributo a la muerte, formó parte del Ayuntamiento democrático en 1933 y en los años cincuenta y sesenta fue Juez de Paz Municipal. Con Abraham Romero hablé muchas veces en el Muro de la Esquina y en el sosiego de su casa. Su rica información, sus recuerdos y sus datos los he tenido muy en cuenta a la hora de contrastar y recomponer la historiografía local. La última vez que vi su rostro sereno fue una tarde de la pasada semana, cuando rodeado de su entrañable familia, se despidió para siempre de Artenara, el lugar donde gastó los noventa largos años de su vida. Su voz la he perdido para siempre. Aquí queda mi homenaje al venerable amigo, a mi último tío-abuelo y al clarividente historiador de la palabra.

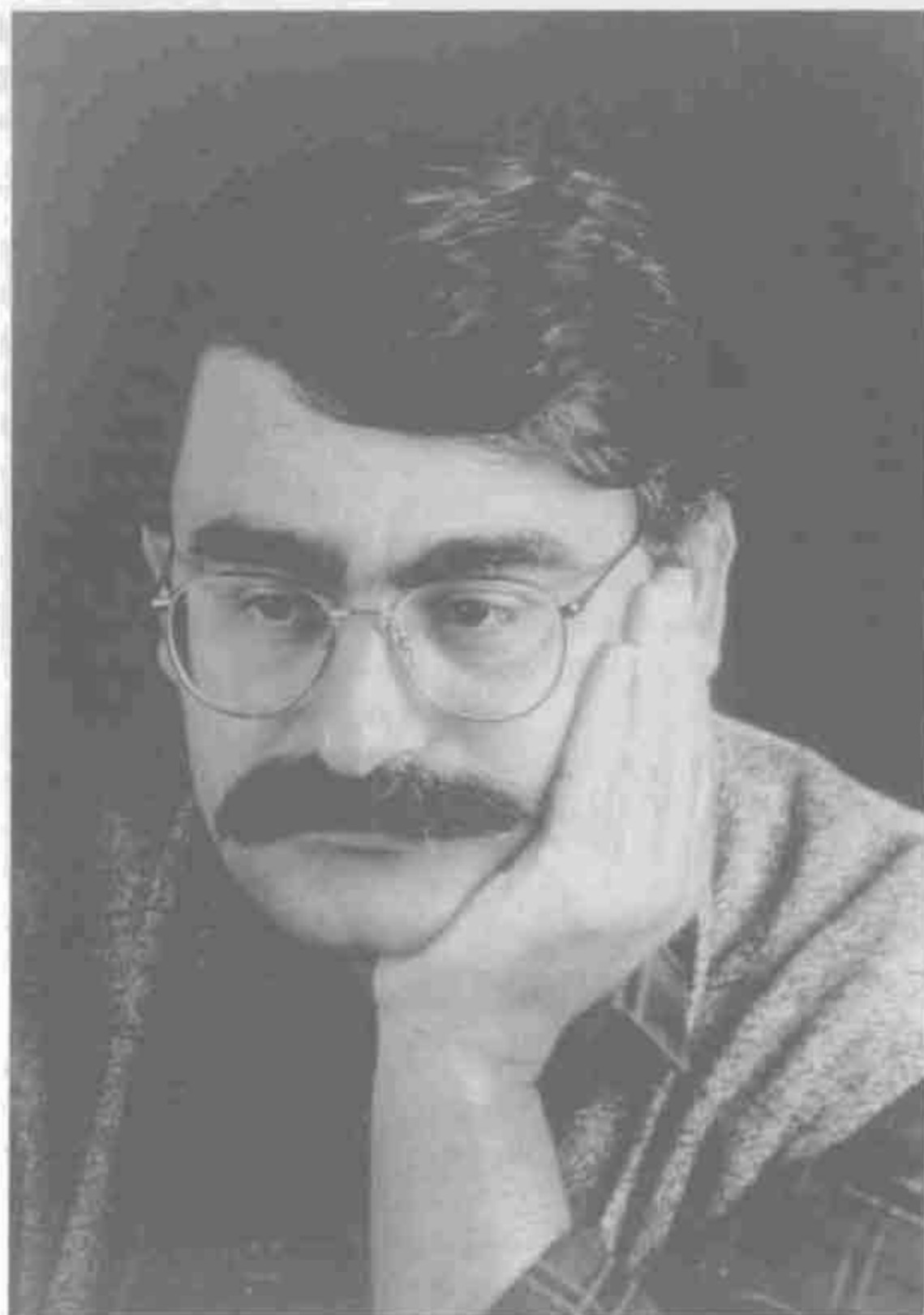
*(junio, 1995)*



## **Los molinos de La Aldea**

**L**a Aldea de San Nicolás, allá en el extremo noroeste de la isla, es, al igual que los pueblos cumbreños, ese lugar que las veces que es visitado a lo largo de la vida por muchos grancanarios caben en los dedos de una mano. Sin embargo, en contraste con ello, siempre ha existido una especial sensibilidad por este municipio, ya que no se oculta el interés por su empuje en la vida isleña, como la construcción de las presas y el consecuente llenado en los años de lluvia, o la producción y experimentación de diversos tipos de cultivo que se realizan en aquel valle. Un pueblo, pues, relevante desde el punto de vista agrícola y económico, con una singular personalidad y simbología en el seno de Gran Canaria.

La Aldea fue receptora a comienzos de los años sesenta de una gran parte de la población de Artenara, especialmente de la zona baja del municipio, Lugarejo y Barranco Hondo, que se vio obligada a emigrar cuando se produjo el éxodo rural y que al terminarse las obras de las presas ubicadas en el barranco de Tamadaba perdieron sus oficios y sus perspectivas económicas. Allí, en Las Tabladas, La Marciega y El Hoyo, se asentaron muchos cumbreños en busca de horizontes, de trabajo y de futuro. Artenara y La Aldea históricamente han tenido una estrecha relación, ya que el nexa con los pueblos del interior se



*Francisco Suárez Moreno, docente, investigador  
y Cronista Oficial de La Aldea de San Nicolás.*



hacía a través de los caminos de Altavista y Acusa. Ya desde la época del motín de 1777, las relaciones aparecen documentadas y a principios de este siglo los comerciantes aldeanos se surtían en vísperas de las fiestas de San Nicolás en los pequeños comercios de la plaza de Artenara a donde iban a proveerse de las novedades en zapatos, sombreros y telas. Un artenarense que echó raíces en La Aldea fue el ex-secretario del ayuntamiento Manuel Díaz, quien se asentó en el valle como administrador y copropietario de la finca Casa Nueva, protagonista en la etapa final de la definitiva adjudicación de las tierras a los campesinos.

Con el paso del tiempo el valle aldeano ha cambiado su fisonomía y sus habitantes han encontrado su futuro en un pueblo próspero y de gran proyección económica. De todo su devenir nos habla el libro *Ingenierías históricas de La Aldea*, de Francisco Suárez Moreno, profesor e investigador, que años atrás ya había realizado un exhaustivo trabajo sobre el popular pleito que dio una fuerte personalidad a aquel lugar y uno de los trabajos sobre conflictividad social más importantes que se han publicado en la Isla.

Su reciente entrega nos habla de todo el andamiaje industrial de su pueblo, la realización de las carreteras, la introducción de las norias, el proceso de construcción de sus presas, la modificación del paisaje agrario, así como de los aeromotores o populares molinos de viento, ya casi desaparecidos, y de los que ahora, tras su grata lectura, ha reverdecido en mi memoria su musiquilla aérea y metálica, el más remoto recuerdo que conservo de la primera visita a aquel fértil valle, a comienzos de los años sesenta.

(junio, 1995)



## La Isla de Néstor Álamo

Desde la distancia de una personalísima biografía de artista, la Isla emerge envuelta en un cálida nostalgia de canciones. El perfil de sus montañas, la voz de sus gentes, el aroma de sus pinos y los rincones de su ciudad despiertan y aúnan los sentimientos de la grancanariedad más sublime. Esa es la espectacular creación de *Querido Néstor*.

Las espontáneas y nobles expresiones populares impregnan la vida de un muchacho canario criado en una villa norteña, cabeza de partido judicial y sede de una burguesía agraria, que desde la alameda abierta en medio del fecundo verdor de los platanales, sueña con ser ciudad. Allí empieza el joven Néstor a sentir la hondura sentimental del suelo que pisa, los caminos de sus gentes y su mar lleno de horizontes. Las naturales e ingenuas vivencias del costumbrismo enriquecen cada día su pupila y conforman su alma, su espíritu y su atmósfera vital. El artista las hace suyas y las devuelve poco a poco a su pueblo, en un trato de involuntaria generosidad, convertidas con el paso del tiempo en historia y leyenda. Historia hecha canción. Historia hecha palabra independiente, mordaz y satírica. Leyenda convertida en parte del espíritu de un pueblo. Desde el fondo de los siglos siempre han existido culturas que impulsan el espíritu del lugar como fórmula de identificación con el espacio



*Néstor Álamo.*



que pisamos, con elementos existenciales que en vaivén de amor y odio constituyen la ondulante complejidad del ser humano en el estrecho vínculo con su tierra.

La biografía de cualquier canario, hombre o mujer, que haya gastado completamente la vida en esta isla, en los bordes de su costa, en la llanura de sus vegas o en las laderas de las cumbres, tiene la singular fuerza humana que impresiona por su más sublime dignidad. Sin embargo, la vida del Néstor, hombre y artista, al año y poco de su muerte se consume en el descubrimiento para las nuevas generaciones de las entrañables esencias de nuestra tierra. Agaete y su mar vigilada por los farallones; Tamadaba y su embrujo que guarda los amores juveniles en el borde de la plenitud, con el viento que irisa los pinos, por donde cruzan cuervos negros de soledad, con la visión de una mar distante que besa las islas; y los precipicios de andenes y faneques y tirmas y guayedras. Maspalomas y la nostalgia pescadora de Arguineguín. Teror y su fiesta, con sus canciones y su madrugada en la noche de la romería más sensualmente canaria, llena de luces y faroles y amores en el cañaveiral. Y la ciudad, transida de caminantes, de personajes del mercado, de Riscos y de cardenales provincianos que pasean al acorde del reloj, a la sombra del campanario y al borde de la plaza real del Guiniguada. Y Tejeda, arriba, en la lejanía cumbreña, emblema de rocas eternamente erguidas que sueñan alturas, surcada por barrancos que no se nublan.

Y el pueblo le devuelve en aplauso la vuelta de su espíritu. La grandeza imperecedera de Néstor, el ciudadano isleño don Néstor Álamo, está en el alma de su isla, convertida en canción.

*(junio, 1995)*





## **Votantes en el armario**

**L**os municipios canarios, formados por esos segmentos de territorio que van de cumbre a costa, ofrecen la característica de tener sus caseríos dispersos y una población laboral que raramente se aglutina en torno a ese espacio administrativo. Muchos habitantes de un pueblo trabajan en otro y en las áreas metropolitanas el diario trasvase de la población entre municipios es una constante. No obstante, el ciudadano tiene conciencia de pertenecer a un pueblo, donde pone de manifiesto unos vínculos afectivos concretos y determinados sentimientos de vecindad. Por ello no es raro que en los listados resultantes de las elecciones locales existan muchos concejales que trabajan y viven en un lugar distinto al que les ha dado la representación política.

Sin embargo, lo que ya resulta infrecuente en la actual etapa democrática es que los votantes se trasladen en bloque de un lugar a otro; es decir, ciudadanos que viven y trabajan en un municipio, votan en otro al que no se encuentran mínimamente ligados. Las últimas elecciones locales han puesto de manifiesto que el padrón municipal de Artenara ha aparecido con un amplio bloque de electores ya no solamente no nacidos en el pueblo, sino que en un lugar donde se conocen todos, nadie los había visto nunca por aquellos contornos. Y a pesar de que cada



cual es libre de censarse donde las leyes le permitan, en este caso concreto se ha producido una histórica práctica electoral que parecía superada. En efecto, según se desprende del propio padrón censal, en una misma vivienda-cueva aparece hasta una veintena de ciudadanos con apellidos diferentes y desconocidos entre sí, como si del Arca de Noé se tratase. Es decir, que los candidatos tenían guardados a los votantes en el armario para sacarlos oportunamente a la luz, convirtiéndose el hecho en una página novedosa que hay que tener en cuenta en la literatura electoral de este fin de siglo.

La historia de Artenara está jalonada de maquinaciones electorales. Así, en 1836 el alcalde Juan Hernández Monzón y el párroco Pedro González ejercen presiones y desmanes sobre los vecinos de Barranco Hondo para lograr la anexión de aquel barrio a Artenara por lo que en las diligencias abiertas al respecto los vecinos manifiestan que «el peor delito que han cometido es el andar solicitando votos en una jurisdicción ajena para salir con la intriga proyectada».

Desde la esfera política local se trata de justificar el hecho planteando motivaciones económicas. Ello puede ser cierto. Pero no es menos cierto que por ese camino se puede entrar en la dinámica de crear un pueblo artificial, con habitantes que no lo son y donde la *autoritas*, en tanto depositaria de la voluntad popular e independientemente de la oportunidad de los pactos, puede verse mermada. Aunque los insospechados remolinos de la política la convierten con frecuencia en incomprensible, hay hechos que históricamente obedecen al concepto de caciquismo. Por ello es necesario mantener claro el equilibrio de las ambiciones personales para que nuestros pueblos no retrocedan a prácticas electorales del siglo pasado y, sobre todo, para que no pierdan el patrimonio de su identidad colectiva.

(julio, 1995)



## Los viajes de Daymí

**D**aymí es una joven estudiante cubana que acaba de llegar a la isla. Esta primera salida de su país se ha convertido simbólicamente en dos grandes viajes, uno hacia adelante que va a quedar marcado en su biografía personal y otro hacia el pasado, en el que siente la humana pretensión de identificar sus raíces físicas y culturales. Estos viajes de nuestro entrañable personaje tienen el histórico trasfondo de la emigración que tan hondamente está arraigada en la cultura y forma de ser del pueblo canario de casi todos los tiempos. Pero también muestran la motivación de un sentimiento vitalista que pretende atemperar el miedo que conforma una parte de su existencia.

Como consecuencia inmediata de su estancia en la isla, en su biografía personal va a quedar inmarchitable una multitud de sensaciones que a nosotros, en nuestra insatisfecha cotidianidad nos pasan desapercibidas. Lo primero que ha descubierto ha sido la luz de nuestra naturaleza y unas flores que acariciaba con su vista y con sus manos delicadas. Luego percibió la sensación de movimiento, de poder desplazarse por toda la superficie de la tierra con la prudencia que marcan sus pasos. Y poco a poco fue acercándose a los sabores de las cosas, a preguntar por la fruta, por los árboles, por los rincones y por la historia de las islas.



“... decidió coger la maleta de la emigración y junto con otros muchachos del pueblo atravesó el camino real de la Cumbre, cruzó el mar y llegó al Caribe”.  
(José Luján Sánchez, Cienfuegos, 14 de abril de 1936).



En el viaje al pasado se fue encontrando en un primer momento con un amplio grupo de personas, amigos y familiares de su generación, a quienes conocía por referencias epistolares. A partir de ahí, fue ahondando en personajes, unos vivos y otros muertos, nacidos y desaparecidos a lo largo del siglo y que en la conversación, alimentada en su memoria, habla de ellos como si estuvieran presentes. Es un periplo donde el pasado y el presente se confunden como en un sueño de personajes literarios. Pepe, Manuel, Encarnación, Rosalía, maestro Ignacio, Cástor y tantos otros nombres que fueron anidando en su mente a través de la conversación con sus progenitores y que era corroborada con las esporádicas cartas de su desconocida familia isleña.

Todo ello tuvo su origen cuando su bisabuelo José, nacido en el último año del siglo pasado en un pueblo cualquiera de la isla, a quien ella conoció en los postreros años de su vida, decidió coger la maleta de la emigración y junto con su vecino Matías y otros muchachos del pueblo atravesó el camino real que va desde Altavista a la Cruz de Tejeda, cruzó el mar y llegó al Caribe. Allí sucedió lo que todos sabemos de nuestros emigrantes. El trabajo, las ilusiones, el amor, la soledad, el vuelco esperanzado de la historia, pero también el destrozo desesperanzado de un pueblo. En el fondo de su vivir siempre siguió existiendo el latido y el deseo de volver a la isla. Al final, nunca pudo ser. Este viaje que ahora se personifica en Daymí se ha convertido en una estampa frecuente en nuestra isla, pero no por cotidiana deja de tener la hondura humana del sorprendente descubrimiento de las cosas.

*(julio, 1995)*



## **Las Arvejas y los Arbejales**

**T**odos los rincones de la Isla tienen un topónimo y la importancia de los mismos está siendo objeto de estudio en departamentos universitarios que pretenden conocer la casuística de la multitud de nombres propios que siembran nuestro territorio. Muchos lugares conservan el bello y sonoro nombre aborigen y otros se denominan con términos de plantas, personas, animales, fenómenos de la naturaleza, accidentes y un sinfín de motivos que hacen que no exista un rincón de nuestra geografía que no esté reconocido.

Las Arvejas es un barrio cumbbrero situado en la antesala del núcleo principal de Artenara. Sus viviendas en cueva aparecen alineadas a lo largo de antiguos caminos: Las Arvejas y Cueva de lo Gatos; en su inmediaciones los caseríos de Las Peñas, Cueva Nueva y la Umbría de Barranco Hondo; por arriba se asoman las estribaciones de los Moriscos, Cuevas del Caballero y Los Candiles, de suma importancia arqueológica. En el barranco de Los Arroyos existe una galería cuya agua limpiísima surte al término municipal y que estuvo a punto de clausurarse por orden gubernativa debido a que con perspicacia el trazado de su proyecto inicial fue desviado para aprovechar la filtración de las piconeras de la cumbre. El barrio ha sido asiento de populares familias que se han multiplicado con





el suceder de las generaciones como los González, los Perera y los Sánchez. Aquí tuvo su cuna Juan Sánchez Pérez, empresario destacado en el ramo harinero y de la alimentación por lo que recientemente fue nombrado Molinero de Honor de España. Allí puede visitarse la casa cueva de Román y Cirila, situada al borde de la carretera, un ejemplo de la antigua y rústica decoración de las viviendas de Artenara. El topónimo Las Arvejas es sin duda de origen botánico ya que en tiempos lejanos sus laderas eran sembradas con este tipo de guisante que habría de servir de alimento para el ganado, aunque también es usado en la nutrición humana. Debido a la falta de fijación ortográfica aparece en viejos documentos alternando su escritura con «b» y «v» y cuya grafía hemos pretendido fijar definitivamente con la denominación de la gramínea.

En el municipio de Teror existe el barrio de Arbejales. Sobre este populoso lugar, rico en aguas y feraces tierras, el Cronista Oficial de su villa, Vicente Hernández Jiménez y el párroco Julio Sánchez Rodríguez han publicado recientemente un libro, con un sentido prólogo de Rosa María Quintana, que recoge su historia, sus costumbres y su acontecer. Allí tuvieron su primer asiento los Yánez, los Díaz del Río y los troncos de notables familias isleñas; fue mayorazgo y su vieja ermita de San Isidro sigue al cuidado de la familia Navarro Quintana. Un amplio templo construido en las primeras décadas de este siglo se levanta en la hondonada y le da personalidad al barrio. No obstante la similitud toponímica de los barrios de Teror y de Artenara, los cronistas de Arbejales han pretendido ser fieles a la grafía que se conserva en la memoria popular. Así es la Isla. Dos caseríos, dos nombres, un libro y una rica confrontación lingüística.

*(agosto, 1995)*





## **La obra de Santiago Santana en Artenara**

**E**l último paseo de Santiago Santana por las cumbres de la Isla fue un atardecer de agosto de 1993 cuando subió hasta Artenara para recibir un homenaje que le ofrecía su ayuntamiento. Caminó por la espléndida avenida de entrada al pueblo donde saludó en sus casas a doña Isabel Henríquez Romero y doña Gloria Ortega Domínguez, ya viudas de dos viejos amigos suyos como habían sido el ex-alcalde don Manuel Luján Sánchez y don Segismundo Bertrana Perera. Siguió caminando lentamente por la plaza y al llegar a la balconada de La Esquina, que da sobre el Barranco Grande, sacó del bolsillo de su chaqueta un rotulador y un trozo de cartulina y dibujó, en espontáneo impulso de artista, temblorosamente, el perfil del Roque García y su piedemonte Morro del Cuervo. Don Santiago fue un enamorado de nuestras cumbres y en Artenara - me confesó- estuvo a punto de adquirir una vivienda-cueva para convertirla en su particular refugio. Aquí ha dejado su huella indeleble en una obra arquitectónica y decorativa singular, como es el Mirador Montaña de La Cilla (en rigor, así es su graffía) y la realización del proyecto y dirección de las obras de la nueva iglesia y plaza de La Candelaria en Acusa, dos importantes obras para la historia del pueblo a las que se unen otras de menor rango como el Mirador del Molino sobre la presa del Parralillo y el acceso al santuario de la Virgen de la Cuevita.



*El pintor Santiago Santana era un hombre comedido,  
observador, pensativo y lleno de intuiciones.*



A lo largo de su etapa como asesor artístico del Cabildo y sobre todo durante la realización de estas obras en los años sesenta, subía casi semanalmente hasta el pueblo. Desde muy temprano, él y otros técnicos, como el recordado Luis Chirino artífice del trazado de muchas carreteras hasta los más inaccesibles caseríos insulares, llegaban al patio de la casa de mis padres y mientras los otros acompañantes llenaban la estancia con sus conversaciones y su voces, Santiago Santana se mostraba como hombre comedido, observador, pensativo, lleno de intuiciones. Por aquella época se llevó a cabo una iniciativa experimental emanada en la Escuela Luján Pérez que consistió en pintar cada casa de Artenara con un color diferente, a imitación de los Riscos que bordean la ciudad, según queda patente en la obra pictórica de Jorge Oramas.

Es notorio constatar cómo los pueblos de la isla están retomando las buenas maneras de recordar a las figuras que han ido creando una identidad y que tras su definitiva desaparición se agigantan para la historia. A Santiago Santana a su debido tiempo se le hizo un reconocimiento público en Artenara, con una conferencia de quien luego fuera Cronista Oficial sobre la evolución urbana del municipio dedicada a su figura y una exaltación de su personalidad con el verbo cálido de Federico Díaz Bertrana, conocedor por testimonio directo de su labor artística en la Isla. Una placa de mármol, colocada a la entrada del Mirador de La Cilla, recuerda su memoria en este pueblo de la cumbre al que amó tanto como a los otros de su isla y donde llenó su pupila de sensaciones, de perfiles y roques que quedan eternizados en la imperecedera obra de un artista de rotunda personalidad.

*(agosto, 1995)*



## La casa del curato

**L**as comunidades agrarias de la Isla fueron creando a lo largo del XVI y XVII sus propias ermitas que por ello se denominaban de vecindario y la propia feligresía dotaba el culto con el propósito de que se les pusiera cura y así consolidar su vida espiritual. Los frailes y capellanes suplían temporalmente los oficios del párroco en la atención a los fieles. Más tarde, esas ermitas pasan a ser ayudas de parroquia hasta su última conversión en parroquias, manteniéndose en algunos lugares el nombre de curato referido a la respectiva jurisdicción eclesiástica. El término tiene reminiscencias antiguas, si bien en la mayor parte de los pueblos ha sido sustituido por el de parroquia, de más prestigio histórico. En las proximidades del núcleo urbano de Tejada está la popular finca El Curato adquirida por el ayuntamiento para convertirla en área de esparcimiento colectivo; también en Artenara la casa parroquial es conocida desde antaño como del curato, y su importancia en esta pequeña comunidad ha sido fundamental a la hora de consolidar la presencia de la institución religiosa en el municipio.

Cuando en 1742 se constituyó la Ayuda de Parroquia, «el capellán debía vivir de día y de noche en las cuevas aledañas», según mandato del obispo Guillén. En 1880, en tiempos del obispo Pozuelo, fue adquirida en el mismo casco del pueblo





una antigua vivienda canaria con techumbre de tejas, que habría de ser la residencia del regente espiritual de la feligresía artenarense. Años más tarde, su ampliación estuvo envuelta en una polémica, por ocupar parte de un camino público, y cuya denuncia llegó incluso a los tribunales por formulación del vecino Juan Vega Sánchez. Allí vivieron los párrocos Pedro Bertrana Masramón, Rafael Hernández, Pedro Arbelo, Miguel Díaz Sánchez, Manuel Rivero, y escribió sus poemas e himnos patronales el recordado José Cástor Quintana Sánchez.

Con el paso de los años, la vieja casona acentuó su ruina; Domingo Báez González decidió su reconstrucción en 1955 llegando a levantar entonces la mejor casa parroquial de la isla. La fachada tiene una entrada principal de cantería roja de Tamadaba; en la planta baja se acondicionó un salón teatral que durante muchos años fue la única sala cultural del municipio, sede del primer cine de la localidad donde se celebraban las populares rifas, comedias, representaciones escénicas y autos de Navidad; la planta superior se convirtió en un auténtico «palacio episcopal» en la cumbre.

El actual párroco, Adán González Pérez, ha mejorado la vivienda y acondicionado el importante archivo de la parroquia. En el presente verano la histórica casa acaba de ser definitivamente rematada con un bello balcón de noble madera con cubierta de tejas que da sobre la plaza, realizado por mandato del citado párroco mediando la generosidad de benefactores de la parroquia de San Matías, así como de la empresa Tearsal y los carpinteros Juan Santana y Juan Granados. Después de tantos avatares, la casa del curato se culmina y orgullosa de guardar parte de la historia local se alza solemne en la cumbre isleña.

*(septiembre, 1995)*



## **El incendio del archivo**

**L**a noche del 11 de octubre de 1895 Artenara vivió un desgraciado acontecimiento ya que un incendio destruyó el archivo municipal, suceso que conmocionó a la opinión pública local y del que ahora se cumplen cien años.

Durante el siglo XIX la sede del Ayuntamiento era una sencilla habitación de la vivienda situada en la plaza del pueblo, junto a la casa del curato, propiedad de la familia Santana Díaz, que por aquel entonces pertenecía a don Juan Vega Sánchez, abuelo del célebre político grancanario Matías Vega Guerra; por su alquiler se pagaban 70 pesetas anuales. La casa fue sede del valijero o peatón de Correos, que se desplazaba primero a Gáldar y luego a Tejeda a traer la correspondencia oficial y las cartas que mandaban los indianos; también fue comercio, fonda y paso de gente forastera, de vendedores y caminantes que llegaban hasta este alejado pueblo a cumplir su oficio.

Aquella noche el pueblo estaba en calma y nadie pudo imaginar que se iba a producir el trágico suceso. El dueño de la casa estaba ausente y su mujer, Jerónima Padilla, con su nieto Carlos González, tras la habitual tertulia nocturna, apagaron las velas y quinqués y se fueron a dormir. El comerciante Matías Romero, que se hospedaba en la fonda, también se acostó



*Un siglo más tarde, al recordar el incendio del archivo municipal, lamentamos la destrucción de viejos documentos que guardaban la memoria de Artenaar.*





tranquilo en el silencio de la noche. De pronto, el inquilino, que había empezado a quedarse embelesado, comienza a percibir cierto olor a humo de tea que creyó ser de su propio cigarro, pero al poco pudo comprobar que estaba ardiendo la casa. Salieron a la calle dando gritos y voces, a cuyas llamadas el pueblo se levantó inmediatamente. Pronto llegaron los vecinos que habitaban en las casas y cuevas de los alrededores, que se congregaron con la intención de apagar las llamas. Sin embargo, los esfuerzos resultaron inútiles ya que el fuego en poco tiempo había convertido los papeles y legajos en cenizas.

Cinco días más tarde, el alcalde Segismundo Bertrana y el secretario Emiliano Quintana inician las diligencias para esclarecer los hechos. De la lectura del expediente se desprende que en aquella época los ánimos y la vida política local estaban bastante enconados; sin embargo, en las testificaciones nadie manifiesta nada en contra de nadie. Algunos declarantes dicen que por un agujero que había en la ventana que daba a la plaza podría haberse cometido intencionadamente tal fechoría. Las sospechas recaen en anteriores dirigentes locales.

Ahora, cien años más tarde, al recordar el suceso, nos lamentamos de la destrucción de viejos documentos que guardaban la memoria de Artenara. Una inscripción en la fachada de la sede del primer ayuntamiento nos dice que aquel fue un edificio emblemático, cuyos muros han sido testigos de una parte importante de la vida cotidiana de la localidad. La historia de nuestro pueblo se puede convertir en buena consejera para que de sucesos en contra de su patrimonio histórico, cultural, artístico y medioambiental ningún artenarense de las generaciones venideras tenga que hacer una amarga conmemoración.

*(octubre, 1995)*



## La Aldea viva

**E**n un ejemplar ejercicio de didáctica de las tradiciones, el pueblo de La Aldea acaba de traernos a nuestro ámbito urbano la mejor síntesis histórica de la vida cotidiana de la Isla. *El Ciclo del Año* es un bello canto etnográfico nacido del corazón e impregnado de las más singulares esencias del sentimiento de la canariedad. La representación es viva, con la frescura y naturalidad de los personajes populares, convertidos por un momento en actores que no pueden disimular que son aldeanos de carne y hueso, de generaciones entremezcladas que respiran el aire denso de su valle y que no tienen el doblez de la farándula artificiosa. Así, sin intermediarios ni retoques en la interpretación, llega a nosotros el sucesivo frescor de las costumbres rurales que constituyeron el tejido del pueblo hasta fechas recientes, muchas de las cuales sólo perduran como recuerdo colectivo en sus propios protagonistas y que, gracias a ellos, van a formar parte de la dimensión estética de quienes han tenido la oportunidad de presenciar el espectáculo.

Los pueblos van aquilatando en el sustrato de los siglos un tesoro de vivencias que a veces el propio suceder del tiempo las convierten en perecederas. Los etnógrafos y antropólogos con aguzada sensibilidad suelen acercarlas a través de soportes diversos. En este fin de siglo, La Aldea ha tenido la suerte de



encontrarse con Lidia Sánchez y José Pedro Suárez, dos profesores enamorados de su pueblo, que han logrado rescatar un patrimonio de costumbres tal vez desde la última oportunidad que les ofrecen los depositarios de la memoria. El acierto y la singularidad de este museo vivo radican en que han recuperado, no desde el legajo, sino desde la propia vida, ese cúmulo de costumbres poniéndolas en movimiento en un primer nivel de estética representativa. Y es en esa simplicidad de la expresión popular donde radica la lírica más sublime del sentimiento isleño.

*El Ciclo del Año* es un anillo redundante que se cierra sobre sí mismo y que nos habla de aspectos de la supervivencia y de las relaciones sociales de nuestros pueblos a principios de siglo; es un friso costumbrista donde el trabajo y la fiesta, lo individual y lo colectivo, el hombre y la mujer configuran la cotidianidad popular.

La Aldea de San Nicolás, quizás por la condición de su propio marco geográfico e histórico, es un lugar que además de un cúmulo de tradiciones folclóricas ha aquilatado valores de una peculiar fuerza humana que ha trascendido el marco del municipio. No se puede olvidar el énfasis secular de la lucha colectiva por la conquista de la tierra y del agua que constituyen hasta bien entrado el presente siglo el epicentro de la vida del pueblo. Y ese recuerdo colectivo, con las referencias a los micropoderes internos, habría que rescatarlo con sutileza y sin resentimiento, para que el *Ciclo del Año* como espectáculo abierto no sólo sea una entusiasta descripción etnográfica y folclorista, sino que enriquezca su colorido con el orgullo crítico que conforma la idiosincrasia del entrañable pueblo aldeano.

(octubre, 1995)



## Toponimia isleña

**E**n el comienzo de su esplendoroso *Canto General* el inmortal Pablo Neruda nos conduce hasta los confines de los tiempos anteriores al descubrimiento, dibujando la atmósfera de unas tierras vírgenes, sin nombre y sin números: «Tierra mía sin nombre/tu aroma me trepó por las raíces/hasta la más delgada/palabra aún no nacida de mi boca». Luego llegan los conquistadores y la aculturación, nacen los luchadores de la libertad y se establece la dialéctica de la historia, en un vaivén constante que llena el continente de caminos, poblados y topónimos.

Nuestros cronistas isleños también escriben de aquella época remota, en que la cultura prehispánica casi se da la mano con el Renacimiento. Viana relata su poema delimitando los nombres viejos de los nuevos, cómo se llamaban las islas y el paso a su actual denominación. Viera cita a Plinio como el primero en poner nombres a esta tierra, aunque con referencias a las memorias del erudito rey Juba. Así, con la luz de los poetas, podemos imaginar al hombre caminando por una geografía nueva, poniendo nombre a las cosas y sembrándola de palabras que van a quedar pegadas a la tierra, a las piedras, a los caminos y a las casas. El hombre señala las cosas con la palabra y es la palabra la que crea el sendero que nos conduce a cualquier



rincón y al más alejado metro cuadrado de la superficie agreste. Con los nombres el paisaje se enriquece, se llena de vida y de memoria, y también de nostalgia. En ese maridaje constante del hombre con el medio que le envuelve se intercambian y entrelazan los nombres. Por eso, el hombre le da su nombre al espacio donde hinca la vida: *Riscos de Juan Fernández* o *Tía Junco=Chajunco*, y el lugar le da su identidad al hombre: *Antonio el de Roque del Pino*. La Isla está salpicada de nombres que nos hablan de accidentes, plantas, fauna, nombres viejos y nuevos, sonoros y profundos. Cada lugar, una palabra. Los censos que se manejan contabilizan en nuestra Isla hasta casi diez nombres por kilómetro cuadrado. Cuánta geografía acuñada y pronunciada con la voz de nuestra gente.

Para aproximarnos al conocimiento científico de la toponimia isleña, el profesor Maximiano Trapero acaba de publicar un libro en el que se recogen, desde la fundamentación lingüística, claras y precisas reflexiones acerca del fenómeno léxico y su estrecho vínculo con los lugares que denomina. Porque, más allá de los censos fríos e inoperantes, estábamos necesitados de un soporte teórico que recondujera las voluntaristas aportaciones que con frecuencia se tratan de consolidar sin explicaciones de rigor. Y ello se logra con este manual, que nos invita a una constante reflexión sobre un corpus léxico que no está muerto, sino que su funcionalidad, como explica el profesor Trapero, está vinculada en gran medida al propio desarrollo de la lengua. Desde la aparente elementalidad de la toponimia, podemos descubrir un camino para ahondar en el mejor conocimiento de los sorprendentes recodos que nos ofrecen las palabras derramadas sobre el paisaje isleño.

(noviembre, 1995)



## La memoria de la Isla

**E**l hombre nunca ha ganado la batalla contra el tiempo y para los habitantes de esta tierra, es la Isla, en su expresión más humana y espiritual, depositaria de soledades y silencios, de hechos y realidades que se esfuman, la que queda como único soporte donde se almacenan los estratos de la memoria. Esa huella escrita que da forma a la memoria isleña la acuñan en un primer nivel de la historia los cronistas de todo tiempo y condición; antaño, desde los rincones de escribanías de madera artesanal y cálamo entintado; ahora, desde el mar vertical y misterioso de la pantalla de ordenador. Todos ellos, en su esfuerzo creativo, atrapan el tiempo convertido en trozo de suceso histórico.

La Isla ha estado surcada por cronistas con altibajos en su devenir. Cronistas urbanos y foráneos, clérigos y militares, burgueses y menos populares, que han retratado los espacios y sus gentes, con detalle o a vista de pájaro; escritores que han bebido nuestra atmósfera o copiado testimonios de antepasados; escribanos de la vida cotidiana y popular o impregnados de grandeza, de heraldos y fastos locales.

Uno de los anhelos de este fin de siglo es que cada municipio tenga su Cronista. Y para iniciar la andadura, aprovechando



*Cronistas Oficiales en la sede de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria, con motivo de la primera Asamblea General de la Junta de Cronistas Oficiales de Canarias celebrada el 15 de febrero de 2003.*

*En la foto, de pie y de izquierda a derecha: Pedro Rodríguez (San Mateo), Pedro González - Sosa (Santa María de Guía), Antonio González (Telde), José A. Luján (Artenara), Julio Marante (Breña Baja), Manuel Perdomo (Firgas), Wifredo Ramos (El Paso), Nicolás Sánchez (Valleseco) y Juan Carlos Díaz (Fuencaliente); centro: Serafina Suárez (Tejeda), María Victoria Hernández (Los Llanos de Aridane) y Pablo J. Vélez (Aruca); sentados: Martín Moreno (Gáldar y de Gran Canaria); Vicente Hernández (Teror) y Luis Sánchez Brito (Tazacorte).*



que Arucas vivía el florilegio centenario de ser Ciudad, se propició en la última primavera un encuentro que resultó cálido y lleno de propósitos.

Allí estaban Vicente Hernández, arraigado en su Teror, con la alegría reciente de su libro sobre Arbejales; González Sosa y su pasión por el imaginero de pasos fervorosos; Antonio González, ilusionado en sus investigaciones en el entorno de la Vega de Telde; Martín Moreno aventando los recuerdos de la Isla, entreverados con los de su Agáldar emblemática; Luis García de Vegueta, que siente la retardanza de una nueva recopilación de sus crónicas de la ciudad; Pedro Vega, que procura hilvanar sus recuerdos en sus crónicas satauteñas; Pablo J. Vélez, con el regocijo de ver a su Arucas esplendorosa cumpliendo años, y este firmante de Artenara, tratando de darle fuerza a la humildad de su pueblo, que sueña entre la piedra y la luna. Entonces no estuvieron Vicente Sánchez, a quien he saludado en su Fortaleza de los Tirajanas, ni don Jacinto Suárez, el de Valsequillo, con quien hasta hoy no he tenido el honor de cruzar la mano y la mirada.

El encuentro, con la incorporación de Orlando Hernández, Cronista de la episcopal Agüimes, ha vuelto a repetirse en Telde, a la sombra del aniversario de León y Castillo. Se instituirá el Día de los Cronistas, se celebrarán tertulias para expresar nuestros sentires, se hablará de la Isla y de los pueblos. Por ello, las Corporaciones locales deben plantearse el lograr un compromiso con la persona idónea que conozca sus archivos, que sus adornos sean la autoridad intelectual y moral y el mucho amor a sus lares, para que la memoria popular se rescate y permanezca para las futuras generaciones. La Isla y los pueblos necesitan a sus cronistas para que con la lanza de la escritura podamos ganarle la batalla al tiempo.

*(diciembre, 1995)*





## **En el altozano de Telde**

**L**a algarabía urbanística de la vega de Telde en su primera andadura se fue polarizando en torno a la trilogía de San Juan, San Francisco y San Gregorio, constituyéndose, acaso con voluntad diferenciadora, en una jerarquía en el tiempo y en el espacio social de una ciudad que se ha enriquecido humanamente en el devenir de la vida isleña. El poblado se alonga tímidamente hacia las medianías y crece con empuje en apiñada y desbordante modernidad abajo junto al mar, por donde entró una parte de la escritura de su historia.

La completa disección de Telde municipio y ciudad, en este fin de siglo es una ambición no sólo para el historiador y el sociólogo, sino para el etnógrafo, el economista y el antropólogo. Sin embargo, el paseante de la isla reservará sus sueños al ámbito de San Francisco, en el Altozano de la vega. Allí, al compás de una suave danza de dos esbeltas, por centenarias, palmeras se acomodan las dimensiones del tiempo. El lugar es un paréntesis de muchas sugerencias relacionadas con el hombre del país. Tara y Cendro, más allá del Barranco Real, junto con los volcanes y los centros alfareros de la Isla en el horizonte del poniente, ofrecen la perspectiva de una prehispanidad que hunde sus raíces en la virginidad de esta tierra.



San Francisco, los callaos de sus calles, el silencio de su historia. Aquí el tiempo se ha convertido en un trozo de muro blanco, jalonado de piedra, donde la memoria forma una miscelánea de cruces, cantos monótonos y clases de romanística en el frescor de su convento; y las páginas miniadas por los frailes de antaño y los diezmos y primicias y limosnas conventuales junto a las clases de gramática. Y acaso el joven Marín y Cubas aprehendiendo los saberes de las tablas de la ley de la primera isleñidad. No es una memoria de la nostalgia ni es la nostalgia de la época ida. Es la sorpresa de cómo el tiempo es capaz de solidificarse en un fósil para poder tocarlo con la admiración de los sentidos.

El tiempo se enseñorea en este paréntesis de blancura y de piedra. Se ha vuelto objeto gelatinoso, sólido, palpable, que resbala por las manos y por los callaos brillosos de sus calles y hace cómplice inmediato al paseante que tiende a limitar la dimensión de su pisada para que la retina perciba con detalle el oleaje de cal, de piedra y de sombras detenido en medio del fragor que le rodea. No es el tiempo de la nostalgia, ni del pesimismo, ni de la remembranza, ni de la ceniza. Aquí queda, está presente en este reducto urbano, vegueta del sur artesana y rural, para ahora y para después, el tiempo del hombre en su reflexión más personal.

(Imprímase con esta diligencia para Antonio María González, Cronista Oficial de Telde y vecino egregio de San Francisco, desde el recuerdo de José Arencibia Gil, pintor apostólico de la iglesia de Artenara y urbanista rehabilitador de este sosiego arquitectónico crecido junto a Santa María la Antigua).

*(diciembre, 1995)*



## **Nuestras palabras**

**E**l choque de los conquistadores con el pueblo aborígen isleño, allá en los linderos de los siglos XV y XVI, se saldó con un duro proceso de aculturación que convirtió sus costumbres y formas de vida en reliquia arqueológica. Con el paso de los siglos, aquella cultura prehispánica se ha enseñoreado como rico referente de nuestra perspectiva histórica. Los nuevos pobladores trajeron sus caballos, sus ideas y sus pasiones; también la lengua y las palabras, que vinieron rodando sobre el mar, se impregnaron del salitre de las olas y de los vientos azules del océano y al tropezar con estos viejos volcanes se llenaron de cadencias isleñas; venían precedidas de una vieja tradición romanística y mediterránea reconvertida en andalucismos y que, agrandadas con las aportaciones de expresiones portuguesas y de americanismos que llegaban del Nuevo Continente, se acomodaron a la superficie y a los caminos de esta tierra.

Con los siglos, esa lengua se ha ido acuñando en la mente de todos nosotros y se ha convertido en cada situación, mediante el milagro de la palabra, en nuestra más preciada identidad. Viejas y nuevas palabras que cada día salen al aire abierto de las islas y lo llenan de emoción o de esperanza, de cantos alegres o de largas tristezas. Palabras peculiares acuñadas en el



campo y en la ciudad, en la cumbre y en la costa, en la rugosa piel de esta isla o en la unamuniana planicie majorera. En ellas están las aspiraciones y el seseo, los guanchismos revividos y los topónimos sonoros, el léxico de los jóvenes y el de los viejos, los textos de los escribanos y la sopesada recreación de los poetas.

La palabra es la vida, es un milagro y un misterio. Nuestra gente quiere sus palabras, las cuida con mimo especial y las modula sin altibajos. Los maestros y las maestras de las escuelas rurales y el profesorado de los institutos esparcidos por toda la geografía se esfuerzan en transmitir cada día a los niños y a las niñas de esta tierra su mejor reflexión sobre las palabras heredadas; las universidades canarias han creado una larga tradición de estudiosos sobre la variedad de estas hablas en el crisol de las islas. Cuántos esfuerzos de investigadores y de maestros, cuánto amor por nuestras palabras.

Y ahora, en este fin de milenio, cuando todo este acervo del patrimonio colectivo se pretendía respaldar y reconocer con la más alta institución emblemática de la defensa del idioma, surge la mordaza, el desvío y la incompreensión de lo que sólo quiere ser una reflexión voluntariosa sobre nuestra lengua en estas medianías atlánticas. A pesar de ello, queda la firme esperanza de que aquí en esta tierra se seguirán amando nuestros sonidos y nuestras palabras, porque mientras las islas tengan mar y viento, y la sangre corra por las venas de sus habitantes, las palabras no van a quedar desamparadas a la aculturación igualitaria y continuarán dándole forma al cotidiano espíritu vivificador del isleño. Con la palabra canaria, palabra creadora de nuestro universo.

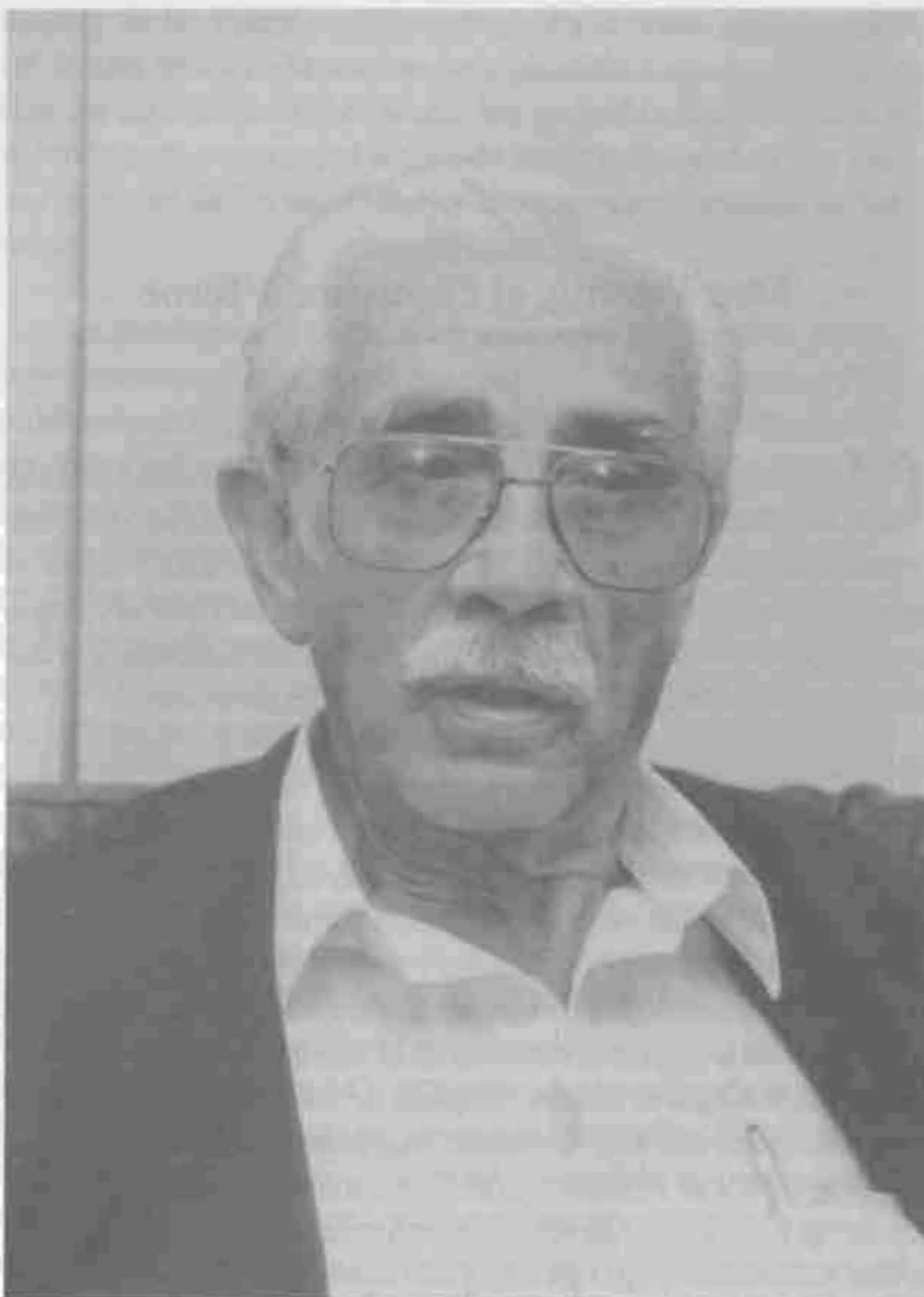
*(diciembre, 1995)*



## **Don Vicente, el cronista de Teror**

**C**asi todos los pueblos suelen estar adornados con paisanos singulares que le dan una fuerte personalidad. Muchas veces uno ve al personaje y al mismo tiempo está viendo el pueblo, porque entre ambos se ha ido atesorando con el tiempo una íntima simbiosis, un afecto mutuo y entrañado, que sin dudar llega a convertirse en complicidad de amantes.

Una tarde de septiembre, discurrían nuestros pasos por el casco de Teror. Nos acompañaban dos enamorados de estos perfiles isleños como son Enma Calatayud, la feliz traductora de Margueritte Yourcenar y de Albert Camus y el rotundo profesor Vicente Tusón, que de salto en salto viene a la Isla a contarnos con palabra fervorosa su lectura diseccionadora y los entresijos de los poemas clásicos de la literatura castellana. Allí, en aquel sosiego de Teror, después de haber pisado el otrora palacio episcopal, hoy esplendoroso lugar de encuentro y de cultura, de haber redescubierto las tiendas con mostrador donde cuelgan infinidad de cachivaches entremezclados con morcillas y chorizos y que ya son prehistoria del moderno 'super' con escanner, y de respirar el olor del pino y de la araucaria que se yerguen en toda su plenitud, nos encontramos, en medio de la plaza, con don Vicente, el cronista de Teror. El personaje sorprendió a mis amigos por su singularidad. Pulcramente ves-



*Vicente Hernández Jiménez, Cronista Oficial  
e Hijo Predilecto de la Villa de Teror.*



tido con atuendo veraniego, cubría su cabeza con un sombrero claro, como el que solían traer nuestros emigrantes cuando regresaban del Caribe; el saludo, respetuoso y lleno de exquisitez, fue seguido de una palabra clara, precisa y de tono entrecortado que luego se convirtió casi en discurso sobre los orígenes del viejo Aterure y el proceso que siguió la construcción del templo fundacional de la villa mariana, allá en la lejanía del siglo XV; también nos habló con entusiasmo del Castañar de Osorio y del Hotel Royal, lugar donde durmió don Miguel de Unamuno la noche de San Pedro del año 1910, después de su excursión por las cumbres más altas de la Isla.

Ahora, a don Vicente Hernández Jiménez, el ilustre Cronista, Teror lo acaba de hacer más suyo, se lo acaba de apropiar definitivamente en sus amores, al otorgarle el nombramiento de Hijo Predilecto de la Villa. Los méritos los ha ido esculpiendo desde hace muchos años de manera espontánea y voluntaria a través de sus múltiples investigaciones, de sus artículos y columnas de prensa, de pregones festivos, de sus conferencias y de sus libros. Ahí quedan para la memoria colectiva de su pueblo los textos *La Villa de Teror; Apuntes Terorenses; Teror: historias, semblanzas, apuntes; El centro de Iniciativas y Turismo de Gran Canaria; Las aguas del barranco de Tenoya* y, el más reciente, *Arbejales*, en colaboración con el vicario episcopal Julio Sánchez. Detrás de todo ello hay muchas horas de estudio, de trabajo en archivos y de paciencia franciscana que sólo se pueden comprender cuando el amor por los temas de la villa natal se prolongan en un servicio espiritual a la historia más entrañable de la Isla.

(enero, 1996)



## Escritura de esfinge

**D**e los múltiples perfiles que se han ofrecido en las últimas fechas del *rey republicano* de la Galia (Miterrrand fue conocido como el *rey republicano*, *la esfinge* y *el faraón*), en los que han quedado al desnudo las luces y las sombras, las contradicciones y las firmezas del hombre público continental sometido a los desgarros de la historia, subrayo la confesión del *faraón* al director del semanario *Le Nouvel Observateur*, a quien le cuchichea su emoción por haber reencontrado la escritura: «La única alegría en estos días difíciles. No sé hablar a un dictáfono o dictar a una secretaria. No sé escribir a máquina. Si no noto la resistencia del papel frente a la pluma, me siento incapacitado, y mi pensamiento se paraliza. Tengo que ver cada frase surgir de mi esfuerzo. He escrito sin demasiada dificultad. No estoy descontento con lo que he hecho, entre otras cosas, sobre mi juventud».

En la atalaya de su vida y de su enfermedad, que le corroe paralelamente desde el mismo momento que alcanza el Poder, se produce la más fulgurante metáfora de la efímera lucha del Hombre con el Tiempo. El río continúa llevándole la vida y por los caminos de cada ribera se hacen mutuos guiños, en complicidad insospechada, la gloria mayestática y la carcoma oculta. El hombre, el poder y el tiempo afrontan el más patético com-





bate. En medio de toda esa angustia, *la esfinge* recurre a la escritura, en su refugio de constructor solipsista, y entre tanta soledad reaparece la alegre satisfacción del recreador de la memoria. Es la búsqueda existencial del mismo rayo que ilumina a los artistas callejeros, a los pintores que adornan las escalinatas de Montmartre y las riberas del Sena y a los escritores que habitan las buhardillas del Barrio Latino. El *faraón* también ve que la vida se le escapa roída momento a momento, pero sabe que la frase permanece y le va a sobrevivir. Aunque cueste esfuerzo. Una tremenda paráfrasis para la reflexión. Es el barroco más puro, al margen de otras ideologías contradictorias que acompañan al *monarca republicano*.

Recordaba meses atrás Antolín Dávila, mi vecino de encuentros fragmentarios y autor que pulsa su imaginario con una creación muy personal, que nunca el lector llega a participar del acto de la escritura porque ésta se resuelve en una atmósfera individual. Es un retrato del escritor de toda condición, con pluma o con ordenador, con poder de estadista o siendo cronista de pueblo aislado. Pero si a ello se añade la lucha del hombre y del tiempo, la escritura se recubre de soledad, aunque tenga la trascendencia del barroco.

Por eso, ahora, cuando al calor del impacto funerario muchos pueblecitos galos se aprestan a erigir monumentos a la histórica *esfinge*, es de suponer que proliferen los que ofrecen la barbilla erguida y la mirada perdida entre los árboles del parque y quede sin recuerdo la figura humana que descubre la alegría mientras el papel se resiste a la pluma. Al fin y al cabo, el bronce no deja de ser la más erguida soledad en la plaza de un pueblo.

(enero, 1996)



## Almendreros

**E**n los años de lluvia generosa la cumbre de la Isla se convierte en un espectáculo fecundo. Primero son las cascadas de agua transparente que bajan por los pinares; luego la luz del sol que rebrilla en las lajas chorreantes de La Sándara, Pajonales y Timagada. El Teide nevado, una brisa suave y una atmósfera azul provocan la exaltación de las sensaciones. En los años lluviosos los almendreros ofrecen su más radiante estallido vegetal y sus flores delicadas contrastan con una geología áspera y agreste.

La gente de esta cumbre siempre ha usado el término almendrero; lo de 'almendro' es una sofisticación reciente nacida con los programas de fiesta. El almendrero está vinculado al quehacer cumbreño desde mediados del XIX cuando se convirtió en complemento de la economía de subsistencia. En su entorno se ha creado una cultura de la almendra, con sus expresiones peculiares: varear, descascarar, partir, mondar, tralla, aceite de almendra amarga, mollares, bienmesabe, mazapán. En los inicios de todo ello tuvo algo que ver Segismundo Bertrana, un catalán que llegó a Artenara allá por 1880 y en el cortijo del Colmenar preservó los almendreros de los ganados que todo lo devoran; más tarde trajo una máquina partidora que un día se cobró las travesuras infantiles de su nieto Paco Gue-



rra, el hijo de doña Corina Bertrana, a quien le arrancó dos falanges de los dedos de una mano. En Tejeda, a principios de este siglo, Diego Cruz Ojeda invirtió la plata ahorrada en Cuba en la compra de laderas llenas de almendreros y estableció una partidora para industrializar la producción. Uno de mis recuerdos lejanos es haber saltado en montículos de almendras que llenaban la casa de piedra y teja que se alza en la montaña de Los Lavaderos; los medianeros acarreaban hasta aquellas habitaciones las almendras que recogían mientras cuidaban el ganado en las vueltas de Las Desmontadillas. Por otra parte, doña Juana García, la memorable alcaldesa, partía y mondaba las almendras en medio de la Alameda, al conjuro de una chiquillería ávida de comerse las pipas; y arriba, junto a La Cueva, Juanita Carrillo montaba la tralla, y, mientras unos retorcían el saco y otros freían las pipas, se iniciaba un baile que duraba hasta la madrugada. De allí salía aceite de almendra amarga, un remedio casero para espantar las enfermedades. Ahora, la cumbre está llena de almendreros florecidos y de recuerdos remotos.

En todo este contexto de la lluvia y de las flores en el barranco, un urbanícola ilustrado me preguntaba días atrás por los impedimentos para la creación del parque nacional del Nublo. No pude sino responder que si el tema se hubiese planteado hace treinta años, con rotundidad se habrían opuesto los representantes de la 'almendrocracia' cumbreña; sin embargo, en los tiempos que corren, los burócratas del Internet no han sido capaces de informar dignamente a los pocos habitantes que quedan en estas comarcas encumbradas. Mientras tanto, el próximo verano ni siquiera se recogerán las almendras, que iniciarán su definitivo crecimiento cuando el viento se lleve las flores brotadas en este enero lluvioso.

*(febrero, 1996)*



## **El Montañón Negro**

**L**os viejos volcanes han dejado la superficie de las islas salpicada de esbeltas piconeras y de redondas calderas que nos hablan de las convulsiones y de los miedos geológicos que vivió esta tierra en sus orígenes. Los mantos de picón enmascaran misteriosamente parte de nuestro paisaje que se enriquece con peculiares matices de color.

En la intemperie más abierta de la Isla está la Caldera de los Pinos de Gáldar que dejó su ceniza apiconada sobre Juncalillo, Galeote y los altos de Fontanales. Más allá, en el camino de Valleseco y Cueva Corcho, entre la Cañada Vieja y La Retamilla, donde Vicente Rivero gastó su vida desafiando el frío y la soledad, se alza el perfil geológico del Montañón Negro. Por su base lo bordean los castañeros que ahora lucen su desnudez invernal; las retamas amarillas, las flores de mayo, las cañalejas y los tomillos hacen presente su gracia vegetal en el suceder de las estaciones; los pinares jóvenes le ponen una corona en la vertiente de la Montaña del Capitán, por el camino de la Cruz de Tejeda y Los Moriscos. Sin embargo, la vieja caldera, rota en su pared norte, es pura ceniza de volcán. Las nubes del otoño, la escarcha de febrero y el duro sol de agosto son sus acompañantes más naturales.



*Don Diego Cambreleng Mesa nos desveló que Grau Bassas  
(primer conservador de El Museo Canario)  
estuvo refugiado en el Montañón Negro.*



Una tarde de verano, al final de una jornada de caza, nos encontramos en este lugar con la personalidad mayestática de don Diego Cambreleng Mesa, quien nos contó cómo era el Montañón hace sesenta años. También nos descubrió el paseo de don Víctor. ¿Don Víctor? Sí, don Víctor Grau Bassas, el primer conservador de El Museo Canario, estuvo refugiado aquí, en este lugar solitario, antes de emprender su huida a tierras americanas, cuando, sin sospecharlo, se encontró envuelto en un asunto oscuro relacionado con la sanidad portuaria, allá a comienzos del presente siglo.

En los hervideros de las roquedas del Montañón se ocultan los conejos, y algunas tórtolas aparecen por su cielo transparente para gozo de los cazadores. Allí hemos pasado gratos momentos cinegéticos en compañía de buenos amigos, capitaneados unas veces por Manuel Villar, otras, por Domingo Sánchez o Manolo Luján y, las más, por Juan Luis Lorenzo. A lo largo de mis andares, he conocido a muchos cazadores amantes del camino y de la tertulia. El irrepetible Segismundo el de Artenara, o Santiago Aranda y Ervigio Díaz Bertrana, que nos dejaron bellas columnas periodísticas llenas de imaginación y de realidad, contando avatares de las cacerías por los campos de la Isla.

La pasada semana, el caballeroso amigo y fino amante de la naturaleza, Juan Luis Lorenzo, caracterizado por su paso firme y esmerada prudencia, emprendió el camino que lleva a las estrellas, y a sus amigos del Montañón y a todos los que seguían su asesoramiento en la escribanía, en medio de la ciudad antigua, nos deja la lección del señorío y la estela de los viejos cazadores en su más alto grado.

*(febrero, 1996)*



## La influencia del convento de Gáldar en Artenara (1)

**L**a ciudad de Gáldar conmemoró a mediados del último diciembre el 475 aniversario de la fundación del Convento franciscano de San Antonio en un solemne acto académico e institucional presidido por el ministro de Educación y Ciencia, Excmo. Sr. Don Jerónimo Saavedra y que contó con representaciones políticas y culturales de varios municipios de la comarca del noroeste. La lección histórica estuvo a cargo del profesor Juan S. López García, que trazó la trayectoria de la evolución del priorato en su devenir. Como quiera que el Convento está estrechamente vinculado a la historia de Artenara, fundamentalmente en la etapa del Antiguo Régimen, quisiera hacer algunas aportaciones específicas en esta coyuntura de la efemérides a la vez que se divulga la importante función desempeñada por dicha institución religiosa.

La evangelización de los núcleos de población de la comarca norteña corrió a cargo del Beneficio Parroquial de Santiago que pronto delegó en instituciones religiosas algunas de sus tareas pastorales. Así, el convento de padres predicadores, fundado en 1520, tuvo a su cargo la atención del culto de los lugares más alejados. El convento en sí tenía una importante misión de formación ya que en su sede se impartían clases de



gramática, latín y teología; de hecho, los símbolos del santo, el libro y la azucena, representan la pureza y el estudio. Pero, además, en su tarea pastoral los padres predicadores o frailes se desplazaban hasta la comarca cumbreira donde celebran los cultos y asisten a los moribundos. De todo ello existen documentos antiquísimos, como el testamento de Jerónimo González fechado en Artenara en 1589 que recoge expresamente el mandato de ser sepultado en el monasterio del convento de San Antonio de la Villa de Gáldar y que perpetuamente se le dijera una misa cantada el día de la Concepción en su octavario y por decirla se pague cada año al guardián del Convento o a su síndico doce reales por la limosna.

Posteriormente, en 1629, se construye la primera ermita de Artenara por iniciativa de los vecinos aunque dependiente del Beneficio de Santiago de Gáldar, cuyo párroco desde los primeros momentos cede la atención del culto a los frailes del convento franciscano. Entre el período fundacional de la iglesia de Artenara hasta fines del siglo XVIII en que se empieza a determinar la independendencia parroquial se pueden considerar dos períodos: a) Primera etapa conventual, que abarca un siglo (1629 - 1730), y b) Segunda etapa conventual y Ayuda de Parroquia (1730 - 1782). Ya desde fines del XVII existe un primer intento de convertir la ermita en Parroquia y el obispo da instrucciones al capellán del convento, fray José Morales, para que resida en la localidad y que sólo en caso de necesidad pueda administrar los sacramentos sin perjuicio del Beneficio de Gáldar. No obstante, la consecución de la parroquia de San Matías de Artenara se logra a partir de un proceso que se inicia en 1782 y no se consolida sino en el primer tercio del siglo XIX.

(febrero, 1996)





## **La influencia del convento de Gáldar en Artenara (y 2)**

**L**a acción pastoral del Convento franciscano se concretó en torno a la iglesia de Artenara y la ermita de Candelaria en Acusa. A partir de 1730 el culto se consolida en la ermita de San Matías con la presencia de Fray Bartolomé Montesdeoca quien en septiembre de 1734 hizo la colocación de Su Majestad, puso la pila bautismal e hizo la Capilla Mayor con mucho fervor de estos vecindarios; en este sentido, es muy expresiva la petición del alcalde de Artenara, Bartolomé Díaz del Río, cuando solicita la erección del curato, hecho que se produce en 1742 por mandato del obispo Guillén, quien crea la Ayuda de Parroquia y establece la apertura de los libros sacramentales.

Los frailes del convento de San Antonio se convierten en referencia obligada no sólo de los orígenes parroquiales de Artenara, sino de la influencia en la mentalidad de sus primeros habitantes. Son los frailes del convento los que asisten a los actos de últimas voluntades y a la redacción de los testamentos de los moribundos; es en el convento donde están enterrados los artenarenses de los siglos XVI, XVII y XVIII y son esos padres predicadores los que recorren los caminos de Lugarejos, Acusa y Artenara para llevar el aliento espiritual al vecindario, muchas veces cuando el propio Beneficio se negaba a realizarlo.



Los instrumentos notariales, testamentos, actos de últimas voluntades y la fundación de capellanías son documentos que dan noticias de todo lo relacionado con la vida eclesiástica, propiedades de la tierra, herencias, modos de explotación, ajuar doméstico, costumbres y topónimos. Una característica del Antiguo Régimen debido al afán recaudatorio de la iglesia es que los testadores imponen tributos y limosnas que se han de pagar de la producción de sus tierras y los herederos tienen la obligación de cumplir el mandato. En esos protocolos se hacen declaraciones de fe, se fundan capellanías y memorial de misas, se nombran albaceas y lo firman unos testigos que frecuentemente son los capellanes o frailes del convento que asisten al testamentario.

Estas capellanías se mantienen hasta 1830 y algunas llegan hasta la mitad del siglo XIX, y los visitantes del obispado, cuando viajan a Gáldar, controlan con rigor el cumplimiento de los mandatos sobre misas y limosnas. Con ello, la iglesia garantiza unos ingresos para sustentar el culto y la fábrica parroquial, lo que supone para el Beneficio de Santiago una notable fuente de ingresos. Esta espiritualización de los bienes, al funcionar la iglesia como un estamento, condiciona toda la vida de los pueblos al crearse una cultura clerical, a la vez que recaudatoria, con frailes, mayordomos, beneficiados, testamentarios y albaceas, donde se entremezclan relaciones religiosas y civiles, no exenta de conflictos, a la vez que se crea una mentalidad colectiva que es lo que constituye la larga tradición de cristianos viejos y respetuosos que caracterizan a los hombres de estas cumbres. El convento fue una pieza en la configuración inicial de la comunidad artenarense como consta en los anales de la historia del pueblo.

*(febrero, 1996)*



## Heráldica artenarense (1)

**E**n fecha reciente, el Gobierno de Canarias ha otorgado al pueblo de Artenara el escudo de armas y bandera municipal que fueron presentados públicamente en las fiestas patronales de San Matías. Artenara era el único municipio de la Isla que aún no lucía estos símbolos institucionales, a pesar de que desde hace más de quince años se han realizado diversos intentos para su creación.

Desde la antigüedad clásica se denomina *heraldo* al oficial de ceremonias y portavoz de un príncipe o de un Estado; en la Edad Media pasa a ejercer funciones concernientes a la guerra, a los torneos y a la caballería; para anunciar las guerras usaba elementos simbólicos que servían de distinción a los combatientes de uno y otro bando. Actualmente la voz se ha concretado en el símbolo que representa los aspectos emblemáticos de un pueblo, de una comarca o de un linaje.

Como cronista oficial del pueblo tuve el honor de presentar los símbolos heráldicos municipales en una solemne ceremonia que trascendió el ámbito local, con una asistencia multitudinaria que acogió con entusiasmo el nacimiento de los emblemas de la localidad más encumbrada de la Isla. Reitero, aquí y ahora, la colaboración del historiador, don Miguel Ro-

La bandera municipal es una representación simbólica de los valores y aspiraciones del municipio. En el caso de Ardenara, la bandera está formada por tres franjas denteladas de color azul, blanco y verde, que simbolizan los perfiles de roques y pinares que caracterizan el paisaje natural del municipio. El escudo municipal, por su parte, representa la historia y la identidad del municipio, con un castor como elemento central y un león como soporte. El león, a su vez, simboliza la fuerza y la valentía del municipio.



*La bandera del Municipio de Ardenara está constituida por los colores azul, blanco y verde, en tres franjas denteladas que simbolizan los perfiles de roques y pinares.*



dríguez Díaz de Quintana, que prestó su experiencia de prestigioso heraldista y vexilólogo, y su buen hacer en el diseño de las armas.

La bandera representativa del municipio está constituida por los colores azul, blanco y verde. Estos colores, a pesar de su arbitrariedad simbólica, se han escogido porque están estrechamente vinculados a aspectos concretos del lugar al que representan. El azul, también recogido en la bandera de nuestra comunidad Autónoma, hace referencia al mar de todos los canarios, con el que limita el término municipal allá por los abruptos abismos del Andén Verde y Las Arenas; el blanco, un color de pureza, es el constituyente de la bandera parroquial de San Matías; el verde, hace referencia a los pinares que desde las últimas décadas cubren gran parte del término municipal. Se proyecta su disposición en tres franjas verticales, singularmente denteladas que pretenden representar los perfiles de roques y pinares que caracterizan nuestras cumbres. Su disposición a partir del asta es: azul intenso, con dentelada interior; franja central de color blanco, con inscripción en su centro geométrico del escudo heráldico del municipio y franja de color verde monte, dentelada hacia el interior.

La nueva bandera fue izada el día del patrono San Matías tras un solemne acto procesional, por el alcalde, Manuel Mendoza Vega, en un mástil situado a la entrada del casco urbano principal, donde hasta ahora ondeaban la de Canarias, la del Estado y la Europea; los acordes del himno nacional y unas rotundas salvas le dieron la emocionada bienvenida. El viento de la cumbre y de los pinares, desde entonces, hace tremolar el bello diseño de un símbolo que ya es el mejor orgullo del pueblo.

(marzo, 1996)



## **El escudo de Artenara (2)**

**L**a heráldica es una disciplina que tiene sus peculiares normas y código de símbolos. El Gobierno de Canarias, al asumir las competencias de otorgamiento de blasones, constituyó una Comisión Heráldica que preceptivamente informa los expedientes armeros. Una función encomendada al heraldista es la descripción de los blasones con precisión exquisita, por lo que los herméticos términos que utiliza exigen una correcta explicación.

El blasón de Artenara es: «Escudo cortado y medio partido con bordura; primero, en campo de azur, una estrella de ocho puntas, de oro. Segundo, en campo de oro, un pino de su color, terrazado de sinople, y tercero, en campo de plata, un gánigo de su color natural. Bordura de gules, con cinco estrellas de oro. A modo de soportes, dos cabras de su color, rampantes y afrontadas, con los cuernos y las pezuñas de oro y lampasada de gules. Por lo bajo, una cinta de oro con la leyenda: Tradición, Fe, Naturaleza, en letras de sable. Al timbre, corona real cerrada».

Cada símbolo tiene un significado referido a la historia e idiosincrasia del municipio. La estrella central de ocho puntas en heráldica es la imagen de la fecundidad, la grandeza, la verdad, la luz, la majestad y la paz. En el heraldo de Artenara, el pueblo más alto de la Isla, también simboliza la altura, el cen-



*El Escudo y la bandera del Municipio de Artenara fueron presentados públicamente en las fiestas patronales del Apóstol San Matías, el día 23 de febrero de 1996.*



tro, la fe. La fe es guía espiritual que aglutina el fervor de sus habitantes en torno a sus devociones religiosas, principalmente la Virgen de La Cueva y el patrono San Matías. El campo de azur representa la justicia, la nobleza, la hermosura, la vigilancia y la lealtad.

En heráldica los árboles significan lealtad y fidelidad. El pino canario es adoptado como símbolo de la naturaleza que caracteriza el paisaje cumbreño de la Isla; La preservación del manto de los pinares constituye el más reciente fundamento económico de gran parte de los habitantes del pueblo.

El gánigo es expresión de la tradición alfarera del barrio artenarense de Lugarejos; es una vasija usada en el área doméstica como recipiente de agua y alimentos. El campo de plata se adopta por su significado de virtud, humildad, inocencia, templanza, integridad e elocuencia. Las estrellas de la bordura simbolizan los diferentes barrios del municipio que por derecho propio están representados en el blasón; son los diversos caseríos que adornan los caminos del municipio y que se entaliscan en sus laderas, donde se hallan los amores más entrañados de sus gentes.

La corona real cerrada se adopta por ser la propia de la Monarquía reinante en la actualidad. La leyenda, *Tradición, Fe, Naturaleza*, es la síntesis significativa de las piezas simbólicas incorporados al blasón. *Tradición*, representada en el gánigo, refleja las costumbres y los valores etnográficos y socioculturales que son herencia de generaciones pretéritas. *Naturaleza*, simbolizada en el pino canario, representa el conjunto de los valores naturales y paisajísticos del municipio.

(marzo, 1996)





## Las cabras rampantes, en el símbolo de Artenara (y3)

**E**s frecuente que en los blasones aparezcan animales vinculados a la leyenda o a la historia del lugar al que representan. Así se manifiesta no sólo en la heráldica europea sino también en las culturas orientales y americanas. Los egipcios dibujan animales en los jeroglíficos de las pirámides y mausoleos de sus reyes con formas mitológicas o quiméricas; es frecuente encontrarnos con perros (Escudo de Canarias), lagartos, cigarrones, camellos, osos, dragones, leones, águilas, ciervos, cuervos y tantos otros. La heráldica nos dice que los animales cuadrúpedos se ponen a los lados del escudo como si les fuera encomendada su guardia, en postura fiera y osada, para dar respeto y espanto a quienes vieran las armas tan bien guardadas.

Como soportes se han incorporado al blasón de Artenara dos cabras rampantes y afrontadas, con los cuernos y las pezuñas de oro. Al incorporar el símbolo caprino se está adornando el emblema con un animal doméstico que ha estado presente en las Islas desde la época prehispanica hasta la actualidad por su adaptación al medio montaraz. La cabra, como animal canario de todos los tiempos, es merecedora de este homenaje heráldico.



Los hallazgos arqueológicos ponen de manifiesto que los aborígenes de la comarca de Acusa eran embalsamados en las cuevas funerarias utilizando los cueros de cabra cosido. El mismo nombre prehispánico, 'Artenara', podría significar 'zona de cabras' o 'tierra de ganados'. Estas comarcas estuvieron representadas por el indígena Artenteifac y por Juan Martín de Artevirgo, alcalde y custodio de los ganados cumbreiros.

La cabra es un animal a la vez dócil y salvaje que se adapta a la agreste geografía. Es un animal esencialmente canario, del norte, de la cumbre y del sur, que ha creado en su entorno una cultura económica singular, donde el cabrero tiene una personalidad propia que ha generado peculiares costumbres caracterizadas por el deambular por las vueltas del ganado, la singular trashumancia a través de los caminos de la isla donde el sonar de las esquilas llenaban de vida estas soledades cumbreiras y por la producción de leche, de queso y de baifos, sazonado alimento en época de celebraciones. La cabra como productora de leche es símbolo de maternidad y de nutrición.

Por otra parte, el cuerno del animal, en todas las tradiciones primitivas implica ideas de fuerza y poder. En la mitología se habla del *Cuerno de la Abundancia* ya que fue la cabra *Amaltea* la que alimentó al dios Júpiter. En las lenguas griega y latina, cuerno significa 'corona', 'lo que está por encima', con el valor de poder y fuerza.

El escudo fue presentado en un día de gran solemnidad local y el entusiasta aplauso del numeroso pueblo allí congregado fue el mejor signo de acogida. Artenara tiene su honor, su historia y su leyenda representados en la canarísima simbología de su blasón.

(abril, 1996)



## Tiempos sin biblioteca

Los pueblos de la Isla nunca han podido presumir de libros. Ni siquiera la burguesía agraria ha tenido entre sus hábitos la lectura, acaso porque al no tenerla a su alcance llegó a creer que esa actividad no le hacía falta o se volvía insignificante en medio de un mundo plagado de trabajos cotidianos. Mucho menos la gran masa de menesterosos que ni siquiera sabían leer. Las cosas son así de crudas y ninguna estadística las puede edulcorar de otra manera. Las quimeras y el imaginario se alimentaban en el realismo mágico de un mundo que ofrece el contrapunto de la inspiración creadora.

Los primeros libros llegan a los pueblos del interior por los caminos de la fe. Los clérigos evangelizadores llevan en las alforjas los misales y textos litúrgicos, escritos en latín hasta hace sólo treinta años, que guardan los mensajes arcanos del cristianismo y que desde el púlpito se traducen en sermones llenos de vehemencia y de temores.

Por esta cumbre aparece un obispo en 1742 que manda que un viejo cuaderno donde constan las cuentas de fábrica de la ermita se convierta en libro documental para que su contenido pase a formar parte de la memoria del pueblo. Es un indicio. Sin embargo, los indios traen en sus hombros una rica expe-

Los hechos de la inauguración se describen en el artículo de prensa que forma parte de los documentos de la biblioteca municipal de Ardenara, concretamente en el artículo titulado "Inauguración de la biblioteca municipal de Ardenara" publicado en el periódico "El Mundo" el día 14 de abril de 1996. En el artículo se describe la inauguración de la biblioteca municipal de Ardenara, que se celebró el día 14 de abril de 1996, en el salón de actos de la casa de la cultura de Ardenara. El acto estuvo presidido por el alcalde de Ardenara, Juan Carlos de...



*Inauguración de la biblioteca municipal de Ardenara, abril de 1996.*

El artículo de prensa titulado "Inauguración de la biblioteca municipal de Ardenara" publicado en el periódico "El Mundo" el día 14 de abril de 1996, describe la inauguración de la biblioteca municipal de Ardenara, que se celebró el día 14 de abril de 1996, en el salón de actos de la casa de la cultura de Ardenara. El acto estuvo presidido por el alcalde de Ardenara, Juan Carlos de...

El artículo de prensa titulado "Inauguración de la biblioteca municipal de Ardenara" publicado en el periódico "El Mundo" el día 14 de abril de 1996, describe la inauguración de la biblioteca municipal de Ardenara, que se celebró el día 14 de abril de 1996, en el salón de actos de la casa de la cultura de Ardenara. El acto estuvo presidido por el alcalde de Ardenara, Juan Carlos de...



riencia y la mirada llena de costumbres de otros mundos nuevos, pero nunca traen libros. Muy pocos son los lectores en una cultura campesina, donde el aprendizaje pasa de una generación a otra mediante el único recurso de la palabra viva. Las escuelas desarrollan, desde el siglo XIX, una actividad titánica de aprendizaje elemental; todo lo demás es la historia de una agrafía de siglos. Sólo unos pocos practican el estudio como único aliciente para escapar del ámbito limitador.

Los menesteres de la cultura escrita se hacen por intuición y con entusiasmo; ahí es donde radica una acción llevada a cabo en el año 1944 por la Corporación artenarense cuando destina 100 pesetas para comprar libros y formar una biblioteca municipal. La utopía estaba servida. Ahora, cincuenta y dos años más tarde, es cuando de verdad se abre al público una biblioteca en el marco de la Casa de la Cultura de Artenara.

En unas improvisadas palabras en el acto de su reciente inauguración se me ocurrió definir aquel lugar como un espacio de libertad, con el deseo de que siempre tenga los apoyos para que nunca nadie se vea obligado a cerrar sus puertas. También que se convierta en complemento de la biblioteca escolar para no dispersar los esfuerzos. Así es como de forma progresiva se puede empezar a cambiar la realidad. En las islas aún queda pendiente la ejecución de una rotunda política de dinamización de bibliotecas y del libro. Y si eso no se logra pronto, el gregarismo televisivo y el inexplorado mundo de las infovías anularán el acceso a otros modos de la creatividad. Aunque el imaginario no se alimenta sólo de la visión lineal de la palabra escrita. Que ese es otro cantar.

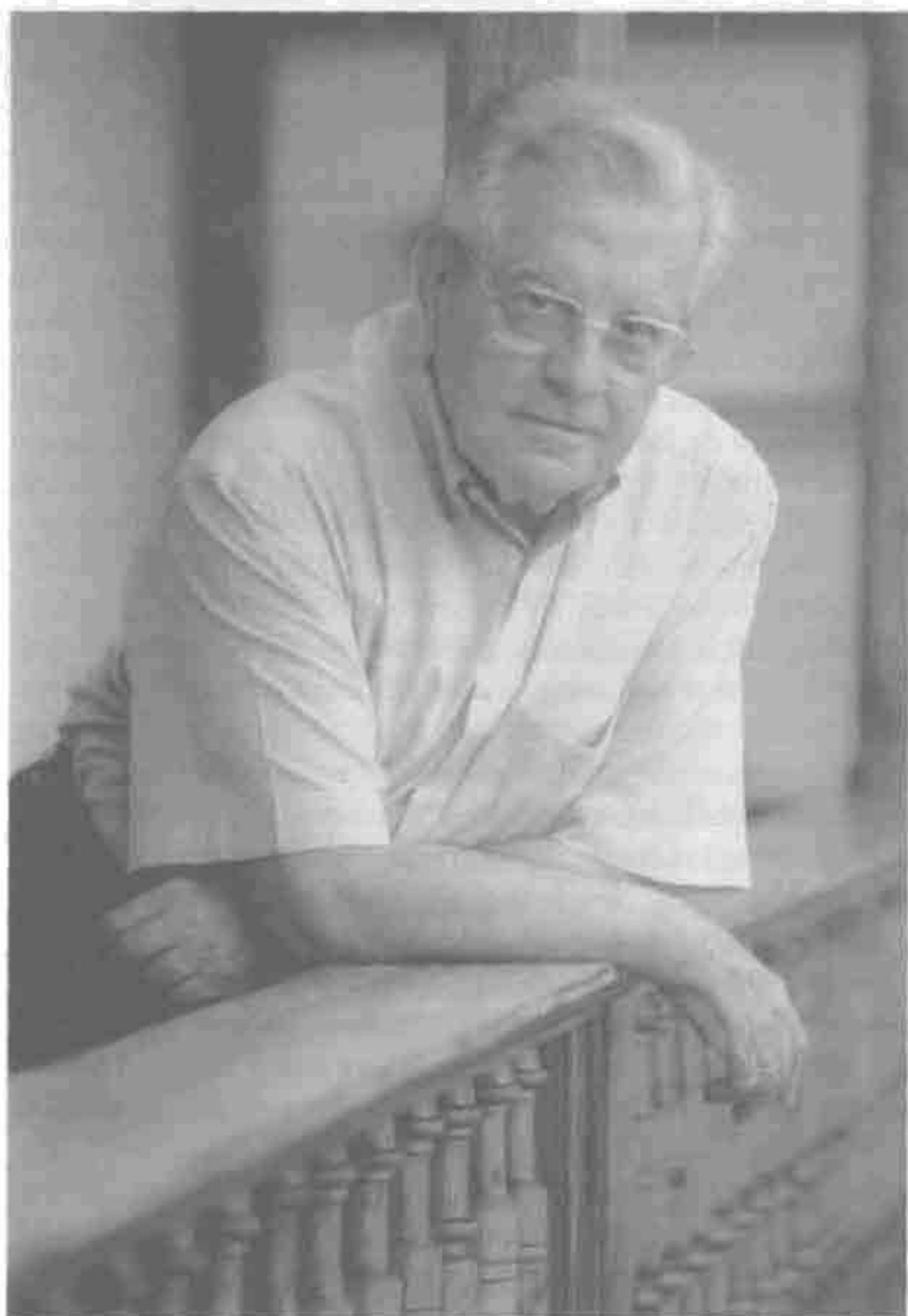
*(mayo, 1996)*



## La historia del Beta

Cuenta don Antonio de Bethencourt que cuando llegó a Valladolid a ocupar su recién ganada cátedra de Historia de América pronto los alumnos, utilizando la siempre imaginativa jerga universitaria, lo bautizaron como 'El indio'. El término no estaba precisamente impregnado sólo de jocosa ingenuidad, sino que tenía implícito en su significado dos sentidos malintencionados: uno, porque el joven Bethencourt llevaba colgadas de sus labios las aspiraciones y modulaciones del habla isleña que propiciaba cierto exotismo en medio de tanta sibilante purista; y otro, porque el contenido de la asignatura hacía propiamente referencia a un mundo del que el mismo profesor podría haber sido uno de los protagonistas.

Años más tarde, cuando Bethencourt aterrizó en La Laguna, ya en un contexto diferente, la misma jocosidad universitaria no pudo reproducir el término con el que se le reconoció en la planicie de Castilla, sino que fue rebautizado como 'El Beta'. El apodo, sin embargo, está lleno de cariño y, si me apuran, se justifica como apócope de la evolución vulgar, dentro del sistema expresivo, de un término culto: Bethencourt>betancur>betan>beta. De ello es consciente cualquier persona de las muchas que lo conocieron en los ámbitos universitarios. Pero es más, el respetable profesor lo tiene asumido sin ningún tipo de sonrojo, de tal manera que en la recién-



*Antonio Bethencourt Massieu.*



te presentación de la *Historia de Canarias* publicada por el Cabildo Insular, el propio personaje llegó a afirmar que al volumen ya se le conoce como la *Historia del Beta*.

¿Qué es y qué hace actualmente Bethencourt? Ahora mismo hay que considerarlo como el historiador vivo de Canarias, que tras múltiples avatares en la vida activa universitaria, se va convirtiendo en el hombre provinciano que pasea su peinado canoso por Triana, que asiste a las presentaciones de libros, que lee viejos legajos durante cinco horas diarias, que dirige tesis y que se rodea de jóvenes investigadores que acuden a beber en el conocimiento experimentado e inagotable de los recovecos de nuestro pasado. La novedosa *Historia de Canarias* ha surgido justamente de un intento de aglutinar a un grupo de historiadores en torno a cuatro hilos conductores del quehacer historiográfico, - economía, sociedad, política y cultura - que propician una mejor comprensión del tiempo pasado.

A estas alturas del devenir isleño, no sólo la Historia, sino cualquier trabajo global de nuestro acervo cultural es imposible afrontarlo desde la individualidad dieciochesca o decimonónica. Por ello, la consolidación de equipos de investigación en los que confluyan la competencia de los especialistas es la mejor garantía de que una empresa de esta envergadura, tal como es abordar las nunca acabadas vertientes que ofrecen los estratos del acontecer isleño, se traduzca en un producto garantizado. Aunque esto se apunta sin menoscabo de que a la recién editada *Historia de Canarias* se reconozca como la *Historia del Beta* por haber sido el viejo profesor lagunero el responsable de hacer partícipe en su elaboración a un grupo de jóvenes investigadores que la han alumbrado con buen criterio y rigor.

(junio, 1996)





## Arucas, en la pluma de Juan Zamora

Con la ligereza de un rayo, Pablo González Cuesta, flamante ganador del último premio de novela Prensa Canaria, dejó escrito en un ejemplar de su *Pasión de Octubre* una reflexión literalmente precisa: «Los cronistas construyen el recuerdo y el recuerdo es la vida». En contraste con ello, algunos alumnos de nuestros institutos, con la plenitud de una edad cargada de futuro, pero también con certeza y sin apenas dar pie a la discusión, plantean que el pasado es un cubo lleno de cenizas. Es el contraste de una misma realidad desde perspectivas vitales diferentes. Sin quedar al margen de ambos planteamientos, al menos por oficio, pero sin ciega ortodoxia, hay que seguir apuntalando la tarea de quienes, en el silencio de su gabinete o de su taller, dejan la huella creadora no sólo en el quehacer artístico, sino en el ahínco investigador sobre los variados planos de la historia social isleña.

Siempre he entendido al cronista como el artesano que cumple una función en el primer escalón de la historia. Es el encargado de escoger y acarrear los materiales que en un futuro han de servir para construir las referencias de un pueblo, con la mirada abierta a todas las cosas, con estilo propio y con el testimonio de quien ha visto nacer los acontecimientos. Esos materiales luego serán recolocados por el historiador en una narración integradora.



*Juan Zamora Sánchez, tercer Cronista Oficial de la Ciudad de Arucas.*



La presentación de unas páginas de la historia de Arucas, escritas por Juan Zamora Sánchez (1907-1981), tercer cronista de la ciudad, cuya publicación ha estado al cuidado de Montserrat Cabrera, nos lleva a valorar la eminente tarea. En efecto, el librito tiene el frescor de la primera mirada sobre los acontecimientos que se combinan con pinceladas y datos de su devenir. Arucas se ofrece en miscelánea, y los textos desgranán despaciosamente los hechos más significativos que han configurado hasta la década de los setenta la emblemática ciudad norteña, los barrios, la construcción de su iglesia, las escuelas, las costumbres sociales; los acontecimientos aparecen tratados con prosa sencilla y garbosa. Del pasado de Arucas hay múltiples testimonios, que han sido fielmente amarrados, sin que se escape nada, tanto por sus cronistas primeros como por quienes ahora mantienen el testigo. Este libro es una prueba de la dedicación de un hombre que dejó huella de alta ciudadanía y de paciente profesor de generaciones.

Detrás del hombre está el pueblo que lo recuerda. Y así fue el calor que se respiró en la Montaña de la Arehucas centenaria, donde el tiempo acaricia sus piedras azules junto con el fragor del trabajo cotidiano. Allí, algunos juglares de la Isla, compartieron sus fervorosas palabras con el deseo de que esta ciudad siga escribiendo un futuro tan luminoso como su rutilante pasado. Esa será su mejor crónica. Tal nos lo confesó particularmente el doctoral aruquense, Caballero Mujica: nunca se escribe en vano. Al menos con firmeza y cariño a su pueblo lo hizo Juan Zamora.

*(julio, 1996)*



## Pastores

**L**a Isla, que fue esmeralda en febrero, luce ahora, al inicio del verano, el austero amarillo de sus panascos. Desde el camino del Lentiscal, en el largo atardecer, los pastos se divisan aplanados en esas laderas y medianías de la cumbre que van desde Tenteniguada y Cueva Grande, hasta Osorio y Pavón. Los cambios de estaciones se aprecian más en el campo que en la ciudad, y quienes viven en la rusticidad de sus oficios son sabios en mirar al cielo y en contar los circos de la luna. Ese es el escenario de los pastores isleños que desde ahora están más eternizados al convertirse en protagonistas de un libro editado por la Consejería de Medio Ambiente del Cabildo de Gran Canaria.

*Ruta de Pastores* es la recopilación de un dilatado trabajo periodístico realizado por Yuri Millares a través de sus andares por majadales, cañadas, corralillos y planicies de ordeñada. En un capitalino cenáculo cultural donde tuvo lugar su reciente presentación, estrechamos la mano de algunos de esos pastores que aparecen retratados en sus páginas; allí estaban los de mi recuerdo remoto, Panchito el Largo y Pepe el de Anselmo; y los de ahora, José Mendoza o Antonio García, sentados en sillas de skay, con su camisa almidonada y su piel curtida, ofreciendo con su rústica dignidad, una lección de saber estar a la altura de



*La Isla, desde mucho antes de su primera historia,  
siempre ha estado guardada por los pastores.*



las circunstancias. Y allí pudieron oír las cálidas palabras de Pedro Lezcano, que les habló como el poeta que mejor conoce la preciada humanidad de nuestras gentes.

La Isla desde mucho antes de su primera historia siempre ha estado guardada por los pastores. Ellos son los que recorren la soledad de los caminos, los que conocen todos los entresijos de la naturaleza, y los que mascullan entre dientes las cuentas de su más elemental economía. Es un mundo lleno de aislamiento humano y de personalidad apátrida, con un lenguaje y un ritmo que es a veces impenetrable. Los cuidadores de ganados están llenos de sensibilidad ante la dependencia diaria de lo más natural. El bucolismo más estético, el de la anacronía poética de Gabriel y Galán y el obsoleto regionalismo de Pereda, tiene ahí su más acendrada referencia. Sin embargo, y aunque es bueno que las estéticas se superen, los pastores, que poco entienden de retóricas, siguen ahí, con generaciones que se renuevan, viviendo el pulso más ancestral de la Isla, con sus garrotes, sus bardinos, sus tijeras de trasquilar, sus silbidos y también con el aliciente de sus amores entrañados con las pastoras, esas mujeres hacendosas que velan por la economía doméstica, sonrosadas por el viento de las estaciones, que cada tarde apuñan, con el calor de sus limpias manos en labor artesana, la leche cuajada para construir un nuevo queso.

De todo ello nos habla con lenguaje testimonial este trabajo de Yuri Millares, un libro que guarda entre sus páginas y en sus ilustraciones el latido de los pastores isleños que vivifican a diario la piel agreste de la vieja Tamarán.

*(agosto, 1996)*

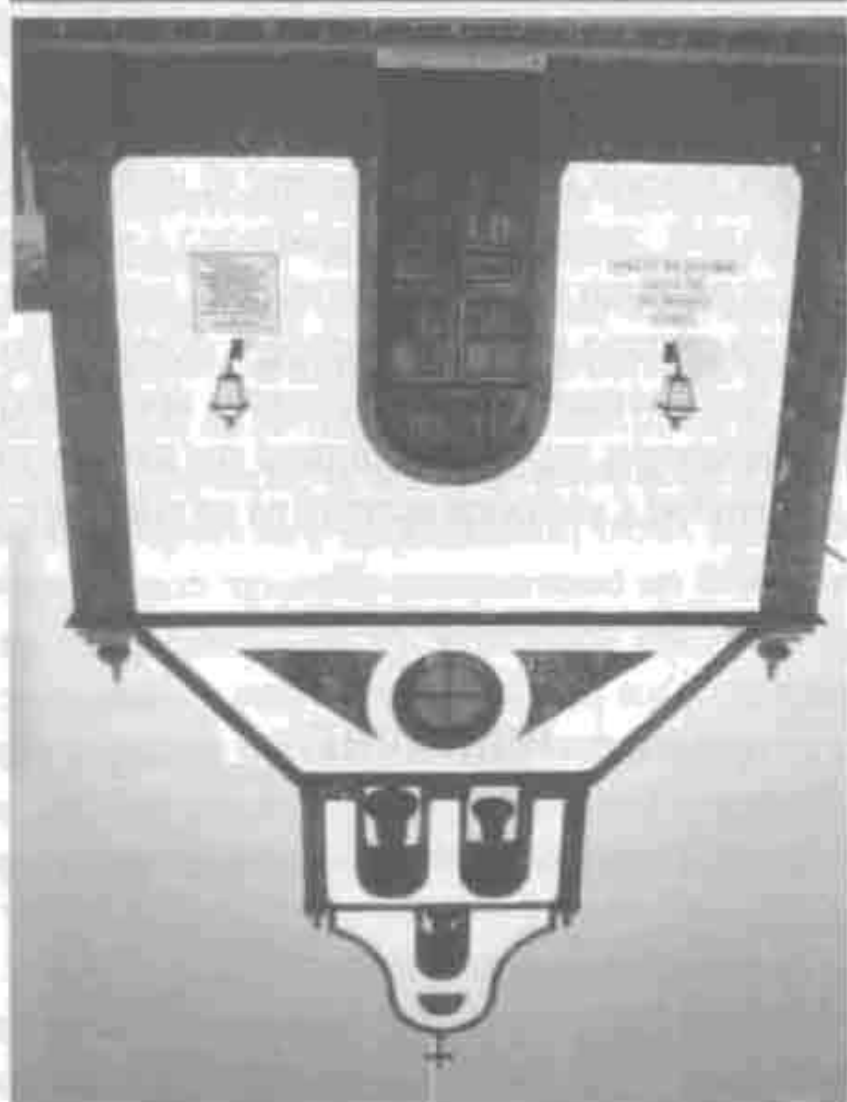


## Juncalillo

**G**áldar, regia en su historia aborigen y popular en su devenir, alonga sus dominios hasta las laderas apiconadas de la Cumbre, donde enraizan los pinos centenarios, cabecera de barrancos, Culatón y Moriscos, por el camino de la indómita Artenara. En esta geografía abierta a la intemperie, entre vegas de tierras rojas y cabalgadura de montañas, aparece la ofrenda de Juncalillo, con la humanidad de sus cuevas, caminos, bancales y sueños de grandeza espiritual; veredas y vericuetos que suben y bajan por El Tablado, El Andén, Madrelagua, La Plaza, La Vecindad, Los Cabucos, Barranco Hondo; solar de generaciones y de viejas familias crecidas entre la solana y la umbría, al soco de la barranquera, del agua y de los maizales frondosos, y a la sombra de una costumbre cálida y ancestral; patria chica de tanta sangre ardorosa que circula por los Alonso, Artiles, Rodríguez, Velázquez, Melián, Vega, Falcón, García, Ramos, Cubas; pueblo de rezos en oración, surtidor levítico y conventual, con clero notable en la curia diocesana y en los caminos de la cristianización; gente de sencilla humanidad y mirada clara que se nubló en los tiempos de sus aguas pleiteadas y que ahora tristemente se resecan en la raíz del cañaveral.

La tierra de Juncalillo inspiró versos clásicos al doctoral don Tomás Ventura; y José Cástor Quintana, poeta de paisaje y

JUNCALITO 2-VIS-1952  
 SE ERIGE EN PARROQUIA POR OÍA  
 EL JO DE OCTUBRE DE 1952  
 EN LA IGLESIA DE SAN MARTÍN (ARTENARA)  
 LA ERMITA FUE CASTELLANA DEPENDIENTE  
 EL CAMPESINO DE ERMITA EN 1921  
 EN 1911 SE COLOCA LA PUA BAPTISMAL Y  
 SIENDO ORATORIO EL PADRE CUETO  
 EL 20 DE ENERO DE 1904  
 SE ERIGIÓ CON GRAN SOLLEMNIDAD  
 FUE COLOCADA EL 3 DE MAYO DE 1901  
 ESTA ERMITA CUYA PRIMERA PUEBLA  
 SANTO DOMINGO DE GUZMAN  
 DE  
 TEMPLO PARROQUIAL







de quimeras célestiales, el hijo del maestro don Ignacio, ha sido, con letra, música y voz, el mejor cantor de su pueblo. El lugar tiene la historia de sus molinos de agua, el de Juan Mercedes en El Tablado, el de Fortunato Quintana en la hondura de Los Cabucos y el de Los Pérez, por la umbría de Risco Caído; las páginas fundacionales de su ermita quedan alzadas en el mármol de su frontis y en la memoria de su gente; en los solapones del Barranco Hondo de Abajo se abre al culto, desde hace una treintena de años, una ermita-cueva y un pretendido museo etnográfico con fondos que necesitan ser depurados.

Ahora, cuando el siglo casi dobla la esquina, Juncalillo mira hacia atrás y ve en la lejanía de 1900, a los primeros creadores del sueño de tener una iglesia que se construye en el lugar de Las Chozas, inicio de lo que hoy es La Plaza y el diminuto núcleo urbano. En medio de tanta gente anónima, se erige en el recuerdo la figura venerable de José Rodríguez de Vega, el cura viejo, nacido en el Roque del Pino, en la ribera del barranco; hombre campechano, de sotana remangada, que cabalga sobre una yegua parroquial por los caminos ásperos de la Cumbre, por Tejeda, Artenara y Juncalillo; impulsor de tantas cosas pequeñas que hicieron un poco más grande a su pueblo. Juncalillo se enrama por su fiesta veraniega. La montaña con la Cruz de Valerón y los caminos de antaño llevan hasta el corazón de su gente jirones de historia y el verdor de la danza arrancada en el vergel de Tamadaba.

*(agosto, 1996)*



## Los pescadores de El Veril

**D**esde hace veinticinco años, o un cuarto de siglo que queda más solemne, mis primeros pasos veraniegos transcurren entre la playa de Las Burras y El Veril, a un tiro de piedra de un destartado caserío de pescadores. En el lugar se respira la mezcla de ambientes de lo propio y lo foráneo, que han quedado superpuestos en el proceso de neocolonización del Sur, al amparo de las urbanizaciones que se han asentado en el arco más septentrional de la Isla. El poblado de pescadores festonea la costa después de haber sufrido la expulsión de sus primigenios asentamientos, cuando el Sur era más sur y su puerta estaba en el barranco de Juan Grande. Era el Sur de la lejanía, de la soledad y del silencio; el Sur virgen, de vientos y de topónimos pegados al salitre, con grandes superficies plantadas de centeno al borde de un mar que lamía la Isla en un noviazgo solitario.

En este poblado de pescadores converso con José Cruz, el marinero más viejo que conserva la memoria de toda aquella geografía. Lo he vuelto a ver este verano con el tiempo detenido en su pipa y en sus arrugas de siempre, desde la perspectiva de quien lleva en las espaldas las mil batallas acumuladas en la tarea urbana; por allí anda con sus barcas, sus chinchorros y trajines de pesca, y me cuenta el desasosiego que ahora viven



sus convecin@s ante la inmediata desaparición del poblado. Y es que si hace treinta años, cuando los aparthoteles ocuparon el solar de sus viejas casuchas, se incumplió la promesa de crearles una zona donde ubicar sus artes de pesca, ahora, con la prevista remodelación de la playa, tienen el desamparo sobre sus espaldas.

Y yo me pregunto si la Isla no puede vivir con sus pescadores. La feroz expansión turística también se ha engullido unas señas de identidad que son patrimonio de todas las islas del mundo como es la pesca artesanal. Acaso en el lugar se podría haber creado un pueblito de pescadores con el perfil de sus oficios, con la identidad de sus barcas y ritmo cotidiano, en convivencia con la zona de ocio, como un atractivo más de nuestro Sur. Sin embargo, se optó por dejar crecer arbitrariamente un caserío como triste espectáculo para argumentar, desde su desorden actual, que lo mejor es que desaparezca, cuando lo acertado hubiese sido apoyar el tipismo a la vez que la supervivencia de la pequeña comunidad. Esta idea, sin duda, podría haber alimentado la añorada tertulia que, a la sombra de la palmera y entre timba doméstica y mirada al horizonte, acaloraba los ánimos de Melo Cabrera, Carmelo Gil o Pepe Suárez cuando el tema iba de ingenierías urbanas. Mientras aún se decide sobre el proyecto de la playa artificial, los pescadores de El Veril miran al horizonte por donde antes llegaba la langosta africana y por cuya línea ahora se esfuman los recuerdos azules.

*(agosto, 1996)*



## Monumento al folclore

**L**a fiesta isleña es un acarreo de sentimientos populares. La gente de toda condición cruza el umbral de su casa, pone el pie en el camino y llena la plaza y la ermita de sus devociones. Desde Lanzarote a La Palma, desde El Hierro a Fuerteventura; por la Nieves, por la Candelaria o por el Pino, el canario desnuda su corazón en el aire de la fiesta y los jirones de su alma quedan prendidos al borde de la romería. En todo este vaivén, lo individual se vuelve colectivo, lo pequeño se aparece como grande y esplendoroso. Es una atávica catarsis, entre pagana y religiosa, convertida en uno de los valores del hombre de nuestra tierra.

Por agosto, la Cueva de Artenara enciende la hoguera del fervor canario y lanza al viento de la Isla el sentir del canto folclórico. En el atardecer cumbreño, entre roques emblemáticos, abismos verticales y efluvios del pinar, se desgranán las canciones al mismo tiempo que se perfila la danza en la graciosa cintura de una mujer; todo esta plegaria se forma junto al trono de una virgen canaria, pequeña y troglodita en su humildad, que congrega en su patronazgo la ofrenda del folclore isleño desde hace una treintena de años.

En las islas se han erigido recuerdos imborrables a sus más valorados folcloristas. A Los Sabandeños, allá por la Punta del Hidalgo; a Los Gofiones, junto a Las Canteras; a Néstor



*El monumento al folclore se levanta en el tem-  
plete central del Parque Municipal de Arténara.*



Álamo, en Teror y Tejeda; a Mary Sánchez en su Isleta; a Díaz Cutillas se ha dedicado un célebre Memorial; a Valentina, a Dacio Ferrera..., cantantes y tocadores, todos quedan en el corazón del pueblo.

En esta ruta de reconocimientos hay que inventariar desde hoy el monumento al Folclore, que se levanta en el templete central del Parque Municipal de Artenara. La representación de un timple en piedra de Tindaya, con líneas escultóricas referenciadas en Henry Moore, ha sido realizada con buen criterio artístico por Manolo González, un hombre conocedor del oficio; con ello, su biografía queda más vinculada al pueblo donde alienta su vivir y acuna sueños para su inspiración.

La obra, patrocinada por el Ayuntamiento de Artenara y por la empresa pública Gesplán, tiene una envergadura de cuatro metros, con un espacio interior, donde coexisten las formas planas y el juego de curvas. Es una pieza moderna, con líneas compositivas muy estructuradas, que se traduce en una singular obra monumental, contenedora del significado del ente al que representa y que trasciende la referencia originaria, porque desde su concepción primera su creador ha escogido la sabia mirada hacia adelante.

La escultura se encuentra en el contexto de una plaza rodeada, a modo de anfiteatro natural, por las montañas de La Silla, La Atalaya, la ladera de La Solanita y la vieja tierra sagrada del pueblo, e integrada en un espacio arquitectónico de piedra basáltica, amueblado de pérgola, con variada vegetación autóctona en proceso de crecimiento.

Gran Canaria, en su cumbre de Artenara, tiene desde ahora, además de su virgen patronal, un hermoso símbolo artístico dedicado al Folclore isleño representado en su instrumento más peculiar.

*(agosto, 1996)*



## Memorial de Acusa

**G**uarda Artenara en la aspereza de su orografía singulares encantos que sólo se desvelan al paseante de la Cumbre. En la vertiente oeste del municipio, donde la Isla se convierte en profundo barranco y al soco de la Montaña de Altavista, está Acusa. Las Acusas. Porque en verdad, como en el misterio bíblico, son tres, la Seca, la Verde y la Vega, con su olor a lejanía, a laboriosidad y a remembranza aborígen.

Acusa, como una telúrica sinfonía de la historia isleña, se nos ofrece en tres tiempos memorables: la Arecuzen aborígen, la Acusa de los trigales y del pastoreo y la Acusa de la Vega frondosa, pero, a la vez, la de la emigración de sus habitantes.

Desde el más remoto poblamiento de la Isla tuvo Acusa un importante trasiego humano. Aquí existió una Fortaleza aborígen resguardada de la tempestad y de los invasores en el entalisco de los solapones de Acusa Seca. En este lugar vivió una antiquísima raza prehispánica que cultiva cereales y pastorea el ganado; en las cuevas guardaban a sus muertos después de envolverlos en esteras de junco y en cueros de cabra; y junto a los tabloncillos funerarios ponían frutos de la tierra para su alimento en el largo viaje al más allá.

Alameda en Berro y Tapada a Mary Sánchez es en la foto a Don  
Custodio de las donaciones en oficios Mazonadas a Valenciana. a  
Donato Fierro, a donaciones y donaciones, unidos que son de la  
nada del pueblo.

En esta foto de 1900 se ve la ermita de Candelaria de la



*La vieja ermita de Candelaria, construida a fines del  
s. XVII, fue el tributo que debió de pagar la Historia  
para abrir la página del progreso en la Vega de Acusa.*





En un ségundo momento de su historia, al filo de la conquista, las cuevas aborígenes son habitadas por la nueva población que trajo apellidos que perviven en el presente: Alonso, Guillén, Herrera, Martín, Medina. Estos pobladores colocan y veneran en una humilde cueva de Acusa Seca las imágenes que son las advocaciones actuales. Entonces venían los frailes franciscanos de Gáldar a celebrar el culto y a cobrar los diezmos del trigo que se cultiva en la Vega; a fines del XVII los vecinos construyen una nueva ermita en el barranco de Gomestén. Hasta mediados del presente siglo el lugar era un vaivén de labríos artesana, de siembras, de trillas y de recolección. La Mesa de Acusa es un altar de basalto en medio del Barranco Grande, donde lucían los trigales amarillos y los granos generosos como la mejor ofrenda de la tierra.

El tercer momento de Acusa se inicia hace treinta años, cuando se construye la presa para regar la Vega. Entonces hubo que levantar una nueva iglesia, porque la vieja ermita fue el tributo que debió de pagar la Historia para crear el porvenir. Primero fue la carretera, luego la presa, más tarde los riegos, pero a la misma vez la emigración y la soledad de los caseríos. Sin embargo, la gente de Acusa no ha quitado estos lugares de su corazón, y en su devociones entrañadas siguen presentes el Cristo, la Candelaria y San Juan como muestra de su más sincera humanidad. Tres décadas después de 1966, año en que se construye la última iglesia de Acusa, alzamos un memorial escrito en mármol donde se recoge lo más granado de su historia: su fe y la ambición por el trabajo y el futuro.

*(septiembre, 1996)*



## Carreteras

**E**l paseante de la Isla a veces regresa descorazonado de su viaje por el interior de Gran Canaria y cuando quiere recoger sus impresiones inmediatas observa que el adjetivo le aflora crudo. Y es que si lo que le sale a la vista es áspero, no puede dejar de hacer una reflexión para dejarla caer como un aldabonazo sobre ese ambiguo ente del 'a quien corresponda'. Hoy, pues, ocupa esta columna un par de ejemplos de ingratas impresiones que significan un desdoro para nuestra Gran Canaria.

El estado de nuestras carreteras es penoso. Muchas tienen el mismo trazado de origen, cuando el parque móvil era muy exiguo. Las carreteras de Teror y la del Centro, o las de Valleseco a Pinos de Gáldar son un clamor por sus curvas con falta de visibilidad; la de San Mateo a Las Lagunetas y Cruz de Tejeda, o los accesos a las Tirajanas parece que están hechas para que nadie repita la excursión. Desconocemos cualquier proyecto para proceder a una programada rectificación de su trazado. No quiero entrar en lo que ya parece un tópico de comparaciones lacerantes por las inversiones en otras islas, pero lo que se sufre aquí a la vista está, y este es un apartado que produce estupor.



Las carreteras deben cuidarse con esmero ya que, además del beneficio cotidiano para quienes vivimos y trabajamos en esta Isla, constituyen la primera impresión que se lleva cualquier visitante. Muchos podrán recordar que durante el verano, y siempre antes de las primeras lluvias, los peones camineros procedían a limpiar las cunetas y alcantarillas para que el agua de lluvia discurriera por los cauces adecuados. Tal vez, y rompiendo los actuales organigramas burocráticos, habría que volver a la figura del 'peón caminero' que tenía asignado un tramo de carretera que cuidaba como un palmito. También se puede recordar que con esa política, las vías insulares lucían en sus márgenes hileras de geranios que en todo tiempo agradaban la vista con sus flores silvestres. Como complemento de una acertada política de carreteras debe acometerse un eficaz plan de señalizaciones, tanto de las vías en sí como de los lugares que atraviesan, poniendo así en circulación los bellos topónimos que adornan nuestros campos.

No cabe duda de que las fuertes inversiones en fomento se hacen en ámbitos de la costa, donde existe una relación directa inversión/rentabilidad. Sin embargo, creemos que en la política de carreteras habría que ir a una ejecución integral en toda Gran Canaria ya que pasan los años y la situación no varía.

En cuanto a las basuras, un botón lo tenemos nada más salir por la carretera del Centro, en el mismo Pambaso. No hablemos de otros muchos rincones con coches destrozados, neveras y lavadoras desconchadas, y todos los etcéteras que ustedes puedan añadir en cualquier basurero. A veces, más allá de las responsabilidades que se le puedan achacar a cualquier Administración, para algunas conductas sólo cabe una expresión: cuánto desalmado habita entre nosotros.

*(octubre, 1996)*



## **Páginas de Agaete**

**A** primera vista parece como si Chano Sosa fuera uno de esos personajes de circo que un día recalaron por Agaete y allí se quedó a emprender su vida. Porque tiene Chano, detrás de su piel aceitunada y de su peinado macizo, un aire de gitano diletante que, en verdad, lo hace ser como el trotamundos que ha sido y sigue siendo. Es una figura que se cuele por los mundillos de la cultura de la Isla, por la fiesta popular o por la sala de exposiciones con la naturalidad de su porte, de su lenguaje y sensibilidad, que le dan patente para entrar y salir en las *amistades y en los cenáculos artísticos*, o para estar cerca de la creación de la palabra, de la pintura y del teatro.

Pero Chano tiene en la imaginación su propio circo de sensibilidades, con Agaete al fondo. Chano Sosa es él y Agaete. El poeta de Agaete le llaman y él obedece sin sonrojo. El que los pueblos tengan estos personajes como ornato de su vida cotidiana, que le dan impulso desinteresado a las cosas que hacen, honran doblemente al pueblo y al personaje. Ahora acaba de publicar un librito que recoge las páginas dispersas que ha ido desgranando en la prensa diaria, y en ellas hay referencias a aspectos de la cultura isleña, pero sobre todo a Agaete.



*El poeta Chano Sosa es el Cronista Oficial  
de la Villa marinera de Agaete.*



Agaete en el contexto de la Isla surge como ese lugar donde uno va a encontrarse con los sueños de la propia Isla. Porque allí, es donde se vislumbra la presencia de la cumbre y, sobre todo, se siente el abrazo del mar. La cumbre le sirve de techo al pueblo, las montañas le ponen por encima el basalto de la negrura. Allí es donde la Isla enseña el farallón de su geología que se alarga por los confines del Andén Verde, en un zigzag vertical que es el encanto de los pintores. Y el mar le entra a Agaete, en cópula geográfica y sensual, con su olor a salitre y a gaviota solitaria que recorta el vuelo entre el Roque Partido y Guayedra, y que envuelve de azul al pueblo con su costa.

De Agaete tengo también la visión luminosa desde arriba, desde el pretil de Tamadaba, cuando las nubes se rasgan entre los pinos y emerge la villa blanca llena de sol que restalla en el frontis de sus casas. Es la aparente visión que tienen los dioses magnánimos de todos nosotros.

Sin embargo, la visión que nos da Chano Sosa en las páginas *Efemérides sin fecha*, es la del Agaete interno, de sus calles, del recuerdo de personajes populares, de cómo se bate la harina para fabricar un papagüevo. Es la crónica de encuentros con gente del arte y de pequeñas vivencias personales, que se convierte en el texto que habrá que leer ahora y dentro de cien años cuando se quiera revivir la ingenuidad de Agaete desde la visión de otra galaxia.

*(noviembre, 1996)*



## Cuadros en la estación

**L**a Ciudad ha dejado colgadas en el palmeral de su más reciente historia cuatro estaciones de viajeros. Las generaciones del último cuarto de siglo pueden encontrar en su memoria los lugares donde atracaban los coches que, atestados de viajeros, procedían del interior de la Isla. A Bravo Murillo arribaban los del Norte; a las riberas del Barranco Guinguada, por el Toril y el Terrero, llegaban los piratillas del Centro, y por la trasera del Teatro entraban los de Telde. La ciudad los engullía en el afanoso trajín de sus calles y comercios.

Pero sin duda, la estación con más solera, con su consigna y expendeduría de billetes, sala de espera y andén, estaba en la esquina de Bravo Murillo con la calle Eduardo. Allí se daban cita los entrañables ‘coches de hora’ comprados a los ingleses, que llenaban con el renqueante amarillo de sus carrocerías todo aquel entorno. Desde primeras horas de la mañana, la estación y las aceras del Camino Nuevo aparecían llenas de gentes del campo, que con lecheras, seretos, alforjas y la cara colorada traían, junto a su caminar pausado, un refrescante lenguaje de Isla adentro.

Cuando a la hora de la partida uno veía colgados de aquellos grandes carruajes los letreros ‘Mogán’ o ‘La Aldea’, pare-



cía que se iniciaba un viaje de aventuras al más allá de la Isla, que comenzaba a media tarde y podría concluir, tras muchas vueltas y revueltas, ya bien entrada la noche.

Pero la historia también tiene sus remolinos, y un día todo aquel cuadro de costumbres se vio alterado de tal manera que se creó una nueva geografía urbana. La plasticidad del lenguaje popular inventó 'El Hoyo', que en invierno se llenaba de agua y barro y en verano la polvareda distraía el lustre de los zapatos. Más tarde apareció una moderna estación de guaguas por donde pasan a diario veinticinco mil personas, que desde el pedestal son observadas, con los ojos vacíos, por el novelista que mejor conoció el alma popular.

En este lugar tan público, de tanto calor humano, los artistas del Grupo Espiral, pintores y escultores de la ciudad y de la isla, encabezados con el entusiasmo de Felo Monzón, acaban de colgar una exposición colectiva que le da un giro neocultural y supera el antañoso costumbrismo que impregnaba el ambiente de la vieja estación. Y este dato es doblemente significativo. Porque, por una parte, los propios artistas salen de la solitaria torre creadora y *bajan a la estación*, y, por otra, porque a la vez que se abre un escaparate para las estéticas más conceptuales, éstas se ponen al alcance de las numerosas personas que a diario utilizan el transporte colectivo.

De este peculiar didactismo del arte saben mucho todos los que se aglutinan en torno a la iniciativa que, desde hace dieciséis años da cuerpo al Grupo Espiral, y, sobre todo, Felo Monzón, quien nunca ha dejado de soñar con las nobles utopías de los creadores sociales.

(noviembre, 1996)





## Mr. Chirino y su Lady

Tengo de Martín Chirino metidas en la mente dos imágenes mediáticas. La primera data de 1983, cuando, tras ser nombrado Hijo Predilecto de la ciudad, fue entrevistado en televisión. La otra, es una reciente fotografía en la que el escultor aparece con el antebrazo apoyado en su Lady Harimaguada, como si se tratara de un velador de los retratos de antaño. Las dos imágenes, separadas en el tiempo, tienen que ver con el Tiempo.

Hace tres lustros, mientras paseaba por Las Canteras, Martín Chirino contaba lo más granado de su vida, y para ilustrar sus palabras, se arrodilló en la arena mojada, en esa línea imaginaria que divide la tierra y el mar, y dibujó una espiral. El cámara enfocó la obra recién hecha y poco más tarde las olas habrían de borrar aquella efímera creación. Creo que ha sido la espiral más percedera de las ideadas por nuestro artista. Saco ahora a la luz la inédita impronta de entonces:

*«Todos podrán recordar aquella tarde cuando todo tu cuerpo, todos tus ojos, todas tus manos, tu sangre total, se inclinaron sobre la arena de la playa. (Todos son un grupo de técnicos de la imagen, un corro de curiosos, los de siempre, y más tarde la legión de teleadictos, en suma: la Isla). Las olas*

que en algunos casos de impresión el año 1984 de la foto.



*Martín Chirino,*



*se apartaron, y en aquel espacio -ejemplo bíblico de eternidad- en un momento, sin ningún grito atronador, pariste una espiral para prolongar tu existencia en huesos de pergamino, en actas de ayuntamiento, en coronas de cristal que se alzan para el brindis de wisky capitalino. (Todo quedó en el celuloide, y se repite cada año, y se repetirá a la hora de tu muerte, porque la Isla es así, los cultureros son así, no lo podemos remediar). Sin embargo, todos, los de ahora y los de después, olvidaron la vuelta de las olas de su apartamiento. Al amanecer sólo eran perceptibles unas huellas de gaviotas».*

La segunda imagen de Chirino no es la de la melancolía por el paso del tiempo, sino es de esas que tratan de agarrarse al calendario, con la apostura del joven mozo que se apresta a ser ceremoniosamente eternizado en un estudio fotográfico. Pero aquí, ya no es sólo el escultor lo que permanece, sino sobre todo su obra. Porque la textura y el significado de estas volutas ancladas en el perfil de nuestra avenida más urbana tienen vocación de permanencia. Vienen de una tradición artística lejana, poseen la forma del mar en su rompiente y sintetizan la concreción del viento en una cabellera femenina o vegetal. Es la solidificación de la ola y del viento, las fuerzas cósmicas que se dan cita en esta Isla, con el significado del cosmopolitismo que mira al horizonte naciente y a la fuerza de sus ancestrales habitantes. Lady Harimaguada & Míster Chirino forman ya parte del paisaje de esta ciudad, como las gaviotas y el mar que siguen meciéndose en el entorno de su costa.

*(diciembre, 1996)*



## La Laguna

**A**parece La Laguna en este tiempo de su quinto centenario como un ensueño en la memoria de las islas. Una evocación que se dibuja en la solidez de esta ciudad matriz y adelantada, donde anidan la fantasía y la realidad en un juego de equilibrios entre el ser y el parecer, entre el sol de la mañana y el frío de la tarde, entre la procesión sobre alfombras efímeras y la pelota de goma contra la manifestación estudiantil, entre la innovación investigadora de sus laboratorios y los rezos mortecinos en sus claustros y sacristías.

Marca La Laguna un antes y un después en la vida de tantos hombres y mujeres de esta tierra, que atracaron en sus calles con la imberbe y virginal mocedad, y que al fin los devolvió enamorados del vivir, pletóricos de pasiones y de proyectos para la edificación del futuro.

Tiene esta ciudad en toda la extensión de su vega un ritmo interno que la hace siempre eterna. Sus calles, sus casas, sus piedras, su luz y sus gentes surgen ahora, en fragmentos de quimeras juveniles, con el tiempo detenido en el sosiego de sus rincones y en la memoria de nostalgias esfumadas.

Aguere de geometrías. Rectilínea ciudad, abierta en los cuadriláteros de sus plazas; negrura cóncava de paraguas y



*Remate de la Casa Salazar (La Laguna).*



*Detalle del Monasterio de Las Catalinas en La Laguna.*



diagonales de lluvia plateada. Torre vertical en la Carrera y sones de campaneos contra los guijarros. Tejados de antaño y paredes desconchadas. Un canónigo. Una mujer tras la ventana de guillotina. Iglesia destechada y esquelética en la calle palaciega. Y la vieja cirila que traspone renqueante por el camino de la Concepción.

Laguna rural, con mujeres de pañoletas y lecheras en la recova, plaza de olores y tratos agrarios. Laguna estudiantil con paraninfos apasionados de juventud y de soledad alumbrada con flexo sobre un libro siempre abierto. Laguna filosófica y surrealista, reflexiva y poética, levítica y conventual, erótica esfumada en la neblina del amanecer. Planicie de angustia unamuniana, poema regional. Pupila dilatada, con alegrías etílicas en la fría madrugada isleña. Cantos que sabandean por las esquinas sus amores ocultos bajo la manta. Laguna finisecular ampliada en la periferia de la Trinidad, con tribus urbanas en el escaparate de neón fluorescente que vuelven anacrónicos los perfiles de antaño.

Ahí está la ciudad, cuerpo de mujer, requiebro de libertad deshojada. Porque La Laguna, ahora en sus quinientos años, pentacentenario de urbanidad, no es desde el recuerdo una crónica continuada y lineal, sino un cúmulo de vaivenes, de fragmentos, de amores, de vinos, de lecturas, de vidas a medio hacer, de caminos largos, de mercedes y esperanzas que se transpiran más allá de su mera y centenaria existencia.

Ahora, en las solemnidades y celebraciones de tus años, Laguna isleña, Laguna canaria, nuestra La Laguna, llego a ti, peregrino del alma en la evocación, y te dedico el adjetivo, el homenaje y la canción que aprendí a bruñir en la entraña sublime de tu silencio nocturno.

*(enero, 1997)*



## ***Lalaguna: otras prosas***

A parte del adjetivo que intemporaliza con solemnidad a La Laguna en su quinto centenario cada cual tiene su vivencia lagunera llevada hasta el extremo personal porque el estudiante de cualquier ciudad universitaria es hijo de su época de su imaginación y de sus actos y llegados a este punto la poesía se convierte en prosa profana y provocadora pues Lalaguna guarda también las acciones de todos los que fuimos personajillos felices a medio guisar en la fragua de vida adolescente en la planicie de una ciudad señorial que vive entre los linderos de la surrealidad y la alcantarilla y es que esa señora detrás de la ventana de guillotina un día por fisgona puede aparecer con la cabeza encima del velador como en *Crimen* de Agustín Espinosa o quien camina con los apuntes todavía calentitos recién salidos de la boca del catedrático de Dialectología o de Derecho Romano y al cruzar por los alrededores de la recova se da de bruces con una vaca que es empujada camino del matadero que está allí mismo al borde de la acera y le clavan la puntilla y el animal cae a tierra y diez minutos más tarde el hombre tetrapléjico que estaba en la esquina le saca la cinta métrica de todas sus tripas allí delante de tus narices quizás la misma vaca ilustrada que un día entra por la puerta lateral de la universidad y llega a la escuela de periodismo tan campante y Juanito Cruz le regala un reportaje en *El Día* o aquel que supera el Derecho

Decoraciones de Barroco plateresco. Techo vegetal en la Capilla y salidas de carpintería ornada sus gólgotas. Tejados de madera y puentes de hierro: balcones. Urbanización: El centro está rodeado por un muro de piedra. Dentro, el resto de edificios son de piedra y barro.



*Detalle de la fachada del teatro Leal de La Laguna.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. E-Biblioteca Universitaria. 2006





Político porque el catedrático da aprobado general por la sencilla razón de que ese día de febrero ha aparecido el sol en La Laguna lluviosa desde no se sabe cuando y porque al susodicho profesor le ha salido de los mismísimos y el estudiante jubiloso se va a celebrar el acontecimiento con una sonada borrachera de perras de vino y manises que vomita en la madrugada sobre la cama de su novia que ríe la gracia sin menoscabo de que se consumen los amores entrelazando los vellos de los pubis respectivamente o aquella tarde de verano cuando tropiezas con la compañera que se ha sentado durante todo el curso a tu lado en el mismo pupitre y no te reconoce simplemente porque vas con el disfraz que te han dado en Hoya Fría y las tardes de bostezo cuando te mueres de frío por sólo haber comido las papas embadurnadas con un huevo frito que te ponían en el dosyuno o el perro que aprueba Psicología porque el profesor decreta aprobado a todos los que van a clase y el perro es de esos privilegiados y quien roba los patos de la Catedral y los encierra en su habitación del colegio mayor de la calle Viana y los colegiales mangoneados sin criterios claros sobre nuestra cultura vestidos de gala haciendo una ofrenda floral ante la supuesta osamenta del guanarteme galdárico esa es La Laguna desideologizada porque la ideológica merece un trascendente respeto.

*(enero, 1997)*



## Los pinares

**E**n el zigzagueante horizonte de las cumbres, los pinares se convierten en ondulada cabellera de la isla. Si hace cincuenta años sólo aparecían repoblados los macizos de Tamadaba y Pajonales, ahora la neblina queda atrapada entre la verdura de un manto vegetal que se extiende por lo que antaño fueron cañadas de ganados, tierras de siembra y soledades geológicas.

Hace tres décadas la isla interior vivió una fuerte emigración del campesinado que favoreció la repoblación forestal de los manchones. Sin embargo, no hay que olvidar que esa ocupación fue una reconquista que dejó atrás la dolorosa cesión de las suertes heredadas y que fue enjugada con un puñado de plata que cabía en la envoltura de un pañuelo. El devenir de los acontecimientos suele tener muchas revueltas y hoy la historia se escribe al revés. La resistencia de entonces se ha vuelto benévola aceptación por quienes se vieron obligados a cambiar de oficio y que ahora viven de los menesteres del pinar.

Estos pinares de cumbre son los que reciben la primera alborada que se abre sobre la Isla; durante el día se llenan de arrullos de pájaros, de graznidos de cuervos, de zureo de palomas, de revuelos de tórtolas; el viento relata la verde sinfonía de su salmodia, y en sus finas ramas quedan atrapados los rayos



*Juan Nogales Hernández, ingeniero de Montes, recibió el Pino Canario de Oro en la primera fiesta del Patrón de los Pinares, celebrada en Artenara en 1997.*



del sol poniente, antes de que la luna esconda el juego de su fantasía en la sombra de las copas.

Todo se ha llenado de leyenda. Los hombres quieren que la fuerza mítica les guarde los pinos para siempre y para ello se han acordado de un viejo leñador que sus progenitores encontraron perdido en medio del pinar. Y es que a ese patriarca de las montañas, de rostro barbado y mirada al frente, que empuña una reluciente hacha de plata como sugerente símbolo de una *justicia ancestral*, y en su *mano izquierda tiene un libro que guarda palabras de sabiduría*, la buena gente de Artenara lo convirtió en su vecino más honorable; con el tiempo, lo nombran mayordomo de sus sementeras, le piden agua en los años de sequía y, ahora, cuando los pinos se extienden por toda la cumbre, lo ascienden a patrono de los pinares.

Sin embargo, aparte de esa suerte celestial de San Matías, los pinares necesitan de una planificada protección con acciones claras y precisas de política medioambiental, que potencien su conservación. Si se crea un espacio de celebración festiva es para generar una cultura proteccionista del pinar y de los valores patrimoniales y paisajísticos que van más allá de un tiempo concreto. Porque en la vida de las comunidades hay *acciones que están por encima de los hombres y que trascienden las propias generaciones*. Los pinares de Gran Canaria son la herencia más valiosa que quedará para los isleños del futuro. Y es que esta isla, tan limitada en su territorio y atenazada por la destrucción de sus cuatro esquinas, guarda en la cabellera de sus pinares una cédula de preciada identidad.

(febrero, 1997)



## Tinamar

**E**l topónimo Tinamar extiende la sonoridad de su grafía por ese territorio que comprende el actual municipio de San Mateo y que desde la primera colonización y durante muchos años se denomina la Vega de Arriba. En estas vertientes enhiestas, donde la Isla proyecta su cumbre más alta por el Gamonal, Camaretas y Roque Saucillo, la tradición agrícola se ha enriquecido con arboledas que en febrero contrastan la blancura de los pétalos con el verdor de los tesos. Los labriegos se agolpan en el mercadillo cada fin de semana a exponer su cosecha, y para muchos isleños subir a San Mateo se ha convertido en ruta que combina el paseo al campo con la compra de productos que huelen a la frescura de la tierra.

Estos caseríos de isla arriba han sido cuna de personajes alzados en el sentir isleño. En la memoria clerical y docente aparecen las figuras de Manuel Socorro, Tomás Ventura o Rafael Gómez Santos, conservadores de época, estilo e ideología. El manantial de innovadores de la plástica artística formado por Juan José Gil, Paco Juan Déniz, Judith Marrero, Rafael Monagas, que han vivido y sienten el pulso de su pueblo; los soñadores de personajes novelescos, Antolín Dávila o Emilio González Déniz que mantiene su argumentado divorcio con el lugar, y el aliento cultural y periodístico de Rafael Franquelo.



El que un pueblo sea prolífico en creadores de arte es atribuible a la casualidad. Sin embargo, con un gramo de leyenda, acaso esta Vega de San Mateo, en la media altura de la Isla, que mira al lejano horizonte del mar y que linda con los perfiles de la cumbre más alta, sea propicia para el desarrollo de fantasías y quimeras. San Mateo es pueblo de labranzas, pero también es lugar donde se aran los versos y se cultivan los sueños. En esta Vega de Arriba, hasta un reciente pasado, la gente ha tenido que luchar con esfuerzos cotidianos, como en todos los pueblos de la Isla interior, para encontrar caminos de cultura que superan una visión más limitada de las cosas.

Ahora el ayuntamiento acaba de nombrar Cronista Oficial del municipio a Pedro José Rodríguez Suárez. Y allí estuvimos acompañando a este hombre entusiasta que se va a convertir en la voz común y de referencia de la historia íntima local para el disfrute de su gente. Es un hombre con empeño, que ha rastreado los viejos legajos, los archivos y las crónicas que hacen referencia al pueblo. Aunque aún inédito, su trabajo sistematiza los factores que crean el tejido histórico de esta importante localidad, los conflictos de las aguas, la creación de las ermitas, la segregación administrativa de Santa Brígida o la vida cotidiana en 1888 descrita por el médico Federico León. Conoce el archivo viviente de hombres y mujeres que conservan la voz y la memoria de las cosas y que propician el rescate de la identidad del pueblo natal. El placer de conocer la historia de la vieja Tinamar está asegurado.

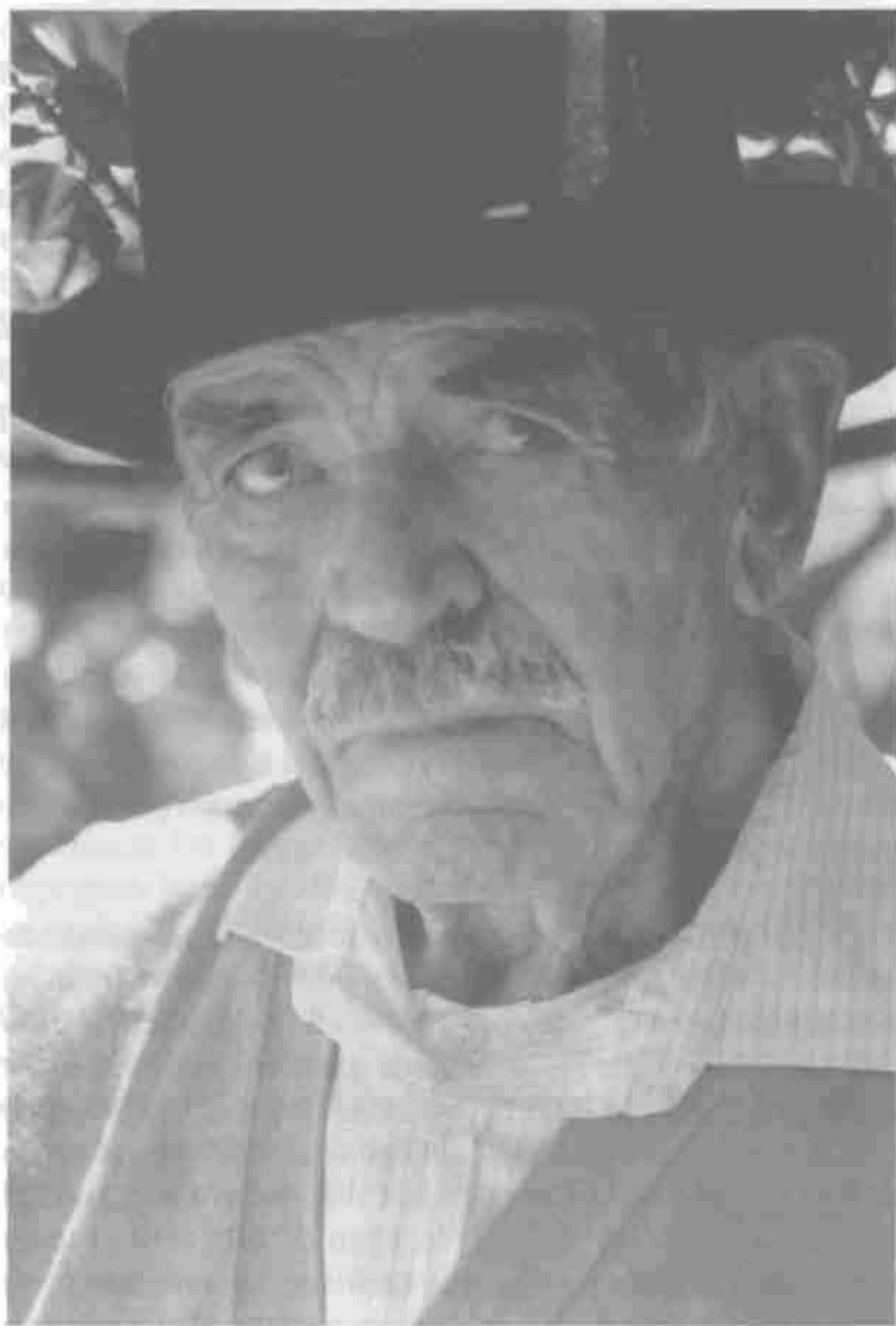
*(marzo, 1997)*



## Los Cárdenes

**E**n la Isla es frecuente el vínculo de familias a zonas concretas del territorio. Hay apellidos unidos al lugar desde tiempos remotos. La falta de comunicaciones hacía sedentaria a la población que se establecía en el entorno de las comarcas. Artiles y Bordón, en Agüimes; Yáñez y Domínguez, en Teror; Rosales y Henríquez, en Arucas; Báez y Ponce, en Firgas; Díaz, González y Medina en Artenara. Los Cárdenes se asientan en Tejeda y echaron sus raíces en las Casas del Lomo donde viven desde el siglo XVII. De allí se fueron expandiendo por razones de oficio y de trabajo a otros lugares de la Isla.

Pedro Cárdenes fue un arriero de la Cumbre, que desde mediados del siglo pasado traficaba entre Tejeda y Artenara, donde prendió sus amores con Fructuosa Rodríguez. Vivieron en las cercanías de la Plaza, lugar de comercio y de acarreos, y donde una noche de 1895 hubieron de apagar el incendio que destruyó el archivo municipal. Luego se asentaron en el barrio de Las Cuevas, en la Cueva de la Cilla, que era depósito del diezmo eclesiástico, y allí, a lo largo de este siglo, fueron medianeros de tierras, de aguas y de frutos. La ambición de su trabajo los llevó a adquirir las mismas tierras que siempre cultivaron.



*Juan Cárdenes Rodríguez, un viejo labrador de Arténara que parecía echar raíces en los siglos.*





A esta antigua familia pertenecía Juan Cárdenes, el personaje más viejo del pueblo, que acaba de rendir el tributo de sus días en este mundo. Juan Cárdenes estaba en Artenara mucho antes de que llegáramos cualquiera de nosotros. Era el viejo labrador que parecía echar las raíces en los siglos, con el tiempo detenido en su andar, en su palabra y en su pensamiento. Fue un hombre pegado a las fincas y a la tierra y por ello adquirió ese prestigio íntimo que sólo alcanzan las personas de bien. Lloró la pérdida de sus dos esposas, Cristina Romero y Adelaida Perera; fue concejal en la democracia de 1933 y otras veces a lo largo de su vida; administraba las dulas del agua del Barranco de la Madre; los vecinos recurrían a su criterio cuando necesitaban partir las herencias; fue mayordomo de una tradicional cofradía y en el recuerdo aparece como el enterrador de Cristo la noche del Viernes Santo. La gravedad de su voz y de sus manos le daban autoridad para coger al Cristo muerto, como quien acuna a un niño, y llevarlo en procesión, entre faroles y silencio, hasta el sepulcro situado en el presbiterio. Luego caía la losa con un estruendo que estremecía a todo el mundo.

Fue Juan Cárdenes un hombre de yeguas, de trillas y de rezos; de palabra parca y bien medida, de sombrero negro y misa dominguera. Hace dos veranos hablé con él a la sombra del limonero de su casa de La Crucita, y aunque su voz venía del siglo XIX, su mirada se perdía más allá del horizonte de la Montaña del Brezo, donde el tiempo lo ha llevado al otro lado de sus labranzas.

*(abril, 1997)*



## **Inventario escolar**

**S**i hay una huella que cala en el individuo es precisamente la del entorno en que se desarrollan sus primeros aprendizajes. Los novelistas no cesan de mirar hacia ese impacto de vida como fundamento de sus quimeras ya que el encuentro del niño, desnudo de conceptos, con las cosas, se convierte en fuente de recreación literaria, en la que magia y realidad quedan entreveradas. El más remoto aprendizaje institucionalizado sucede en la primera escuela, que también suele dejar una marca indeleble en la memoria.

La exposición sobre la Historia de la Educación en Canarias refleja la etnografía de nuestra escuela. Las generaciones del Internet se asombran ante la elementalidad de un arado y los muchachos crecidos a la sombra de las siglas que regulan sus currículos educativos se sorprenden de que la vara de mimbre era el único reglamento de régimen interno aplicado en algunas aulas. Esa es la anécdota.

Pero detrás de todo prevalece la humanidad de tantos maestros y maestras que gastaron su vida en escuelas dispersas por los caseríos de las islas. Secciones de jóvenes de seis a catorce años, cubrepolvos, morrales, tinteros y plumines, leche en polvo a media tarde, recreos en alamedas. En este inventario



de la memoria colectiva, surge el perfil de la inspectora María Paz, que llegó a ser un fenómeno sociológico en esta tierra. De vínculos tradicionalistas, fue la primera mujer que tuvo carné de conducir en la isla, y el desempeño de la jefatura de la inspección de enseñanza primaria, cargo relevante en una época conservadora y en un contexto en el que la mujer quedaba orillada de protagonismos profesionales, le llevó a conocer todos los rincones de la isla con clave educativa. Su carácter mostraba a la vez el carisma de la autoridad y la campechanía.

En el recuerdo surge una caravana de tres mulos que conducen a la inspectora, a su secretaria y al alcalde del pueblo en visita a las escuelas, similar a la que realizaban los obispos a las parroquias en siglos pasados, para que los maestros no olvidaran de enseñar las oraciones gramaticales y, sobre todo, las divinas. Y llegaba a Acusa y Lugarejos, a la Solana y al Espinillo, los barrios más abruptos de esta isla, a estar un día con sus maestras. Es la misma dama que forma cortejo en la procesión del Pino con su pabela y con su señorío, y la primera que pregonaba las fiestas de sus vírgenes.

María Paz vive ahora la desmemoria de su ancianidad en una residencia de Tafira. Quien tanto supo de la escuela isleña, de construcciones escolares, de órdenes para el cumplimiento de la normativa, queda arrumbada en un rincón de este inventario. La mujer de ojos grandes, lúcida y locuaz, que con su presencia y su voz llenaba de asombro temeroso una vez al año la escuela de mi pueblo, es una metáfora real de la servidumbre que el vendaval del tiempo, a veces justamente, somete a la primera memoria.

*(abril, 1997)*

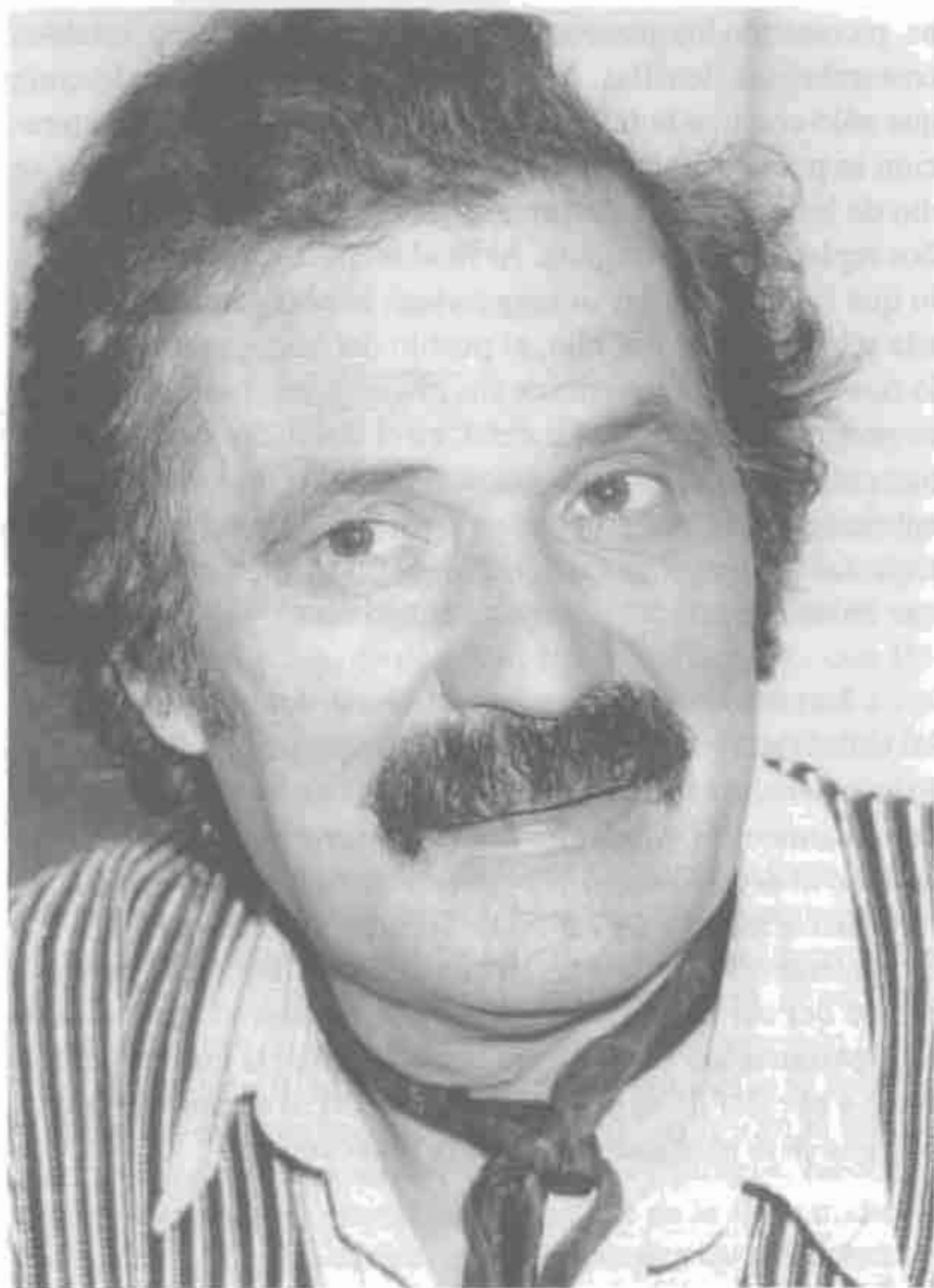


## Orlando en Agüimes

**T**al vez la vida y la obra de Orlando Hernández inspiren a los biógrafos de nuestra cultura a trazar un perfil de luces y de sombras de este escritor vocacional que siempre vibró con la esencia de su isla. Y es que esta isla de los demonios tiene muchas caras, de la misma manera que también tiene asumido los círculos de una cultura con atávico esquema tridentino: gloria o infierno. Y todo parece establecido por golpes de advenedizos con pose manierista que se complacen en lo fragmentario y en lo efímero.

A veces no se comprende que detrás de un creador habite la informalidad y que debajo de la bohemia esté el no aceptar cánones sociales. Porque el que OH haya llegado al prematuro final de su vida, oxidada por los efluvios espirituosos, es quizá la clásica historia del vicioso círculo en el que participan la actitud personal y la trama colectiva.

Sin duda, todo creador es a la vez víctima y producto de sus contradicciones. Orlando Hernández las tuvo a lo largo de su vida y eso es lo que singulariza su definitivo perfil. Pero hay que ponerse en la piel de quien sueña con llegar a la orilla desde el autodidactismo, el anhelo de quien ejerce en el mundo de las letras sin haber sido bachiller. Ahí está su obra, rural y urba-



*Orlando Hernández colmó su inspiración en lo popular, en el apego a la Isla y a la bohemia.*



na, picoteando los géneros: teatro, novela, periodismo, retablos costumbristas, letrillas. Y es que el ingenuo de Orlando creía que sólo con una honda vocación y con la espontánea inspiración se podía triunfar en la república del mercado cultural y se dio de bruces con su destino, inspirado en el restriego de sueños repletos de madrugada. Al final lo que hizo fue ahondar en lo que siempre colmó su inspiración: lo popular, el apego a la isla y la bohemia. Por ello, el pueblo del Sur, que fue su cuna, lo convirtió en el referente de sus lirismos, en el cantor épico de su geografía e historia elemental, en el diseñador de personajes que eran sueño de jóvenes actores. Estas gentes sienten la desaparición de su más espontáneo creador literario y pudieron expresar con sencillez folclórica que con Orlando se iba alguien que había captado sus vivencias singulares.

La tarde que Orlando capitaneaba su cortejo funerario por las calles de Agüimes, inundadas de blancura, de sol y de brisa, Falcón Sanabria recitaba a mi oído estos versos del Poema Coral del Atlántico: *Mediodía de las rosas/para gaviotas de fuego/una lluvia de narcisos/está enamorando al viento*. Con Orlando Hernández inerte en el centro de la Plaza, a la hora en que la luz de poniente sobredoraba las esbeltas torres de Agüimes, un suave viento del sur mecía los laureles y se llevaba al mundo de la transparencia los versos de un poeta popular, la música del folclore y el calor de su pueblo que despedía al amante de la Isla, a la que dejó para siempre su letra y su canción.

(mayo, 1997)



## Artesanos

Una anciana hilandera de Acusa, inmortalizada en una placa fotográfica que desde 1895 se conserva en El Museo Canario, es la expresión más sencilla y a la vez más profunda de la estética que inspira la artesanía popular. La conversión de una informal nube de lana en delicado y sólido filamento, con alados movimientos de los dedos, en un juego entre la rueca y el huso, es un gozo para la reflexión sobre los fundamentos de las artes más rudimentarias.

Artenara, como histórica sociedad agraria y ganadera de isla adentro, guarda la sabiduría de las tradiciones populares en el humano protagonismo de sus artesanos. Con el paso de los siglos, junto a las tareas de la ruda vida campesina, se va dibujando una corte de oficios que constituyen la expresión de las habilidades manuales de las gentes; estas artesanías se enseñan y aprenden en el sosiego del ámbito doméstico y en el tiempo alargado de las tardes cumbreñas. Mantas y gánigos, escobas y cestos, sombreros y esteras son utensilios de la vieja tradición necesarios en la vida campesina de entonces y que elaboran los convecinos que poseen esa facultad aprendida en la inmediata observación.

El propio entorno de la localidad ofrece los materiales apropiados para su elaboración, lo que lleva a que la actividad

...placentero los primeros días, cuando, por fortuna, estaba  
 o... Y un año después de...  
 que sólo con una...  
 ción se podía...  
 de de...  
 los... Al...



*Justo Cubas, alfarero de Lugarejos (Artenera), en una muestra del «Caserío típico representativo», fomentado por el Cabildo de Gran Canaria en la década 1960-1970.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPOC. Biblioteca Universitaria. 2025





se concrete en los diversos barrios del municipio, en algunos casos desde la época prehispánica: el barro de Lugarejos para las sorprendentes piezas de alfarería; la lana de las ovejas para las hilanderas y tejedoras de Las Cuevas; las hojas de los solitarios palmerales de Acusa para los artísticos objetos de palma; los juncos y carrizales del Barranco Grande para los cañizos, cestas y canastillos; arcones y cajas con la tea de los pinos de Tamadaba. La naturaleza al servicio del hombre y el hombre recreando la propia naturaleza.

En la memoria del pueblo quedan los artesanos históricos, Justo Cubas, Manuela Santana, Carmela Lugo; Corina y Teresa Alonso, José Guillén, Matías Díaz y su hermano Ismael, que se entrecruzan en el camino con los jóvenes entusiastas que impulsan la asociación de artesanos del municipio. Todos haciendo pueblo y construyendo cultura popular.

Este Centro de Recuperación de Artesanía que hoy se inaugura, así como el Centro alfarero de Lugarejos, van a ser muestras vivas y permanentes de las viejas tradiciones locales y significan un acercamiento a la visión etnográfica de la historia. Artenara acoge las señas de identidad de un patrimonio colectivo que sirve de referencia para mejor conocer el devenir de la sociedad isleña. El valor de la artesanía radica en que alguien entrega un trozo de su vida, de su tiempo y de su saber a la elaboración de un objeto irrepetible; sin embargo, estas muestras de la cultura popular, que son cálidas como la lana, pero frágiles como los gánigos de barro, deben alentarse con esmero para que ni el tiempo ni la funcionalidad más atrevida las conviertan en trizas con los golpes asestados por la industrialización igualitaria.

(mayo, 1997)



## Obelisco

**E**l paseante de la isla a veces detiene el paso, cuelga su adjetivo y, con la mirada en su alrededor, se encierra en una terca reflexión. Quince años atrás, la ciudad y la Isla se convirtieron en una sola voz para clamar por la creación de centros docentes donde los jóvenes pudieran seguir labrando su formación superior sin tener que cruzar lo que siempre se ha denominado, cariñosamente, 'el charco'. Y fue la única ciudad del mundo donde sus habitantes quedaron involucrados en un proyecto de construcción de lo que desde Alfonso X El Sabio se ha venido llamando institución emblemática. El proceso es conocido. Problemas iniciales; crecimiento imprevisible; pupitres atestados; campus dispersos; dineros salomónicamente repartidos; departamentos y endogamias; moquetas; publicaciones para el curriculum personal; dictado de apuntes al pie de la letra. Reglas del juego, es decir, transitoriedad pura. Progresivo distanciamiento de la realidad.

El paseante de la isla no entiende de energías eólicas, ni de ciencias marinas, ni de cables de alta tensión, aunque cuando sube por la carretera del Centro le impactan sobremanera las torretas que le impiden ver claramente el horizonte. Por eso agradece que alguien, desde la 'autoritas' le explique simple y llanamente esos fenómenos técnicos y sociales que se producen en nuestro espacio insular, con el único propósito de conocernos mejor y de crear un sólido tejido de identidades.



Pero, a veces, al paseante de la isla le asaltan otras dudas, como si fuera el tendero, el albañil o el portador de aquella pancarta que con el nombre de un barrio o de una asociación de vecinos se sumaban al clamor popular de antaño. Y ante las dudas, o los despistes en que nos quieren hacer caer los constructores de diccionarios, o el escritor con la mismísima aureola del Nobel, mira al Obelisco para encontrar una respuesta.

El Obelisco es una metáfora. Es un estilete soberbio que escribe en las estrellas. Puede ser el símbolo de los honores académicos, pero no habla de la Academia. En los obeliscos suelen recogerse inscripciones de héroes ortodoxos, pero el de nuestra Plaza, debido a que carece de leyendas, no habla de Ortografía. Y cuando surge la culebra de la Cultura Popular, nadie pisa firme para evitar la mordedura. O ante las evidentes amenazas a nuestro patrimonio expresivo desde el lacerante espontaneismo de la alcachofa metálica, el Obelisco no se pronuncia. O se cierra a acoger la palabra de los intelectuales.

El paseante de la isla se pregunta ¿qué es ser intelectual en esta tierra? Recientemente, un célebre periodista antes de entrar en la brillante Academia del esplendor, ha desempolvado las ideas de Jovellanos, y aunque a primera vista parezca anacrónico, puede ser una luz que relativice el compromiso con el entorno. Entre tradición e innovación siempre debe existir alguien autorizado que sirva de intérprete. Porque de lo contrario el espacio y la opinión serán ocupados por los falsarios.

El paseante de la isla detiene su enigmática reflexión y continúa su camino.

*(junio, 1997)*



## Miró Mainou: La cumbre (1)

**E**n los pueblos pequeños no suelen pasar desapercibidos los transeúntes que lo atraviesan en su deambular. Cualquiera se percata del mínimo movimiento que se produce en el camino, y menos desapercibido pasa quien se instala por un tiempo en su entorno. Desde la primavera de 1977 y puntualmente cada fin de semana llegaba a Artenara un hombre diminuto, silencioso, de pelo cano, incipiente barba y muy pausado en su caminar. Le acompaña una mujer que conduce el coche. Se quedan en la casa de La Esquina, al fondo de la plaza del pueblo, y poco a poco entran en contacto con algunas personas del lugar, también transeúntes de fin de semana.

En verano, su estancia se alarga durante dos o tres meses. Y en ese tiempo, el personaje, con una maletita y un caballete, se aposta frente a los paisajes y toma apuntes. Regresa pausadamente a casa, con la mirada puesta en el camino, como si estuviera agotado de mirar el roquedal. Un gorra de visera, unas gafas oscuras. Los vecinos lo identifican como el pintor, al igual que a tantos otros que esporádicamente suelen hacer lo mismo en cualquier requebro del camino.

De su nombre se sabe poco. Sin embargo, la mujer es extrovertida, y con facilidad habla con los vecinos. Ella es



*Miró Mainou.*



Carmina, y cuando se refiere a su marido lo llama Baudi. Pero nadie identifica en un primer momento al personaje. Algún ilustrado se atreve a pronunciar su nombre en francés: «Miromenú». No obstante, algo había quedado claro desde un principio, era un pintor importante. Al final del último verano ya muchos sabían que estaban ante un nombre reconocido: Miró Mainou. Esta es la crónica de su primer desembarco en Artanara.

Miró Mainou conoció Artanara al poco tiempo de llegar a la Isla, hace casi cincuenta años. A veces venía caminando desde Tejeda y siempre sintió admiración por la Cumbre. Desde mediados de los setenta quería buscar un lugar en el campo donde pasar el fin de semana; al fin, alquiló una casa en Artanara y esto ha sido determinante en su biografía. Venía al pueblo, pasaba sus temporadas, y como hombre de relaciones urbanas, recibía las visitas de sus amigos en la estética, Martín Chirino, Jeróninmo Saavedra, Juan José Gil, Manolo Ruiz. La casa, antigua y deshabitada, la instaló a modo de tienda de campaña; era un espacio que ofrecía condiciones para la vida casi bohemia de un pintor. Allí depositó todo su instrumental y tenía un pequeño estudio que era donde trabajaba.

Aquí vivió durante una docena de años. Se sentaba en el Muro de la Esquina con los paisanos, a participar en silencio de las tertulias, a impregnarse de la cumbre humana y a soñar en el paisaje junto a las nubes. Un verano escribió el articulillo *Visión ingenua de un pueblo*, precioso texto que recoge la poética colorista de sus vivencias. Artanara y Miró Mainou, un idilio de óleos y pinceles en la Cumbre de la Isla.

*(junio, 1997)*



## Miró Mainou: El paisaje (2)

**E**l paisaje es un referente clásico para la pintura. No es de extrañar que Miró Mainou, cuya formación inicial estuvo marcada por el tratamiento de temas paisajísticos, desde su primer contacto con esta tierra sintiera la atracción por la naturaleza y la luz de Gran Canaria. La isla para el pintor es percibida como un paisaje vertical, que tiene muchas variedades, según sea el norte o el sur, con zonas de difícil interpretación por ser muy heterogénea, bastante montañosa, con mutaciones en su atmósfera que dificultan el encuadre. Durante los doce años que estuvo vinculado a Artenara profundizó en la fuerza del paisaje cumbre como elemento nutritivo de su creación.

Según sus propias palabras, es imprescindible vivir el paisaje que se pinta porque se interpreta mucho mejor. El paisaje hay que conocerlo a todas las horas del día, ver los cambios de luz. La pintura de un paisaje fuerte es difícil. Y el paisaje de Artenara lo es porque su luminosidad está en permanente mutación, y en la pintura si no se hace caso de la atmósfera se pierde corporeidad. Los cambios de atmósfera son constantes en la cumbre y la gama colorista se diversifica desde el sereno amanecer hasta las doradas puestas de sol. El paisaje de Artenara es duro y a la hora de pintarlo hay que pensar en esa fuerza y no

Comenzó, y después se volvió a ser miembro de la Junta Directiva. Pero  
 estas actividades en un primer momento se pararon. Algún tiempo  
 más se volvió a permanecer en contacto con algunos de sus compañeros.  
 No obstante, siguió habiendo quedado claro desde sus principios que  
 era un pintor independiente. Al final del mismo verano se trasladó a  
 otra que estaba ante un notable reconocimiento. Miro Mainou  
 fue el nombre de este pintor. Miro Mainou - en Artinara.



Según el texto de la placa, esta casa fue construida en 1870 por D. Matías Perera González y fue durante cincuenta años comercio de ultramarinos. En 1925 quedó destruida por un incendio y se reconstruyó parcialmente en 1967. Aquí vivió entre 1977 y 1989 el pintor Miro Mainou, Premio Canarias de Bellas Artes 1992. La placa fue colocada en Artinara el 25 de agosto de 1997.





dejarse llevar por amagos extraños que desfiguren el paisaje y la obra.

Para meter todas estas sensaciones en su pupila, Miró Mainou vivió intensamente su estancia en la cumbre. En el relato de su presencia en Artenara la memoria nos lo presenta bajando por los senderos que parten del pueblo hasta lugares estratégicos para observar el barranco y los trigales. Se situaba en los alrededores del Roque García, Montaña del Brezo, Acusa Seca, o en La Crucita, frente a los trigales escalonados de la Montaña de Cabrera.

En Acusa admiraba las extensiones de sus campos, de sus trigales planos y el friso de las montañas que la circundan; desde el vértice de la Vega pinta los abruptos barrancos que configuran la Cuenca de Tejeda y la Meseta del Espinillo. La zona de las presas de Lugarejos, donde el barranco detiene los pinos de Tamadaba, también era un ámbito de su preferencia ya que los reflejos del agua y los entornos del bosque ofrecen un misterio especial, y tienen un encanto que le atraen a la hora de pintar. Artenara, concretamente, es difícil de hacerla caber en un cuadro. No es fácil cortar el paisaje agreste y eso es motivo de reflexión, de lucha por seleccionar el encuadre que ha de ser pintado. En Artenara lo más limpio para pintar son sus trigales. Lo demás es muy abrupto y muy quebrado.

De ese paisaje indómito de nuestras cumbres, la pupila creadora de Miró Mainou ha sabido abstraer las líneas estéticas de su fuerza y grandeza que le han llevado a crear admirables composiciones sobre la blanca superficie del lienzo.

*(julio, 1997)*



## **Miró Mainou: La pintura (y 3)**

¿ Es Miró Mainou tras su estancia en Artenara más paisajista? Yo no lo afirmaré con rotundidad, a pesar de que, paradójicamente, el paisaje constituye en su obra un recurso y una vivencia en el proceso de elaboración pictórica. Porque en Mainou, detrás de la obra acabada, hay que ver el proceso de creación: desde la observación de la realidad a la impregnación de la luz y de la atmósfera; desde la interiorización de ese paisaje referencial a la definitiva plasmación pictórica en formas coloristas, distribuidas en la blancura del lienzo, que es en definitiva lo que observamos.

Lo que hace Mainou con el paisaje de Artenara es una abstracción en sentido estricto. Es decir, el pintor abstrae de su observación aquello que considera lenguaje pictórico. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, en Artenara desprecia las grandes panorámicas y procede, en cambio, a seleccionar un trozo de lo que ve, para agrandarlo con el zoom de su mirada, hasta ocupar toda la dimensión de un lienzo, combinando las formas pictóricas para que tengan valor como pintura, no como rincón anecdótico de paisaje con idiosincrasia isleña. Lo que queda de isla impregnado en su obra es naturaleza, atmósfera, luz y color. No realiza Miró Mainou una abstracción concep-



**TRIGALES.** Miró Mainou. Óleo/lienzo (80 x 58). Colección particular.

*«Lo que queda de isla impregnado en su obra es naturaleza, atmósfera, luz y color».*



tual, ni pintura de paisaje en sentido literal, sino una abstracción desde la referencia que le ofrece la naturaleza.

Hace tiempo que disfruto con alguna de las obras de Miró Mainou, y a pesar de sus referencias lumínicas a paisajes isleños, no me atrevo, ni quiero, ponerles nombre. Lo único que importa al observador es la distribución del color en el entorno del marco. En una de ellas se observa el diálogo entre masas de pintura. Un manchón amarillo de trigales frente a un terreno pardo. Una franja de cielo gris frente a una franja de pastizales, y todo ello engarzado entre el claroscuro de las quebradas paredes que zigzaguean por nuestras montañas, pero que en el interior de la obra funcionan como la perspectiva distribuidora del color, llegando a lograr no sólo la fuga hacia el fondo del cuadro, sino una insólita perspectiva quebrada hacia la mirada del espectador.

Para Miró los temas por sí mismos no tienen sentido. Que sea un lugar u otro no es relevante. Por eso, Miró Mainou es un pintor de la naturaleza, no de la anécdota, que pinta no por cuestión sentimental, ni por motivos de identificación externa a la propia pintura. Los cuadros nacen por aquello que realmente los hacen pictóricos, la atmósfera y los claroscuros.

La trayectoria pictórica de Miró Mainou ha sido un regalo cultural para la Isla en este último medio siglo. Artenara tiene el orgullo de haberle ofrecido su hospitalidad, acogiéndolo durante una docena de años entre sus roquedas y entre sus gentes. Su endeble figura humana, reflexiva, silenciosa, con el perfil aristocrático de su mirada creadora permanece en este pueblo de la cumbre como un amistoso recuerdo.

*(julio, 1997)*

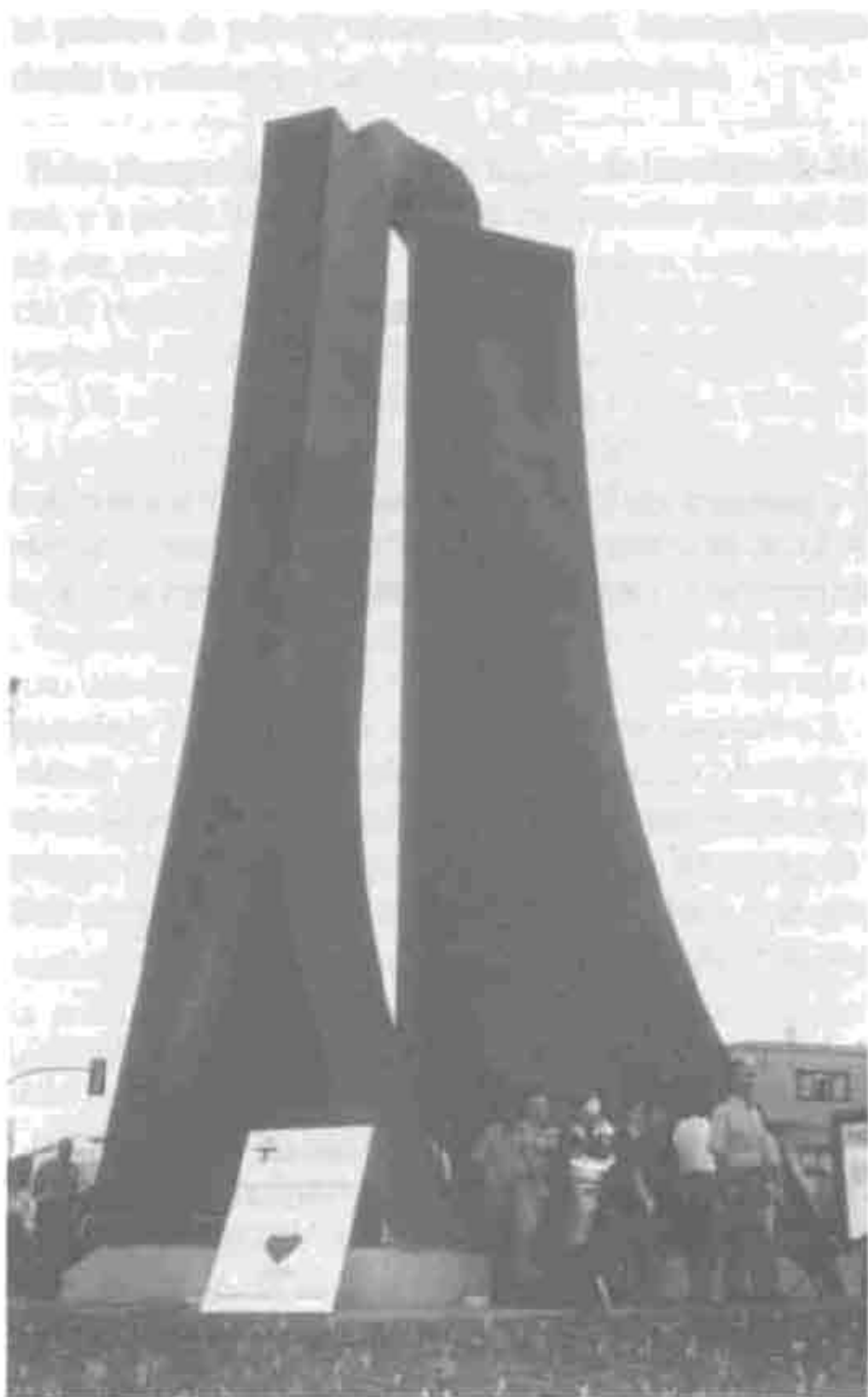


## La Portada

**E**l paseante de la isla se encuentra en el lindero de Las Alcaravaneras con 'La Portada', nuevo símbolo escultórico de la ciudad, novia atlántica que nos acoge y nos atormenta.

La Portada se clavó en este momento del siglo, en un lugar rodeado de casas irremediamente crecidas, donde las azoteas y los paramentos de los edificios inmediatos lucen anuncios de gaseosas, cola & pepsi. Por ello se siente la impotencia de que este símbolo no tuviera una perspectiva más diáfana para su contemplación.

Vivimos en una ciudad arrebujaada entre el cemento y la carencia de espacio, donde la estética es posterior a su historia urbana, que se empezó a escribir después del renacimiento, con callaos de la barranquera. Hubo un tiempo en que una muralla delimitaba lo de dentro y lo de fuera y el acceso a la ciudad lo regulaban unos humildes fielatos colocados al borde de la carretera. Cuando se hacen referencias a 'fuera de la portada', sólo nos atrevemos a imaginar un portalón de finca que se abría sobre el arenal. En la ciudad antigua o con leyenda medieval, las puertas de sus murallas son marcas de territorio y de ciudadanía. Toledo tiene hasta seis puertas y conserva sendas Puer-



*La Portada, una obra firme, erguida en un cruce de avenidas, entre la Ciudad y el Puerto.*



tas de la Bisagra, la vieja y la nueva; allí la vida cotidiana fue escribiendo la historia y más tarde los siglos convirtieron la huella urbana en monumento.

Sin embargo, esta ciudad nuestra, en la que todo ya está dentro, - el mar y la arena, los comerciantes y los parados, la gloria y el infierno-, estrena una Portada metálica, símbolo de los tiempos. Una obra firme y erguida que Máximo Riol ha colocado en un cruce de avenidas sobre un espacio medio ganado al mar; un punto de inflexión, donde el Puerto pierde su nombre para entrar en la ciudad o donde la ciudad se alarga hasta convertirse en barrio portuario; un lugar en el que, después de aflorar del subterráneo de las lomas, nos encontramos con las siluetas marinas del naciente y con la rapidez de la ciudad que nos traga en sus avenidas.

La Portada es una simetría femenina que se resiste a la penetración. Sólo la mirada se atreve a atravesar ese gran ojal que queda entre los labios de acero. Dos columnas férreas, austeras y limpias, que se complementan mutuamente y espejean sus fuertes aristas sobre sí mismas. Un par de obeliscos voluminosos y proporcionados que se anudan por el puente semicircular de su dintel.

La Lady Harimaguada, ya entrañable, se presenta en un juego de volutas que se recuestan a la orilla de los vientos y se solazan en la marisma; sin embargo, La Portada está ahí, erguida y desafiante, femenina, invitándonos a quererla en su novísima presencia, en medio de la vorágine de cemento y asfalto. Acaso lograremos hacerla totalmente nuestra cuando el ferruge del tiempo luzca en sus columnas y dos gaviotas se enamoren en la cresta de su puente indiferentes al paso vertiginoso de la ciudadanía.

*(julio, 1997)*



## La Historia de Mogán

A pesar de que los conceptos de 'centro' y 'periferia', en tanto ámbitos de comunicación, experimentan un progresivo cambio en sus significados, hay zonas de la isla que siguen saboreando el carácter de la lejanía. Localidades como La Aldea de San Nicolás, Artenara, Tejeda, Tirajana o Mogán tienen todavía para el isleño esa dimensión de la distancia y del ritmo mantenido en el sosiego rural. De estos pueblos se han ido desgranando en los últimos años páginas de su historia local que nos acercan datos y aspectos de su evolución.

Acaba de ver la luz el libro *Mogán, de la lejanía al cosmopolitismo*, de Francisco Suárez Moreno, profesor aldeano que ocupa sus pasiones en el conocimiento y divulgación de la historia de la comarca. *El pleito de la Aldea (1990)*, *Ingenierías Históricas de la Aldea (1994)* y *El maestro de obras Simeón Rodríguez (1997)* son ejemplo de una sorprendente labor de investigación realizada lejos de los cenáculos capitalinos.

Por las páginas de la monografía sobre Mogán desfilan los hechos y los protagonistas esenciales de su historia. Se analiza el doble proceso de colonización del territorio; primero, la lenta colonización interior de pastores y ganaderos que se asentaron en su valles y que determinan la creación de la municipalidad; la construcción de la primera ermita y la parroquia; las





referencias al proyecto de colonización en la época de la Ilustración, mediante la fundación de tres poblados, desde la perspectiva de mantener el equilibrio de distribución poblacional en el contexto de la Isla; las dimensiones del poder local en los años de la Restauración capitaneado por la biografía caciquil de Marcelino Marrero, *el virrey de Mogán*; la dinámica de la distribución de la propiedad agraria y su posterior desmembración. Asimismo, se recoge la progresiva colonización turística, atraída por el mar de «las calmas de Canaria», que ha mandado al traste, debido al fulgurante ascenso de la explotación del ocio, el equilibrio que esta isla necesita entre economía, progreso social e identidad.

Los principales núcleos poblacionales del municipio, sobre todo Arguineguín, las desembocaduras de los barrancos y las agrestes laderas, han sufrido gradualmente en los últimos veinte años las convulsiones de una explotación desnortada que a todas luces, y sin utopías, podría haber sido de otra manera.

El proceso de cambio que sufre la costa de las islas, donde los pescadores, que guardan en su mente las leyendas de su mar, conviven con una población foránea que se impone a los rasgos de una identidad autóctona, tiene en Mogán la más clara ejemplificación. ¿Europeos todos? ¿Cosmopolitas y periféricos? La inexistencia de una burguesía isleña y los vaivenes de una planificación sin determinaciones institucionales contundentes hacen que el tejido social y la propia identidad vivan en precario. Esta necesaria reflexión queda planteada y abierta en este importante libro de Francisco Suárez Moreno. El futuro se encargará de escribir la historia de los más recientes acontecimientos que por su honda implicación en el espacio insular trascienden la propia historia local.

(agosto, 1997)

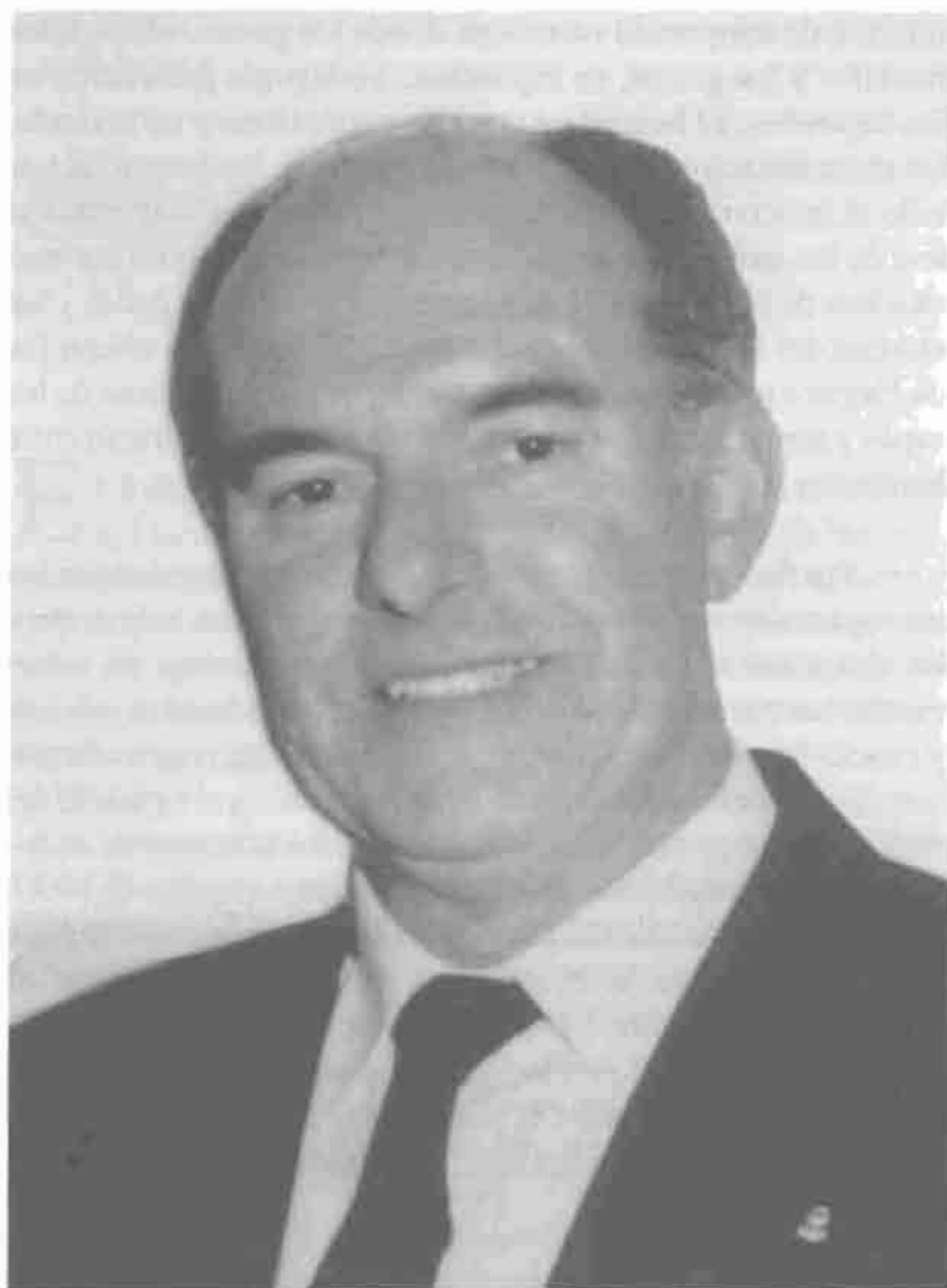


## Firgas

**L**os pueblos de la Isla se fueron recostando en las vegas de la costa, en la umbría frondosa de las medianías o en los cruces de caminos de la cumbre, entre calderas y ventiscas. Firgas marcó su solar al borde de las cantoneras del agua, en el altozano de La Montañeta, y abrió su balcón sobre la costa norte de la Gran Canaria.

La geografía de la isla coloca a Firgas en el lindero de lo que fuera el umbroso bosque de Doramas, lleno de laurisilva y de paloblanco. Pero es sobre todo el agua del Barranco de las Madres la que le dio futuro al lugar. Y allí, también al borde de la acequia, se levantó la primera ermita a comienzos del XVI, y un siglo más tarde los dominicos erigieron un convento donde durante más de doscientos años enseñaron letras y rezos a los isleños de aquella comarca. Fue la primera tierra de asentamiento de Rodríguez Palenzuela y desde muy pronto se asentaron los Ponce y los Báez, los Arencibia y los Marrero, que conocieron las molindas de caña en los trapichillos.

El poder curativo de las aguas ferrugientas de Azuaje hizo de Firgas un pueblo de veraneo y de posada, cuando las refinadas gentes de la ciudad y de la isla subían a remojarse en las bañeras del barranco. Y allí, se disfrutó ese ambiente de isla



*Manuel Perdomo Cerpa,  
Cronista Oficial de la Villa de Firgas.*



interior, de temporada veraniega, donde los gustos urbanos, los modales y los gestos, en espontánea pedagogía prendieron en los lugareños. El hospedaje en casas particulares y en la fonda; las representaciones teatrales en la sociedad; los juegos de tresillo al fresco de la plaza, y la tertulia y el paseo vespertino al son de los campaneos del reloj. A la hora de la siesta, los muchachos de la ciudad se escapaban a jugar entre las cañas y las charcas del barranco y aprendieron de los atrevidos chiquillos de Firgas a meter una paja de centeno por entre las ancas de los sapos y soplar hasta que reventaban el cuerpo del batracio entre las manos y la cara.

Por San Roque, en la mediana de agosto, Firgas se vuelve un reguero de sentimientos en los que se mixtura la historia y las devociones. De las devociones al santo milagrero saben mucho los romeros de toda la Isla; y la historia local la saborea y enseña Manuel Perdomo Cerpa, recientemente nombrado primer cronista oficial de la Villa. Llega el cronista al ejercicio del honorífico cargo con el bagaje de una dilatada lectura de archivos, con la recopilación de documentos para escribir su historia, con la ordenación del florilegio que los pregoneros han ido desgranando sobre la leyenda, los datos, las vivencias y las emociones de la Villa. Pero llega, sobre todo, con el entusiasmo de seguir creando en su villa natal un tejido cultural y de referencias internas entre el pasado y el presente para que su pueblo no perezca sin conocer la identidad que lo ha sustentado en su devenir.

*(agosto, 1997)*



## Un folclorista isleño

**E**l folklore isleño está lleno de personajes que a lo largo del tiempo han ido construyendo el jalón de su historia. En cada una de las islas existen autores de letras, guitarristas y grupos que crean y transmiten a través de la música los más puros sentimientos populares. El folclore es la suma de todo ese conjunto de letra y música, sentimiento y leyenda, canto y poesía.

El inspirado folclorista Antonio R. Herrera Martín (1906-1991), que forma parte de la historia de la canción isleña, nació en Acusa en 1906, en el seno de una familia de sencillos campesinos. Ingresó en el Seminario Diocesano de Canarias, donde alcanza el grado de Teología y donde también se despierta su vocación por la música. Tras abandonar la carrera sacerdotal, continúa con los estudios musicales en Madrid y llega a ser director de la Banda del Regimiento de Alcalá de Henares.

Desde 1931, y durante cuarenta y cuatro años, dirige la Banda Municipal de Arucas a la que conforma como la mejor de la provincia. Su producción musical en el campo de la canción canaria alcanza unas ochenta y cinco obras, entre las que destacan las canciones que siempre se oyen en el trasiego de las romerías: *Camino de Tunte*, *Artenara*, *Valleseco*, *Sanjuanito*, *Arucas*, repertorio que María Mérida estrenó en junio de 1954



*Los tocadores transmiten a través de la música los más puros sentimientos populares.*



en el Teatro Pérez Galdós. Su actividad musical se prolonga en diversas facetas; como Jefe de Cultura y Arte de Educación y Descanso en Las Palmas mantiene estrecha relación con sus intérpretes, los hermanos Kraus, Mary Sánchez, María Mérida. Escribe música para el mundo infantil y sus creaciones musicales también llegan a la televisión a través del programa infantil *Mis amigos*, que estuvo varios años en antena.

La figura humana del maestro Herrera, su humildad y suprema sencillez, fue glosada en diversas ocasiones en la prensa local; sin embargo, la auténtica valoración y el reconocimiento de su labor desempeñada en favor de la música y del folclore isleño se realizó con motivo del solemne homenaje póstumo tributado por la Ciudad de Arucas en noviembre de 1991; como perenne gratitud, el Conservatorio Municipal de Música de Arucas desde entonces se denomina 'Maestro Antonio R. Herrera'.

Con el paso de los años, su figura adquiere la dimensión de los grandes folcloristas isleños. En la letra de la canción «Artenara» se recoge, junto con unas sencillas metáforas que relatan la calidez de su pueblo natal y las alusiones pictóricas al paisaje, el maternal amor que se mece en las cuevas: *Artenara tierra mía /eres tan bella y hermosa/ que te quiero por graciosa /por canaria y por bravía.*

En este escenario de la cumbre isleña, cuna de un sensible hombre que lució con orgullo el ser oriundo de estos riscalos agrestes, y que llevó en su sangre la musa popular y la canción de la tierra, hoy, en homenaje popular, se elevará un recuerdo de gratitud y de reconocimiento en su memoria.

(agosto, 1997)



## **Teror es una víspera**

**E**l paseante de la isla llega a Teror por las antevísperas del Pino, y aunque fácilmente se deja arrastrar por sensaciones remotas también se le cruza alguna reflexión sobre realidades inmediatas.

Teror se transita con la vista colgada en los balcones de sus casas, con el roce que acaricia las baldosas de piedra, con el olor a tarde de verano que declina y que ya trae humedad de barranco, efluvios de cañas y de viejos castañares. Y mientras se avanza con cierta ceremonia por aquellas calles empedradas, se oyen las pisadas y los ecos de otros caminantes y el campaneo casi conventual que envuelve toda la Plaza.

En Teror se pasea por la grafía de su nombre. Porque Teror, sobre todo en estos días septembrinos, tiene la T de torre y de templo, de timple y de turrón, de tierra y de tiempo de la Isla. Es sobre todo torre. Dorada piedra. Torre y testigo de tradición.

Por Teror andan ahora los sentimientos atávicos de la Isla. Es tiempo de vísperas. Por su acento y por su tono siempre me ha enamorado esta palabra anunciadora. Porque la víspera es tiempo de espera, y Teror, en su grafía, porta la E quizá de una esperanza colectiva.





*Teror tiene la T de torre y de templo, de timple  
y de turrón, de tierra y de tiempo de la Isla.*



¿Pero cuál es la esperanza de esta tierra nuestra? Porque aquí, esta tarde de septiembre, se puede percibir que todo es como entonces, como siempre, un esquema de sentimientos conservados. (¡Cuántas generaciones consumiéndose y esperando en el camino de Teror!). Y se me antoja repetir la evidencia de que somos una isla, que vivimos en unas islas prometidas, cargadas de infinita paciencia.

Casi siempre la fiesta isleña se presenta como una liberación enraizada en un continuo fluir de sentimientos. (¿Pero acaso un pueblo se debe construir sobre los sentimientos? ¿Y cuando entre las islas, incluso ya -¡qué pena!- en algunas comarcas, surgen los resentimientos? ¿Cómo atajar esta desarticulación que se acrecienta, por ejemplo, en los escenarios ingenuos de cada Carnaval?)

Porque no cabe duda de que en las islas vivimos un tiempo de compleja construcción social en que se mezclan cultura popular y actuación política, mirada a la tradición y trazado de futuro. Y a uno, en este cruce de caminos, a veces con sobrado escepticismo, le asalta la duda de que el equilibrio de ambos fundamentos no se acaba de resolver con la retórica sobrenatural ni con la endeblez de los discursos políticos de coyuntura.

Mientras tanto, en Teror, el pueblo isleño disfruta de su grafía porque tiene la R de romería y de rezo, de ruegos y remembranzas. Y la O de Teror es un sol en medio de este nombre, circular y absoluto, redondo como la isla. Una isla que en este día de víspera se echa al sendero y se hace caminante en la ruta del Pino para, más allá de las reglas del juego de unas y otras instituciones, sentirse sencillamente pueblo espontáneo en las calles de Teror.

*(septiembre, 1997)*



## El Caidero

**P**or la Isla adentro andan sueltos los topónimos que convierten en familiar cualquier rincón del paisaje. La atribución de un nombre a un lugar tiene diversas causas, pero sobre todo prevalece la observación del hombre sobre la propia naturaleza.

El término 'Caidero' hace referencia a la caída del agua por un humilde desfiladero, un pequeño salto que permanece tras las lluvias. Hay un Caidero en las Medianías de Gáldar, junto a la antigua ermita de San José, y en el barranco de La Aldea una presa se denomina Caidero de la Niña; en Artenara, el Caidero es un caserío que linda con Chajunco, en el camino de Las Cuevas. Es un topónimo tan viejo que ya a fines del siglo XVI lo cita en su testamento Jerónimo González cuando concede «en trueque las tierras del Caiderrillo Arriba que es el Barranquillo del Lavadero». A principios de este siglo estas tierras fueron adquiridas por Antonio Rodríguez, el del Roque del Pino, que las mejoró y construyó una casa de labor.

La casa-cueva se abre en la cabalgadura de una montaña y a su lado está el salto del agua; por dentro queda un solapón natural que resguarda la cueva de las papas, el horno, el redil, el lavadero, la fuente, los aperos de labranza y la cueva oscura. Debajo del fresco solapón se desarrollaba el ciclo de las tareas



campesinas, se trasquilaban las ovejas, se desgranaban las mazorcas del millo y a la matanza del cochino, en las soleadas vísperas navideñas, sucedía el llenado de morcillas y una comilona familiar a la que asistían algún clérigo y muchos parientes; mientras, se oía el agua que tras las lluvias seguía escurriendo de los tesos y formaba una cortina transparente que convertía en irreal el mundo, con los pinos de Tamadaba y el Teide escondido en la lejanía.

En este viejo solar Antonio Rodríguez y Felisa Perera fundaron una familia crecida en años y en generaciones féculdas. Este fue el lugar de su amor, de sus hijos, de sus rezos y de su trabajo. Por allí quedan las voces patriarcales que inundan de recuerdos el tiempo pasado. Con los años, el progenitor fue quebrando su salud y su cuerpo quedó inclinado en una continua reverencia que apoyaba en un bastón, y cada paso lo acompañaba con invocaciones a un Padre Dios que él siempre creyó que era justo, incluso en medio de un sinfín de trabajos terrenales.

La casa ha sido restaurada siguiendo la austeridad de las viviendas de la zona; el marco del barranquillo, el solapón, la era y otras dependencias podrían convertirse en un sencillo muestrario etnográfico que nos aproximara algunos datos de la cultura campesina desaparecida. No para un rescate de la nostalgia, sino para facilitar al visitante urbano, aunque sea esporádicamente, estados de ánimo que alguien ya ha experimentado con esta emoción: «Aquí, sumergidos en el corazón de la roca, los sentimientos se abren paso a través de las grietas para que florezcan los sueños».

(septiembre, 1997)



## Nesología: Tratado de Islas

A pesar de que el Océano, según un observador, se tragó lo que pudo haber sido un debate más exhaustivo sobre las Islas, es indudable que la muestra que ofrece el CAAM (en la triple vertiente de obra-artefacto, seminario-expositivo y catálogo documental) constituye un punto de inflexión para continuar creando soportes que apoyen la comprensión del fenómeno insular.

La isla como concepto y como metáfora es un valor en alza. Y es que en este cruce de siglos, los isleños de todos los mares, sin haber siquiera movido el dedo de la reivindicación, nos hemos visto gratificados con la consideración de ser ciudadanos del mundo con un alma excepcional. Al cabo, el discurso se fundamenta en que en medio de tanto progreso internetiano y de tanta velocidad interestelar (aunque para ir a La Gomera felizmente precisemos cuatro horas), si no se es isleño-isla se está perdido.

El hecho, más allá de las metáforas, no deja de ser una rotunda terapia para ayudar a arrojar fuera todos los demonios que han atenazado cualquier valoración de la insularidad. De ello, en nuestro ámbito hay precedentes, unos más remotos (A. Espinosa, 1934) y otros más cercanos (entre otros, A. Puente, Universidad de Verano de Maspalomas, 1992). Pero sin duda, la muestra *Islas* de la calle de Los Balcones, 1997, nos ha traí-



do el aire fresco de una nueva área de conocimiento, que trasciende la hipérbole folclorizante.

Como tal área de conocimiento con categoría universalista, sería conveniente que se designara con un término propio, en analogía con otras disciplinas de estudio. Para ello, ninguna lengua mejor que el griego que ha prestado su rico caudal expresivo al étimo de las disciplinas clásicas; por tanto, y para el tema que nos ocupa, acaso podría tener vocación de futuro, con carácter autónomo, el término *nesología* (nesos = isla, logos = estudio), ciencia multidisciplinar, pero con objetivos propios y con un campo específico del saber, aunque inicialmente bien podría quedar en el ámbito de la antropología. Así, hablaríamos con propiedad de una *Nesología atlántica*, y consecuentemente, se crearía el Departamento de Nesología ubicado en el CAAM, como centro de estudio e investigación permanente sobre las metáforas artísticas, culturales y existenciales de las islas. No obstante, y a pesar de que debe poseer como cualquier disciplina un necesario fundamento teórico, habría que tender al desarrollo de una *Nesología Aplicada* para evitar formas de pensamiento que conduzcan a la especulación estéril.

Para empezar, y como ejercicio previo a cualquier juego de las metáforas artísticas, este espacio insular concreto de Canarias deberíamos preservarlo de dos peligros: 1) Evitar convertirlo en la alcantarilla de los quinientos millones de europeos que, según anuncia y desea un conspicuo empresario del sector, están esperando llegar a las islas (con el consecuente aumento de construcción urbanística/destrucción de identidad, etc., etc.), y 2) Evitar seguir matándonos en el pleito de los espejos (vidrios cortantes) que nos impiden ser islas auténticas. Sobre ello la *Nesología Aplicada* tendría mucho que decir.

(octubre, 1997)



## Precipicio

Cuando se tira de su memoria, Alfonso Calzada Fiol confiesa que sus ojos han quedado impresionados por dos muertes que permanecen enredadas en las neuronas de su recuerdo. Una, la de Juan García, *El Corredera*, de cuya terrible ejecución fue testigo desde la excepcionalidad de ejercer como abogado de la víctima. Otra, la de su compañero de bachillerato, Octavio Sánchez, que encontró la muerte en un precipicio de la Cumbre.

La vida y muerte de El Corredera forman parte de la memoria colectiva de estas islas y por ello ha sido historiada, novelada y romanzada como símbolo inmarchitable de una fanática represión política. Sin embargo, a Alfonso Calzada la muerte de su amigo Octavio, hace cincuenta años, le impactó, aparte de la circunstancia del tremendismo, por ser la primera vez que un grupo de jóvenes estudiantes palparon el cuerpo yerto de un compañero.

El hecho es una crónica negra, con visos de argumento novelesco, en el marco de un pueblo isleño. 16 de julio de 1947. Trece muchachos de los jesuitas terminan el bachillerato y organizan una acampada en el pinar de Tamadaba. A última hora de la tarde llegan a Artenara, donde deciden pasar la noche; tras cantar una salve en la iglesia, el párroco del pueblo durante la



*Alfonso Calzada Fiol.*





cena departe con los jóvenes estudiantes y entre bromas, pero con voz firme, se dirige a Octavio y le anuncia que aquella noche moriría como Judas, el comensal número trece de la Última Cena. Nadie da importancia a la premonición del cura. A medianoche se dirigen a la montaña de La Cilla, donde un solapón abierto sobre el barranco les sirve de cobijo; todos duermen sobre pajas vigilados por la luna. Octavio Sánchez, de quien desconocen su sonambulismo, se levanta y cae por el precipicio. Su cadáver yace al pie de una vertical de cincuenta metros. Dos de la madrugada. Doce muchachos, apostolillos sorprendidos, tienen estremecido el corazón ante su compañero yerto. El cura, Domingo Báez, y el juez de paz, José Díaz García, para evitar trasiegos de la justicia forense, con sabiduría popular deciden trasladar durante la madrugada el cadáver a la ciudad, simulando que está herido; utilizan el mismo vehículo que los había llevado hasta la Cumbre. El precipitado viaje de regreso es un triste velatorio móvil dentro de un viejo coche de hora convertido en furgón fúnebre, con los compañeros aterrados de dolor.

Cincuenta años más tarde aquellos muchachos se reúnen para seguir cantándole a la vida. Algunos, como Ricardo Díaz Bertrana, han quedado en el camino. Una cruz de piedra en el mirador de La Cilla recuerda el último latido de Octavio sobre el precipicio; ahora se cuenta la historia entre la realidad y la leyenda. Los ojos de Calzada no olvidan el garrote sobre la nuca de *El Corredera*, así como tampoco Argüello, Betancort, del Castillo, Doreste, Gómez, González, Guerra, Morales... el primer encuentro con la muerte en el cuerpo de su compañero, el imaginativo Octavio Sánchez, caído al pie de un risco en Artenara.

(octubre, 1997)



*Lázaro Santana.*



## La Isla y el navegante

A demás de ser el albacea que mejor ha ahondado en el legado espiritual y literario de Alonso Quesada, Lázaro Santana ha llegado a constituirse en un notable orfebre de la cultura insular. Con la perspectiva de las múltiples vertientes que cultiva (ensayo, creación poética, crítica de arte, artículo), me detengo en su más reciente poemario *Para que exista el navegante* (1990-1995). Y es que para quienes hacemos de la isla una realidad de reflexión, en tanto complejo escenario vivencial, resulta gratificante adentrarse en esta obra poética. Sin duda, la isla -para vivirla y soportarla- exige la complicidad del amante, conocer su pulso y el latido de cada centímetro de su piel. Por ello, las infinitas sensaciones que produce el espacio vivido, y que los creadores subliman en el acto de formalización estética, se convierten en motivo para reflexionar sobre las metáforas y la textualidad que genera la referencia al espacio isleño.

Con frecuencia, la explicación de un texto poético supone el riesgo de quedarse en una mera paráfrasis; no obstante, un lector cómplice puede llegar a recrear íntimamente la cosmovisión del propio autor. En este sentido, en el primer poema de este libro, el yo poético invita a compartir los textos, pero es consciente de la necesidad de manejar unas claves, una hermenéutica específica para poder descifrar sus secretos: *sólo una lengua/poseída nombrará mi alfabeto*.



El libro ofrece dos partes incluyentes, y está constituido por treinta y cuatro poemas que alcanzan un alto grado de simbolización a partir de una exquisita sensibilidad. Aplicando la terminología al uso, los veintisiete poemas que constituyen *La casa atlántica* transfieren la proximidad de una poesía de la experiencia que queda envuelta por *Siete poemas a un destino* que podrían estar en la órbita de lo que se ha dado en denominar poesía del conocimiento.

Pero independientemente de clasificaciones terminológicas (¿qué más da?), lo que importa al lector es la comprensión del texto. Y en estos textos lo que sí queda claro es que la isla es un referente que envuelve la existencia. La isla como cuenco de sensualidad amorosa; isla-mujer de arena, penetrada como sustitución del inalcanzado amor adolescente; estampas de personajes urbanos, 'Lolita Pluma' / 'Cañadulce', como soportes irónicos de la máscara colectiva; la reflexión ecológica (isla sin sirenas); la visión del metalenguaje de la poesía (la escritura también es una isla que a nada conduce, o el poeta, un cantor como el grillo que sólo tiene el fin de acompañarnos).

Un lenguaje nominal, a veces narrativo, directo en su expresión y desnudo de metáforas, pero que en conjunto está impregnado de simbolismo y de plasticidad expresiva (nótese el uso de la comparación). Su organización en sonetos irregulares formaliza un ritmo interno además de lograr en gran medida la asonancia estrófica. Poemas, pues, de una honda sensibilidad transferida en toda su orfebrería, que han sido sugerente compañía de este paseante de la isla, convertido en navegante de sueños durante la luminosa estación del salitre.

(noviembre, 1997)

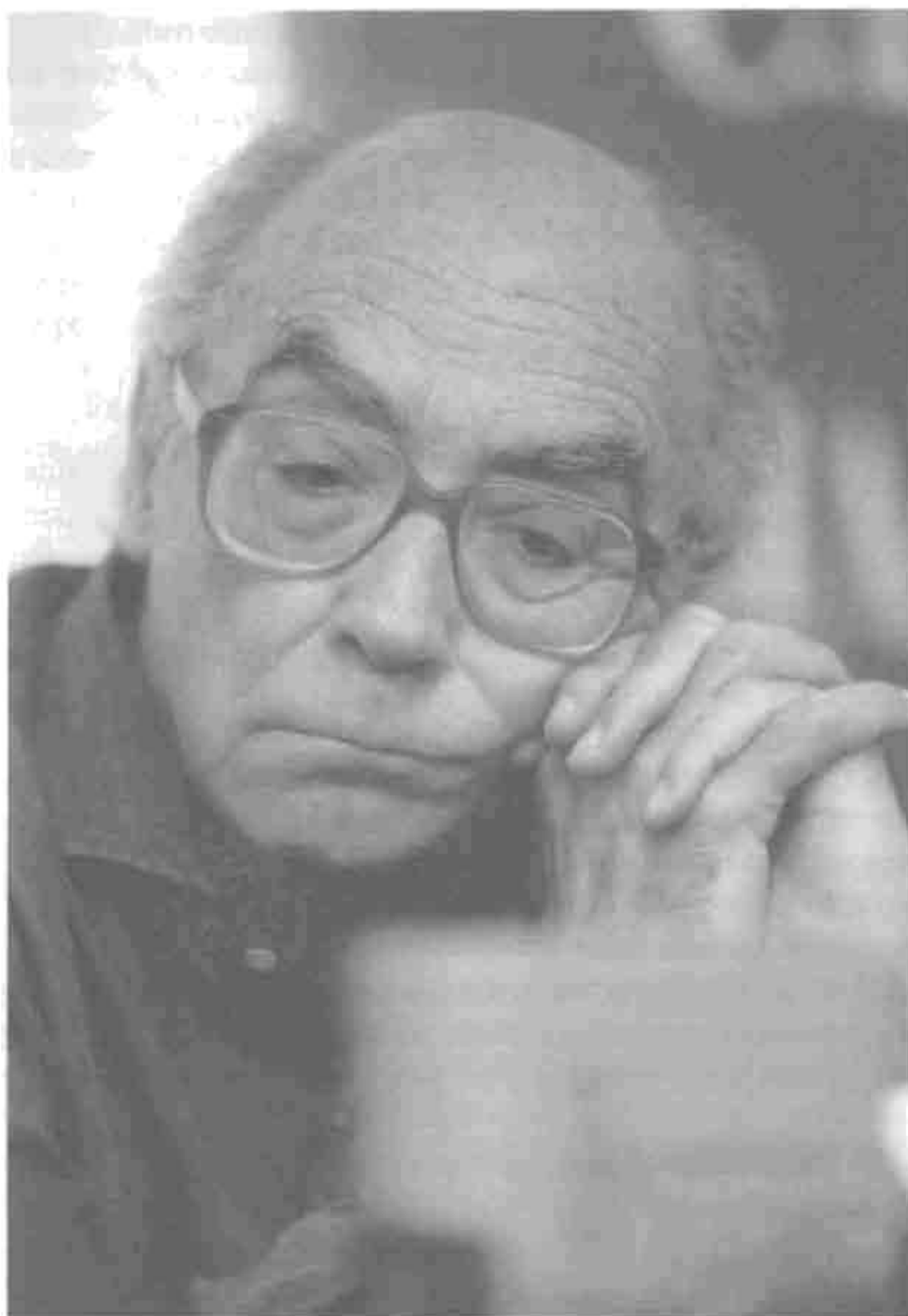


## Saramago y el refranero

Antes de que Saramago nos vuelva a remover el imaginario con la ya anunciada novela 'Todos los nombres', apunto estas consideraciones sobre el refranero popular, manejado hábilmente como recurso literario en *Ensayo sobre la ceguera*, sugerente novela que precedió a *Cuadernos de Lanzarote*.

La novela es un género cuya virtud radica en crear mundos reales o fantásticos, históricos o imaginados, pero en los que cabe toda la creatividad humana. Saramago sabe mucho del artificio novelístico y su capacidad creadora lo ha llevado no sólo a reescribir el mundo bíblico en 'El evangelio según Jesucristo', sino a llenar una ciudad de personajes que han perdido el sentido de la vista. La obra se ha convertido en una impresionante parábola de la condición humana que ha impactado por su temática a los miles de lectores de este autor.

Los recursos literarios que utiliza Saramago en toda su obra narrativa son múltiples. No obstante, hay que hacer notar que las páginas de 'Ensayo...' están salpicadas de más de medio centenar de refranes que, sin duda, poseen una intencionada significación didáctica en el marco del texto. Y es que este lenguaje popular de carácter estereotipado ya no se halla en los ámbitos rurales y mucho menos en la novelística moderna. So-



*José Saramago.*



bre todo, porque ya se encargó Don Quijote de ahuyentar su uso de la boca de Sancho antes de que fuese a gobernar la Ínsula, cuando le dice que ensartar refranes a troche y moche hace la plática desmayada y baja. Y parece que la lección se la han aprendido todos los novelistas después de Cervantes; sin embargo, el hecho de que Saramago lo utilice nos lleva a hacer estas reflexiones.

¿Por qué aparecen los refranes en *Ensayo sobre la ceguera*? Sin duda, porque el mundo que se nos presenta se caracteriza por su elementalidad. Tan elemental que se halla en un grado cero de relaciones humanas; los personajes sólo se reconocen por el aliento y por la voz. Y en ese mundo carente de leyes, convertido en un túnel de oscuridad transitada, sus habitantes, sin nombre y sin esquemas sociales, necesitan recurrir a una norma pedagógica de la memoria colectiva, a un evangelio breve, para poder soportarlo e iniciar pautas de primitiva organización. Y no es otra la significación del refranero en los ámbitos rurales, en los que más allá de las costumbres, los modelos de conducta transmitidos entre las generaciones se sustentaban en una pedagogía de la oralidad. Sin embargo, el refrán es una norma sin lógica científica, sólo de circunstancias. Los refranes afirman lo recto y lo contrario, valen para todo... Por ello, el refranero está en decadencia, aunque Saramago haya actualizado su uso para que los ciegos de su novela puedan soportar la existencia. En medio de tanta oscuridad, un personaje que se atreve a sentenciar 'en el país de los ciegos el tuerto es rey', recibe por respuesta: 'déjate de refranes, aquí ni los tuertos se salvarían'.

(noviembre, 1997)



## Isla trémula

**S**ólo ahora, cuando existe la certeza de que los consumidores de cultura de masas incorporan a su vocabulario habitual títulos de obras célebres, me atrevo a adjetivar la isla con esa palabra esdrújula que encabeza la columna. De lo contrario, hubiera parecido una fatuidad puesta en boca/teclado de un leve cronista local. Esa es la razón de dejar aquí el testimonio de una cascada de circunstancias en que la isla se estremece de sensaciones.

Porque la Isla, con las estaciones se vuelve carne trémula, cuerpo de mujer de piel volcánica; tierra de perfiles aserrados de pinares y de playas cálidas con arenas movedizas. Es el movimiento de la nubes del otoño, irisadas de tonos rojizos del fugaz atardecer -'la Virgen está planchando', leyenda de las mujeres cumbreiras- lo que envuelve esta geografía. Y los castaños erizan sus frutos apaleados por los endomingados viandantes de la carretera. Empiezan los tesos a verdear y el viento arrastra por las cunetas las hojas doradas de podredumbre. El mar se embravece y barre los callaos de la costa; la playa exhibe su virginidad y las dunas cada día modulan unos pechos femeninos diferentes y unas nalgas atrevidas en su desnudez. En medio, el amor. Las manos entrecruzadas bajo los eucaliptos y la mirada redondeada en la profundidad de los rostros. El tiem-





po traspone como el viento (siempre el viento), por la esquina de los días; y la noche, sin luna llena, sin lluvia fina, cubre de frío las retamas y las piconeras, levantadas sobre el cerco de nubes.

¿Pero este vaivén de tanta inquietante naturaleza es sólo propio del otoño o una constante de las estaciones isleñas? Cristino de Vera (1931), pintor canario, de obra mística respuntada de intimidad entre la vida y la muerte, que ha vivido en Madrid más de dos tercios de su vida, acaba de confesar la abstracción que su memoria tiene de esta tierra isleña: «una geografía dura, a la vez levitante y pétrea». Y es cierto que la isla es un mundo de dualidades extremas. Percepción humanamente viva, dinámica, polarizada entre lo firme y lo etéreo, la realidad y el deseo. Y esta es la razón por la que, en su buhardilla creadora, Cristino de Vera siempre ha pretendido «aislar cada cosa de lo fugitivo, del transcurrir movable de la existencia, de las cambiantes luces del tiempo que muere no más empezar a transcurrir».

Pasan los años y las experiencias, atraviesa el paseante los caminos y la isla aparenta firme en su estructura de tubos volcánicos y de mantas de lava fosilizada. Sin embargo, los artistas que la habitan y los que la sueñan, los poetas que buscan la belleza de las sensaciones, o los isleños que hacen confidencias a su naturaleza y al vacío de sus barrancos, la sienten levitar, trémula y palpitante. Y quieren atrapar ese estado vivencial como una liberación, para salvarse, siquiera por un momento, del vértigo que produce el paso de los hombres y la secuencia ininterrumpida del tiempo.

*(diciembre, 1997)*



## Ex-Celso

No sólo desde la perspectiva de Gáldar como ciudad comarcal, sino desde la propia isla, una biografía como la de Celso Martín de Guzmán adquiere con el tiempo una dimensión singular. Y es que tras el páramo que sufrieron las humanidades en esta tierra durante las décadas precedentes, y concretamente la Historia de Canarias controlada por los denominados canariólogos, el investigador galdense aparece como referencia de los primeros pasos científicos de esa disciplina. Recientemente, y con motivo del tercer aniversario de su desaparición, fue presentado un libro homenaje en el que casi cuarenta profesores glosan aspectos varios relacionados con los temas que en vida apasionaron al profesor Martín de Guzmán.

De Celso Martín de Guzmán conservo tres visiones personales. La primera se refiere a los artículos que publicaba en la prensa local a mediados de los años sesenta; textos juveniles, contruidos con prosa altisonante y culterana ('no escribo para lectores de barbería'), y temas que giraban en torno a lo que siempre fue su pasión: Gáldar, Fernando de Guanarteme y la Cueva Pintada en el contexto de la historia de la isla.

La segunda evoca dos años de trato personal en La Laguna, en tertulias al son de la lluvia en el viejo caserón del Colegio Mayor San Agustín; fue una etapa en la que Celso Martín



*Celso Martín de Guzmán.*



se convirtió en constructor de su propia personalidad. Era el universitario culto, ceremonioso, que con excelsitud hacía una representación de sí mismo; amigo de la paradoja, con pose y verbo engolado, displicente con la mediocridad y el mal gusto y, por ende, selecto en la relación; asistía a las conferencias de los Amigos del País luciendo pajarita mientras al otro lado el paraninfo estaba encendido de ideas y pasiones. En este contexto, Celso capitaneaba la ofrenda floral ante la tumba del Guanarteme (origen de célebre canción sabandeya) como referencia de aristocrática identidad; una etapa apasionante combinada con el estudio científico de nuestra historia, cercenada entonces de los programas escolares. La tercera visión coincide con lo que fue la última etapa de su vida, dedicada a la investigación y enseñanza universitaria y a la divulgación histórica con prosa cercana y lúcida; sin duda, la que queda como su aportación definitiva a la cultura isleña.

Al hombre idealista siempre le caracteriza una pasión y la de Celso fue Gáldar y su Cueva Pintada con la aplicación de una metodología científica aprendida con los doctores Serra Ráfols, Pellicer y Almagro. Detrás del profesor Martín de Guzmán anidó un talante de humanista enamorado de la prehistoria y arqueología de su tierra, incluso afrontando las discutibles interpretaciones de algunos planteamientos. Conocida su irreversible enfermedad, habíamos acordado pasear una tarde por el Puerto de Las Nieves para saborear algunos aspectos de la historia de la comarca; sin embargo, la carcoma fue más rápida que el calendario que nos habíamos fijado. Aquí queda, tres años más tarde y al hilo de la publicación del libro homenaje a su memoria, una sincera evocación del ilustrado humanista galdense.

*(diciembre, 1997)*



## Hombre y versos

Con frecuencia los homenajes suelen resultar erróneas varas de medir porque el calor de los afectos suele nublar la perspectiva de los méritos. Sin embargo, en el homenaje que el Centro de la Cultura Popular ofreció recientemente a Francisco Tarajano se puso de manifiesto que los sentimientos son ilimitados, tanto en la dimensión personal como en su proyección hacia la tierra y sus gentes. Tarajano es un hombre de sentimientos puros, que vive la elementalidad de las emociones propias y ajenas y que tiene la cualidad de convertirlas en versos espontáneos. Ello es lo que le ha propiciado el acercamiento y la popularidad entre muchas gentes de las islas.

Tarajano hunde sus raíces en la sencillez del pueblo, y posee la virtud de haber perseguido una coherencia con ideas que pretenden alcanzar un grado de liberación de los hombres y mujeres que le rodean. Tras vivir la emigración en Venezuela, a su regreso a las islas comienza a ocupar el escenario de la consolidación de las señas de la identidad canaria.

Este hombre expresa en verso los acontecimientos inmediatos y su obra rescata vivencias isleñas en centenares de letrillas y estrofas descriptivas. Pudo haberse convertido en el poeta de lo «popular canario,» siguiendo los modelos que tan bien conoce de Manuel Machado, Lorca o Alberti, que univer-



salizaron lo «popular andaluz». Sin embargo, pronto pasa a ocupar un espacio de reivindicación popular que coincide con el tiempo de la transición democrática y con los múltiples recitales públicos que ofrece junto a los poetas Pedro Lezcano y Agustín Millares. En el actual escenario de su vivir, sus planteamientos ideológicos han devenido en contundente radicalidad de tal manera que comienzan a deslindarse cercanías y distancias como consecuencia de ese sentimiento extremado.

En la vida las opciones se encuentran o se manifiestan. En este último cuarto de siglo de la cultura canaria habrá que contar que Francisco Tarajano ha sido el letrista de muchísimas canciones populares, que llega al corazón de las gentes a través de sencillos temas y sin limitaciones formales, y que en su sentimiento cálido tiene en su poder el arma no tan ingenua de los versos para expresar una ideología.

La cultura de cualquier ámbito geográfico la constituyen segmentos múltiples y diversificados. Tarajano aquí roza y hace vibrar la fibra sensible no sólo de las gentes del Sur (Ingenio-Agüimes), sino de otras islas y también de la orilla venezolana, donde dejó tanta amistad con versos y rimas que reflejan una levísima formalización poética. Los aconteceres cotidianos son poetizados con ternura y fácil versificación y de no haber existido un hombre con la espontaneidad de Tarajano se habrían perdido para siempre. Su investigación en romances, refranes y adivinanzas ha sido notable; pero, sobre todo, Tarajano es el hombre afable, de corazón abierto, que ahora recibe la Espiral del Centro de la Cultura Popular, símbolo de la cultura popular, como la mejor identificación con las gentes y con su tierra a través de los versos.

*(enero, 1998)*

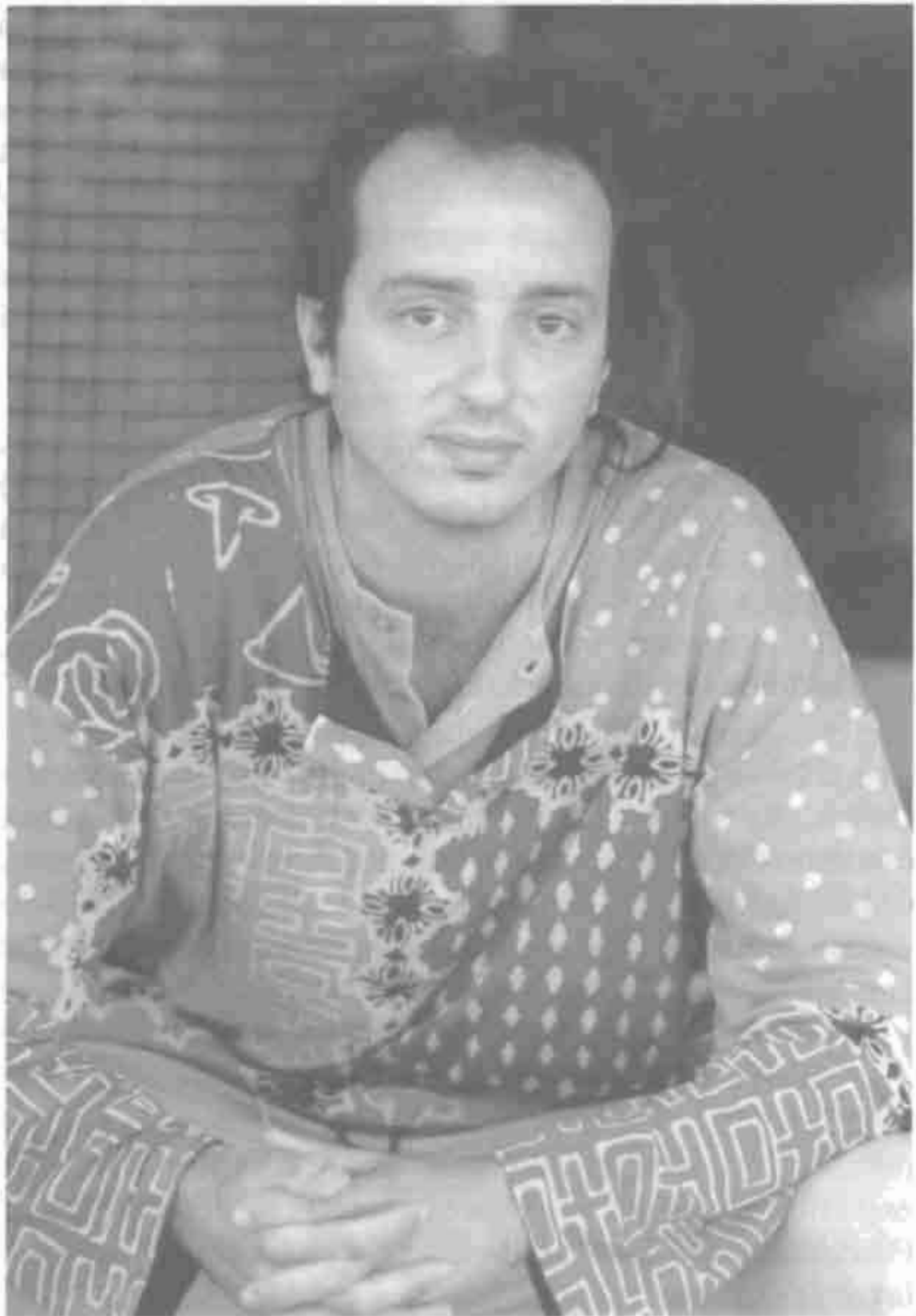


## Horcón Boys

No son los textos escritos los únicos soportes que propician la reflexión sobre la realidad que nos rodea. Por el contrario, si alguien se enquistaba en su gabinete puede encontrarse un día que la realidad lleva un camino y la escritura otro. Por ello, el paseante de la isla olfatea evidencias del entorno para incluirlas en su discurso estético sobre la identidad.

El dato surge en la voz de Arístides Moreno, un joven de Gáldar, que con su guitarra, su música y su canción, desde un escenario donde se difunden aparentes caricaturas de la realidad isleña (Manolo Vieira/Piedra Pómez), habla sin preámbulos de unos perfiles que singularizan parte de nuestra geografía humana.

Con presunta ingenuidad, pero seguro de su estética musical, este juglar monta un discurso sobre la cultura/cultivo del plátano. Y yo me pregunto cuán cerca y cuán lejos vive esta expresión agraria del ser de los canarios. Hay islas -Lanzarote, Fuerteventura, Hierro- que lo desconocen como cultivo. Y en las otras -excepto La Palma-, queda abocado a una notoria precariedad; en el Valle de la Orotava se ven crecer los adosados en sustitución del verde platanal, y en Bañaderos, la tierra cenicienta es un mal sueño de la feracidad de antaño. Por en medio



Arístides Moreno. Autor: Arístides Moreno. Publicado en: *Revista de Investigación*, vol. 1, no. 1, 2005, pp. 186-190. ISSN 1692-2265.

*Arístides Moreno.*





han pasado siglas, cupos, tipos de producción y exportación. La fanegada y el trabajo quedan a cierta distancia y reciben el tratamiento amanerado de la burguesía agraria.

Plátano/tomate/turismo es un proceso de la economía insular que ha creado su propia estética. La dualidad plátano / tomate tiene rasgos propios. El tomate es del Sur, de tierras en arrendamiento y zafra familiar; la mujer, el aparcerero y los niños pegados a los cercados; el viento y el sol cayendo sobre las sombreras. Los aparceros están definidos por ser luchadores de su trabajo y algunos poetas (Juan Jiménez, Agustín Millares, Pedro Lezcano, José Luis Pernas) les han enjugado el sudor con versos estremecedores. El plátano está en el Norte, es individual, crece anónimo de gentes, es masculino, incluso en el fruto. La pintora Manuela Pérez de Oliveira le ha dedicado una serie (*Musa paradisiaca*), y con su paleta recorre el colorido de la planta vertical, la hoja plana, el tronco brillante. Una estética de bodegón.

Y ahora, cuando la cultura del plátano está en cuarentena, llega Arístides Moreno con una canción ligera, ausente de épica, cargada de ironía, sarcástica y humorística, en la que recoge el mejor estatuto de este cultivo colonial. No es una canción para disfrutar. Cuando se escuchan las primeras estrofas, lo que parece un cuento de risas felices, pronto queda ahogado por el contenido dramático, de sorda laboriosidad, que relata la vida de mucha gente consumida entre la sinfonía del agua y la sombra del platanal. Y el léxico, entonado a medida, es un trozo del libro de esta realidad subtropical: horcón, boys. Lo más significativo: el plátano devuelto a las islas en forma de licor. Algo más que una metáfora de la economía isleña.

(enero, 1998)



### **... En oro viejo**

**T**ocar, leer y respirar las páginas del libro de homenaje de Gran Canaria a La Laguna -con motivo de su quinto centenario- produce sensaciones tan placenteras como las de un sosegado paseo por las calles de la vieja Agüere. Y es que durante el acto de presentación de esta ofrenda,alzada en el mismo corazón de Vegueta (¿riberas del Guinguada?), se fueron desgranando, como los campaneos de la cercana catedral, una multitud de vivencias que, sin nostalgias, quedan entrelazadas en la amistad de ahora y de antaño.

En La Laguna, además de un permanente símbolo cultural, emanó un modelo de pensar la realidad isleña. (Desconozco los entresijos de los actuales campus, acaso diluidos en el estilo posmoderno de las tribus urbanas, que precipitan el acceso a todos los placeres y desengaños). Y es que La Laguna de nuestro recuerdo (cultura del anorak) sin duda se ha visto superada por el calendario que impone el paso del siglo; de ahí la mirada en continuar el camino y no la añoranza. Sin embargo, uno no puede eludir el testimonio de lo que entonces -estertores de la dictadura- se configuró como una forma de pensamiento canario (lagunidad del 70): lo regional preautonómico, lo democrático, la libertad, lo lúdico, la progresía, lo folclórico, la utopía, lo crítico, incluso con la ceguera de la no expansión



*Tejado y chimenea del Monasterio de Santa Catalina de Siena (La Laguna).*



universitaria a otras islas y que tanta sangre habría de hacer correr en el pleito de los espejos (vidrios cortantes) que nos atenaza.

Pero en medio de todos esos detonantes de futuro, surgen las gráciles estampas de aquella juventud imberbe e indocumentada (sin escepticismos), de las pensiones de Marqués de Celada, san Benito, Barrio Nuevo, el Cristo, Herradores y como cabezas de puente los colegios mayores Candelaria, Dominicas, san Fernando (ursulinos), caserón del san Agustín (*Palmera del colegio, cómo te recuerdo, Celso dixit*). Y las bodas de plata agustinas (1971) celebradas con sencilla solemnidad y con prosa que vuelve a la memoria, página de perfiles que fueron y ahora se desdibujan en esta orilla, como la síntesis de un respirar colectivo que se alarga en fotomatón con tono de oro viejo: (*...También la calle de Viana es larga, algo así como los ensueños, y llega al final a una plaza grande, abierta y desolada. De estas calles laguneras habló don Miguel de Unamuno, quien transcribió algunas leyendas que envuelven a las viejas casonas y que tal vez le contara cualquier isleño. Y es que cuando uno va caminando por estas calles largas y rotas de La Laguna, con viviendas iguales, desconchadas y sin albear, siente el atrevimiento de la leyenda, entre patios y balconadas, en pasillos de vieja madera de pino, donde la pisada suena roncamente*).

Pasan las páginas de tantas historias de este último cuarto de siglo, -pero sin caer en la candidez interpretativa de su devenir- y se alza en los anaqueles la permanencia del libro «*La Laguna-Gran Canaria*» que dignifica una feliz iniciativa de noble ciudadanía. Gaudeamus.

(febrero, 1998)



## Horizonte articulado

Cuando el siroco, en su ciclo estacional, nos roba el horizonte y convierte la Isla en objeto arqueológico (cueva de prehistoria atlántica inundada de polvo africano y cósmico), caemos en la cuenta del valor real de lo azul. Lo azul es cualidad semántica que sólo existe ligada a los nombres: la estepa de agua que rodea esta tierra (mar azul horizontal); la pantalla de este ordenador donde nace la escritura (mar azul vertical); los ojos de un amor cercano (misterio azul de sueños).

La Isla es más esencial cuando la nitidez del cielo y del mar hacen emerger el contraste verdinegro de los volcanes y basaltos; entonces, allá en las laderas altas te entretienen las múltiples perspectivas de este solar (Fuerteventura, agua segura; Tenerife, espléndida amazonas de la nieve, o Teide comulgante de Sol en los crepúsculos del estío). Y desde la media altura de la pendiente se divisa el dromedario de La Isleta, la pirámide Atalaya de Guía/Gáldar o las chimeneas humeantes de la potabilizadora como signos de la falocracia industrial. En la lejanía, un barco aún mantiene la pesadumbre de Alonso Quesada, y ya metidos en la misma orilla de la costa, se perfilan los veleros familiarmente isleños que como «uvas de luz caídas en los surcos de la mar / mañana brotarán, blancas, las velas» (González Barrera confirma).



El paseante de la Isla se recrea a lo largo de la capitalina Avenida Marítima. El agua chapotea en los tetrápodos y por la crispante autovía los coches exprimen su metálica fugacidad; en medio, un vaivén de caminantes, uniformados con chandal, dale que te pego a la zapatilla (prescripción facultativa para urbanícolas de todas las latitudes), soltando sudor por las axilas, llenándose los pulmones de alisios y de la genuina dosis de podredumbre de colector residual. Más allá -dirección norte- surge entre los muelles un horizonte articulado de modernas grúas azules.

Se me antoja todo ello, tal como aparece, la composición de una obra pictórica. En contraste con el pesimismo de Saulo Torón ('la mirada, sin fe, en el horizonte', verso crepuscular donde los haya), aquí, a la altura de Las Alcaravaneras, se muestra el horizonte fabril, denso de actividad. En el interior de un marco podría quedar como obra hiperrealista (grúas azules con su geométrica articulación metálica, contenedores apilados en cubismo involuntario de colores degradados por el salitre, barcos de diversas esloras entre un bosque de mástiles sobre la bahía). Esta estampa portuaria, de muelle comercial, dibuja el cosmopolitismo propio de atracadero atlántico y que convierte esta tierra en más isleña. Los puertos de mar siempre han caído en la red de los escritores y Tomás Morales, con sonoridad descriptiva, vacía de sentimientos y de metafísica, hizo de la costa y de este océano nuestro una continuada referencia para nutrir su versificación.

En los linderos materiales que la Isla articula sobre la línea intangible del horizonte seguimos leyendo la estética urbana de esta ciudad atlántica.

*(marzo, 1998)*



## **Matías Perera**

**E**l fogón de la casa forestal de Tamadaba, vivamente encendido con piñas de pino, es el cálido recuerdo que conservo de un remoto otoño de hace más de cuarenta años. La tarde estaba poblada de neblinas y el frío se convertía en gotas de agua que rodaban por las acículas de los pinos. Habíamos llegado hasta aquel refugio de piedra para aprender a comer níscalos. Lo que hasta ese día para nosotros eran «brujas» venenosas, porque así nos lo habían enseñado con prudente pedagogía popular, aprendimos a saborearlas, casi en forma de ritual, con la seguridad que nos propiciaba el saber científico del médico Juan Díaz, y el espiritual del párroco Domingo Báez. «Si morimos -pensábamos- ellos sabrán lo que hacen». El fuego lo había encendido Matías Perera que entonces habitaba aquella casa forestal y el olor de las primeras setas rebosadas aún lo guardo en mi memoria.

Cualquier pinar se puede convertir en espacio imaginario para volcar fantasías y creaciones. Ahora, con el tiempo, Tamadaba para mí empieza a flotar en la línea de lo real y de lo soñado. Las vivencias quedan enredadas en la primera memoria entre olores a pinocha, a brezos y a poleo; con perfiles humanos de guardas forestales, pinocheros y de ingenieros de montes. Los paseos por la sombra de sus copas, entre graznidos



*Los guardas forestales José Díaz y Matías Perera reciben el Pino Canario de Oro en la primera fiesta del Patrón de los Pinares, celebrada en el año 1997.*





de cuervos, crujir de ramas que caen y silencios montaraces aún siguen produciendo sensaciones inefables.

Los guardas forestales de Tamadaba Pepito Romero, Pepe Reyes, Matías Perera, Pepe Díaz, y otros que les han sucedido en el escalafón, me parecen figuras legendarias. Matías Perera fue miembro de una familia enraizada en Artenara desde el fondo de los tiempos. A los quince años, su padre, que ejercía como mayoral en una hacienda, lo llevó a Cuba, y en sucesivos viajes de emigración le acompañaron hasta aquella isla otros muchachos del pueblo. Tras su regreso, siendo guarda interino, fue elegido alcalde de Artenara en 1933, cargo que ostentó sólo durante nueve meses, ya que tuvo que renunciar al ser trasladado al pinar de Pajonales. Una parte de su larga vida la pasó Matías Perera en Tamadaba y allí orientaba y acogía con agrado a todo el que llegaba por aquellas lejanías. Los ingenieros José Hidalgo, Juan Nogales y Díaz Cruz, jefes en el escalafón, escuchaban con respeto las palabras del guarda mayor; más tarde, y como buen conocedor de los rincones de la Cumbre, se convirtió en ayudante de los técnicos que tenían la instrucción de llenar de pinares el casquete central de Gran Canaria.

Con la reciente desaparición de Juan Nogales y de Matías Perera se cierran dos sencillas biografías unidas a la repoblación forestal de la isla. Ahora estos viejos ejemplares humanos, que el tiempo ha talado sin remedio y que se marchan en silencio por los recodos del camino, nos dejan aquí parte de la memoria humana del pinar, y cada otoño nos traerá su recuerdo enredado entre las etéreas neblinas de Tamadaba.

*(marzo, 1998)*



## **La catedral (S.I.C.B.)**

*(Para Salvador Fábregas, arquitecto)*

**S**in pretender suplantar la interpretación de la Catedral como escenario litúrgico, el paseante de la Isla se recrea en nuestra SICB (Santa Iglesia Catedral Basílica) como espacio patrimonial. Por ser la estética una dimensión espiritual del hombre, esta arquitectura de piedra, independientemente de actitudes confesionales, conmueve la sensibilidad cultural del isleño. Su reapertura es página de acontecimiento (crujir del enorme cancel y solemnidad pontifical, manteos y casullas, báculo y mitras, albas y cíngulos, procesión de la curia, ahora llega el triángulo de obispos, ya están arriba, sentados en el centro bajo el cimborrio, las once de la mañana, el mundo así puede aparentar que está bien hecho). Y como todo queda envuelto en cantos corales y música de órgano, incienso y pueblo en oración, la sensibilidad, en sus dimensiones, vuela en la atmósfera de luz que habita entre columnas y nervaduras de piedra.

Una ciudad se conforma desde la cotidiana expresión de su grafía y, con el tiempo, esa ininterrumpida escritura propicia las páginas de la historia. La calle y la vivienda constituyen oraciones y palabras, y su prolongación en el espacio se vuelve texto urbano. La piedra es sustancia de expresión que adquiere contenido cuando, aislada de la cantera, se convierte en para-



*Piedra viva, encendida de cánticos, oración de incienso...*



mento. Así surge la Catedral. El edificio se levanta, como el árbol que crece en torno a los anillos de la corteza; delante, una alfombra de piedra se prolonga hacia el interior de la Isla; detrás, otra de callaos (calle de Los Balcones abajo), se alarga hasta el mar.

La lectura del espacio textual de la catedral, al igual que un paisaje geológico de la isla adentro, nos aporta la limitada dimensión del hombre en el tiempo. El sucesivo tránsito de generaciones, con la aceptación primaria de su religiosidad, desde la etapa fundacional, el paso por el Antiguo Régimen impregnado de diezmos, o los mandatos emanados desde la cátedra episcopal, están en el origen de la conformación de una parte de la mentalidad de este pueblo. Pero, ahora, en este fin de siglo, lo que aflora es la estética de la piedra, devenida en templo a través de un largo proceso constructivo, y que revive los versículos del texto inédito, *Piedra de catedral*, que escribí en 1983:

*Piedra salvaje, sin vida/ aislada en la soledad/  
embarrancada en la montaña/ verdinegra./ Piedra sacada a la  
luz,/ montaña rota/ en feroz detonación,/ cantera./ Piedra anóni-  
ma,/ hollada de sierpes y comadreja,/ húmeda de raíces y  
arácnidos,/ soporte de excrementos y podredumbre./ Piedra  
pagana./ Pero dura, piedra dura,/ empujada y volteada/ hasta  
el pie de la plaza,/ abierta en sus aristas/ por el formante cin-  
cel/ del maestro pedrero,/ escoplo y martillo/ manos y sudor/  
amor de labrante./ Piedra levantada/ erguida,/ cara sobre cara,  
dureza sobre dureza/ empalmada, mezclada,/ palmera,/ torre-  
ta,/ ángulo de sombra móvil,/ reloj de sol sobre la plaza./ Pie-  
dra viva,/ encendida de cánticos/ oración de incienso,/ piedra  
corazón, piedra alma,/ piedra piedad,/ piedra paz,/ piedra cam-  
pana,/ piedra coronada,/ piedra sagrada, piedra./ Piedra mu-  
chedumbre.*

(marzo, 1998)



## Abisal

S aro León, en su galería de la calle Villavicencio, acoge *Abisal*, la más reciente creación del escultor Manolo González. El paseante de la Isla hace una reflexión (la llamada crítica no deja de ser sino un discurso textual elaborado a partir de la obra como referente), sobre las sugerencias de las piezas de *Abisal* partiendo desde *Dinosaurio*, la obra literaria más breve que jamás se haya escrito, cuyo autor es el guatemalteco Augusto Monterroso. El texto narrativo (personajes, espacio, tiempo y acción), en su totalidad, es el siguiente: «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí». Estas esculturas de Manolo González poseen la misma sutileza que este impresionante y sugestivo texto de Monterroso. (He pedido al maquetador la inclusión -novedad en la columna- de la imagen de una pieza para que el lector también aporte su discurso).

¿Qué hay en esta creación de Manolo González? A primera vista, dos elementos articulados por una esfera, que dialogan en equilibrio. Sin embargo, esa formalización se logra mediante un corte en el espacio, haciendo presentes los elementos formales de tal manera que queda delimitada una atmósfera interior, incluida en el espacio vacío que existe entre los elementos articulados, y un espacio exterior, que se puede prolongar hasta el infinito, pero que desde un ámbito de per-

Abisal. Una escultura de bronce que representa un cuerpo humano en un estado de equilibrio precario. El cuerpo se eleva sobre una base rectangular, sostenido por una columna vertical. El torso y los brazos se curvan hacia arriba, formando una línea que sugiere un vuelo o un salto. Una esfera se encuentra en el punto más alto de la curva, como si estuviera suspendida en el aire. La obra transmite una sensación de tensión y movimiento.



**Abisal 4.**  
35 x 34 cm.  
Bronce / 5 ejemplares.  
Base acero inoxidable.



cepción presiona sobre la superficie externa que lo formaliza. La esfera podría ser la metáfora del logos, la redondez absoluta, lo eterno. Equilibrio, profundidad, atmósfera, espacio interior y exterior, constituyen el volumen de cada obra en su individualidad concluyente. Esta es la compleja simplicidad que nos ofrece Manolo González.

¿Que cuál es el referente? El escultor no da explicaciones (más bien se enerva) cuando escucha lecturas de su obra extremadamente atadas a la realidad (pájaros en vuelo, pinzas de enfermería, nadadora a punto de saltar). Cada cual que haga de su capa un sayo. Y es que cuando se observan las obras de arte a veces se tiende a complicar las percepciones desde la sujeción a una experiencia concreta.

La imagen artística y/o poética siempre nace con una vocación de su evolución en el porvenir, de sugerencia a la evocación creadora del propio observador. Y a lo mejor, esta obra de Manolo González se podría sintetizar, al estilo de Monterroso, en la siguiente brevedad textual: «Al atardecer del domingo, el lector de la crónica pudo descubrir que la antena del crustáceo, emergido desde la profundidad del océano, se había convertido en bronce».

(marzo, 1998)



## Canteras de luz

**M**anuel Padorno acaba de construir una catedral de palabras que tiene por cimientos la arena de Las Canteras. El gran adoratorio, levantado en suelo movedizo, tiene siete naves y cada nave siete columnas y cada columna tres veces siete versos, o, lo que es lo mismo, veintiún endecasílabos perfectamente medidos. Esta precisa obra de arquitectura lleva en su frontis un lema que la tradición religiosa ha acuñado como entrega total: *Para mayor gloria*. Y es que en la elaboración de las buenas obras de arte no hay nada sujeto al azar. Otra cosa son las sugerencias para la comprensión que de ellas se derivan.

¿Qué hay dentro de esta obra de Manuel Padorno? No es una ingenuidad considerar este último libro de poemas del mayor de los Padorno como un edificio para la reflexión espiritual, aún no siendo el poeta en su biografía un hombre impregnado de ninguna fe. Sin embargo, en paralelo con la mística religiosa, sí se vislumbran atisbos de una mística profana equivalente a un elevamiento poético de la realidad, lo que supone el encuentro con un nuevo espacio imaginario. Porque lo que hace el autor es ahondar en la poética de un espacio creado desde la ruptura con lo real. Una vez instalado en ese escenario, que nada tiene que ver con la realidad de sensaciones inmediatas, empieza a configurar, con el novedoso instrumento del sexto





*Manuel Padorno.*



sentido, un mundo en el que se produce la dislocación del lenguaje, rompimiento del cuerpo, alteración funcional de los sentidos, que al crear «otra realidad», singulariza una realidad vivencial propia.

Desde la perspectiva del realismo poético que nos invade, sustentado en la poesía de la experiencia (aparente crónica de lo cotidiano: teléfonos, taxis, almacenes, como referencia de la nueva sentimentalidad, con García Montero a la cabeza), esta obra de MP nos coloca en un espacio literario novedoso que traspasa los linderos de la realidad percibida.

Padorno, en su mística poética, en lo único que cree es en el poder de la imaginación creadora. La elevación sobre el mundo, la trascendencia de las cosas, genera un censo de objetos literarios que nos colocan/descubren una realidad diferente. ¿No existen en los capiteles románicos, en el bestiario religioso, animales fantásticos? *Para mayor gloria* nos presenta en su frontispicio una vaca oceánica, una cabra hiperbólica, un mosquito subtropical. MP trasvasa experiencias de un mundo «medido en carcasa milenaria» a otro «abierto a la razón desconocida».

La ruptura de la linealidad de los sentidos (conozco la orilla palmo a palpo), produce una constante lluvia de sinestesias que convierten estos versos en una continuada y fina fiesta de la lengua, desde la disolución del ser. La luz de esta atmósfera interior configura una nueva realidad (árbol de luz) que expresa la sensualidad de los espacios imaginarios sugeridos desde el vivir cotidiano al borde del mar. Un paisaje concreto -Las Canteras- que se universaliza al trascenderse a sí mismo desde las infinitas posibilidades del idioma como herramienta de creación.

(abril, 1998)



## Isla (intacta) de Lobos

1. Amanece sobre la montaña quemada y las arenas blancas, empujadas por el viento, se desgranán en el parabrisas del Montero Intercooler Turbo, que como rudo vehículo planetario avanza dibujando una huella huidiza en el camino. Viento y arena forman una nube en vaivén a ras de la lava. Aquí pueden empezar los fundamentos de una soledad. Los tarajales y toda esta luz tenue de la mañana conforman el marco de la isla. El mar parece el animal primitivo que lame esta costa quemada por el último volcán. Corralejo se anuncia en la lejanía de su propia toponimia y en el horizonte de la amanecida está la Isla de Lobos, en medio de una turbia cortina de alisio. Poco más tarde, y ya desde el barco, la isla se vuelve móvil y sólo es objeto y concepto para la entretenida reflexión.

2. Y no entras. Ahora sólo fluye el recuerdo de aquella primera arribada. Por ello, mientras el barco cruza la bocaina, desde la butaca observas por el ventanal ese amasijo de soledad, y únicamente te atreves a convertirla en metáfora. Isla de islas. Sin memoria, sin casas, sin habitantes, sin tiempo. ¿Quién mide el tiempo de Lobos? ¿Para qué medir el tiempo en Lobos? De la Isla, en casi todos los que han sido sus visitantes ocasionales, sólo queda la memoria de una jornada (el camino hasta la caleta escondida, y en medio del día de solajero, los



muslos del amor joven y los pechos erguidos como dulces piteras en una geografía de ensueño). Luego, en el chamizo del farero (acaso la única memoria de sí mismo), una paella burbujeante que, reposada, es un beso salvaje de placer gastronómico. Hace un cuarto de siglo. Lobos no es el paisaje para el recuerdo ni para rescatar ningún olvido. Es siempre la novedosa grafía de la isla enmarcada en su soledad. La necesaria referencia de todos nosotros para saber que vivimos en medio del mar y para poder comprender la emoción virginal del viajero que llega y se ha de marchar con el ritmo que impone la existencia de un mar, y de un día y una noche, aunque la distancia pueda parecer un juego fugaz.

3. El barco se sigue alejando por la bocaina. En la pared norte del volcán de Lobos permanece la misma gaviota que pudimos contemplar hace un cuarto de siglo y que acaba de posarse para despedir a otra tropa de pasajeros uniformada en sus gestos de isleños ocasionales. Pasan los años, pasan los hombres y atrás queda la Isla (intacta) de Lobos. Aquí no caben cantos de felicidad, ni oasis con palmeras, ni manzanas de oro, ni siquiera las maldiciones que nos descubrió Agustín Espinosa. Sólo es la imagen de una tierra vacía (totalmente vacía), para experimentar el valor de la soledad (inútil soledad), que está solidificada en medio de una geología de volcán, emergida entre el salitre y la poesía.

*(mayo, 1998)*



## Sin retórica

**H**ace dos semanas, este periódico publicó un amplio reportaje sobre las duras circunstancias que sufren veinte muchachos de la Cumbre para estudiar bachillerato. Los reporteros pernoctaron en el pueblo, y a las seis de la mañana iniciaron la jornada con los jóvenes de Artenara y Juncalillo que asisten a clase en el instituto de Teror, tras recorrer treinta kilómetros de distancia. Texto y fotos reproducen con precisión la atmósfera que viven cada día, en viaje de ida y vuelta, los adolescentes de estos pueblos: «el esfuerzo se llama lejanía, frío y curvas», un valor añadido a su formación cultural.

Este documento periodístico representa en mi memoria un desfile de personas de estas comarcas cumbreñas que tienen en su anónima biografía los jalones del esfuerzo para encontrarle sentido a su futuro. Primero, la escuela rural, luego la precariedad de la convivencia en la ciudad en casa de algún pariente y, por último, la emigración de toda la familia, son los componentes del ciclo seguido por muchos habitantes de estas tierras altas para labrar un porvenir distinto al que, en principio, les depara el horizonte de sus caseríos. La austeridad y el redoblado esfuerzo han tallado su mirada con una mixtura de timidez y del más noble orgullo.



Recientemente, me he encontrado al borde de un camino real con dos jóvenes pastorcillas, estudiantes de bachillerato, con un libro de Filosofía abierto y el estallido de la naturaleza a su alrededor. La estampa puede parecer una escena del más puro Renacimiento; sin embargo, la historia de simultanear trabajo en el campo y estudio se repite en algunos ámbitos periféricos de nuestra isla.

El visitante ocasional de la Cumbre se suele entusiasmar ante una naturaleza impresionante y no deja de llenar su discurso con «tempestades petrificadas», «atardeceres de ensueño», «salmodias del pinar», y otras perlas de la fácil retórica regionalista. Sin embargo, detrás de esta poética del paisaje está el esfuerzo humano que como una constante de los tiempos siguen realizando las gentes de estas latitudes para superar esquemas ancestrales. El hombre, en suma, condicionado por la geografía.

En cierta ocasión subrayé una frase de Unamuno que me pareció contundente como un aforismo: “la altura y la lejanía promueven al estudio”. Don Miguel, en parte, tenía razón, porque el cielo limpio, la tranquilidad de espíritu y la inmensidad de las montañas abren la mente y el hombre entra en la dimensión de poder encontrarse consigo mismo, en reflexión sobre su aliento vital. Sin embargo, eso no es todo. Porque cuando los centros educativos y los recursos académicos quedan al otro lado de los montes, las administraciones públicas deben programar los medios adecuados para facilitar el acceso en igualdad de condiciones a la formación que demandan los tiempos actuales. Así de claro. Lo demás no deja de ser retórica poética, que aun siendo importante y hermosa, ante una realidad tan rotunda como la que viven Felisa, Jonay, Olivia, Carmelo, Eduardo... y así hasta veinte, «non vale una nuez foradada».

*(mayo, 1998)*



## Neologismo

Las lenguas son edificios colectivos donde habitan las palabras. Por sus puertas, siempre abiertas, entran y salen las expresiones según lo deseen sus hablantes. A veces, una palabra, avejentada y sin fuerza, sale y perece en el camino; otras entran por vez primera y quedan allí, alojadas para siempre. Las palabras nuevas de una lengua son los neologismos. Además de los usos generales, las palabras se concretan en ámbitos regionales e incluso tienen un uso individual (idiolecto), casi siempre sorprendente. En *El País* (20.5.98), me encuentro con dos expresiones de dos escritores gigantescos, acaso extendidas en las respectivas zonas hispánicas, pero novedosas para mí. Cabrera Infante en el artículo *Consecuencias del 98*, al referirse al viaje que en 1898 se disponía a realizar José Martí desde Santo Domingo a Cuba, para participar en la Guerra de la Independencia, escribe: «va al muere». En otra página del mismo ejemplar, García Márquez, refiriéndose al apoyo que piensa dar a Pastrana, candidato a la presidencia de Colombia, dice: «camellaré con él» (con el sentido de trabajar duramente).

¿Cómo nace un neologismo? Siempre de forma inesperada y debido a alguna urgencia expresiva. Recientemente, la promoción 1968-73 de Filología Románica de la Universidad lagunera celebró un memorable aniversario, con la privilegiada



*El profesor y académico Dr. don Gregorio Salvador Caja de parte con un grupo de antiguos alumnos de la Universidad de La Laguna. (Promoción 1968 - 1973).*





presencia de quien sigue siendo nuestro profesor, Gregorio Salvador Caja, académico y actual presidente de la Asociación de Academias hispanoamericanas. A este profesor le regalamos el libro *La Laguna-Gran Canaria*, un recuerdo que habla de la hospitalaria ciudad en la que residió durante nueve años. El ofrecimiento, en parte, fue así: «Le hacemos entrega de este testimonio, un homenaje dedicado a esta centenaria ciudad que nos acogió a todos y a usted, querido profesor...» En ese momento, este cronista (que estaba en el uso de la palabra), mira a la esposa del Dr. Salvador (que fue profesora en un instituto lagunero), y continúa, «... y a usted, dignísima doña Ana, que también fue hospitalada en esta vieja ciudad». Hubo otras cálidas intervenciones (Manolo Iglesias, Ponciano de León, Lucio, Clara Eugenia Hernández, Juan Cabrera...) y, al final, el sincero de Felipe Fumagallo (ex-archivero municipal de Santa Cruz), mirándome fijamente, dice: «Veo que eres medio poeta, pero me sorprende la palabra ‘hospitalada’, no parece muy ortodoxa». Y el Dr. Salvador tercia con su explicación: «Nada que objetar, es simplemente un neologismo. Las lenguas tienen casillas vacías que los hablantes las van llenando. Usted la ha creado con un sentido estricto, porque una cosa es ‘hospitalizada’, otra ‘hospitalada’ y otra muy diferente ‘hospitalada’, con el sentido de ofrecer hospitalidad».

Así se ha iniciado la andadura de una palabra, sin querer, por la necesidad expresiva de un momento, por una cortesía extrema. Y en este caso, con el veredicto inmediato del lexicógrafo, Gregorio Salvador, el hombre que marcó hace treinta años un antes y un después en la Facultad de Letras de La Laguna. Aquí en las islas queda el afecto de sus alumnos y el recuerdo de la vieja Agüere, junto con una palabra nueva que podemos echar a volar en la ocasión oportuna.

(mayo, 1998)



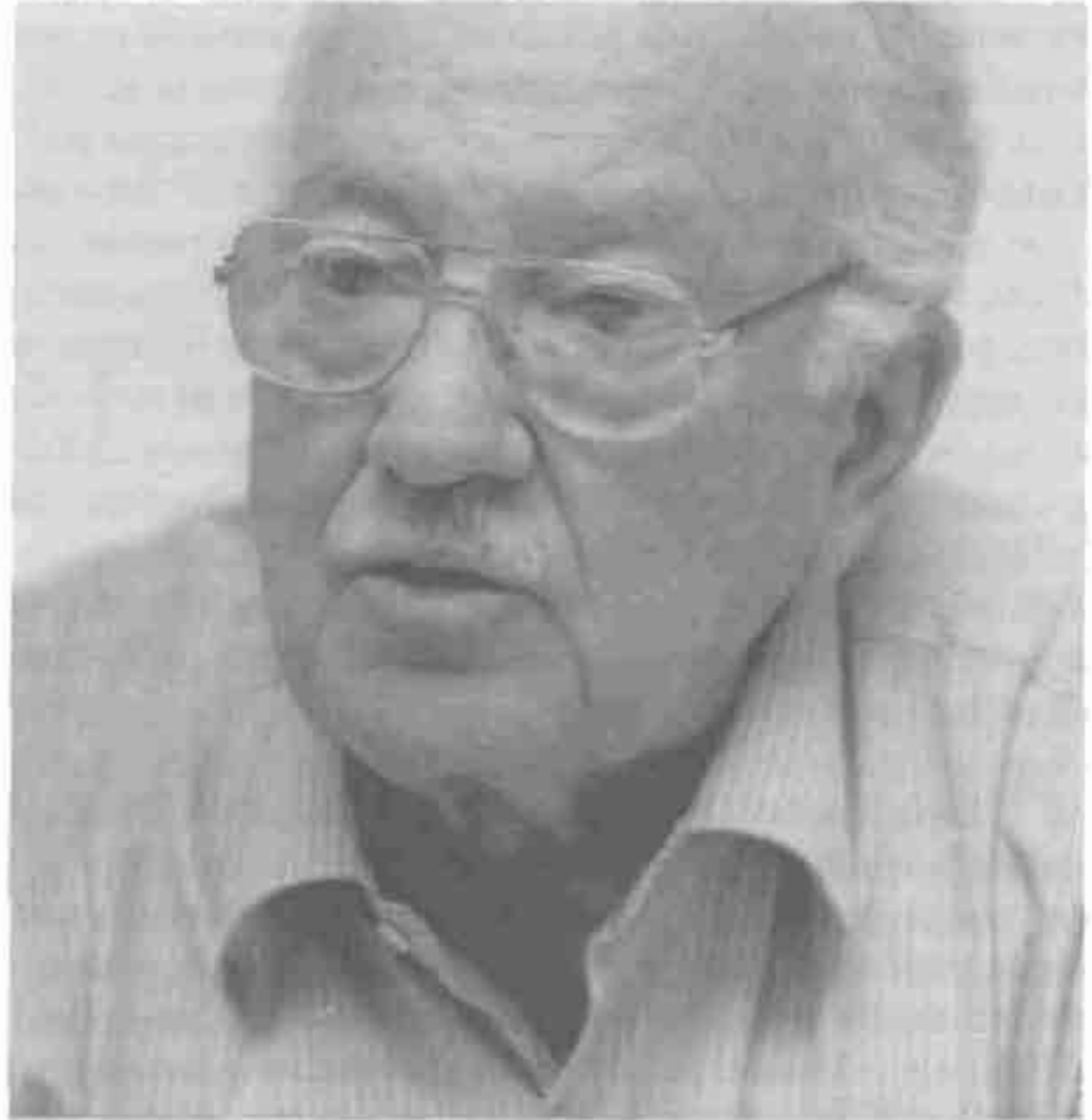
## **A la sombra del castañoero**

**P**or las antevísperas de San Vicente, quebrando el mes de mayo, dos hombres ilustres, Juan Díaz Rodríguez y Teodoro Cardoso León, subieron hasta Valleseco para recoger, en solemne ceremonia, el galardón de Hijo Predilecto con que les honra el pueblo natal.

Aunque los tesos ya amarillean como preludio del verano, la tarde bajaba fresca y cargada de añoranza. Valleseco encierra una paradoja en su topónimo. Y es que aquí todo luce un umbroso verdor. (Los castaños son los más brillantes de la isla; la floresta, selvática y doméstica, crece con altura salvaje al borde de los caminos; las neblinas del alisio se pegan a la carretera y, sin pudor, meten su humedad por las ventanas del caserío). Todo tiene su explicación. Y es que a Valleseco le ganan en verdor los dos valles que lo circundan, el del barranco de la Virgen y el de Madrelagua, y en la escala higrométrica queda en tercer lugar.

Juan Díaz y Teodoro Cardoso tienen el privilegio de haber nacido en este paisaje de la medianía isleña, que es camino de la cumbre más alta. Un día salieron del pueblo para forjar un futuro de estudio e investigación, y con su trabajo profesional formaron nudos y cordones en el tejido de la sociedad isleña. A

donde se analizan los aspectos más relevantes de la historia reciente de España, a la vez que se reflexiona sobre el papel de la historiografía en la construcción de la memoria colectiva. El artículo se divide en tres partes: primero, se describe el contexto histórico y social en el que se desarrolló el movimiento; segundo, se analizan los factores que contribuyeron a su surgimiento; y, finalmente, se discuten las implicaciones de este movimiento para la historia y la sociedad españolas.



*Juan Díaz Rodríguez.*



don Juan, el analista, lo tengo en mi primera memoria impecablemente elegante e inclinado sobre un microscopio; a don Teodoro, ilustre técnico de la Administración del Estado, tuve el placer de estrechar su mano por vez primera la tarde de su homenaje. Subieron a Valleseco, pero se olvidaron de su instrumental de trabajo. Y de pronto los imaginé sentados en una tertulia a la sombra de los castañeros, con el corazón abierto. Don Juan suplió su microscopio por unos rudimentarios prismáticos que formó con las manos semicerradas ante sus ojos. Y se puso a otear su infancia, los caminos de su pueblo, las flores, las aguas del barranco, y su entrega a otras causas culturales y sociales, El Museo Canario, la ULPGC,... y mientras se le iban presentando, como glóbulos y plaquetas de su memoria lejana, nos lo iba contando a todos los que aquella tarde estábamos sentados a la sombra de los castañeros. Don Teodoro nos habló de sus correrías por los caminos de la alta Administración del Estado, de sus amigos en universidades, y de sus libros que ahora va a depositar en la biblioteca del pueblo para que se constituya un centro de estudios.

En la biografía de estos hombres ilustres de Valleseco y de la Isla, queda prendida la lección ejemplar de cómo se puede estar en el impulso del tejido de la sociedad civil, con la más noble profesionalidad y mirada investigadora, sin dejar de pisar la tierra firme de los afectos inmediatos y con la retina llena del paisaje íntimo del pueblo natal. Aquí son recordados como portadores de una experiencia generosa, a la sombra fresca de un castañero.

*(junio, 1998)*



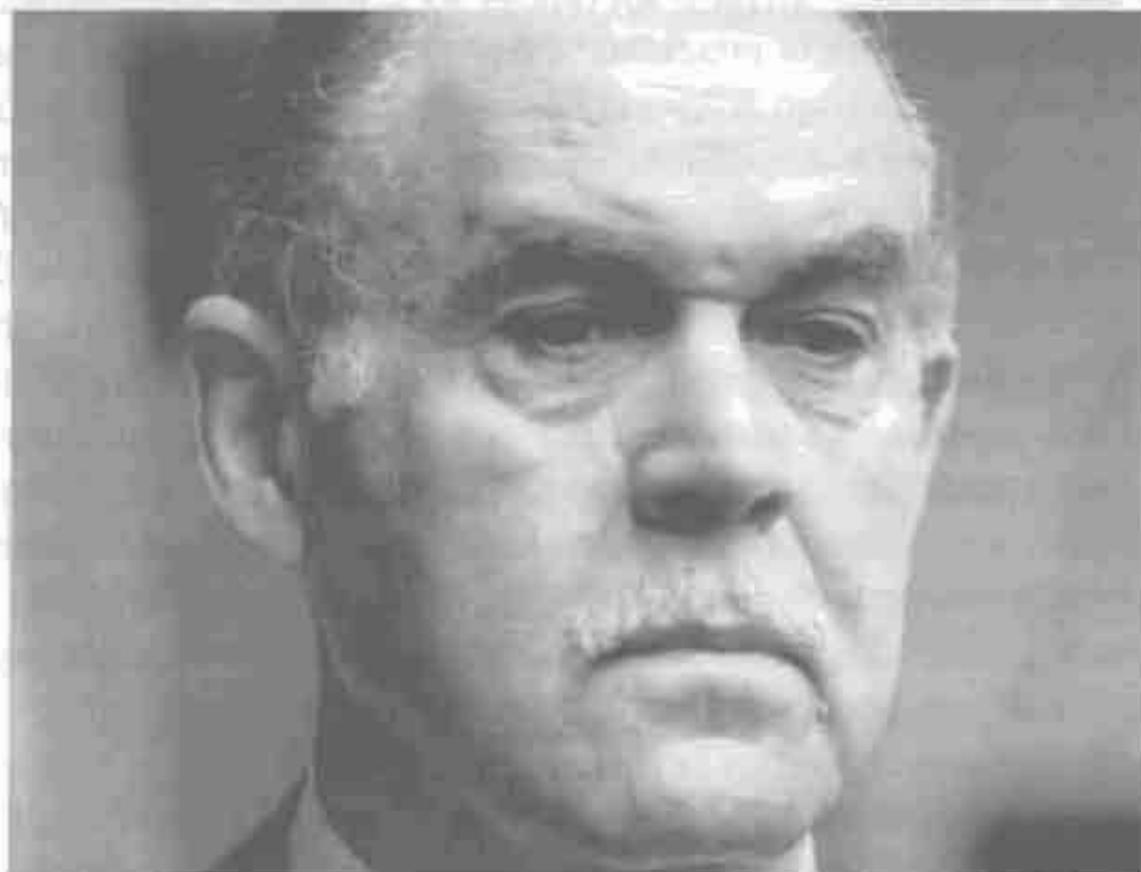
## **Andrenio**

(A Alfonso Armas, in memoriam)

Más allá de los tópicos que suelen recoger las ofrendas post mortem, creo sin ambages que la biografía de Alfonso Armas Ayala se alza rutilante en las páginas de la cultura isleña de las últimas décadas. En una reciente conferencia sobre el 98, dictada ante una docena de oyentes en el Gabinete Literario, Andrés Trapiello hacía la observación de que esta ciudad, a pesar de exhibir dos monumentos a su memoria, no estuviera más comprometida con la figura de Galdós, a la vez que ponía como contrapunto a Recanati, la ciudad natal de Leopardi, en la que el poeta forma parte del pulso cotidiano de sus habitantes. Y yo me pregunto, ahora cuando acaba de cerrarse su biografía, que qué hubiese sido de nuestro don Benito en esta ciudad nuestra sin el tesón y el empeño de Armas Ayala.

Alfonso Armas es el lector atento, humanista local y atlántico, firme en su convicción galdosiana, que pasea su figura caballerosa desde primera hora de la mañana, camino del Instituto donde procura hacer trascendente la lección de literatura. Y por la tarde, a las cinco en punto, su esbeltez aguarda a la sombra de una jacaranda que cae sobre una parada de guaguas en Ciudad Jardín. Lo podemos imaginar en el trayecto hasta la

De la Junta, el analista, el crítico en su primera reunión respectivamente aligando el movimiento a favor de las universidades, a don Fernando, Ministro Secretario de la Administración del Estado, su principal de estructura su propósito era asegurar el fondo de la economía. Subieron a Vallejos, los señores de la tierra en su momento de la vida. El de verdad la verdad es que los señores de la tierra...



*Alfonso Armas Ayala.*



Alameda, impregnándose del saber popular de la ciudadanía que se observa desde la atalaya de una guagua; o en su caminar reflexivo por la calle Cano y el consiguiente tramo hasta la Casa de Colón, por los vericuetos de la Peregrina y la Plazuela. Y en el saludo afable, su voz profunda, de actor de radionovela, con el comentario de la circunstancia local en la que aflora la clarividente ironía isleña, como la propia intitulación legendaria de 'Padre Las Casas'.

Armas Ayala solía destilar de tarde en tarde unos articulillos en los que trazaba el perfil de un libro o de un personaje, y que aparecían con la firma «Andrenio», personaje de Baltasar Gracián, que en voz alta suena como su grave voz. Al recordar su lectura, ratifico que una mayor frecuencia podrían haber enriquecido las páginas de nuestra prensa provinciana.

La desmemoria en los últimos días de una vida pueden convertir a cualquier personaje en una triste figura. Y yo no sé qué hubiera imaginado el bueno de don Alfonso viéndose en el espejo de su existencia, cuando ya su gloria no estaba ceñida a las trapisondas de este mundo. Creo que Alfonso Armas Ayala vivió la atmósfera de los diversos ámbitos de la ciudad y de la Isla porque tenía los sentidos abiertos a la Rosa de los Vientos de la Cultura y el amor a las palabras. Esa es la lección espontánea que deja su magisterio. Sin embargo, en este panorama de fin de siglo, me asalta la duda de que exista alguien que haya podido heredar su peculiar talante en el que confluían lo campechano y lo exquisito, sin estar marcado por los riesgos de la diletancia.

*(julio, 1998)*



## Verbenura

**E**sta isla nuestra ofrece simultáneamente rasgos de hiper/surrealismo en su propio pulso vital, más allá de lo que podamos imaginar con esfuerzo. Y es que en la resaca del verano que queda atrás sin remedio («septiembre llegó, el frío y tu ausencia...»), casi se puede hacer balance de parte de lo sucedido en el entorno, encaminado a consolidarse como rasgos de identidad.

Las evidencias pueden constatarse tanto en pleno solajero como agazapadas en la serenidad de la luna. En efecto, las noches de este subtropical se las trae en latas (de cerveza, tetrabrik y botellín) aliñadas con música vomitada con sabrosos decibelios. Los noctámbulos han creado la cultura de la verbenura que es lo mismo que la 'verbenura'. Un rito de la posmodernidad que se inicia a la medianoche al borde de cualquier vehículo (rectificado para enseñar su cromado tubo de escape) y que tiene por destino el pueblo/escenario. Se aparca en los arcenes, en el mismo lugar en el que se inicia la ladera, y el coche queda entaliscado, mantenido en atrevido equilibrio.

La nueva sociabilidad que propicia el bailoteo se ha convertido en una liturgia tan ceremoniosa que te cambas, con personajes que van desde la exhibición más deslumbrante (las lobas





y los cazadores con cazadora o/y camisa desabrochada con cadena y crucifijo de Dalí) hasta la soledad más perniciosa. Se llega a la plaza (el itinerario alcanza toda la Isla), donde Armonía, Aguacate, Deliciosa...interpretan hasta despuntar la amanecida, en la piña más apiñada, el cancionero de este fin de siglo en que se acuñan las reglas del juego de la relación erótica caribeña, («yo no soy una loba, no, yo no voy a comérmelo...» o «tengo que bailar con esa muñequita»). Ante letras de tal catadura se estrella cualquier programa de igualdad entre los sexos que empieza a parecer una utopía.

Por el día se ha procedido (o se procederá) al rito de 'la bajá' o 'la traía', que es lo que justifica el cartel identificador (de identidad). Aquí se baja todo lo que pueda convertirse en semoviente y el inventario queda casi como sigue: La bajá de la Rama (no tan ancestral como se desearía), las bajás de vírgenes y Cristos (solemnidad de epopeya religiosa), la bajá del Palo, la traía del Barro (espectáculo sublime donde los haya), la traía del Agua, la bajá del Tabique (vd. tabefe / suero), la bajá del Cochino, la bajá del Macho, la suelta del Perro Maldito, la bajá del Huevo Duro (última vuelta de tuerca de la imaginación popular). El conjunto es una continua lección de antropología de lo espontáneo, que pretende, si no lo ha conseguido ya, buscar la identidad del metro cuadrado de cada caserío en su psicología social más profunda.

Aunque todo ello sea una muestra del surrealismo viviente, colectivista y con los apuntes tribales más auténticos, hay quien sigue prefiriendo como alternativa una tarde con Juan Ismael en el CAAM o un repaso a *Crimen*, de Agustín Espinosa.

(octubre, 1998)

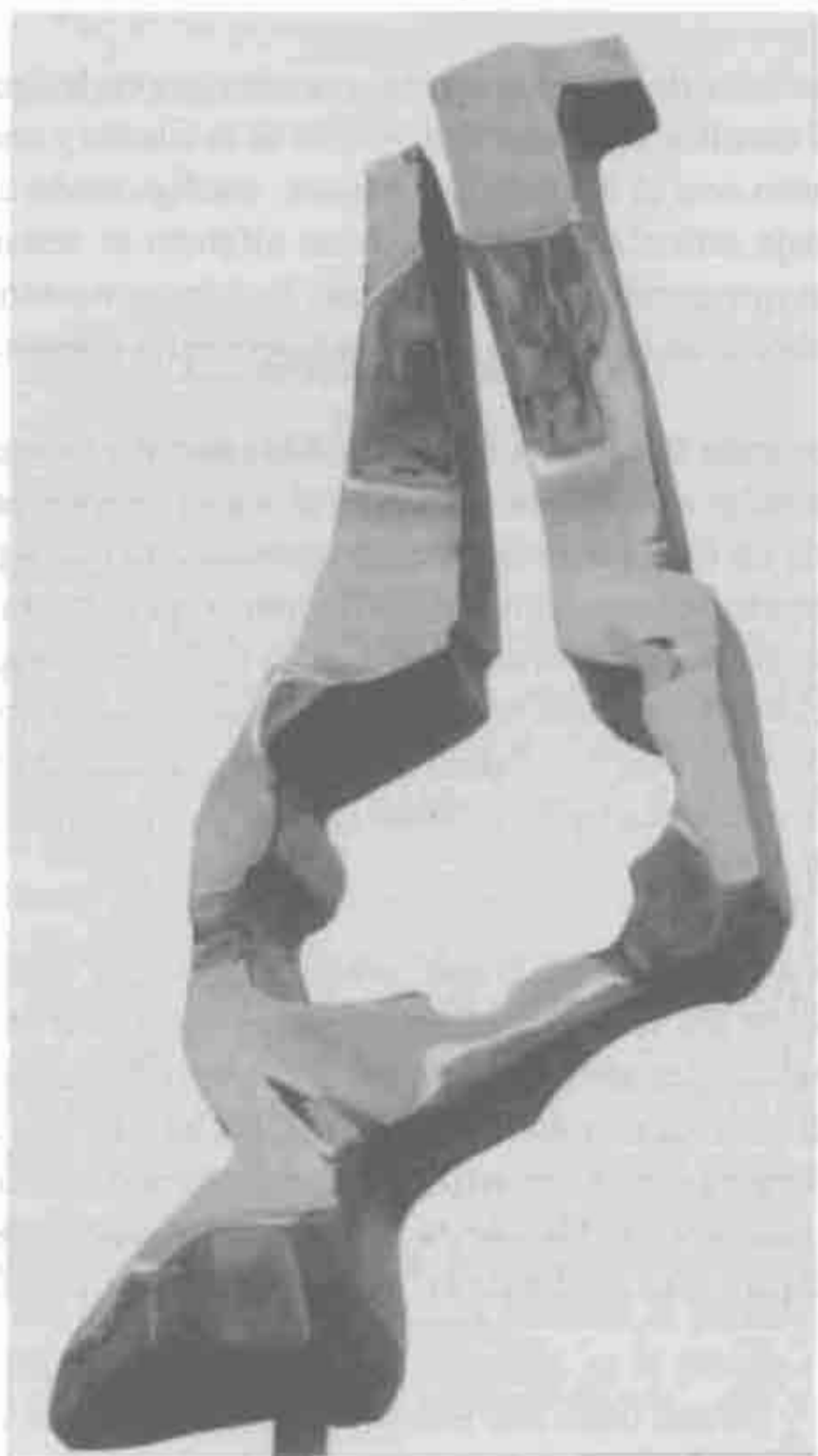


## Islas útero

**P**rimero los navegantes y luego los agrimensores de la Corte, cuando llegan a esta parte del Atlántico a cumplir su oficio, tratan de volcar en sus portulanos y cartas geográficas el mayor número de datos sobre los accidentes encontrados. Así va surgiendo el perfil de cada una de las islas, rodeadas de mar y de olas, de farallones y acantilados. En su interior, los barrancos y montañas; la oquedad volcánica de calderas y los caminos; los topónimos y eriales.

Y es que la existencia de la isla / archipiélago en gran medida pasa por una representación mental que tiene su punto de partida en esa referencia cartográfica, sin haberse siquiera circunvalado sus contornos reales.

La proyección del perímetro isleño arranca con Pomponio Mela, pasa por Torriani y se perfecciona con la cartografía científica e histórica. Es más que probable que el isleño primero disponga de la imagen dibujada de sus islas y después, ocasionalmente, trate de verificarla desde la ventanilla del Binter o desde la balconada de un monte sobre la costa. A partir del perfil de estas islas como referente, el escultor Máximo Riol acaba de crear un lenguaje en bronce, una sencilla cartografía con semántica propia.



*Con el perfil de las islas, Máximo Riol crea una peculiar cartografía en bronce.*



Las islas de Riol, en efecto, constituyen un lenguaje del vacío. El escultor hace una abstracción de la silueta y enriquece su contorno con el bruído del bronce, configurando con ello un lenguaje articulado como si de un alfabeto se tratara, más allá de lo que pueda conseguirse con la representación que se suele elaborar en cualquier taller de reprografía comercial.

Los siete bocetos que muestra Máximo Riol poseen rasgos en común: el contorno natural y el vacío interior, entre los que existe un diálogo de formas compartidas; lo que a primera vista procede de siete islotes desarticulados, se enhebra en formas iconográficas que ofrecen la estética del espacio vacío, con una única entrada/salida/escape, convertido en útero (metáfora de la isla como vasija/recipiente maternal), donde se implanta el sueño, el silencio y la soledad (acaso una redundancia del aislamiento).

Es un juego estético que otorga significado autónomo a cada uno de los iconos a partir de sus propios perfiles y que logra una feliz expresividad en estos broncecillos de pequeño formato que se exhiben en el Club Prensa Canaria. Su alcance popular llegará cuando se erijan en su definitiva dimensión proyectada para el amueblamiento de un parque público de Telde, que albergará este *Jardín de las Hespérides* sobre columnas de basalto.

*(octubre, 1998)*



## **La ilusión y el viento**

*(Para Keko)*

**U**n hombre de Artenara, de cuyo bastón de alcalde se guarda una prolongada memoria, siempre estuvo orgulloso de haber pasado gran parte de su vida en el pueblo más alto de la Isla, porque decía que era el que más cerca estaba del cielo. Allí, a la entrada del pueblo, construyó su casa que mira hacia los pinares y a lejanos horizontes donde el sol se oculta con el colorido de inmensas pinceladas celestes; el patio de su hogar siempre estaba abierto a la amistad y a la acogida. También fue orgullo del respetado alcalde el que los jóvenes de su pequeño pueblo sintieran una fuerte vocación por el estudio y los ideales de superación.

Estos recuerdos se me hicieron presentes la otra tarde, cuando llevábamos hasta su última morada al primogénito de sus nietos, el entrañable Keko, fallecido en la flor de sus años. Una vez más, pudimos comprobar ese cielo limpio y azul, bíblico y trascendente de nuestras cumbres que siempre llenan el alma de paz, al tiempo que una multitud de amigos caminaban en silencio sobrecogedor por las calles de este pueblo, mientras doblaban las campanas de las torres parroquiales.

Las islas de Mvoti son afectas, convenientes con longitudes de  
se la. El espíritu físico una abstracción de la cultura y distingue a  
el carácter con el lenguaje del mundo. La configuración con sus  
en historias antiguas viene. de un idioma se trata, con



*«...Keko aprendió en la costa a navegar y a jugar  
con las olas y el viento, y fue regatista de amigos, y su  
muscultura se forjó embridando la fuerza del alisio».*



Los espacios originarios son una constante prolongación de los afectos personales, y a pesar de que se cambie de lugar por motivos de estudio o de trabajo, siempre quedan enredados en el corazón.

Don Manuel Luján, el viejo alcalde, para educar a sus hijos, se fue a vivir a la ciudad donde, golpe a golpe, en el Instituto y en la Universidad, construyeron sus ilusiones. A una de sus hijas el destino la llevó a la isla de Lanzarote, mítica de volcanes y de lavas, y allí vio crecer a sus hijos. Keko, el primogénito, se enamoró de la naturaleza y del mar; su padre lo hizo cazador y le enseñó la dirección de los vientos; su pupila se fue llenando de nobleza y de ilusiones. El viento de Famara y de Testeina curtieron su piel y lo hicieron amante de su tierra. En la costa aprendió a navegar y a jugar con las velas y el viento, y fue regatista de amigos y su musculatura se forjó embridando la fuerza del alisio. Participó con otros muchachos de su isla en regatas de otros mares: Málaga, La Coruña, Mallorca, Barcelona... Aquí en Artenara fue cazador en el Montañón Negro y en El Brezo, en Gomestén y por los andenes de Guardaya. Toda esta vida volcada en la naturaleza la combinaba con el estudio del código civil y el derecho procesal, con la misma ilusión que su abuelo tuvo para los muchachos de Artenara.

Esta crónica es un reconocimiento a la montaña de ilusiones que mantienen los jóvenes deportistas. Por eso, en la regata Trofeo «Príncipe de Asturias» de Vela, que hoy se clausura en nuestro mar isleño, sus amigos regatistas del Lola II, envueltos en el salitre de sus lágrimas, lo recuerdan con una vela que siempre ondeará al viento: *Keko, navegamos contigo.*

(noviembre, 1998)



## **Blimunda, mi amor**

**N**o es la primera vez que picoteo en alguna de las vertientes narrativas de la rica obra de Saramago. La fiesta del Nobel propicia que nos unamos (por vecindad isleña) al polifónico corifeo desatado en torno a su figura. Sin duda, gran parte de las referencias al Saramago autor se han centrado en valorar tanto los aspectos ideológicos como su impagable canto a la dignidad del hombre en esta transición de siglos. Eso está bien.

Sin embargo, cuando las ofrendas de los columnistas de oficio pasen a segundo plano, es de esperar que continúe apreciándose cabalmente la valoración/disfrute de la obra literaria en sí. Porque en la obra de Saramago lo admirable es el manejo de los recursos lingüísticos; la narración en presente (deixis o señalamiento como marca indefectible de su estilo), la reflexión sobre el paso del tiempo, la solemnidad en el tratamiento de lo insignificante o el ritmo expresivo son rasgos que entusiasman al lector. Es un clásico de la descripción, con especial regodeo en la riqueza expresiva de las palabras que se constata en que la posible lectura de los textos en voz alta sea un placer añadido.

En este homenaje particular, quiero subrayar una hermosa página de amor que protagoniza Blimunda, personaje de *Memorial del convento*, y que llega a su esplendor en los tra-





mos finales de la novela. Saramago en esta obra levanta varios sueños. Uno es el del rey de Portugal quien ante la imposibilidad de tener un heredero hace la megalómana promesa de construir el convento de Mafra. Otro sueño es el del padre Bartolomeu Lourenço quien construye un globo para desafiar el poder de la naturaleza. En medio de esta trama de desafíos queda una polifonía de acciones y personajes entre los que adquiere relevancia la pareja Baltasar Sietesoles / Blimunda, que desde su sencilla humanidad y por mera supervivencia participan en ambas empresas y tejen su amor entre la miseria y la pasión.

Blimunda es la mujer que en un momento de su vida sufre la ausencia de su amor. Y después de buscarlo por todo Portugal (sin importarle la solemne parafernalia de la inauguración del convento), cuando al fin lo encuentra formando parte de una hoguera inquisitorial, sus labios balbucean un sencillísimo «Ven». La polisemia que encierra este monosílabo (firme deseo pasional, esperanza frustrada y fidelidad absoluta), se convierte en la expresión barroca del amor más allá de la muerte.

Sin duda, cuando inexorablemente el tiempo de Saramago se cumpla, siempre quedarán los personajes de su obra trascendida por la más profunda humanidad. Esta mujer anónima y solitaria en el dolor, deshecha al contemplar la carne de su amor que se consume (lo consumen) en la hoguera, siempre estará acompañada por un lector que, como este paseante de la Isla (la literatura es una isla), la acoja en su regazo y acaricie el texto de su cabellera de papel con un cálido requiebro: Blimunda, mi amor.

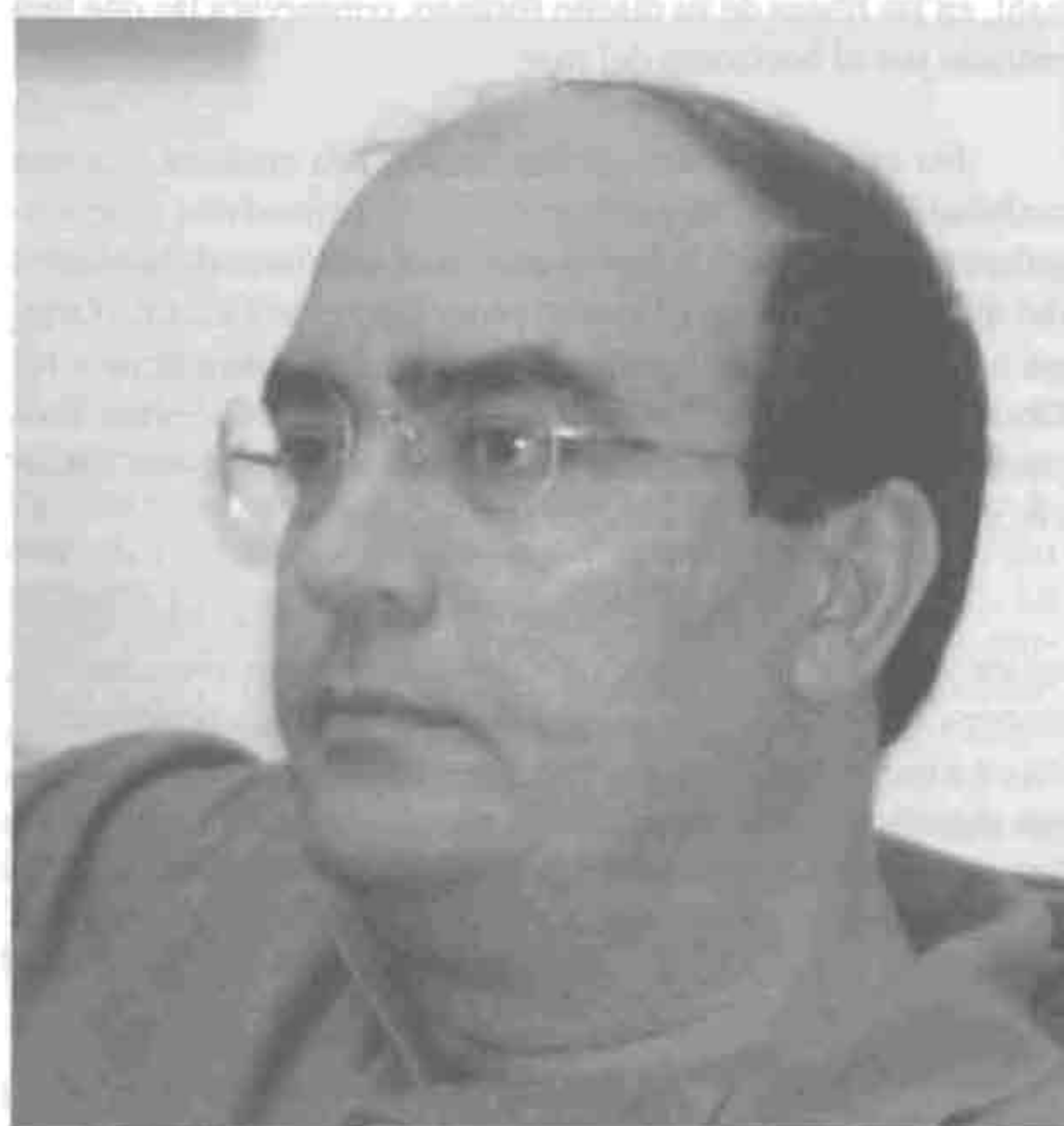
*(noviembre, 1998)*



## La Isla y las palabras

Una tarde del penúltimo verano, el profesor Gonzalo Ortega, el archivero municipal de Teror, Francisco Sánchez y este paseante de la Isla desandábamos con entusiasmo un viejo camino real que conduce al pueblo más alto de Gran Canaria. La Isla, en su cumbre, aparecía serena, revestida de crepúsculo violeta; por el norte, Agaete se recostaba en un sueño de blancura; La Aldea se perdía al final de la barrancada; más allá emergía la bravura de las Tirajanas y se adivinaban las llanuras del sur, inundadas de viento y salitre. De cada uno de los lugares que eran barridos por nuestra mirada hablaba el filólogo Gonzalo Ortega como lo hace un geógrafo enamorado de una tierra recién explorada. La tarde se prolongó en tertulia peripatética, entre rumores de pinos y esencias silvestres. El sol había caído y nuestros pasos nos llevaron a una casa que está a la entrada del pueblo. En este ámbito doméstico, Gonzalo Ortega indagó por la denominación de dos antiguos arcones que guardaban el silencio de la casa. Uno era una vieja caja de tea y otro un baúl de los que quedan como testimonio de la emigración trasmarina.

A la vez que recuerdo esta espontánea actitud investigadora del profesor Ortega, tratando de buscar el nombre de las cosas, he creído ver en estos dos viejos arcones, similares en su



*Gonzalo Ortega Ojeda.*



forma y en su función, un paralelismo con la variada realidad idiomática de nuestra Isla. Es como si la caja de tea, en su textura rústica, guardara las palabras de nuestros ancestros, y el baúl, en las líneas de su diseño foráneo, conservara las que han entrado por el horizonte del mar.

No es una novedad afirmar que la Isla encierra una rica realidad lingüística, llena de variaciones expresivas, unas singulares en su aplicación y otras comunes a millares de hablantes del ámbito hispánico. El investigador terorense Gonzalo Ortega ha dedicado buena parte de su tiempo universitario a reflexionar y a sistematizar la realidad dialectal de Canarias. Producto de ello es su trabajo *Léxico y fraseología de Gran Canaria*, publicado hace un año por el Cabildo Insular.

Sin embargo, la presentación pública de este libro quedó en un vano intento, porque a veces en cuestiones esenciales de nuestra cultura se suele mirar para otro lado. La presentación de un libro, más allá de que pueda parecer un acto social, siempre significa el reforzamiento de un trabajo de investigación a la vez que se divulgan posiciones científicas sobre el tema desarrollado. Y es que las oportunidades para actualizar los fundamentos sobre el uso de nuestras hablas no deben desaprovecharse; con ello se ayuda a soslayar los intentos de ridiculización que, no de forma inocente, incluso desde tribunas universitarias (rd. paraninfo lagunero, sept. 1998), se hacen de la expresividad idiomática isleña, amasando canarismos a tutiplén más allá de lo habitual, sin que, por otro lado, nadie ose reclamar el adecuado respeto al frágil edificio de nuestro patrimonio expresivo.

(noviembre, 1998)



## Nieve efímera

**L**a biografía de la Isla está marcada por la mudanza de su piel. Las estaciones largas de la sequía la inundan de solajero en todas sus dimensiones. Corolario: los barrancos se agostan y las piteras ocultan el maguén; por la costa aflora la desnudez del muslo y la noche urbana se presta al escote del erotismo tropical. (¡Cuán largo suele ser el estío isleño!). La aridez quesadiana a veces llega a convertirnos en islas de azufre. Y casi el fin de los tiempos se anuncia con el resplandor que enciende la tierra, las nubes y los mares. Sin embargo, cuando asoma la ventisca parece que el vivir se recompone en sus dualidades esenciales. La soñarrera unamunesca se espanta de los ojos y en la guarecida surge el perdido olor a tierra mojada. Tal vez ya se adivine una primavera que emana su verdura en la bella arruga de la lava.

En añadas alternas la nieve que asoma en el horizonte borra el folclorismo del paisaje (ya era hora). Y la Isla se universaliza con ese topicazo de «continentenminiatura». ¿Hay quien dé más? Porque ese ilusionante manto de agua blanca nos presenta una reflexión sobre el tiempo (una vez más) y lo efímero de las cosas. Resurrección y enterramiento, una imagen que pretende escarbar en el sentido más humano de la existencia. Si la poesía sirve para algo, aparte de la tortura de su feliz desentrañamiento estético, es para recordar (al menos en la experiencia vivida) que en 1983 la isla se coronó con el cursilón vestido de primera comunión en su cumbre más alta.



Así consta, como si fuera una reseña meteorológica, en *Tres días de nieve*, versículos de entonces, que una de estas tardes de beatífico frío machadiano (el de la lluvia tras los cristales), son rescatados de un inédito poemario que esporádicamente queda enredado en esta columna de contenida verbosidad.

Serenamente  
en la noche,  
con la isla de enero dormida,  
el agua se hizo flores de almendros deshojados.

En unánime clamor  
el capitán del amanecer,  
el pastor de la mañana,  
el caminante sin sendero,  
volvieron su rostro a la cima jubilosa.

El resplandor llena los ojos  
la blancura domina la vista  
el frío quema las manos.

Pero toda esta alquimia  
-blanca rosa  
cálido frescor  
manto lunar-  
caída sobre la tierra  
volcánica montaña del subtrópico,  
se volvió en nada.

Al poco,  
atardecer del tercer día,  
desapareció  
bajo  
-no sólo por el Sol-  
la tierra también  
serenamente.

*(enero, 1999)*



## Pintor de cumbres

Los últimos años de la biografía de José Arencibia Gil (1914-1968), queda enmarcada en el cercano vínculo con Artenara. La pintura de los murales de la iglesia lo llevó a pasar temporadas inmerso en la vida cotidiana de la pequeña localidad cumbreira. Su biografía ha sido felizmente rescatada por Germán Jiménez Martel, y la sensibilidad del ayuntamiento de Telde ha hecho que se levante un busto a su memoria en la plaza de San Gregorio.

A partir de los años sesenta hasta su muerte, Arencibia Gil vivió diversas dimensiones de la cumbre isleña. En esta época coincide con el descubrimiento de una práctica de fe. Su hijo Luis está en el Seminario y es pintor de iglesias. Tal vez un contraste con su primera época.

La antológica que se exhibe en una sala capitalina recoge una muestra notable de la pintura de esta época. Arencibia no realiza una interpretación del paisaje de la cumbre. Lo que hace es incluir en el lienzo todo lo que barre su mirada, sin hacer hincapié en un aspecto pictórico concreto. Y eso es lo difícil de la pintura de los paisajes cumbreiros, ya que a la vez ofrecen tres dimensiones insoslayables: la verticalidad, la profundidad y las amplias perspectivas. Lo que sin duda hace Arencibia es



*José Arencibia Gil (1914 – 1968),  
pintor de la iglesia de Artenara.*





un tratamiento cromático de la cumbre isleña. Los roques se muestran en su mayor realismo. En la pintura específica de los murales de la iglesia de san Matías sigue mostrando un fuerte academicismo. El clasicismo queda expuesto en los dibujos al carboncillo que, al estar inacabados, son una muestra de su formación.

De esta etapa, llena de vivencias cercanas al pintor, que exhibe una pasión por las cosas sencillas, el dato etnográfico, el rostro del campesino, o el café de calcetín (no de cafetera exprés), queda ese recuerdo de un muchacho que ve cómo la Ascensión del Señor empieza a pintarse de arriba hacia abajo. Primero el cielo, luego una pléyade de angelotes. Ahí está ahora la cabeza del Cristo, sola suspendida en medio del mural sin nada que la sustente. El olor del óleo se mezcla con el barniz de los artesonados y el del incienso humeante de las ceremonias que se celebran en medio de las naves llenas de andamios. El mundo parece que está en plena construcción.

Luego la pintura baja y sólo con el paso del tiempo, al final del proceso de su elaboración, empieza a subir con la mirada atónita, prolongada en rayos de visión de unos apóstoles, que empujan hacia el cielo la figura del Redentor. La corporeidad de las figuras de los apóstoles se muestra en esos círculos que se forman al levantar las manos y entre los pliegues de las capas queda la atmósfera de una escena clásica en la iconografía religiosa. La Ascensión, Elías llevado al Cielo y la Asunción, tres elevamientos bíblicos que en Artenara, pueblo de cumbre y de montaña, adquieren el significado de la huida hacia el cielo transparente.

(febrero, 1999)



## Espacios de amor y literatura

**L**a literatura y el amor nacen de una mágica relación de complicidad. Y es que la literatura se descubre en todas sus dimensiones cuando se ama con aliento cálido, y uno deja de ser uno para prolongarse en el otro. Entonces, el lector es masculino y la novela y la poesía se sienten en femenino.

De un amigo, escritor isleño (ahora en el colapso de la actividad política), desvelaba un compañero de Facultad, en una tarde de feliz celebración, que quien le hizo descubrir la Literatura fue un fraile del convento del Cristo de La Laguna. Y eso puede ser tan creíble como quien la descubre en un lecho, entre sábanas desbaratadas, leyendo *El placer del texto* de Roland Barthes, procurando diferenciar los conceptos 'literatura como gozo' y 'literatura como placer'.

Esa etérea relación del macho y la hembra se le presentan al paseante de la Isla no en intangible concepto, ni en idealismo invisible, sino en espacios de lava que soportan nuestra pisada. «Mi primer amor lo tuve/ en aquel suave temblar/ del pinar de Tamadaba...» Cruzaba entonces la imberbe adolescencia. Más tarde aparecen los espacios urbanos y la arena caliente de la playa; el campus universitario y su prolongación en los paseos largos de palmeras que ocultan la pasión. Y es que los espacios



afectivos permanecen unidos a las biografías hasta que viene la erosión del tiempo y se los lleva barranco abajo. En este fin de siglo, parece que 'todo quisque' empieza a hacer balance de lo vivido antes de que quede suplantado por los dígitos del tiempo nuevo. Y si algo de lo vivido debe alzarse en el recuerdo de lo biográfico es la dualidad literatura/amor. ¿Qué libros hemos leído? ¿Dónde hemos amado? ¿Qué es lo que queda de los libros amados? Como en el amor efímero, sólo permanecen los espacios y la atmósfera que hemos recreado: una tarde al borde de una playa; un aleteo de hojas por la Plaza del Adelantado; un trueno inmenso que destruye el cielo de Castilla; unas lejanas campanadas entre palmerales de la medianía isleña...

Por eso, al igual que los amantes se mueren en cada despedida (como decía Neruda), los libros se pierden en la última página y sólo queda el panegírico necrológico de algo que fue y ya no es. Así como el amor, cuando abre las puertas a un sentimiento está clausurando otros rumbos, también, cuando se cierra la última página de una novela o el último verso de un poema, lo que queda es un pasado convertido en ceniza de pensamiento. Toda la ironía de un mundo creado que conduce al recodo del tiempo efímero. Y si ante el amor que se esfuma y la novela que se cierra no debe quedar espacio para la nostalgia, es porque otras puertas y otros libros están abiertos al paisaje azul de dos gotas de universo que laten enlazadas entre un mechón de espigas.

(febrero, 1999)



## Mares de la isla

Cuando decimos mar (mar de Isla), sólo estamos hablando del mar del geógrafo, esa extensión de agua que se define en fríos manuales de estudio. Incluso, algunos teóricos magistrales (Valbuena Prat y la legión que lo copian), cuando tratan de categorizar las peculiaridades literarias isleñas, hablan del mar (en singular abstracción), como definidor de una actitud poética. Sin embargo, esa afirmación habría que matizarla en su rotundidad porque en las islas el mar escribe sus grafías en plural.

¿Cuántos mares tiene la Isla? Ejemplos: el mar de Agaete, enmarcado entre las montañas brujas que ahoyaron el sentimiento de Alonso Quesada, se prolonga hasta alcanzar el perfil vertical de otra isla que yergue una espléndida pirámide de fuego y nieve con la que desde la misma orilla (o desde la sombra de los pinares), se dialoga en la distancia. El mar que rodea las lavas vírgenes de La Isleta es un misterio guardado por el viento y por una bandada de gaviotas que lo adornan con su vuelo. Por el sur, los mares adormecen la costa en un continuo y lento lamer de arenas, y en la línea del horizonte se adivinan desiertos y dromedarios, dunas y oasis donde se agazapan el siroco y la jaima. Y el mar, desde la baranda de El Sauzal (más allá de las estribaciones de Tacoronte), es un mosaico de leyendas, te-



jido con el sangrar de atardeceres, que cabrillea y se alarga en un ensueño emigrante hasta otras orillas atlánticas.

El mar de la Isla es inclasificable. Pero cuando se toma como camino, se vuelve metáfora y parábola geométrica del vivir. Es la imagen de dos ilusionados pescadores que en su juventud preparan los aparejos de sus barcas en cualquier playa isleña, salvaje de callaos e inundada de luz. La Isla, entonces, quedaba a sus espaldas y delante se abría el mar de los sueños. Se echaron en los brazos del oleaje. Cada uno en la barquilla de su existencia, alzados grumetes de sus pasiones, descubridores de la brisa en la altamar, con el pecho descubierto en la más firme actitud romántica, pero también con el desafío al mar tenebroso, que emerge con la envoltura de horizontes que se esfuman.

Pero la Isla mantenía su espera... Al cabo, el reencuentro en la playa de antaño, luminosa y virginal; los ojos inundados de salitre y la piel penetrada de vientos y latidos. Sentados en el basalto (inmarchitable escaño de la geología), con el misterio de la palabra y la fuerza cómplice de la mirada, relatan su bra- cear por los bravíos mares de la existencia. ¿Cuánto tiempo habrá transcurrido? ¿El tiempo es lineal o es una curva en forma de parábola que nos devuelve a las playas de la memoria? Aún quedan muchos atardeceres para seguir descubriendo el pulso cálido de la Isla, los caminos de su soledad y el arrullo de su lexía (siempre en plural), como los mares que la abrazan en rompiente de espumas.

*(marzo, 1999)*



## Serenata de la memoria

1. El paseante de la Isla casualmente cruza las calles de La Laguna, tres días después de que el poeta José Agustín Goytisolo hubiese trasaltado el camino de la vida. Y sin poderlo remediar (lejos de nostalgias que no conducen a nada), se instala en la memoria de una generación que en aquella misma ciudad, levítica y estudiantil, treinta años atrás trataba de fabricar junto con el edificio de sus vidas el de las libertades sociales de un país oprimido.

Los periódicos recientes han recuadrado el poema *Palabras para Julia* que a principios de los setenta se desprendió de su autor para pasar a ser parte de nuestro respirar colectivo. El paraninfo del caserón universitario se encendía de canciones, de versos y de aplausos dirigidos a todos nosotros porque éramos capaces de estar allí manteniendo el tipo de aquella cultura del anorak, que soñaba entre la utopía y la libertad. Y cuando el compañero José Manuel Abreu abrazaba su guitarra y cantaba (como un clónico pacoibáñez insular), los versos de J.A. Goytisolo, el mundo casi se paralizaba: «La vida es bella ya verás/ como a pesar de los pesares/ tendrás amigos, tendrás amor, tendrás amigos./ Un hombre solo, una mujer/ así tomados de uno en uno/ son como polvo, no son nada, no son nada./ Por eso siempre.../ nunca te entregues ni te apartes/ junto al camino



nunca digas/ aquí me quedo, aquí me quedo./ Todos esperan que resistas/ que les ayude tu alegría/ que les ayude tu canción, entre sus canciones».

2. Porque los espacios y las personas sólo existen cuando en ellos queda prendido algún retazo de sus mutuas biografías. Y la ciudad de antaño (que bien podría leerse como una mueca irónica del existir o del impetuoso paso del tiempo), que emerge ante nuestros ojos en esta primavera, se entremezcla en el recuerdo con el homenaje silencioso a los versos de Goytisolo. O con la mirada que se recobra en un atardecer, ante un friso vegetal que crece salvaje y abrupto por la Punta del Hidalgo, y se alarga hasta los claroscuros de los platanares y las neblinas del norte isleño. O se prolonga hasta la mismísima madrugada, donde el «ya cantan los gallos» (que están ahí taladrando las viejas montañas que rodean la popular Recova lagunera), es la expresión con la que se despiden los trovadores y los amantes, mientras se cierran las puertas de cualquier coche plateado por la luna, después de que sus cuerpos se hubiesen encontrado en la luminosa majestuosidad del erotismo. Y con la culminación silenciosa del mismo poema de Goytisolo: «Perdóname, no sé decirte nada más/ sólo que tú debes saber/ que yo aún estoy en el camino, en el camino...»

3. Serenata modulada, revivida como entonces (sin nostalgias), pero con la memoria más fiel a unas palabras, a una ternura generosa y a un paisaje isleño que, a pesar del desgarró y lo efímero de su latido, justifican el camino de la existencia.

(abril, 1999)



## La Casa de Los Picos

**L**a fundación de una ciudad y el espacio nuclear que genera su proceso constructivo es un recurso al que acuden los novelistas para crear los escenarios de sus narraciones. El lugar iniciático, desde la árida neblina geológica, pronto se puebla de personajes, se cubre de albergues domésticos, se trenza de redes sociales y, paralelamente, surge el estallido de la historia que es, en rigor, la memoria colectiva. Las islas, con fundaciones urbanas cercanas en el tiempo y con la leyenda que implica el viaje hasta sus costas, ofrecen estímulos suficientes para montar una trama narrativa. Este es el primer recurso que ha utilizado Luis León Barreto para escribir *La Casa de Los Picos* (una de las posibles novelas sobre la ancestral Vegueta), que en sus componentes espaciales se desarrolla en torno a una ciudad crecida junto a la costa y a una casa emblemática que se levanta en el altozano de la ladera.

Los novelistas suelen trenzar los elementos narrativos mediante el acarreo de materiales de diversa procedencia, y que, en este caso concreto, beben en la historia que impregna la memoria de las islas. Por ello estamos ante una novela de fuerte carácter isleño. Ahora bien, en nuestro empeño por diferenciar lo regional de lo isleño, podemos afirmar que no estamos ante una obra regionalista. Y eso se evidencia tanto en la





*Luis León Barreto.*



estructuración de la obra como en el múltiple tratamiento que se hace del lenguaje.

Si le empezamos a hacer caso a George Steiner (Vd. *Presencias reales*, 1998) y evitamos crear textos secundarios en torno a las obras de arte con el fin de ir depurando el lenguaje crítico, sólo reflejaré en esta columna algunas impresiones de lectura. En primer término quiero subrayar una expresión que particularmente me fascina: «la catedral alzando su segunda torre pero todavía sin fachada» (pág. 42), que se convierte en un cronotopo, es decir, en un cruce de tiempo y espacio que por sí mismo hablan de la maestría del novelista. Otras maestrías de la obra están en el variado registro del lenguaje, su adecuación a los diversos momentos y motivos narrativos, la crónica del abanico social, la neurosis que genera el vivir en el reducido espacio de la islas, y como trasfondo, el escenario de Vegueta (síntesis de nuestra isleñidad), con la fuerte carga de clericalización en su doble vertiente institucional e iconoclasta, representada en este caso por la fanfarria litúrgica de la denominada «iglesia cubana».

Por la obra se desgranán, además, las pasiones humanas primarias en una trama en que aparecen pinceladas de la sociedad rural y urbana que configuran fenómenos antropológicos de las islas: el sexo, la castración, el incesto; la cultura de las azoteas (con la figura del palomero); la isla que devora a sus hijos, etc. En definitiva, un mundo isleño convertido en obra de arte mediante la pluma de un novelista clásico, que desparrama su mirada sobre la historia y el vivir cotidiano desde la magia de la creación literaria.

(abril, 1999)



## Un caballero de la Isla

(Para Federico Díaz Bertrana, in memoriam)

**E**n la nota indagatoria que precede a la edición del libro *Gran Canaria a mediados del siglo XIX, según un manuscrito contemporáneo (1851)*, el incansable investigador don Simón Benítez Padilla asigna por patria Artenara al anónimo autor de los dibujos y escribano del texto. Y dice el prologuista que no podría ser otro el lugar de nacimiento del copista porque desde allá arriba, desde aquella altura encumbrada, la Isla se observa de otra manera.

Las palabras de don Simón se me hacen presentes cuando pretendo trazar esta pincelada en memoria de Federico Díaz Bertrana, un ilustre caballero isleño que acaba de rendir tributo a la muerte y que con su hermosa biografía humana, política y profesional adornará para siempre el pueblo donde nació.

La popular familia que acoge a Federico hinca sus raíces en los más viejos parentescos del lugar, los Díaz, los Hernández, los Perera, los Sánchez, los González. En el último tercio del siglo XIX, el párroco de San Matías, el catalán don Pedro Bertrana Masramón, propicia que se asiente en Artenara su hermano Segismundo, quien se convierte en el fundador de una saga familiar que con el paso de los años cruza su sangre y se

reconstrucción de la obra como es el múltiple testimonio que  
se hace del lenguaje.

Si la memoria se hace caso a George Steiner (MLP)



*Federico Díaz Bertrana.*



expande por todas las islas. Del viejo Segismundo Bertrana dejó escrito don Miguel de Unamuno en 1910 un bello testimonio que hemos recordado con motivo de la reciente inauguración de su mirador en Artenara. Y Domingo Doreste, en su Crónica de Fray Lesco, *Artenara, la invisible* (1940), le envía un apretón de manos al padre de los Díaz Bertrana, don José Díaz Hernández, «ex-alcalde de Las Palmas, pero no ex-hijo de su *Artenara*».

Federico, en su juventud, se impregna de los más sencillos avatares de la isla interior, desde los aspectos hondamente humanos que configuran su pequeña localidad hasta la sensibilidad por la impresionante naturaleza que le envuelve. Allí, en Artenara, se hace trotamundos y cazador para toda la vida, a la vez que observa las carencias propias de una economía rural que secularmente atenaza los caseríos isleños. Por eso, su formación humana y académica arrastran el fuerte estilo de elegancia y campechanía que va a caracterizar su vida familiar, pública y profesional. Porque Federico aprendió a sentir la Isla pateando la entraña de sus barrancos y las laderas de sus montañas, respirando el salitre de los pueblos de la costa o el encanto de La Laguna que, por Adelantada, siempre estuvo enamorada en su memoria. Y ese estilo de sentimiento lo traslada tanto a la actividad política, como al talante de hombre destacado con nombre propio en los escaños del foro canario.

La primera sorpresa de su vida pública sucede el mismo día en que toma posesión de la presidencia del Cabildo. El hijo de don José Díaz, un laborioso abogado de Artenara, fue nombrado ante las pretensiones de no pocos que aspiraban a suceder a Matías Vega Guerra. Entonces, el joven abogado se adelanta y sube al estrado del Cabildo, y con una voz diáfana, con



un verbo de político que domina la vieja usanza oratoria y, sobre todo, con un programa de acciones en favor de la Isla levanta con su impronta personal la admiración de quienes le escuchan.

En su etapa de presidente del Cabildo Insular (1961-1970), considerada de transición entre el personalismo precedente y la progresiva apertura de las instituciones, se rodea de consejeros entusiastas y representativos que llevan a cabo múltiples dotaciones de infraestructura en favor de muchos caseríos que constituyen una isla dentro de la isla porque, para empezar, carecen hasta de carreteras. Y por el lomo de los alejados pagos un día aparecen los técnicos y los alcaldes pidiendo permiso para el paso, y pronto asoma el tractor del Cabildo abriendo la pista, o colocando los postes de la luz eléctrica.

Es una época en la que se proyectan y ejecutan las obras hidráulicas de mayor envergadura que se han construido en los barrancos de esta isla; se consolidan los criterios para una política de repoblación forestal en el casquete central de Gran Canaria; se establecen iniciativas con modelos insulares que luego se consolidan: granja agrícola experimental, primeros pasos para el establecimiento de la Universidad; formación profesional en el internado de San Antonio y las Escuelas de Hostelería y Capacitación agraria; construcción del Hospital Insular, restauración de la Casa de Colón y Casa Museo de Pérez Galdós como espacios de referencia cultural; Biblioteca pública insular, reconstrucción de ermitas como forma de preservar un patrimonio popular, etc.

No obstante, desde una perspectiva histórica más amplia, es una etapa de transición en la que las islas viven el



desarrollismo de los años sesenta en que también empiezan a aparecer las primeras contradicciones en nuestro crecimiento económico, pero acaso no más del que existe en el presente en que aparentemente todo está consensuado.

En el ámbito de los sentimientos personales, Federico fue un hombre impregnado de poesía y de espíritu hondamente familiar y cristiano que siempre enhebraba con maestría tanto en su discurso público como en el pregón festivo a las vírgenes *isleñas* y *devociones de arraigo popular*, esparcidas por toda la geografía de su amada Gran Canaria.

Por ello, si como siempre se ha dicho, el último suspiro encierra un secreto, creo adivinar que el de Federico fue de un doble dolor al tener que despedirse de su esposa y de sus once hijos que le abrazan en el adiós definitivo, y también el de tener que decirle adiós a Gran Canaria, cuyo nombre, como dice una canción de Néstor Álamo, siempre llevó escrito en su corazón.

En el túmulo funerario de Federico Díaz Bertrana, inundado de flores, de afectos y de recuerdos, una delicada mano de mujer cumbreira depositó un ramo de retamas amarillas y de salvias silvestres crecidas entre el picón y la ventisca, como la más sencilla y valiosa ofrenda de la tierra a su memoria. Y aquí, en la sombra de esta *Piedra lunar*, queda mi recuerdo emocionado al ilustre artenarense y caballero isleño.

(junio, 1999)



## **Restauración**

**L**as devociones religiosas se manifiestan en la veneración de la simbología iconográfica. La pequeña imagen de la Virgen de la Cueva concentra las miradas de numerosos feligreses que se acercan a su ermita y es contemplada con admiración cuando, alzada en su trono, pasea en procesión por las calles del pueblo.

Las imágenes son obras de arte que desde el mismo momento en que el autor las da por concluidas comienzan a envejecer lentamente. Por ello es necesario someterlas periódicamente a una restauración con el fin de mantenerlas dignamente expuestas a la veneración.

La imagen de la Cueva, que se venera en Artenara desde fines del siglo XVIII ha sido restaurada en diversas ocasiones. Las más recientes han sido realizadas por Julio Moisés y posteriormente por Carmen del Castillo y Teresa Valle.

En el presente año se ha considerado la necesidad de someter la imagen a una profunda restauración debido a su evidente deterioro. Tras un informe de la restauradora María Cárdenes Guerra el que se determina el desmejoramiento de la imagen, se encarga su restauración a Amparo Caballero Casasa, licenciada en Bellas Artes por la Universidad de La Laguna y en Restauración por la Universidad de Sevilla.





La restauración realizada por Caballero Casasa, en colaboración con Milagrosa Gómez Pablos, se ha prolongado durante cuatro meses y se ha seguido el criterio de mantener las intervenciones anteriores. En el proceso seguido se ha llevado a cabo la fijación de la policromía, estudio de humedades, habiéndose detectado la no existencia de ataques de xilófagos, aunque sí el desprendimiento de la capa pictórica. Para ello se realizaron radiografías de la cabeza, tronco y la peana, con el fin de comprobar el estado de la madera.

Del estudio radiológico se desprende que es una imagen sin partículas extrañas y sólo se detecta una grieta no problemática en la zona de la espalda. Se ha fijado la capa de preparación y la policromía protegiendo la imagen entera con un tisú japonés y cola de animal diluida con un fungicida para prevenir el ataque de insectos que puedan proliferar causados por la humedad de la ermita. Asimismo, se ha podido comprobar que la imagen tiene diversas capas de pintura; la zona del manto cinco capas y el rostro tres. Tras haber realizado una limpieza de las suciedades acumuladas, se ha procedido a la reintegración cromática y la protección con barniz para matizar los brillos. Se pone de manifiesto que el deterioro de la imagen se produce por el medio en el que pasa todo el año y por los contrastes de temperatura que sufre en la época vcranicga.

En el presente año también se ha llevado a cabo la restauración del trono así como se adquieren nuevas andas que se fabrican en el taller de orfebrería de Marmolejo Hernández, en Sevilla. En las andas destacan ocho cartelas en las que se han inscrito diversos motivos marianos, así como el escudo del municipio.

*(agosto, 1999)*



## Conclusiones de estío

**D**esde un particular observatorio, debajo de una palmera frente a la costa africana, que a modo de aula de verano suelo ocupar desde hace una veintena de años, he podido constatar tres tópicos: a) que la literatura sigue siendo un recurso de salvación, b) que el adelgazamiento de los medios en la época estival no está reñido con la eficacia informativa, y c) que el paseo que conduce a la playa es una repetida metáfora del vivir.

La literatura, tanto cuando se crea como cuando se disfruta consumiéndola, es una salvación, incluso a sabiendas de que «la sensibilidad admite un cierto vacío en el desierto de la razón» (Hegel). Y es que una generación como la nuestra, pretelevisiva, aprende a literaturizar en primera instancia a partir de reconocidos textos revelados y de su consecuente explicación. Más tarde el espacio es ocupado por otros mitos y por los clásicos. Esta viene a ser una base no despreciable, el génesis de muchas dedicaciones a la literatura. Es el reconocimiento del texto mítico, con la retahíla de personajes, de acciones, de elevaciones, desapariciones y castigos, que con sus parábolas nos colocan en un mundo ficcional.

Lo que pasa es que cada cual lleva el agua a su molino, a su creencia y lo utiliza en beneficio propio. La literatura, pues,



mantiene una eficacia transportadora y liberadora, al menos para los de conciencia pretelevisiva, porque la generación postelevisiva posiblemente tiene otra forma de enajenación.

Los medios adelgazan en verano hasta la anorexia. Y eso está bien porque a quienes suelen leer tres periódicos cada día les ayuda no sólo a disponer de más tiempo, sino a concluir que están más certeramente informados. Ya va siendo un tópico decir que el exceso de información conduce a la desinformación. Y más que tópico es una ley tan contundente como la de la gravedad. De la misma manera que afirmar que la televisión, desde el punto de vista informativo, sólo es pertinente para el directo (exequias monárquicas, eclipses). Lo demás son bustos que convierten la información en acontecimiento etéreo.

El paseo que discurre entre la palmera y el mar es el vaivén de una existencia. Marca el ritmo del vivir a la vez que es una puesta en escena de una peculiar sociología. Tiene sus horas. Al comienzo de la mañana, desfilan quienes ya en la edad proveya desean aprovechar el tiempo, a sabiendas de que se les escapa. Van a la purificación mañanera. Es un caminar silencioso, pero de tirar para adelante. Antes del mediodía, el paseo se llena de una euforia intergeneracional, todos van en romería a la arena, al sol y a la sal. Es un rito litúrgico, una comunión en la que se exhibe la deglución del producto. Al atardecer, cuando el sol los ha castigado debidamente, se produce el regreso. La descompostura hay que reordenarla. ¿Dónde caerán estos cuerpitos? Acaso adormecidos por un telediarrio que les habla de pateras y de terremotos, y como quien ve llover.

*(septiembre, 1999)*



## La canción del marinero

**E**n el amplio obituario desgranado en torno a la figura de Alfredo Kraus han quedado exhaustivamente recogidos los diversos perfiles que definen su rica biografía. Aquí, en escorzo, evocamos la plasticidad de unos aspectos redivivos en homenaje a su recuerdo inmortal. Y es que Alfredo Kraus se me antoja ya como un personaje literario en tanto que comparte con los entes de ficción una peculiar vivencia de los grandes temas que caracterizan a la literatura: el amor-muerte, el tiempo y la fama.

En el amor se ha exaltado la incólume fidelidad a su esposa. ¿En qué fuego fue cincelada esa enseñanza del corazón? Tal vez en su trabajo de intérprete, quedando en el punto exacto de hombría, sin ir más allá de lo laberíntico que suelen ser las tramas operísticas, donde el sufrimiento de las conquistas del amor destroza las personalidades veleidosas. («No quiero vivir» o «mi vida no tiene sentido», son confesiones rotundas de la amorosa entrega de tantos personajes literarios). Y es que si Kraus hubiese precedido en la muerte a su mujer amada se podría haber hecho acreedor del inmarchitable endecasílabo de Quevedo: «polvo seré, mas polvo enamorado.»

Una visita de la banda planetaria litúrgica en el momento  
 en que Kraus descubre en la obra de Aliger del Alarcón que  
 lleva su nombre. Cuando se encuentra con su ex-alumno, parece  
 en la oficina con el hijo y la hija, con la presencia de



*Alfredo Kraus.*

... de los años, de haber sido el profesor de Kraus.  
 ... de la obra de Alarcón, que lleva su nombre.  
 ... de la obra de Alarcón, que lleva su nombre.  
 ... de la obra de Alarcón, que lleva su nombre.  
 ... de la obra de Alarcón, que lleva su nombre.  
 ... de la obra de Alarcón, que lleva su nombre.  
 ... de la obra de Alarcón, que lleva su nombre.  
 ... de la obra de Alarcón, que lleva su nombre.  
 ... de la obra de Alarcón, que lleva su nombre.  
 ... de la obra de Alarcón, que lleva su nombre.  
 ... de la obra de Alarcón, que lleva su nombre.



Otra visión de honda plasticidad literaria es el momento en que Kraus descubre su busto en el foyer del Auditorio que lleva su nombre. Cuando se encuentra con su escultura, primero la observa con cierta timidez y luego, con la conciencia de saber que el hombre supera al bronce, le da unos cariñosos golpecitos con el dedo. Pero, por último, se encara a ella y la mira fijamente a los ojos vacíos durante unos intensos segundos. ¿Qué le dice, en silencio, Alfredo Kraus a su figura esculpida? ¿Tendrá acaso que ver con lo que significa el paso del tiempo? Y es que en ese momento el hombre de carne y hueso ya lleva en su rostro los surcos de un destino irreversible, se sabe fatalmente perecedero, mientras, también sabe que el bronce le va a sobrevivir. Qué tragedia más profunda es la fugacidad de las horas, incluso para un hombre que es consciente de que la fama universal es la estela de su vida.

Como coda, selecciono de su repertorio la interpretación de una sencilla canción que, en la tristeza del adiós definitivo, puede quedar como símbolo de su vínculo con la Isla. Es *La canción del marinero*, de Heitor Villa-Lobos. Los escenarios de esta cancioneta pueden ser las ensenadas que bordean su ciudad natal, la bahía de las Isletas y el entorno de Las Canteras. El solitario marinero Kraus, subido en una barquilla, pulsa los remos y lentamente avanza mientras canta una hermosa canción de amor. Los remos golpean las aguas de la bahía con el rotundo y limpio teclar del piano. El tenor canta su canción de amigo, canción de permanente enamorado de su tierra, con la elegancia, caballerosidad y señorío que los marineros de cualquier barrio pesquero del mundo imprimen a su oficio.

*(septiembre, 1999)*



## Música y horizonte

**E**n el libro *El alma de Hegel y las vacas de Wisconsin*, (Siruela, 1999), Alessandro Baricco recoge cuatro ensayos en los que realiza algunas consideraciones sobre el mundo de la música culta y su relación con la modernidad. El título de la colectánea (en apariencia una frívola provocación), se refiere a dos citas de portadilla. Sin embargo, la obra es un análisis (no exento de densidad expositiva por tratar de desmontar viejas convicciones a modo de aforismos articulados), de la evolución del lenguaje musical y su relación con los oyentes. Expone Baricco que mientras exista el divorcio entre música culta y modernidad, o mientras la música esté secuestrada por un determinado público, lo que se hace es meterla en una reserva natural. Ha sido la música, pues, un signo de identidad social.

Pero lo que late en la obra, y que por obvio no se llega a formular expresamente, tiene mucho que ver con el lenguaje. ¿Tiene la música lenguaje? ¿A dónde nos lleva la música cuando la sentimos? ¿Somos capaces de ponerle palabras? ¿Y las palabras, en su caso, llegan a tener un significado preciso? Son preguntas retóricas en tanto que de antemano se adivina la respuesta negativa. La música sólo actualiza estados emotivos, momentos de honda espiritualidad, de tal manera que la inexis-



tencia de un significado propio no es una incapacidad, sino la base misma de su riqueza emotiva.

Mientras rebusco una interpretación de *La isla de los muertos*, de Rachmaninov, poema sinfónico basado en el cuadro homónimo de Arnold Böcklin, con el fin de ahondar en la simbología estética de lo isleño, disfruto con la Sinfonía n° 2, del mismo creador. Y lo hago en un lugar muy concreto, con la mirada puesta en la imaginaria línea del horizonte, sin que nada se interponga entre el mar y el cielo. La bella sinfonía cae con la sutileza de su materia sonora, sólo explicada desde la impronta del lamento. Es un himno muy particular para compartir las dimensiones del amor esencial, sin palabras, mirando hacia el horizonte, donde todo se vuelve etéreo y la expresión de lo perfecto causa dolor. Acaso se puedan aplicar unos versos del *Adagio para Franz Schubert (Quinteto en Do mayor)* que José Hierro escribe en *Cuaderno de Nueva York* (1998): “Esta música lleva mucha muerte dentro./ El amor lleva dentro mucha música,/ mucho mar, mucha muerte./ La muerte es un amor que habla con el silencio./ El amor una melodía hija del mar y de la muerte:/ asciende, gira, enlaza el cuerpo, lo encadena/ hasta asfixiarlo despiadadamente”.

Palabras nacidas de una música que pueden prestarse para otra música. Porque entre los estados espirituales que provoca la recepción de las artes no pueden ponerse fronteras. Palabras de un poeta tomadas para un momento. Himno y música. Literatura y emoción que sólo una gaviota, en una tarde luminosa de verano, acaso podrá llevar de isla a isla para compartir una soledad de amores inencontrados más allá del horizonte.

(septiembre, 1999)





## Famara

**E**l paseante de la Isla se pierde por los caminos de las vertientes norteñas de Lanzarote, allá por donde existe un tremendo escenario de naturaleza cruda. Y descubre que aquella es la patria originaria del viento y de la arena que conforman una parte esencial de las islas.

La Caleta de Famara exhibe la blancura de sus casas junto a una costa de lavas ennegrecidas. Los pescadores y las gaviotas son un adorno generoso para la vista, con una plasticidad tan contundente como un plano de la película *Los pájaros* de Hitchcock. (Una vez más, la naturaleza imita al arte). La playa es larga, prolongada en un arenal de norte, vacío del gregario turismo que caracteriza las playas de cualquier sur. No hay hamacas, ni chiringuitos, ni tumultos, ni olor a cremas bronceadoras. Y el paseante descubre que empieza a definir las cosas y el mundo que le rodea por lo que no existe, casi por lo más elemental. Sólo arena y callaos, mar y viento. Recorrer la playa es un encuentro con el mono desnudo que somos. Y el acantilado de Famara se yergue en una soledad vertical, donde confluyen el risco y la playa, el viento y la arena. Es la constante sonoridad de una gigantesca concha marina, que se ausculta en las tres repetidas y abiertas vocales de su grafía.



El lugar sigue invitando a la mirada ingenua con que Sabino Berthelot dibujara sus perfiles en *Historia Natural de las Islas Canarias* (1838). Aspirar el amanecer o la caída del sol allá en Famara, con la constante sonoridad de un mar abierto en olas incansables, es envolverse del salitre virginal de la existencia en todas sus dimensiones.

El escenario tiene su profundidad en el horizonte, en la proximidad de La Graciosa. Hasta allá llega el paseante en una pequeña embarcación que parte de Órzola, un poblado marinero que parece estar siempre en fiesta porque los pescadores jarean las salemas, los seifíos y otras especies de pesca colgándolos en liñas como si fueran banderolas.

Y uno cree ver que allí, en aquel entorno de islotes, que incluso los naturólogos ya denominan como el 'archipiélago chinijo' (término afectivo con que las madres de Lanzarote llaman a sus hijos y a los seres diminutos), tiene su origen el primer sol que llega a la islas. Roque del Este y del Oeste, dos heraldos alrededor de Alegranza.

Y en La Graciosa, con la grata acogida de la familia Umpiérrez en su casa que da a una calle de arena, se pueden seguir encontrando las cosas en su ritmo más remoto. Por todos estos laberintos azules y corredores de olas que quedan entre los islotes, el viento diminuto empieza a crecer cada día hasta envolver la isla en un zumbido constante de aire y arena. Y el mar, con la transparencia de su hondura, en la ensenada de Las Conchas, frente a Montaña Clara, es el ojo horizontal que invita a ser devorado con su mirada de siglos.

*(octubre, 1999)*



## De latitud encendida

**R**eleo *De latitud encendida* (1998), libro de poemas de Sergio Domínguez Jaén (Las Palmas, 1959), partiendo de una reflexión previa sobre los dominios de la creación poética. Porque a estas alturas del siglo la pregunta pertinente ante un libro de poemas es ¿qué aporta a la creatividad literaria? Y es que habiéndose enfrentado la dualidad académica ‘poesía de conocimiento’ y ‘poesía de la experiencia’ va quedando el poso de reflexión sobre la poesía como innovación de uso del lenguaje.

La obra recoge diversos registros poéticos con textos creados entre 1989 y 1997 en los que se abordan el amor, la naturaleza, la sensualidad/erotismo, la existencia o la muerte. Sin embargo, la innovación o estilo propio radica en cómo el autor enuncia las formas poéticas. Con su personal grafía, me escribe Sergio Domínguez Jaén: «Aquí tienes lo que a veces dan las realidades observadas de otra manera». Y en efecto, es un mundo dislocado, ante el que Rodríguez Padrón advierte que «se debe pisar con pies de plomo. Leer con la mente y con los sentidos bien alerta». Es un libro de marcado ejercicio gramatical, mejor decir ‘agramatical’ en tanto que la imagen tiene como soporte la sugerencia desde la palabra desarticulada de su modo habitual.



*Sergio Domínguez Jaén.*



La poesía se desnuda de nexos. Hay un predominio de la imagen surgida desde lo asindético y del hipérbaton, pero porque el creador trasciende las reglas gramaticales y va más allá para expresar su mirada sobre el mundo. La palabra se articula en oración/sintagma, que evoluciona sin estricto sometimiento normativo. Es consciente de que la realidad (sueño o paisaje) se puede poetizar desde la innovación sintáctica. Decía Roman Jakobson que «la gramática de la poesía es la poesía de la gramática». Y este casi aforismo es aplicable a la obra de Domínguez Jaén, en tanto crea un estilo propio en nuestro ámbito poético.

Sin embargo, detrás de la aparente opacidad aflora una realidad encendida desde una experiencia personal de reencuentro con el amor: «He llegado a ti/ dejando mucho muerto/ en lo escrito y/ viviéndole la mueca/ a la metáfora»; o la isla en sus diversas grafías: «Da miedo/ latitud/ su escora áfrica/ fumiga la calima/ este solar». Pero no es la isla de la soledad, sino del escorzo que ofrecen algunos perfiles (el maguén florecido), sin llegar a ser la isla un crudo referente, sino una experiencia iconográfica que se interioriza hasta el punto en que emana la imagen poética (Calendas de Osorio). O los registros varios de la memoria. La memoria siempre, como crónica intangible de una existencia, que fluye en la palabra sugeridora que supera el amoldamiento al esquema sintáctico. Romper la sintaxis es romper el mundo conocido. Y eso no es un acto de compromiso ácrata sin más, sino una arriesgada provocación innovadora de artista, que da pie a la alternancia de las realidades expresivas, tal vez para seguir estando en el mismo lugar. Aunque eso sí, desde el placer estético que lleva aparejada su decodificación.

*(octubre, 1999)*



## Alberti en la Isla

**P**or relances de oficio uno anda envuelto con frecuencia en las relecturas. Y hay que ver cómo se recuperan nuevas dimensiones, ritmos lentos y sorpresas escondidas en esa recreación de los textos que prolongan el respirar de los escritores. En estos últimos tiempos, mientras el poeta de la marinería se disponía a recoger definitivamente los aparejos de su vida, en el borde del Puerto que siempre era remota referencia de sus sueños, he releído páginas salteadas del Alberti de todas las épocas. Sin embargo, entre las palabras y los versos de distinto ritmo y factura fue emergiendo el recuerdo vivo de la voz del poeta cuando estuvo en la Isla.

Fue en la primavera de 1983, pocos años después de haber atravesado un larguísimo exilio y en plena transición política, para cumplir con su compromiso de poeta en la calle. Entonces recorrió pueblos y ciudades de todo el país diciendo sus versos. Arribó a la Isla al filo de un mediodía, con retraso; no obstante, una multitud de estudiantes de bachillerato esperó fielmente en el IB «Isabel de España» el encuentro con el viejo juglar. En medio de las gentes le pedimos un dibujo para la portada de la revista que entonces editábamos en el Colegio de Licenciados. «...Pero yo sólo sé hacer palomas...». Y cogió los lápices de colores y construyó un cielo cóncavo, lleno de estre-



*Rafael Alberti, con Alfonso Armas,  
visita la casa natal de Pérez Galdós.*



llas y soles, atravesado por una ingenua paloma (quizás de la paz...). Luego, un recital memorable con voz cadenciosa y alzada sobre el entusiasmo de estudiantes y profesores. También estuvo por las tierras del Sur -siempre el Sur...- Un Colegio Público de Jinámar desde esa fecha lleva su nombre, y en Telde dijo su canción a la multitud arremolinada en la plaza, como si la poesía fuera un símbolo de la vida colectiva de entonces, que iniciaba las ilusiones de este futuro que era una carta cerrada de esperanzas, ahora casi esfumadas. A Claudio de la Torre, nuestro hombre de teatro, le dedica un poema en *Marinero en tierra*; y el dedo-velero de una niña, sobre un atlas, inicia un viaje imaginario desde las Islas Canarias...

José Bergamín, en 1925, lo llama *El Alegre (Rafael Alberti)*, en una nota que precede al libro *La amante*: «Cuando decía sus cancioncillas, poniéndose la mano ante la boca como una bocina para pregonarlas, todo se llenaba de alegría, de la alegría de un pregón matutino: una alegría frutal, verde y fresca; alegría de mercado, de feria y bandolera; la alegría del cielo radiante en el que se dispara un clarín falso; la alegría de su risa, juvenil y humana, derramándose claramente de todo y llenándolo todo, en su locura, como si se hubiese roto su cañería conductora».

El ancla, la estrella, el viento y la vela condecoran la voz de este juglar que, ya sin rumbo conocido, desde la bahía gaditana nos llena de la misma libertad y utopía que pregonan las olas.

(octubre, 1999)





## Alojamientos de otoño

Con las primeras lluvias del otoño, la Isla va camino de convertirse en un gigantesco portal de Belén. Se acerca la celebración del último anillo con el que se concluye la configuración de los ciclos del año: el gran Carnaval, la gran Semana Santa, el gran Baile de Magos, la gran Hoguera de San Juan, la gran Romería, el gran Portal de Belén...). Atrás quedó el tiempo de las romerías (grandes y chicas), que llenaron el estío de todos los rincones de esta tierra. Las vacas y ganados han inundado de bosta desde la calle de Triana (las salpicaduras llegaron a alcanzar los escaparates de franquicias multinacionales), hasta las nobles calles de Vegueta e incluso el cosmopolita Paseo de las Canteras... ¡Qué hermosura! Todo ello, víspera tras víspera, en el reciente y prolongado verano (y con vocación de consolidarse en el futuro), ha hecho como si la Isla pareciese el continuo de una gran gañanía.

Así es como se va construyendo nuestra identidad más preciada, a golpe del disfraz de la ruralia más pintoresca, convertida en cuadro de costumbres inexistentes. Cuando la Isla ha devenido (sin orden ni concierto y con la tolerancia que da el dinerito fresco), en estar más urbanizada, en ser más cosmopolita, en estar más llena de mercancía extranjera, vienen los ideólogos más osados, convertidos en concejales/alcaldes de



barrio, a poner el contrapunto y descubrir la identidad de nuestra cultura en el alma de una manada de vacas conducida por gañanes de circunstancias. Y cuando en otro 'Orden de cosas' (que viene a ser más de lo mismo), uno lee lo que puede ser una proclama de Progreso e Identidad que va a configurar un congreso de Cultura, empieza a creer que se vuelven a mezclar, con perdón, las churras con las merinas.

En medio de este escenario, el paseante cae en la cuenta de que en este otoño empieza a dejar atrás el último año que lo llevará hasta el medio siglo. Toda una vida caminando hasta el portal de Belén, pastorcillo ingenuo de una existencia, en esta circunstancia que es la Isla, a la espera de la llegada de los Magos. Pero aquí, a lo que parece, no hay más cera que la que arde. Sólo empieza a vislumbrar en el horizonte una montaña de escepticismo (deseo, por favor, que no se generalice), que trata de suplir con nuevos alojamientos. De ello hablo, a golpe de metáfora y caricatura, mientras escampa el aguacero, con Jesús Páez, un profesor universitario que desea prejubilarse (como todos los biennacidos), para gastar el tiempo en leer y leer, y que comparte mi teoría del alojamiento: «Querido amigo, llegado uno a esta altura de los tiempos, lo que van quedando son algunos pilares de referencia: el alojamiento en las estéticas, la media distancia de la erótica y el divertimento de la política». (Estética, erótica, política, tres esdrújulas para ir escapando como el Niño Dios nos dé a entender).

*(noviembre, 1999)*



## Lava viva

Atraviesa el paseante de la isla el paisaje de Lanzarote y no se resiste a imaginar las tremendas convulsiones que hubo de sufrir la tierra para alumbrar lo que hoy es un mar de soledad. El paisaje es el hombre y ante el vacío de Timanfaya el paseante se siente sin apoyatura existencial. No pretendo, pues, abundar en plasticidades estéticas que sugiere la tierra quemada.

Y es que lo que ahora reclama mi atención es la viva narración sobre el volcán recogida por Carmen Romero Ruiz en *Crónicas Documentales sobre las Erupciones de Lanzarote* (1997). Es una obra que recopila la documentación generada por los dos acontecimientos eruptivos ocurridos en la isla en 1730 y 1824. Los textos tienen la peculiaridad de ofrecer diversos registros de escritura: eclesiástico, administrativo, epistolar, protocolo judicial, actas institucionales, informes y crónica diaria. Desde el punto de vista multidisciplinar la obra es provechosa en tanto que actualiza datos útiles para la geología, la historia, la geografía, la economía, las costumbres y vida cotidiana, etc. Sin embargo, al cronista y profesor de literatura, además de los datos informativos específicos, lo que le interesa es el sorprendente estilo de la narración.



Los documentos emanan la frescura de haber sido escritos a pie de volcán, es decir, a pie de obra geológica. Porque si bien los textos oficiales exponen las trágicas consecuencias socioeconómicas de las erupciones, la crónica diaria escrita por Ginés de Castro y Álvarez, Alcalde Mayor de la Isla, es un ejercicio de estilo de la mejor plasticidad, de llaneza, de buen decir y de eficacia comunicativa del fenómeno, que llegan a fascinar. El detallismo, las comparaciones («un movimiento en la tierra como que hervía»), la fotografía verbal constituyen un valioso acopio expresivo de plasticidad literaria, donde la realidad es superada por la estética. No es un volcán de palabras, no hay retórica hueca, sino una utilización de la palabra exacta. Una elegancia de estilo. Acaso pueda haber ficción. Y es que el mismo hecho de formalizarlo en texto escrito ya supone un primer grado de ficción. Ahí es donde radica el hedonismo de la escritura. Porque del volcán que revienta y luego se apaga y finalmente se convierte en un mar de fría lava («quedando todo en un profundo silencio que imponía respeto»), lo que nos queda, como expresión vivenciada, es la prosa viva de unos escribanos que en aquel momento, con el espontáneo cumplimiento de su oficio, no eran conscientes de que estaban dejando para siempre encendidos el volcán y la lava a través de la palabra.

Tal vez habría que abundar en una colectánea de textos documentales sobre la acción de los volcanes en las islas. Podemos imaginar lo que pudo haber sido Garachico inundado por una barranquera de lava del Teide. Sin embargo, revivir desde la crónica de la época lo que fue destrucción puede ser un disfrute estético. Pero, sobre todo, porque la palabra es capaz de devolver el efecto infernal de la misma lava viva.

*(noviembre, 1999)*



## El síndrome de Stendhal

**P**rimero testimonio: «Siendo niña, un día muy de mañana, cruzaba en coche el centro de la Isla para ir a otro pueblo a una misa por un pariente difunto. De pronto, vi el mar inundado por la luz plateada del amanecer. Lloré hondamente y mis lágrimas nunca llegaron a ser comprendidas por quienes me acompañaban en el coche».

Segundo testimonio: «Tuve que parar el coche y me quedé extasiada, en medio de un ambiente metálico de coches y de contenedores que bordeaban la avenida marítima y el muelle, mientras miraba las crestas de las montañas de Anaga. Aquello parecía un embrujo. Sufrí un dolor en la boca del estómago, como si fuera una úlcera, y comencé a llorar».

Ahora logro adivinar que mi vieja amiga sufrió dos impactos del síndrome de Stendhal. Y es que el encuentro con la belleza es una enfermedad. Así lo desvela Cristina Peri Rossi en su novela *El amor es una droga dura* (Seix Barral, 1999). Este es un hermoso texto de la escritora uruguaya en el que, con el trasfondo del amor, se narran las vivencias de un hombre que al entrar en la cincuentena redescubre el amor, la belleza y el sentido del tiempo. Pero, sobre todo, la tensión que genera la contemplación de lo bello: «La primera de ellas era que la be-



lleza le provocaba una serie de trastornos físicos y psíquicos difíciles de controlar. Era una forma de la dependencia.» El protagonista, fotógrafo de profesión, tiene en la mirada y en la cámara fotográfica el instrumento adecuado para captar/atrapar el mundo. Y cuando casualmente se encuentra con una hermosa mujer, que diez años antes le había pasado desapercibida, sufre una intensa angustia porque no la puede atrapar. A ello se acompaña la variable del deseo. La persona que se instala en el deseo vive la hondura del sufrimiento.

Cualquiera que esté a punto de entrar en la cincuentena constata que el tiempo se le reduce. El tiempo huye. Y es que es una edad en la que la vida se mide más por lo que queda que por lo vivido. Así lo expresa, y pretende redimir, Luis Cernuda en *Con las horas contadas*: «¿Qué hacer? Porque tiempo hay./ Es temprano./ Todo el invierno te espera,/ y la primavera entonces. /Tiempo tienes». «Pues no basta el recuerdo,/ cuando aún queda tiempo».

La belleza, el amor, el tiempo, la necesidad de atrapar las emociones estéticas crean en el hombre el dolor de lo efímero. Tal vez porque se llega a reconocer que el tiempo y la naturaleza son autosuficientes frente a la inexorable limitación del propio hombre. Lo crudo es que si ese estado se llega a somatizar produce un desasosiego que, más allá de la ternura, genera un síndrome de incontrolable sensibilidad. Y a pesar de que puedan existir gradaciones, es una forma de ser marcada por el designio de los dioses que, con toda probabilidad, no la cura ni el médico chino.

(diciembre, 1999)



## Cuaderno de La Solanita

### - I -

No es la magdalena de Proust (tópico recurrente para justificar recuerdos del pasado) lo que ahora motiva la narración de algunas sensaciones de la remota memoria, sino la rudeza de un buldozer/carterpillar que derriba la casa originaria del paseante de la Isla. Y es que en una tarde reciente, ya entrando el otoño, como premonición del paso del tiempo, una estridente pala metálica deshace las paredes, las puertas y ventanas, y empuja hacia la escombrera la cantería vertical que conformaron la vieja casa paterna. Todo ese rompimiento ametralla las neuronas que albergan lejanos recuerdos de infancia.

En *A la búsqueda del tiempo perdido*, Proust desvela el mundo interior que emana de sus vivencias en Combray. Macondo es la ficción con que García Márquez eterniza su natal Aracataca en *Cien años de soledad*; la juventud de Manuel Vicent se revive en *Tranvía a la Malvarrosa*; más cercanamente, Juan Cruz en *El territorio de la memoria*, con mirada nostálgica habla de su casa del Puerto de la Cruz, y Morales Padrón, en *Adviento de adolescencia*, relata su vida doméstica y familiar en Santa Brígida. El inventario puede alargarse indefinidamente, porque, todos los escritores tienen un espacio remoto que aloja el primer respirar de la memoria.



Por las tertulias de las universidades de verano (que se multiplican en cada rincón del país), este año ha circulado el memorialismo como base de la narración literaria, y más concretamente el mundo de la 'infancia creada' como sustrato que siempre acompaña al escritor, generándose la duda de dónde termina la biografía y dónde comienza la ficción. La memoria de las primeras sensaciones, tras revelarse en modalidad literaria, se comercializa como producto y pasa a formar parte de los sustratos colectivos de la cultura.

A la memoria que el paseante tiene como testimonio directo de su primer espacio se suma la acumulación de otras memorias anteriores. Es una superposición de relatos sobre un mismo lugar. En el punto de partida se sitúa el joven progenitor que, tras haber regresado de La Habana, construye su casa al borde del camino de La Solanita, coincidiendo con el momento en que el poblado vive la vorágine de sus primeras construcciones. Pronto la denominan 'casa del alcalde', porque entonces esa era su ocupación pública y lo siguió siendo durante muchos años. Aquel hogar fue cuna de media docena de hijos, que a su debido tiempo van labrando su independencia en la vida. Sin embargo, el tiempo cae sobre los materiales de la casa; la madera, los cantos, la cal de la fachada..., todo envejece transformado por la intemperie y, tras pasar algún tiempo deshabitada, comienza a morirse como el ser vivo que la ideó.

¿Un espacio mítico? Desde una perspectiva urbana y cosmopolita se presenta como un mundo de naturaleza en estado puro, de vivencias iniciáticas, de vida y muerte que se entremezclan en ese primer recinto existencial. La casa, un sinfín de recuerdos en el tiempo.

*(diciembre, 1999)*





*Después de regresar de La Habana en 1930, Manuel Luján Sánchez construye su casa al borde del camino de La Solanita, a la entrada del pueblo de Artenara.*



- II -

**E**n un panel a la entrada de Aracataca, junto a una efigie suya, hay una cita de García Márquez: «Un día regresé a mi casa y descubrí que es una combinación de realidad y nostalgia que constituye la materia prima de mi trabajo». Hay lugares que son inseparables de los mitos que cobijaron y la lectura universal de las sensaciones y el lirismo que encierran se proyectan en acuñaciones culturales.

En *La poética del espacio*, Bachelard recoge una serie de sensaciones elevadas a símbolos. «La casa es nuestro rincón del mundo, es nuestro primer universo. Es realmente un cosmos». Lo que pasa es que la memoria no depende sólo de quien la evoque sino del comercio libresco que se hace con esa materia. La casa es una para cada persona. Por ello, cuando se evoca una casa el lector pronto revive la suya propia en la memoria.

La primera casa del paseante alza sus muros a la entrada del pueblo más alto de la Isla y mira hacia los montes del oeste, por donde el sol se desangra cada tarde enredando su cabellera entre los pinos e incrustando su incandescencia en las fauces del Teide. La naturaleza va labrando el dolor de lo efímero con el pincel de su espontánea y tremenda belleza. Así se produce

...de la cumbre grancanaria: Roque García, Llano Alto y El Brezo. «...por donde el sol se desangra cada tarde, enredando su cabellera entre los pinos».



*Paisaje de la cumbre grancanaria: Roque García, Llano Alto y El Brezo. «...por donde el sol se desangra cada tarde, enredando su cabellera entre los pinos».*



el síndrome de Stendhal, que describe Cristina Peri Rossi en su novela *El amor es una droga dura* (1999).

La casa es un ser vivo que el tiempo modifica. Ese ser vivo está en el patio, en las habitaciones, en la cocina, en el zaguán, en la azotea, en todo cuanto se cobija ahora en la viva memoria de la escritura.

El patio es un cuadrilátero azul, abierto a las nubes, por donde se escapan los deseos y los sueños. Lo adorna una pila con culantrillos, y del aljibe del subsuelo sube una tubería hasta una bomba que luce un brillante brazo de bronce. En el patio la inquieta prole proyecta las largas horas de la siesta del verano. Por allí aterrizan algunos cigarrones ('saltamontes' los denominan unos primos de la ciudad), a los que se les cercenan las diminutas patitas para ver cómo cojean y se les somete a otras crudezas de la peor cirugía infantil. En las macetas crece un muestrario de plantas, helechas, mimos, cactus, coleos... y cuando llueve el agua hace sonar las capas de la reina. Y cuando llega la helada, el granizo se aloja durante varios días en pequeños montones como si fueran fragmentos de los que, siglos atrás, un ilustrado canónigo de la Catedral guardaba en el Pozo de las Nieves, en lo más alto de la Isla, y que luego comerciaba en la ciudad. El juego con el granizo se convierte en una diversión que contrasta con el ocio y la atmósfera de canícula del verano. El patio es la expresión del paso de las estaciones, sobre todo cuando se inunda de olores sazonados que hierven en la cocina.

(diciembre, 1999)



- III -

La lectura de cada uno de los elementos de la casa es una hermenéutica de símbolos. «En ti soñé las gracias de mi primer amor. /tu barro es carne mía.../¡a ver si me responde dentro mi juventud!» (*Las monedas de cobre*, Saulo Torón). El patio es un espacio democrático, una rosa de los vientos, encuentro de rostros, tertulia espontánea y distribuidor de habitaciones. Allí, el brocal del aljibe, fría agua subterránea, espacio de misterio, inaccesible a la luz. Más allá, la cueva-granero, pequeño almacén de la cosecha (trabajo de medianeros y pastores), queso, trigo, papas, ajos, almendras, nueces..., en una mezcla de olores rotundos; pero también, el cuarto de la amenaza infantil porque allí se aloja la oscuridad y, tal vez, algún ratoncillo. La sala es zona reservada al visitante; el zaguán, una tierra de nadie (doble función de entrada-acogida y salida-escapatoria); la escalera, el pasadizo arriesgado a la libertad creadora de la azotea. En un recodo del patio aparece un diminuto cuarto de baño (el más remoto del poblado), con aquel estruendoso tanque de hierro (Best Niágara), ahora un objeto de arqueología industrial.

Por la ventana de la sala entra la luz de un cielo siempre limpio. Con la atmósfera del atardecer, cuando llega el periódico, también entra una parte de lo que pasa en el mundo. El



reportaje iniciático es el que narra la muerte y las exequias del Papa más remoto de nuestra vida; en las grandes páginas de aquel periódico se describe exhaustivamente todo el proceso: desde el momento en que el cardenal camarlengo golpea con un martillo de plata la frente del papa muerto y lo llama tres veces por su nombre (Pío, Pío, Pío...), y al comprobar que no responde lo declara oficialmente muerto; llegan incluso a percibirse el olor a incienso y el doblar de las campanas de la Basílica de San Pedro durante las exequias del Pontífice. Con esa plasticidad de cine se repasa toda la información que trae el periódico. La sala es el lugar de encuentro con el mundo de la ciudad y el poder. Un amplio espectro de ciudadanos de la Isla pasa por la estancia: técnicos de las obras públicas que se proyectan en la localidad; algún poeta y artista; un sinnúmero de clérigos, letrados, comerciantes diversos...hasta aquella misteriosa mujer que peregrina desde la India recorriendo los santuarios trogloditas.

La azotea es el mundo de la libertad infantil, con recreaciones de cine y teatro en el cuarto de la leña. Como ahora por la memoria, pasan los fotogramas; el proyector es un simulacro con carretes de cintas de máquina de escribir. El montaje de la película coincide con el descubrimiento de la sexualidad. Acaso sea en el espacio originario donde se superponen imaginación creadora, erotismo y pasión humana que envuelven el mundo del cine, es decir, la vida y el tiempo convertidos en un juguete de ficción, mientras va aflorando un resquicio de soledad.

*(diciembre, 1999)*



## El pintor del silencio

**E**n el acto de inauguración de la *Obra sobre papel*, de Miró Mainou, que se exhibe en el Centro Insular de Cultura, se dijeron pocas cosas, con intervenciones protocolarias, tal vez porque sobre este pintor ya se ha dicho casi todo, y, además, porque en el catálogo de la muestra Lázaro Santana formula una rigurosa interpretación de la obra del artista. Sin embargo, Martín Chirino, en su breve pero cálido saludo, dijo que Miró era el pintor del silencio. Creo que es una precisa y preciosa definición de este creador que ha hecho del silencio y de la soledad su patria más íntima.

Quienes conozcan de cerca a Miró Mainou pueden testimoniar ese rasgo que atraviesa su trayectoria biográfica. Porque Miró es sin duda el exquisito hombre del silencio. Es el hombre concentrado en el luminoso río que corre por su honda espiritualidad, con un fuerte mundo interior que cuando habla lo hace con la palabra precisa, descargada de retórica. Y cuando se expresa a través de la creación pictórica lo hace con la rotundidad que emana de un maestro de la forma. La forma por sí y para sí, plena de color, descargada de cualquier referencia a la anécdota. Miró es el hombre de la mirada. Un mirar hacia la luz, hacia los planos y las formas del roquedal, pero que luego sigue recreando en la mirada interior, en el sosiego placentero de su silencio.



Miró hace pocos años sufrió la tragedia personal de perder la relación visual con el entorno. Ese hecho hizo de nuestro artista un hombre acaso más concentrado, que sólo podía enriquecerse con el íntimo recuerdo de la luz. Luz de formas creadas en una fértil reflexión intelectual.

Pero Miró es también el pintor del silencio porque lo que constituye la esencia de su obra tiene su punto de arranque en el estudio del paisaje y de las rocas. En el silencio de la geología. El basalto es frío, mudo. Una roca, en su mudez, es la más rotunda concentración del silencio. Los bancales de la Cumbre están descargados de anécdotas. Las arenas de Órzola vienen al cuadro en su formalidad plástica. Y los ocres y amarillos de planicies vacías y trigales nos evocan el silencio cósmico anterior a la medición del tiempo por el hombre.

Es, pues, Miró el hombre del silencio en la doble vertiente de estilo personal y en el de la materia que trata en su obra. Sin embargo, su mirada siempre está alerta a la amistad y a la presencia del otro. Y es tan consciente de ello, que en su más reciente declaración pública, con el generoso esfuerzo por llegar a quienes le acogimos la otra tarde en el CIC, dijo que la exposición no era más que la expresión de sus interioridades. Y luego siguió en silencio, con la pupila abierta a la amistad. Y el recuerdo siempre vivo en los adioses de Sergio, su hijo, y en Carmina.

*(diciembre, 1999)*





## Entre la piedra y la luna

**E**n este preciso momento, el paseante de la Isla comienza a bajar por este sinuoso sendero de palabras con la certeza de que con el punto final habrá concluido la columna número cien. Y es que, sin pretensión de oficio, ha ido dejando colgados en este rincón del periódico algunos jirones de sentimientos y confesiones deshilachadas que, como prendas de ropa interior, el viento agita en los azules tendederos de la Isla.

Sin embargo, el paseante no logra entender si las columnas cuelgan o suben, y concluye que toda columna ofrece dos sentidos. Mientras la arquitectónica se hinca en el suelo, crece y sustenta la techumbre del palacio, estas del periódico penden y bajan como estalactitas, en construcción que se inicia en el capitel y culmina en la base. Es, pues, una columna irreal, frágil, que sustenta una nada invertida. Y uno, creyendo que ha construido un peristilo, un centenar de columnas para soportar un templo, resulta que lo único que ha hecho es levantar un edificio de sueños, en un juego de palabras que se esconden entre la piedra y la luna.

Desde la primera y ya lejana *Los caballeros de la cumbre*, la pretensión era llenarla de personajes isleños, convocados al soco de una tabla redonda, en feliz tertulia literaria. Por



aquí se han ido desgranando circunstancias diversas de la Isla, de la memoria, de los libros; la tensión ante el mar y el paisaje; el emocionado adiós a personajes anónimos para la historia y que han quedado enredados en la trenzada grafía de estos textos. También fue apareciendo el personaje homónimo del cronista, una figura con perfil romántico, el paseante de la Isla, que la atraviesa en su deambular de viajero errante por los atardeceres, por las calles de la ciudad, por el alma de los artistas y por la ilusión de los amores reencontrados.

Hoy miramos hacia atrás y recordamos el camino indeterminado que se inicia con *Piedra lunar*. Un viaje por la dualidad de lo real y lo soñado. La piedra como expresión de una realidad dura y la luna que surca una etérea senda de sueño nocturno. Y en medio, la lírica incorporada a la geometría de la sintaxis, al tejido de la oración y al pulso del sentimiento y la mirada. Es el supremo acto de escribir.

¿Qué es escribir? Tal vez la lucha más noble que se libra contra el tiempo, aun a sabiendas de que siempre acabaremos vencidos. Sin embargo, con la perspectiva de la columna de hoy, se observa que el tiempo ha ido quedando atrapado en la memoria de las palabras, en las formas del verbo y del adjetivo, que nacen de pulsiones irrepetibles. Son palabras que el paseante trae en su alforja y que, como pan candeal, ofrece al diálogo con los transeúntes que se encuentra en los recodos del camino. Es la más humilde metáfora personal cincelada con la realidad de la piedra y el sueño de la luna.

*(diciembre, 1999)*



## El tiempo (des) medido

**E**n estos días finiseculares un Dios barbado que cruza el cielo de una viñeta periodística se sorprende a sí mismo mientras exclama: «Dios, cómo pasan los siglos!». Y es que el tiempo, su concepción y su medición, es un factor de escala. El paseante de la Isla, tal vez en su primera juventud, sólo alcanza a decir ¡cómo pasan los días!

Ahora, apenas se sorprende cuando comprueba con cierto grado de angustia ¡cómo pasan los años! Lo que está claro es que el paso de los siglos (y no hablemos ya de los milenios) queda reservado sólo para los dioses.

No deja de ser una convención las formas de medir el tiempo. Porque el tiempo es un ciclo ilimitado y el hombre (todos nosotros), tenemos el trágico privilegio de apropiarnos y consumir una parte de esa eternidad. El tiempo es pues la vida, el pulso del hombre. Cuando se acaba el tiempo se acaba la vida o lo que es lo mismo, cuando no teníamos vida no consumíamos tiempo.

Un calendario tal vez sea un soporte necesario para que el hombre no se encuentre tan perdido en medio de los días. La llegada del día primero de este año estuvo rodeada de múlti-



ples especulaciones. Pero el resultado ha sido que el sol inició su camino en el mismo horizonte y las horas fueron pasando con idéntico frenesí. Y es que el tiempo es el hombre. El hombre como medida de todas las cosas.

Leyendo los testamentos de unos paisanos del siglo XVI uno siente cierto escalofrío cuando, tras los protocolos y formulismo de su fe, entregan los bienes materiales para que la institución religiosa los administre «por siempre jamás» y manifiestan ante el albacea testamentario que su alma ha de quedar ligada a la prebenda de sus bienes «hasta el final de los tiempos». Ese tiempo en plural es el que linda con la eternidad y es lo que enunciado desde la perecedera dimensión humana produce un hondo temblor.

Pero a veces el tiempo no tiene medida. ¿Cuándo empieza el tiempo del hombre enamorado? No justamente el uno de enero de cualquier año. Tampoco el día que por primera vez cruza la mirada con su amante en un recodò insospechado del camino. Y es que tiempo y amor comparten un trágico misterio. Ahí se rompe el calendario. El amor se alimenta con el tiempo de la pasión, con la intangible memoria de la amada. Entre los personajes literarios clásicos Calisto pierde la noción de su existir y de su tiempo cuando, encerrado en su cuarto confiesa: «Melibeo soy», «a Melibea adoro». El hombre multiplica el pulso de su vivir en el amor. Acaso el paseante (a modo del Garcilaso renacentista, aspira cada mañana a seguir soñando con el «laureado soy», como manera de recrear el tiempo desde la desmedida, mientras interpreta las pinceladas que conforman el tapiz de su experiencia. Aun a sabiendas de que el tiempo cronológico es un caballo desbocado.

*(enero, 2000)*



## Anaga

Desde el amplio ventanal de la biblioteca del parque universitario de Guajara el friso de montañas de Anaga, plateado por una luz de media mañana, emerge como un faro de múltiples linternas en el confín de una isla salvaje. Lo que tienen los paisajes transitados en otro tiempo es que permiten volver a entrar en ellos de la mano de cualquier recuerdo, de un detalle diminuto, que se presenta con la mansa espontaneidad de los pasos ingenuos. Y al paseante de la isla ahora se le superpone en la memoria la remota visión de Anaga, desde la cubierta de un barco que amanece en la bahía de Santa Cruz, con la de otros atardeceres, en que el sol irisa el telar de nubes que empuja el alisio.

Anaga es, en el salvaje esplendor de su geología, una perenne cantiga que Santa Cruz eleva a las nubes. Porque Santa Cruz es horizontalidad de ramblas con flores y árboles; avenidas con araucarias y flamboyanes que juegan en el color de su llama con el violeta de las jacarandas. Todo ello, apenas si lo percibimos entre la prisa del diario quehacer, pero que está ahí para ser redescubierto como ha hecho Antonio Muñoz Molina en su reciente artículo *Utopía de Santa Cruz*, quien ha tenido tiempo para pasear por las ramblas con las manos en los bolsillos.



Y uno trae a la memoria aquella época tan remota, cuando en la mente de un niño aún no cabía la posibilidad de que pudiera existir un reloj de flores, y tiene que llegarse hasta allí para comprobar los pétalos convertidos en instrumento de medir el tiempo, como insólito artificio de una naturaleza privilegiada. Porque lo que hace a las ciudades hermosas es la posibilidad de que el tiempo pasee por sus calles con la atmósfera singular de cada estación del año. Y es que Santa Cruz en esta primavera luce sus crotons al borde mismo de los tubos de escape y todo el colorido vegetal que rebosa de la arquitectura que bordea las ramblas. Una ciudad que no descuida la remodelación de su urbanismo y que va camino de convertirse en urbe generosa en trazado y en hospitalidad, con rincones donde picotean las tórtolas y los mirlos afinan su canto, y donde aún se puede adivinar el lejano pregón callejero de la pescadora rescatada por Caco Senante.

Pero Santa Cruz no sólo es una ciudad que se perfila en su hermosura costera, sino también es diálogo con la verticalidad de Anaga, una grafía con parpadeo de vocales abiertas: «Anaga, un batir de alas te nombra» (Manuel Chinea). Y para medir el tiempo de Santa Cruz están las estaciones que cruzan por sus ramblas y que te llevan de la mano, como una novia hermosa y esbelta en su tristeza, hasta el reloj de flores, para comprobar cómo pasa el tiempo del amor en esta ciudad, aunque ahora, igual que ayer, parezca detenido en el luminoso ensueño de Anaga.

*(mayo, 2000)*



## Dos paisajes

**E**l paisaje es un estado del alma, un arrebató del sentimiento sobre la naturaleza pura. Sin embargo, el paisaje vivido también necesita ser interpretado para ahondar en sus sugerencias estéticas, en las anónimas voces que lo habitan. En mi recuerdo aparece la voz tronante de Tomás Arroyo, un poeta de cumbres, que vincula el paisaje de Artenara a los mitos y templos fantasmagóricos. Y es que en gran medida el paisaje se descubre en la visión de los poetas que cargan sus sentimientos en la mirada y actualizan visiones que están agazapadas en la memoria. El poeta se convierte en guía espiritual de multitud de sensaciones que se complementan con las sencillas y sabias miradas de los transeúntes cotidianos.

El paisaje también puede descubrirse a través de la más sutil clasificación académica. El Dr. Cerezo Galán, de la universidad de Granada, al analizar el paisaje canario en los textos de Unamuno, distingue dos formas antagónicas: el paisaje de las cumbres de Gran Canaria es mítico porque las convulsas rocas se han formado con el rugido de Vulcano y las aguas de Neptuno. El fuego en lucha con el agua. Son los fieros titanes telúricos que adquieren forma en la culta escritura del rector de Salamanca. Sin embargo, el paisaje de Fuerteventura es místico, porque las líneas de las montañas estilizan su perfil y se



*Balcón-mirador de Unamuno en Ardenara.*





entremezclan con la llanura. Es un escenario que invita a la reflexión, a la creación de una realidad interior. La Palmera crece y se yergue, «en la ofrenda de amor se alarga al cielo». El paisaje místico de Fuerteventura atrae o rechaza, enamora o enerva. Y ello ayuda a descubrir la singular condición de cada hombre ante la vida. Tal vez sea necesario precisar las diferencias que existen en el paisaje isleño para disfrutar con el diálogo de sugerencias.

El paseante de la Isla logra ahondar en el paisaje de Fuerteventura de la mano de una mujer hermosa y estilizada, morena como el trigo, que alarga su mano para enseñarle las montañas que dibujan el contorno de Antigua, la planicie que se pierde por los Valles de Ortega, las gavias de La Ampuyenta o la etérea dirección del viento.

El viento que peina la llanura de la vieja Maxorata. Viento y más viento. Y la mano de esta rosa delicada siembra unas semillas, y sueña con los goros de piedras para proteger de la furia de la ventisca una hilera de tallos delicados que crecen entre la áspera corteza de la Isla. Sin embargo, en la más cruda paradoja de la existencia, el viento, que siempre vuela sobre la Isla, no es suficiente para mantener el aliento de la rosa más humana. La estela de esta vida ya es una hermosa leyenda como el paisaje místico de las cumbres de Artenara y la sutileza de una geología mística que cruza la Isla entre Antigua y Betancuria y se pierde en un celaje inundado de azul.

*(septiembre, 2000)*



## Gradación del tiempo

**E**l mismo día que el paseante de la Isla alcanzaba el medio siglo de su vivir, un hombre sabio que ha dedicado su vida profesional a la medicina, a la sosegada lectura académica y a intentar comprender el misterio de la biología, le espeta con la certeza paternal que le dan sus ochenta y cinco años: «Aprovéchalos, porque luego vendrán las sombras y después el frío». En la espontánea salutación queda trazado el clásico tópico del *carpe diem*. Porque no cabe duda de que ese «aprovéchalos» no es un desliz de relleno, sino una clara invitación a atrapar la luz, tal vez una llamada a disfrutar del palpito de la existencia y que para el hombre de neurona sensible no es otro que la constante búsqueda de la belleza. Sin embargo, tanto la belleza sutil como el arte en su corpórea expresión, al igual que el amor esencial, siempre están unidos al dolor.

En su libro *Apogeo*, Gioconda Belli hace un hermoso canto a ese tránsito del medio siglo, concretándolo en los significativos cambios que se producen en la mujer, en que confluyen la plenitud y los temores, el amor y la meditación de nuestra temporal residencia terrena. Y en el poema *Consuelo* para la temporalidad dice la Belli: «La experiencia de la vida es la pasión de beberla/ hasta la embriaguez./ Amar, cantar, decir versos hermosos/ y luego/ dormir». Y el narrador que Saramago pone al frente de su *Historia del cerco de Lisboa* expresa la



siguiente paradoja: «La edad nos trae una buena cosa que es una cosa mala, nos calma y las tentaciones, incluso las imperiosas, nos resultan menos urgentes». Por ello se nos antoja que la literatura sigue ofreciendo la más precisa aclaración de la vida, tanto en sus expresiones de entusiasmo como en las de dolor y escepticismo.

Y es que en estos días de otoño en que los cambios de la atmósfera son más perceptibles y las horas parece que adquieren solidez en su medida, casi es posible, clasificar el tiempo en las dimensiones que van desde el infinito tiempo cósmico al perecedero y espiritual tiempo del individuo. En medio queda el tiempo de la Isla, prendido en las lavas de la geología milenaria y que uno ve circular cada atardecer con las nubes plateadas y el sol que las llena de su luz otoñal.

Todo ello no deja de ser una componenda de sensaciones, una química de la precipitación, que hace patente un surco propicio para cultivar la soledad. Y es que el tiempo humano, en esta concepción dramática que ha propiciado nuestra cultura, incluso con sus hermosas estelas literarias, no tiene vuelta atrás, salvo que pueda construirse de otra manera en el nuevo escenario cibernético en el que representan su vida (¿desmemoriada?) los modernos internautas. Sin embargo, para quienes tenemos cimentada la existencia en el ovillo de la memoria como forma de medir el tiempo, es casi irremediable someternos al drama de la finitud.

*(octubre, 2000)*



## El mar de Las Calmas

**E**l mar y la isla es un juego salvaje que trae hasta el hombre un fragmento del tiempo infinito y que reaparece en este cruce del siglo (¡qué ingenuidad decir milenio!), como una inquietante maquinaria primigenia. Para conjurar tanto desasosiego el hombre lo sublima en la estética que no es sino un juego de los sueños y de los sentidos. El mar y la mirada. El mar y el sonido. El mar y el olor de su salitre. El mar, sensualidad constante, en su inasible sonrisa de espumas.

El paseante de la isla transita las riberas de los mares que se alargan al pie de cada uno de estos terraplenes volcánicos. Y siempre, casi sin poderlo remediar, surge la estética heredada de los henchidos y periclitados versos de Morales, la intimidad de Saulo o la más reciente perspectiva de Manuel Padorno en *Hacia otra realidad*; el poema coral de Falcón y las secuencias iconográficas de Néstor, en sensuales retratos que van desde el amanecer hasta la noche, en un ciclo vital de la luz que enciende incluso el sexo en el mediodía varonil del modernismo. Ahí emergen (¿o se sumergen?) las experiencias (transeúntes, al fin y al cabo), que cada uno tiene del mar, que se vislumbra desde las convulsas olas que mueren al pie de Montaña Clara, donde nacen todos los vientos y todos los amaneceres de estas islas, hasta los sublimes ocasos frente a los riscos de Agaete, de



Famara, de la Gomera o de El Sauzal, cuando el sol se lleva el nombre de las cosas.

Las islas y el mar. En este tránsito del tiempo surge una nueva ofrenda estética de la mano del compositor Antón García Abril, con la que arranca el Festival de Música de Canarias, que nos complace con *El mar de Las Calmas*. Y es que este topónimo del paisaje isleño se vislumbra en su plenitud desde las laderas que se yerguen entre La Restinga y Orchilla, allá en El Hierro, una isla de amores dolorosamente esenciales, que unas veces se acercan y otras se diluyen en la efímera memoria...

Evocación del mar en *El mar de Las Calmas*, que sin ser poema sinfónico, con un lenguaje compactado, nos aproxima a la desnuda descripción telúrica. Ahí están los violines rompiendo el horizonte desde el silencio del amanecer. Crece el día, con el juego del agua en la costa calmosa y el viento instrumentado que hacen transparencia del sonido en el radiante mediodía. Percusiones en la rompiente. El mar es permanente continuidad, un sintagma siempre inacabado que la obra acoge sin rupturas en su escritura. Un crescendo nos aproxima al triunfo del más firme héroe telúrico. Y al final, la expresiva huella del hombre, etnia de las islas, que nos muestra la sintaxis siempre dolorida de la presencia del mar. Y del hombre sobre la roca. Hombre y mirada sobre el mar, un mar festivo desde el sonido. Mucho sonido. Mucho mar.

(enero, 2001. Inédito)



## **Nombre de biblioteca**

**P**oco, muy poco, sabía y sé de María Rosa Alonso. En mi memoria andaban deshilvanados algunos esporádicos encuentros con sus artículos de prensa, el prólogo a ciertas obras fundacionales de nuestras letras, el nombre de un colegio de Tacoronte, y poco, muy poco más. Era María Rosa Alonso una referencia incorpórea, una firma al pie que se desvanecía sin otras evocaciones. Pero siempre tuve la intuición de que detrás de ese nombre estaba agazapado un ser exquisito. Por ello, en una reciente tarde de invierno en el Centro del Profesorado de La Laguna, cuando he podido estrechar su mano, cruzarme con su mirada y con su voz, y compartir mesa en su homenaje, mi corazón estaba henchido de novedad.

Tras escuchar algunas glosas biográficas me pregunto cuánto nos desconocemos los canarios unos a otros, unas veces por veladuras intencionadas y otras por no querer creer en los valores propios. Sin embargo, siempre he querido creer que detrás de toda persona que levanta una pluma y tiene algo que contar existe un compromiso con el mundo. La vida de María Rosa Alonso se me antoja como un libro de la mirada sobre un mundo vivido, desde su infancia y juventud entre el paisaje abierto de Tacoronte y La Laguna, con esa prolongación marina que alcanza la Punta del Hidalgo, hasta las etapas posterior-



res cuando se sentía isla viajera en Venezuela y en Madrid. En esta geografía ha ido desgranando sentimientos y afectos, rigor intelectual y escritura investigadora, recuerdos y, tal vez, algunas nostalgias... Pero sobre todo, ha estado el tesón de divulgar aspectos básicos del quehacer literario que se ha fraguado en las islas.

En el artículo *Los excursionistas de 1923*, María Rosa Alonso rescata de las escorrentías de la memoria la historia familiar de los bachilleres del Cabrera Pinto; aparece Oscarito, antes de que se convirtiera en Óscar Domínguez, y una alusión personal que es casi un autorretrato: «La última de 'los distinguidos' era yo, más modesta y que debí de ir en ese puesto por los pelos, pues mi historial era menos brillante; entonces me afanaba por cuidar mis libritos de texto y venderlos para comprar una parte de los del curso siguiente, lo que suponía menos gastos en la peliaguda economía materna, a fin de que invirtiera en mí lo menos posible y creo que lo conseguí, porque gastó poco donde no mucho había».

En este fragmento de prosa cervantina se refleja la doble visión del mundo, la inquietud individual entre el afán y la humildad, y el análisis sociológico de una «economía del saber». Y esto es una clara evidencia de la sabiduría. Y por eso mismo, por ser una mujer sabia, por ser un poema vivo en la tertulia intelectual isleña, María Rosa Alonso es a partir de ahora, además, el nombre de una biblioteca. Y a eso sólo pueden aspirar quienes en su juventud cuidan los libros y juegan a venderlos para luego comprar más y más libros.

(febrero 2001, inédito)



## Diccionario de expresiones y refranes

**S**iempre es grato subir a Teror porque el paseo por sus calles y el encuentro con algunos amigos supone de alguna manera tomarle el pulso a la Isla. Sin embargo, la satisfacción se acrecienta cuando asistimos a la presentación de un trabajo de investigación que propicia el encuentro de las tareas científicas con la recuperación del acervo patrimonial. En Teror se acaba de presentar el *Diccionario de expresiones y refranes del español de Canarias* (Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2000), obra de los profesores de la Universidad de La Laguna Gonzalo Ortega Ojeda e Isabel González Aguiar.

Este diccionario es un libro vivo porque cada una de las entradas recoge el significado de un pensamiento, de una amonestación o de una imagen que han sido elaborados con sabia plasticidad por los hablantes isleños. Quiero destacar cuatro aspectos que hacen relevante la publicación de esta obra: 1) Su vinculación con la realidad hablante del ámbito canario; 2) La concreción de una labor científica que pone de manifiesto una rigurosa metodología de investigación lexicográfica; 3) La conversión de unos hechos de habla en espejo en el que se recogen rasgos definatorios de una identidad expresiva y diferencial. El valor de esta fijación lexicográfica radica en trasladar al corpus de un diccionario las expresiones que los isleños han ido crean-





do en su efímera oralidad cotidiana y que se ha acuñado e incorporado sucesivamente al sistema expresivo del habla canaria; y 4) El carácter de obra abierta, tanto por su manejo inmediato por los usuarios como por la de convertirse en referente clásico para la ampliación de los registros y ser, además, material de base para otros estudios de lingüística aplicada.

En las páginas de este diccionario queda reflejada la visión del mundo de los hablantes isleños, el habla popular en las diversas vertientes que configuran la vida. Porque las expresiones y refranes suponen la superación de la palabra aislada y se articulan en una frase que representa la construcción de un pensamiento. Son expresiones que implican una sutil elaboración desde la inteligencia popular. En ellas se hace patente la comparación de elementos contrapuestos o distantes, pero que formalizan un primer grado de imaginación que ponen frente por frente realidad y ficción, lo que nos aproxima a una cierta distorsión caricaturesca. ¿No serán los refranes y expresiones estereotipadas una forma juguetona de decir algunas verdades? Reflexione el lector sobre expresiones tales como: «Más feo que un millo viejo». «Más caro que una farmacia». «Si le digo, le engaño». «Familia y trastos viejos, pocos y lejos». «Echarle un puño a la baifa». Y es que a primera vista se perciben como pinceladas de ironía, pero luego va quedando un poso de cierta moralidad, de relativismo vital, de cautela y prudencia, que son muestra, a través de un lenguaje indirecto con cierto enmascaramiento y subterfugio, de la sabiduría popular que ayuda a reconocer la identidad psicológica del hablante canario, no exenta de una peculiar socarronería.

(abril, 2001. Inédito)



# LAS CUMBRES



## **Cumbres e identidad**

**E**n una reciente fiesta de tradiciones, que celebra Artenara a fines de mayo, y con motivo de la presentación de la denominada Orden del Cachorro Canario, le pidieron al cronista que trazara una semblanza de la localidad. La propuesta resultó ser una reflexión sobre la identidad desde la perspectiva de la cumbre, en la que se aborda una interpretación del pasado y su proyección hacia el futuro.

Dije que estábamos en Artenara, en nuestra casa de Artenara, y cuando decimos casa estamos diciendo hospitalidad. Este pueblo se caracteriza por ser hospitalario. Tal vez sea una característica arraigada en las entrañas del isleño en el que también, por condicionantes históricos, sigue existiendo la inseguridad hacia lo propio. Aquí en Artenara siempre se ha vivido una vieja tradición de humanidad y ello es lo que ha ido configurando un tipo de cultura en la que se han dado la mano los valores del pasado y la visión del futuro.

Este pueblo ofrece una honda tradición artesana y folclórica, que queda como legado de una sociedad que ya no existe, y que cuando se expresa en el marco de una romería no deja de ser una expresión estética y retórica, casi una puesta en escena. Artenara tiene una historia de más de cinco siglos, que



*En la fiesta de San Isidro (Artenara), que se celebra el último domingo de mayo, se rememoran las tradiciones agrarias.*

*En la foto, autoridades locales e insulares; de izquierda a derecha: Ángel Santana "El Catire" (concejal de Valleseco), Ezequiel Ramírez (consejero del Cabildo), Severiano Luján (alcalde de Artenara), Juan Andrés Melián (consejero del Cabildo), Manuel Mendoza (concejal de Artenara).*



se remonta a la época prehispanica, y en el devenir de los años han convivido aspectos de una sociedad civil con una sociedad religiosa. En el ámbito civil, se configuró una sociedad agraria en la que prevalece una endeble economía de subsistencia y que ha determinado un modelo social, que nosotros denominamos «el modelo de cumbres».

En este modelo prevalece el aspecto conservador. Hay en su historia una constante evidencia que pretende conservar tanto valores humanos como valores directamente relacionados con la preservación del medio y el paisaje.

Todo ello ha configurado un tipo de identidad. ¿Pero acaso ahora, en esta encrucijada de siglos, en que existe un predominio de la sociedad tecnológica y de la información, podemos seguir cimentado la identidad en lo rural? ¿Quizá no sea un romanticismo caduco y trasnochado? Y es que las sociedades son algo vivo que están en permanente construcción, en ese duelo constante donde confluye el pasado, pero también un presente y un proyecto de futuro. Por tanto, creo que la identidad no debe ser entendida como una parálisis o foto fija, sino que hay que verla como una construcción constante, sobre todo, desde la anticipación con la palabra civil. Y todo ello sin dejar de dimensionar la incidencia de la sociedad religiosa, que se remonta a las estructuras sociales del Antiguo Régimen, en el siglo XVI, y llega hasta el presente, y que se ha encargado de configurar y, en muchos casos, controlar las conciencias individuales a partir del sentimiento colectivo.

Y digo esto porque sabemos que la Orden del Cachorro Canario está realizando un importante esfuerzo al promover la celebración del primer congreso sobre Progreso e Identidad Canaria. Y de forma provisional, quiero hacer una sencilla re-



flexión sobre estos temas que, por su hondo calado, no dejan de ser trascendentes. Y es que la definición de la identidad es una tarea necesaria para cualquier pueblo en tanto pretende determinar los valores colectivos, con una visión desde los orígenes y las transformaciones que se han producido, con el fin de afrontar con autonomía y confianza los retos del futuro. Sin embargo, desde el compromiso personal, y porque creo que se pueden correr algunos riesgos, pretendo realizar las siguientes aportaciones:

- 1º.- Sería deseable que no se corra el riesgo de interpretar un sentimiento como colectivo, cuando existe la duda de si tal sentimiento está presente en la sociedad civil.
- 2º.- Sería deseable que no se corra el riesgo de homogeneizar la identidad isleña cuando en verdad la isla ofrece una realidad múltiple, diversa y plural, que está en continua construcción. Y
- 3º.- Sería deseable que no se corra el riesgo de encapsular la cultura canaria limitándola a una visión excluyente, cuando una característica de lo canario es la apertura al exterior.

Todo ello se plantea desde la idea de que la isla no es única. Hay muchas islas en la misma isla y en el conjunto de las islas. En este sentido, los interrogantes pueden prolongarse: ¿Existe una conciencia colectiva de lo canario? ¿En la práctica existe una expresión común del concepto pueblo? ¿O todo ello no es sino un artificio creado desde la visión teórica?

Creo que la importancia que tiene la búsqueda de la identidad no debe ahogar las perspectivas de futuro ni el sentido cosmopolita de las islas. Canarias ha sido lo interior y lo exterior. Lo local y lo universal. La tierra adentro, pero también el



mar que nos ha traído y nos ha llevado fuera de nuestros horizontes al contacto con otras culturas.

Y ello puede ser preocupante sobre todo si se trata de fundamentar las líneas de reflexión en la creencia de que existe una conciencia colectiva que está necesitada de un pilotaje al margen de la vida política. Tal vez se pueda correr el riesgo de establecer foros que, con la cándida creencia de estar por encima del bien y del mal, sin desearlo, deriven en fundamentalismos que nos ahoguen en nuestro propio ámbito.

*(julio, 2000)*



## **El modelo de cumbres. Paisaje y sociedad**

**E**n un Congreso de historia local celebrado recientemente en la Villa de La Orotava, con motivo del 500 aniversario de su fundación, tuvimos la oportunidad de abordar diversos aspectos relacionados con la historia de nuestro municipio. La comunicación, enmarcada en lo que denominamos *El modelo de cumbres*, y que, al margen de una crónica descriptiva y menuda de los acontecimientos locales, resulta ser una valoración de los grandes ciclos que configuran nuestro pasado y que llegan hasta el presente.

Y es que el estudio de la realidad histórica implica la adopción de un punto de vista metodológico para proceder a su constante interpretación y reelaboración. En este sentido, el modelo de cumbres tiene su punto de partida en tres parámetros básicos: a) El espacio b) La sociedad y c) La economía. Todo ello, con la consecuente presencia del hombre, queda sometido a una acción transformadora que configura el espacio de nuestras cumbres como un escenario apropiado para la observación de un peculiar devenir histórico. Podemos observar el siguiente comportamiento de cada uno de esos parámetros:

- a) *El espacio*. El territorio que configura el municipio está constituido en su estado originario por abruptas montañas,





*El Apóstol San Matías, patrono de Artenara, fue declarado Patrón de los Pinares de Gran Canaria en febrero de 1997. (Torre de la Iglesia Parroquial).*



profundos barrancos, un suelo muy erosionado y la escasez de superficies productivas. En ese espacio se desarrolla una cultura agroganadera, y el “hambre de tierra” lleva en determinados momentos a proceder a las usurpaciones de los terrenos y montes públicos, a la vez que se procede a una gradual parcelación del territorio. El estrecho vínculo del hombre con la tierra, con su diminuta propiedad a los efectos de un aprovechamiento máximo, es lo que determina la creación de un paisaje agrario tendente en gran medida a evitar la erosión de las tierras. Producto de ello son los terrazos y cercados contenidos por infinidad de paredes levantadas en zonas escarpadas. En el devenir histórico, se observa que la propiedad pública o territorio de la Corona, que fue entregada en datas a los primeros colonizadores, se convierte en propiedad privada en un largo proceso que alcanza cuatrocientos cincuenta años. Sin embargo, a mediados del siglo XX se inició, por motivos en los que confluyen la configuración de una política forestal para el casquete central de Gran Canaria y la crisis agraria por falta de incentivos a la producción propia, un proceso, todavía abierto y del que nuestra generación es espectadora de privilegio, por el que gran parte de esa propiedad privada pasa a convertirse en propiedad pública. La historia nos presenta el fenómeno como un círculo que ahora se cierra.

- b) *La sociedad.* Paralelamente se fue estableciendo una sociedad agro-ganadera, que desarrolla una economía de subsistencia y que comparte el modelo de una sociedad conservadora en correlato con las fuerzas internas que la configuran. Las instituciones locales que alcanzan mayor arraigo histórico son la Iglesia y el Ayuntamiento. Por una parte, la iglesia modela y aglutina en su entorno una serie de creencias que condicionan las conductas y establecen los perfiles y la



tipología peculiar de la sociedad agraria isleña; por otra, el ayuntamiento, con gran limitación de recursos propios, ha resistido desde sus orígenes algunos intentos por hacerlo desaparecer y mantiene una dinámica por lograr la cobertura de las necesidades vecinales.

- c) *La economía.* Ha tenido un comportamiento en el que también se observa el paso de una economía de subsistencia a una economía subsidiaria. Quiere eso decir que de una economía de producción y consumo interno, con escaso capital circulante y carente de proletarización, se ha pasado a una economía dependiente de la subvención proveniente de instituciones externas. Todo ello se produce en un escenario que ofrece las características de un municipio periférico en el que históricamente se encuentran tipificados los principales rasgos de la sociedad agraria y ganadera y una limitada evolución de los asentamientos poblacionales. En las últimas décadas se ha producido una modificación sustancial de la relación del hombre con el medio, debido a su dedicación preferente a las actividades forestales. La economía de subsistencia, que funciona como fenómeno equilibrador del crecimiento interior, hace que la población artenarense se vea constantemente sometida a un peculiar fenómeno de migración poblacional en el contexto de la Isla. En este sentido se producen tres tipos de migraciones: 1) La emigración estacional; 2) La emigración definitiva, y 3) La inmigración de ocio.

Este panorama histórico contrasta en este municipio de cumbres con el valor que en la actualidad adquiere el patrimonio natural, tanto desde el punto de vista paisajístico como antropológico; algunas expresiones de sociabilidad, propias de un marco socioeconómico de subsistencia, ofrecen la perspec-



tivas de su desaparición ante la vulnerabilidad de la cultura popular canaria.

La visión global de esta realidad histórica nos ofrece la posibilidad de un posicionamiento ante lo que es permanente y lo que es cambiante; de cara, incluso, a hacer una proyección de futuro.

La situación en la que ha desembocado la estructura socio-espacial del municipio, según el descrito *modelo de cumbres*, ha quedado hondamente esclerotizada. Sólo queda que la vertiente de 'sociedad del ocio' logre arrancar paralelamente a la 'sociedad forestal'.

En este sentido, la expectativa que hace una década se vivió con el proceso de creación de un Parque Nacional, como revulsivo estructural de toda la comarca, se empieza a sentir como una frustración. Porque mientras se sigan manteniendo los mismos planteamientos de tipo productivo y de relación del hombre con el medio como hasta el presente, lo único que se consigue es consolidar un modelo que como nos dice la lección de la historia no deja de ser sino un esquema de constante precariedad.

*(febrero, 2002)*



## **Las cumbres de Gran Canaria en el Año Internacional de Las Montañas**

**E**ste de 2002 ha sido declarado por la ONU como Año Internacional de las Montañas. La montaña es libertad y es altura. Es encuentro con el espíritu y con el pensamiento que nos hace soñar. El aire limpio y puro, y las grandes perspectivas hacen tomar al hombre la relativa dimensión de su existencia terrena. La montaña es altiva, pero su ecosistema es frágil y en muchas de las comunidades que las habitan existe pobreza y desesperanza.

Los objetivos del Año Internacional de las Montañas recogen el firme propósito de acuñar el compromiso de casi setenta países con estos espacios físicos y con sus valores culturales: Asegurar el bienestar presente y futuro de las comunidades de montañas, promoviendo la conservación y el desarrollo sostenible de estas zonas; incrementar la conciencias, así como el conocimiento de los ecosistemas de montaña y su importancia decisiva para el bienestar de las tierras altas y de las tierras bajas; promover y defender la herencia cultural de las comunidades y sociedades de montaña; atender las situaciones de conflicto y promover la paz, pueden quedar como enunciados vacíos si no existen compromisos firmes y planes constantes por parte de las instituciones públicas que fomenten esos valores.



*Panorámica de la Cumbre central de Gran Canaria.*



*El Pinar de Tamadaba, con el Teide al fondo.*



Por ello, flaco favor se le hace a los pueblos de cualquier cumbre, de cualquier montaña, si ante las penurias de su vivir no se deja constancia, a modo de crónica viva, de las condiciones que es necesario remarcar para aumentar la sensibilidad que procure efectivas soluciones. En este sentido, he de decir que las instituciones que tienen asumidas las correspondientes competencias deben planificar acciones que tiendan a evitar que nuestras cumbres se conviertan en una isla dentro de la isla.

Para ello, habrá de procederse a una mejora de los accesos por carretera, con una rectificación de sus infinitas curvas, arreglo de cunetas y del vallado, la mejora de los tramos de su actual trazado, sin olvidar una adecuada señalización.

Se hace necesario, asimismo, una planificación de acciones que potencien, en paralelo con la 'sociedad forestal' la consolidación de la 'sociedad del ocio en la Cumbre', con iniciativas tendentes a la creación de puestos de trabajo que contemplen la constitución de cooperativas para la explotación de restaurantes y alojamientos de turismo rural, servicios de información al visitante, elaboración de productos artesanos, etc.

Sin embargo, se constata que en este Año Internacional de las Montañas, en las cumbres de la Isla permanecen cerrados los Centros de Interpretación de Roque Bentayga y Degollada Becerra. El estado de abandono del pequeño mirador de la Degollada de Las Palomas no invita, por su peligrosidad y deterioro, a bajar del coche para recrear la vista frente al universal paisaje del Nublo y sus barrancos.

En este Año Internacional de las Montañas, el Parador de la Cruz de Tejada lleva seis años cerrado, y ahora mismo no



se sabe con certeza qué organismo público gestionará definitivamente esta importante referencia turística de toda esta comarca.

En el ámbito estrictamente local del municipio de Artenara, el Centro Locero de Lugarejos, hasta hace pocos días dependiente del Cabildo y uno de los pocos sitios de alfarería que existen en la Isla, tenía sus puertas hipotecadas, y los centros de artesanía, creados hace varios años, no acaban de arrancar en cuanto a su oferta turística. Algunas iniciativas privadas, con el paso de los años, se ven frustradas por su escaso rendimiento, viéndose abocadas al cierre como es el caso de la única gasolinera existente en el municipio, con lo que se ven merma- dos los servicios ciudadanos.

Por otra parte, el pueblo artenarense ha sido protagonista recientemente de una histórica reivindicación para intentar mantener abiertas las aulas en las que se imparte el primer ciclo de la enseñanza secundaria obligatoria. No sé si en el inmediato futuro esta demanda va a quedar asentada en la precariedad, ante la no renovación de la población del municipio. ¿Podría tener cierta continuidad si se estableciera un taller o ciclo formativo de técnicos forestales?

Los pobladores de esta Cumbre siempre han sido generosos y hospitalarios. En los últimos cincuenta años, los habitantes de estas tierras altas se han visto abocados a cambiar la estructura económica agroganadera de que se sustentaban y han tenido que optar por la venta de las tierras de su herencia para destinarlas a la repoblación forestal. A fecha de hoy, el Cabildo es propietario de casi el 80 % del territorio de Artenara y los campesinos han sido generosos intentando adecuarse a formar parte de lo que denominamos 'sociedad forestal'. Se observa el





valor que conlleva la creación de nuevos puestos de trabajo, pero a la vez asumiendo los riesgos de los incendios que siempre acechan en verano.

Y, sin embargo, ahora, a la vuelta de los años, se observa que estas gentes de la cumbre son los que celebran casi de manera solitaria la sencilla fiesta del Patrón de los Pinares, en lugar de haberla asumido con rango institucional propio, potenciando, entre otras iniciativas, en los ámbitos académicos el Premio de investigación sobre la Cumbre y los pinares: sobre fauna, flora y suelo, uso y gestión del territorio que es una forma de ahondar en nuestra identidad cultural y de crear vínculos con el entorno.

El esfuerzo anónimo de muchos grancanarios por mantener la Cumbre va a continuar, pero el compromiso es de todos. Así lo manifestó Jacques Diouf, Director General de la ONU para la Agricultura y la Alimentación, en la inauguración del Año Internacional de las Montañas: «Cualquiera que sea nuestro lugar de origen, por elevadas o pequeñas las colinas o montañas de nuestros países, todos somos de las montañas. Todos dependemos de ellas, estamos ligados a ellas y sus efectos repercuten sobre nosotros, en formas que tal vez no hayamos siquiera concebido antes».

*(febrero, 2002)*



## **El Parque Nacional y las cumbres de Gran Canaria**

**C**on un sorprendente sigilo, que se puede interpretar casi como una calculada estrategia, ha vuelto a surgir el proyecto de creación de un Parque Nacional en la Isla de Gran Canaria, ciñéndolo concretamente al ámbito de Güi-Güi, en el término municipal de San Nicolás de Tolentino. No conozco los detalles de la actual propuesta. Sin embargo, por ser un tema de alta envergadura en cuanto a su significado en la calificación y ordenación del territorio, así como por las múltiples derivaciones que conlleva, y por el lastre acumulado en un reciente pasado ante un proyecto similar que afectaba en gran medida a los municipios cumbreños, creo que en esta ocasión, además de la oportunidad que significa retomar un debate con un nuevo planteamiento, es necesario adoptar un posicionamiento desde la perspectiva que ofrece la situación actual del municipio de Artenara. Desarrollaré mis opiniones de manera esquemática.

- a) *Un Parque Nacional en Gran Canaria.* Para decirlo sin rodeos, he de manifestar de antemano que Gran Canaria ofrece ámbitos geográficos que permiten y merecen la singular declaración de Parque Nacional. No voy a realizar una alocada enumeración. Creo que la propuesta de Güi – Güi es acertada. Sin embargo, en el proyecto que ahora se propone



*Manuel Díaz Cruz, ingeniero de Montes.*



debe contemplarse de una manera decidida la expansión hacia lo que podríamos denominar el corredor del noroeste y centro de la Isla, de tal manera que en el mismo sistema de protección quede incluida la vertiente norte del Pinar de Inagua, el cauce medio del Barranco de la Aldea, la Montaña de Altavista, en línea por el barranco de Gomestén hacia la Cruz de María, la finca insular de Tirma - Tifaracás y las contiguas vertientes de Tamadaba y Faneque, ya en el TM de Agaete. A falta de una mayor precisión técnica, considero que los ámbitos reseñados constituyen un sistema paisajístico con rasgos geomorfológicos y biológicos propios, con flora y fauna rica en endemismos, que no desmerecen la más alta calificación de protección territorial. No sólo los elementos de biodiversidad, sino la *cultura de barranco* como cauce y camino que une la cumbre con el mar, tanto en lo referido a la emigración interna como en el valor de aprovechamiento acuífero, son expresiones de la naturaleza de la isla y que se ejemplifican de manera singular en el ámbito al que nos referimos. Paralelamente se determinaría un área de preparque que se convierte en una oportunidad clave a los efectos de construir un marco de coexistencia entre los paisajes rurales de cumbre y los espacios protegidos.

- b) *Las repercusiones económicas.* La propuesta de Güi-Güi ha sido formulada sin ocultar la valorización que en términos económicos supondría para el municipio de San Nicolás de Tolentino. Y es que la declaración de un Parque Nacional, esté donde esté, genera por su propia definición un espontáneo efecto publicitario y una consecuente actitud de los visitantes que repercuten de manera directa en la economía de los ámbitos aledaños. La posible ampliación del Parque hacia el Norte y Centro de la Isla, tal y como se ha



descrito, aparte de una salida hacia las Cumbres por la vía del Barranco del Parralillo y Acusa, significaría un impulso a la exigua economía del municipio de Artenara. Así, los miles de visitantes, que en el marco de nuestra industria turística se alojan en el Sur de la Isla tendrían el señuelo del Parque para adentrarse por los parajes más inhóspitos y definitorios de Gran Canaria. Sendos centros de interpretación en la Mesa de Acusa y Tirma, la potenciación del caserío troglodita de Acusa Seca (en la recta final del proceso de declaración de Bien de Interés Cultural - BIC); el despeque del turismo rural, la potenciación del centro de artesanía de Artenara y el ecomuseo de alfarería de Lugarejos, así como el mantenimiento decidido de una agricultura y ganadería residual, significarían, en conjunto y en el más estricto crecimiento sostenido y proteccionista, la última oportunidad de estructuración económica que se ofrece al encumbrado municipio de Artenara.

- c) *El Plan de Cumbres como compensación ecológica.* La declaración de Parque Nacional, que comprendería una zona de alto valor paisajístico y un territorio desprovisto de actividad agroganadera en la vertiente oeste del municipio, con los implementos económicos que del mismo se deriven, es una de las maneras de compensar al pueblo de Artenara por la ocupación del 76 % de la superficie municipal que se destina a área de bosques y pinares. ¿Es la deuda del bosque? ¿No sería la manera de compensar (a modo de coste ambiental de la conservación) la creación de este espacio ecológico para uso y disfrute colectivo? Si no se hiciera de la manera que apuntamos en esta coyuntura de creación de un Parque Nacional en Gran Canaria, las instituciones públicas isleñas tendrían que establecer como alternativa la formulación de un Plan de Cumbres que, teniendo en cuen-



ta el principio de fomento de las comunidades rurales, además de la indicada compensación ecológica, evite la desaparición (sí, la desaparición) en pocas décadas de uno de nuestros pueblos cumbreños. Y no me resulta fácil decir esto cuando está a punto de cerrarse este 2002, que ha sido declarado por la UNESCO como Año Internacional de las Montañas. Una vez más se constata que la retórica es una cosa y la realidad es su contraria.

- d) *La lección de la experiencia.* Como último epígrafe de estas aportaciones, se hace necesario realizar una breve recapitulación sobre la experiencia acumulada en aquel fallido intento de crear, a comienzos de la década de los noventa del siglo pasado, el Parque Nacional del Nublo. Lo más significativo de aquel proceso fue, por una parte, la falta de información técnica que del mismo tuvo la población, por poco numerosa y dispersa que fuese, y, por otra, la gran dosis de demagogia que ocupó el discurso popular sin dar respiro siquiera a las propuestas de flexibilización técnica que se ofrecían. Según parece, se está empezando a caer en los mismos errores en lo relativo a la falta de información. La propuesta de Güi – Güi ya ha creado cierta reticencia (que no tardará en volverse resistencia), en algunos pescadores y cazadores de La Aldea. Los ecologistas ya han voceado sus planteamientos al respecto y el consistorio de Tejeda, desde su histórico y contundente rechazo al Parque Nacional, se posiciona de manera vigilante. Y al final, mientras se despueblan los caseríos de Artenara, y se cierran los servicios públicos que mínimamente deben existir para que un pueblo funcione, los pocos habitantes de este pueblo cumbreño, subidos en una peana de piedra, acabarán preguntándole al viento ¿y a nosotros quién nos salva?

(noviembre, 2002)



## Medianías y cumbres, una reflexión conjunta

**E**n los últimos seis años se han celebrado por iniciativa del Aula de Humanidades y Sociales "Celso Martín de Guzmán", que dirige el Dr. Juan Sebastián López García, profesor de la ULPGC, otros tantos seminarios de difusión y reflexión con el título *Medianías Insulares: El paisaje y las actividades humanas*, en el que se han realizado algunas aportaciones sobre las características de estas comarcas isleñas que participan de una común identidad.

El municipio de Artenara, con la colaboración de su Ayuntamiento, fue motivo del Seminario celebrado en 1996, así como de las conclusiones adoptadas en diciembre de 2002, dentro del III Centenario de la Bendición de la Ermita de San José de Caideros.

Creemos oportuno, en el marco de la fiesta del Patrón de los Pinares, divulgar las conclusiones fundamentales dado que la reflexión sobre el medio ambiente es aspecto básico del encuentro cultural en torno a san Matías. Y es que el municipio de Artenara, con las peculiaridades propias de la sociedad cumbera, comparte en gran medida, salvo la distancia de las cabeceras de comarca, las características de los núcleos de Medianías.



*La trilla es un actividad agraria prácticamente desaparecida en el ámbito de la cumbre. Instantánea tomada en la Vega de Acusa en 1963.*

Sin duda, toda la comarca forma un continuo vivencial, lo que en cierta ocasión, y a efectos metodológicos, he denominado "modelo de cumbres". En cuanto a los aspectos territoriales, Artenara está soportando las consecuencias derivadas de la modificación del paisaje agrario como consecuencia de la ocupación del territorio por el ámbito forestal. Quiero decir que paralelamente a la ocupación del territorio no se ofreció una alternativa de apoyo específico para la agricultura y la ganadería residual que compensara dicha ocupación.

En el ámbito sociopolítico se evidencia que en la situación actual pervive una sociedad muy conservadora, ya que las estructuras de participación social son bastante débiles, y el cambio generacional ha quedado estancado en segmentos de una población envejecida. En los aspectos económicos las debilidades son notable ya que no existe una actividad empresarial que motorice la economía local.

Como temas compartidos en los ámbitos comarcales de las Medianías y Cumbres insulares, en el análisis de la situación se destacan fundamentalmente los siguientes:





a) La intensa emigración que afectó a la mayoría de las zonas de medianías, con un éxodo que supuso el abandono de tierras e inmuebles; además de la descapitalización humana, llevó junto con las personas un cúmulo de cultura popular y tradicional que se dispersaba y desarraigaba.

b) Las Medianías y Cumbres deben ser reconocidas como una importante fuente de la cultura canaria, una vez superada la fase del menosprecio hacia el mundo rural. Se debe continuar en el estudio, catalogación e inventario de todo este acervo cultural, así como recuperar el patrimonio histórico, y fomentar los inmuebles y núcleos propuestos para ser declarados Bien de Interés Cultural.

c) Preocupa la habitabilidad de las viviendas tradicionales, concretamente de la casa cueva, tanto en su uso de residencia habitual como en su adaptación para el turismo rural. La falta de orientaciones para este tipo de construcciones motiva que en algunas zonas se les modifiquen con un falso tipismo, emanado de las urbanizaciones turísticas, con la pérdida de sus valores originales.

d) La aportación de las Medianías y Cumbres insulares a buena parte de los contenidos que conforman la identidad canaria y la escasa inversión que a ellas se ha destinado, determinan una "deuda histórica" de las instituciones hacia una zona que tanto ofrece.

En la actual coyuntura, teniendo en cuenta las trayectorias del último tercio del siglo XX y las perspectivas para el XXI, se formulan las siguientes propuestas:



- Profundizar en el conocimiento, redoblando el esfuerzo en investigación, especialmente urgente en cuanto a la cultura oral.
- Dotar partidas económicas para las infraestructuras básicas, con un estricto desarrollo controlado.
- Mantener y potenciar el turismo rural, fundamentado en la conservación de los valores propios de las Medianías y Cumbres.
  - Organizar talleres de trabajo que ofrezcan alternativas contemporáneas para la habitabilidad permanente de la arquitectura tradicional, en especial de la casa cueva.
  - Con respecto al municipio de Artenara, se hace necesario valorar la oportunidad que supone la creación del Parque Nacional en el ámbito de Tamadaba con la delimitación del área de preparque. Y, como alternativa específica, la elaboración de un Plan de Cumbres que contemple las peculiaridades de la zona a los efectos de mantener la sociedad agraria residual y el paisaje de cumbres.
- Ante las incertidumbres futuras, hay que considerar a las Medianías y Cumbres como un territorio vivo, en estrecha relación con el medio ambiente y la cultura tradicional que tiene que ser potenciado en sus valores integrales.

Estas aportaciones pretenden fomentar la creación de conocimiento sobre nuestro entorno teniendo en cuenta que parten de una reflexión sistemática sobre la realidad y el ámbito sociocultural. Creo que cualquier intervención institucional que no tenga en cuenta la participación en el desarrollo integral, lo que logra es mantener las mismas estructuras que históricamente han generado las limitaciones de la comarca.

*(marzo, 2003)*

# UNA MIRADA SOBRE EL LIENZO



## Ana Salgado: Batik

**S**e presenta en el Real Club Náutico de Gran Canaria la personal obra de batik de Ana Salgado. Toda obra de arte fundamentalmente es forma, y en el complejo proceso que se sigue hasta lograr el resultado final convergen muchos sentimientos, pasiones y técnicas. En concreto, la pintura se caracteriza por el logro equilibrado de la luz y el color en el espacio prodigioso de un cuadro, y en ello la voluntad creadora es el elemento consciente que motiva al artista. El batik comparte elementos creativos con la pintura, pero los aspectos técnicos de su elaboración los aproxima al mundo de la artesanía. Es una obra singular, en la que el sucesivo proceso de elaboración está estrechamente vinculado a la consciente participación de su creadora, pero que paradójicamente puede encontrarse con un resultado final casi mágico al no haberse preestablecido del todo.

En el batik hay un gran componente de laboriosidad. Se trabaja en el taller, con las manos y con herramientas propias en medio de un revoltijo de tintes, telas y cera pura de abejas. Pero también existe un alto componente artístico, ya que el creador ha de determinar los espacios que se van a cubrir, dibujándolos previamente; luego, selecciona los colores y los organiza



*Ana Salgado.*



formalmente en la superficie -la sugerente blancura de las telas-, en un acto de creación e intuición artística, similar a la del pintor. El resultado es una expresión de color, de luz y de formas pictóricas que nos hablan de las infinitas variedades que puede adoptar la creatividad en el interior de un marco.

El componente artesanal del batik radica en el uso de colores sacados en gran parte de la naturaleza que nos envuelve: arbustos, semillas, tuneras, orchillas y cochinilla. Las islas Canarias ofrecen una botánica rica en raíces tintóreas y por ello en los mercados centroeuropeos eran conocidas como *Islas Pinturaria*.

Admiremos la obra de Ana Salgado como una feliz conjunción de artista creadora y de artesana isleña, que atesora su saber en la tradición familiar. Ahora nos acerca una técnica ancestral sumamente elaborada, usada por los nobles de las tribus primitivas, habitantes de las islas del pacífico y muy alejadas en el espacio y en el tiempo de los parámetros de nuestra cultura atlántica.

(julio, 1995)



## Manolo González: Las dimensiones del hombre

**E**l complejo bimorfismo del ser humano, a pesar de aparecer como constante en la configuración artística de todas las épocas, es rescatado con refrescante maestría en la duplicada muestra que ahora presenta Manolo González. Aquí vuelven a encontrarse, en proceso creador, el cuerpo y el alma, la materia y su movimiento corpóreo en la simplicidad de variadas dimensiones que nos ofrece el arte: dibujo, pintura, escultura y danza, constituyéndose en sobrio espectáculo global de los sentidos, con un complemento de la música, circunstancial para la observación, que tan bien podrían ser los versículos corales del *Carmina Burana*.

La muestra se ofrece en un montaje, siendo pertinente hacerlo constar en este caso, con dos luminosidades significativas. La claridad de la antesala manifiesta la forma humana tal y como sale del lápiz del creador, con toda la desnudez corpórea sólo vestida de movimiento y de leves distorsiones del torso y miembros. Manolo González no ha tenido pudor en desnudarse como artista, expresar lo que para otros creadores es elementalidad o soporte inicial en ámbitos de la intuición que luego se recubre de materia. Es un canto a la clásica sinceridad. Hay apuntes que beben en la superficie de vasos helénicos y creten-



*Manolo González.*





*En esta obra de Manolo González se encuentran el cuerpo y el alma, la materia y su movimiento corpóreo.*



ses, además de la personalísima recreación, sin serlo en origen, de frisos y frontones arquitectónicos. Otra sinceridad del joven artista.

Todo ello se enriquece, atravesando el túnel del tiempo, para acaso volver al mismo lugar, con la reconstrucción de la forma corpórea en el bulto traslúcido de la tela metálica que alcanza una nueva dimensión expresiva, al convertirse la propia materia en lenguaje. La desnudez textual llega a la transparencia formal, donde los límites entre el cuerpo y el alma quedan al descubierto. La atmósfera externa empuja hacia dentro y tropieza con el profundo impulso anímico de los deseos que surge del interior de la figura. Y ello se descubre, se ve y se siente desde la inmediata y espontánea percepción de la obra. Toda una reflexión sobre la desnudez del hombre, desde la clásica, por contenida, libertad de movimiento.

*(noviembre, 1995)*



## **Ana Gracia Álvarez: La dualidad espacial en *Horizontes***

«Yo miro unas trebolinas, las veo así pequeñitas, con sus tallos verdes y sus flores amarillas y a partir de ahí ya tengo un cuadro, claro, mucho, mucho, más grande». Esta espontánea declaración que se le coló a Ana Gracia Álvarez en unas breves y cálidas palabras pronunciadas tras la presentación de su muestra en la sala del Club Prensa Canaria nos dicen casi todo sobre el proceso de la elaboración de su obra. Porque quienes hayan seguido la pintura de Ana G. Álvarez en los últimos años se habrán podido percatar de los caminos recorridos por la artista para llegar a la abstracción convertida en color.

La abstracción es la construcción de un concepto. Y un concepto es una representación mental de una vivencia que se experimenta por la vía de las sensaciones internas o externas, pero siempre vitales. La pintora, a partir de esos soportes esencialmente humanos, convierte su mundo creador y reflexivo en pintura sugerente. Así se expresó en las lúcidas muestras de 1993 y 1995, con una vegetación y una naturaleza originaria como referente remoto y que en el proceso intelectual queda progresivamente diluido mientras se agranda la disposición colorista en el lienzo. Ese es uno de los caminos que sigue la



creación pictórica, y que en esta etapa de su trayectoria aún nos desvela Ana G. Álvarez con emotiva sinceridad.

En la muestra *Horizontes* es perceptible la dualidad vivencial de la mirada sobre el espacio desde el balcón de un paisaje interior. Late en la disposición de los colores la semántica de los binomios tierra/cielo o lo firme y lo etéreo. La conversión plástica se logra con una paleta que diferencia progresivamente las tonalidades desde la inasible línea del convencional horizonte, que conforma la esencia del lienzo al recrear una perspectiva central que enriquece los planos pictóricos que divide. En algunas manchas esa misteriosa línea, sin llegar a romperse, se convierte en horizonte chorreante en dos direcciones, logrando verticalidades formales, o se multiplica sobre sí misma en firmes pinceladas de colores, con la formación de insospechadas masas expresivas, que anuncian nuevos caminos en su ya fecunda creación.

(febrero, 1996)



## **Juan Betancor: Sintaxis de agrimensor**

**S**i la vocación de los pintores fuera la de seleccionar características de las aves voladoras, Juan Betancor no dudaría en escoger la perspicacia del cernícalo que sobrevuela el paisaje, porque desde la estática perspectiva de altura domina un territorio, lo parcela con la mirada y selecciona los conceptos que le son necesarios para el soporte de su expresión plástica. En Betancor se combina la global visión desde arriba con la vocación de urbanista y la de agrimensor del minifundismo, y todo ello lo articula con una sintaxis que convierte sus cuadros en singular expresión del paisaje.

En la obra matérica que presenta en el CPC se percibe el paisaje plano desde una visión en la que se estructura la retícula espontánea que configura la historia de los campos, como referente conceptual de su memoria. Sin embargo, esto que parece elemental, tiene antecedentes en el neoplasticismo de Mondrian o en la etapa más elaborada del canario Antonio Padrón. El paisaje plano es determinativo desde una geometría organizativa donde sobresale el resultado de rectángulos que se entrecruzan en una retícula de primer nivel, relacionados entre sí por los linderos que le impone cada color. Pero también cada parcela



*Juan Betancort.*



de color se multiplica hasta el detalle creándose una subordinación de planos en un segundo nivel. En este paisaje planchado aparecen elementos abatidos que conservan la verticalidad desde la percepción mental del receptor. Así se constituyen las fachadas urbanas, que anuncian espacios interiores, llenos de calor y de sugerente humanidad que se combinan con los planos vacíos, ora roturados ora cubiertos de vegetación.

Pero más importante que esta argumentación racional del cuadro, es la trama de colores que trascendiendo la retícula paisajística, conforman una abstracción geométrica de una paleta a la vez que imaginativa suficientemente equilibrada y de fuerte expresión plástica. Es un paisaje que no está del todo comprendido en el cuadro, sino que se hace y empieza a crecer desde la mirada del espectador. Es una obra cerrada en tanto sobresale la delimitación espacial, pero que queda abierta al concurso de la atenta visualización de los múltiples planos pictóricos que adquieren nuevas dimensiones al recrearse sobre sí mismo.

*( noviembre, 1996)*



## Francis Naranjo: La referencia conceptual en *Vigilias*

**E**l desnudo referencial de *Vigilias* reclama la anímica participación del espectador debido a que la vacuidad representada se convierte en concepto. La conceptualización se alcanza mediante un proceso de despojo de la realidad, que se abstrae al completo de tal manera que la mente es el único medio de comprender el soporte creado.

La obra es un todo que se ha de dimensionar como espectáculo, con elementos en proceso, que forman una secuencia de las sensaciones primarias como referente remoto: el tacto, la vista, la experiencia sensorial, la experiencia social, el vacío y la memoria de los sueños. Estas piezas se leen como partes estructuradas de un texto estético y reflexivamente humano que el artista ofrece como discurso interior del hombre. Por ello, este metalenguaje pretende traducir y explicar la esencialidad plástica que ofrece 'Vigilias'.

Al llegar al concepto, el artista no está haciendo un discurso destinado a su individualidad estética, sino que aproxima una opción ideológico-vital del hombre de ahora. Acaso el hastío de la realidad y la búsqueda alternativa en la contemplación mental.





*Piel de Zapa.*  
*Francis Naranjo.*  
*1996.*



El tacto de 'Manos' aparece trascendiendo la artesanía porque se hace transparente, traslúcido e inmaterial. La vista se vuelve hacia la nítida contemplación de una realidad interior que sólo es luz clara, y el intento de referencia al exterior se hace borroso desde un rompimiento con el mundo tangible.

La dualidad de 'Eyes' introduce la simultaneidad en la denuncia y renuncia, sin moralismos, de una realidad concebida como imperfecta. Las sensaciones, pues, se diluyen como el frío bloque de hielo. Y el hombre trata de atar la experiencia social ('Realidad soportada'), para salvarse en compañía insolidaria y aislada.

El vacío es el soporte de la aparente solidez geométrica de las cosas, que en la pieza 'Testigo', esbelta, clásica, equilibrada, tiene como esencia el hueco, el alma, un espíritu interior, al igual que la tetralogía 'Trazos', donde también se recoge el vacío referencial con grados de imperfección. Sin embargo, 'Piel de Zapa', es la nostalgia de los sueños desde la ausencia, con la presencia del Tiempo, un antes y un después, que traslada la angustia comprometida al espectador. Concepto incoloro. Puro concepto, con reflexivas sugerencias del hombre creador, más allá del artista.

(diciembre, 1996)



## **Ana Gracia Álvarez: El sendero colorista**

**Q**uienes hayan seguido de cerca la obra pictórica de Ana G. Álvarez tienen en *Escenarios para un sueño*, exposición que presenta en el CICCA, un motivo para analizar la trayectoria creativa de esta autora, que siempre ha envuelto sus pinceladas con un sugerente estallido de color.

Todo proceso de creación se origina en referentes reales o imaginarios que, cargados de subjetividad, condicionan no sólo la primigenia concepción de la obra, sino, sobre todo, su forma expresiva, incluyendo el formato o dimensiones físicas del lienzo, y, por supuesto, la nunca desvelada con precisión vertiente significativa. Por ello, la construcción de un texto sobre la muestra de un creador afincado en un ámbito periférico raramente descubre esenciales novedades en el decurso del Arte. Sin embargo, a lo que puede aspirar este pretendido discurso estético es a mostrar, además de una originaria percepción del mundo recreado, la constatación de una particular evolución pictórica.

Y es que la pintura de Ana G. Álvarez se encuentra en un determinante momento de transición. Ello es explicable si se tiene en cuenta que en sólo dos años la pintora ha realizado



*Ana Gracia Álvarez.*



tres muestras individuales con un trabajo de gran calado. Ahora conviven las referencias al lenguaje vegetal del bosque con los paisajes verticales tratados en los grabados de *Naturaleza fragmentada*; la dualidad plasmada en *Horizontes*, expuesta en 1996 en el CPC, con el potencial simbólico que siempre se ha vislumbrado en su paleta y que ya empieza a aparecer con más rotundidad. Porque en algunas telas la floresta se aleja de su referente y se convierte en columnas de prismas acristalados, o las múltiples tonalidades de sienas, amarillos y granates se degradan en toda la superficie del cuadro, sin referentes externos que lo avalen.

Esta percepción nos alumbra aspectos de una simbolidad subjetiva que tiene que ver con estados de ánimo, optimismos del mediodía o secuelas del atardecer, que se resuelven por caminos exclusivamente pictóricos y sensoriales. Es significativo que si en su obra precedente casi se pisa con la mirada la hojarasca de los eucaliptos, y las neblinas se entremezclan con el frescor vegetal, ahora ya aparecen telas que formalmente nos hablan de vertientes anímicas a través de un lenguaje continuamente esplendoroso en luz y color.

(febrero, 1997)



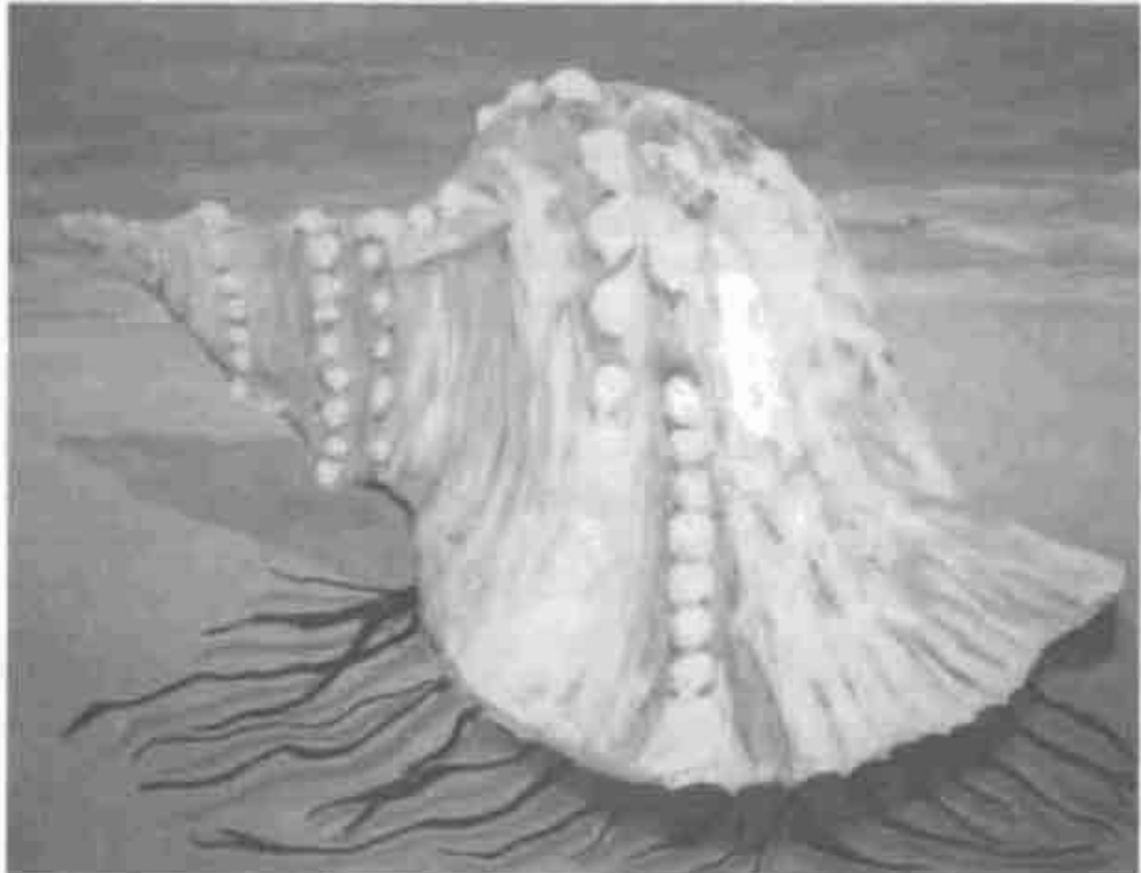
## Margot: Sensaciones marinas

**C**ontemplar la primera muestra individual de un artista es motivo para hacer una reflexión sobre los aprendizajes y las posibilidades que existen en el manejo de una paleta.

En el deambular de su primera biografía, la pintora Margot, asturiana de origen, alimenta sus sensaciones durante una dilatada estancia en París; en Gran Canaria -donde reside desde 1983-, desarrolla un provechoso aprendizaje con los maestros de la Escuela Luján Pérez y en el estudio de Juan Betancor. La participación en casi cincuenta muestras colectivas en los últimos diez años es el inventario de la solidez adquirida y, sobre todo, del compromiso con la dimensión social y divulgativa de la creación artística.

En esta primera individual, que se exhibe en la Galería del Grupo Espiral, se manifiesta la fuerte potencialidad de una obra en la que la artista nos habla de su innegable impregnación de la isla, a partir de la plasmación figurativa de una amplia tipología de caracolas como solidificado lenguaje de la costa. El objeto se muestra individualizado y crecido con todas las *sensaciones marinas* desde su entrañado espíritu solitario,

El arte contemporáneo ha buscado en el siglo XX nuevas formas de expresión, alejándose de los cánones tradicionales. En este sentido, el arte textil ha experimentado un renacimiento, convirtiéndose en un medio válido para la creación artística. Este artículo analiza la obra de Margot, una artista que ha explorado las posibilidades del tejido como lenguaje visual.



**CARACOLA. Margot (78 x 60 cms.) Óleo/Tela. (1996).**

La obra 'Caracola' de Margot es un ejemplo de cómo el arte textil puede ser utilizado para crear formas orgánicas y complejas. A través de técnicas de tejido y aplicación de pintura, la artista logra una textura que imita la de una concha, evocando sensaciones táctiles y visuales. Este tipo de obra desafía las nociones tradicionales de los límites entre el arte textil y el arte pictórico.

En el contexto del arte contemporáneo, el uso de materiales no tradicionales como el tejido abre nuevas posibilidades expresivas. Margot logra una integración perfecta entre la técnica textil y la aplicación de pigmentos, creando una obra que es tanto táctil como visual. Este tipo de experimentación es fundamental para la evolución del arte textil en el siglo XXI.



sobre un fondo pictórico que destaca como componente esencial del cuadro.

Ello se logra mediante una gama de colores que configuran cada pieza desde una singularidad cromática y formal que refleja un dominio de la obra en su integridad. Porque las posibilidades formales de una caracola es la primera sorpresa con la que se encuentra nuestra artista, ya que el asombro de la actitud creadora es ver cómo un objeto, encontrado en la playa, perdido, asilado y diminuto, de pronto, en el estudio de la pintora se ha dimensionado con una percepción diferente, con un lenguaje expresivo propio, recreado desde la aportación personal.

Y aquí es donde radica la potencialidad de esta pintora que no se limita a trasladar una realidad al lienzo, sino que somete sus percepciones a una primera transfiguración y mutación dotándolas de un lenguaje pictórico que conoce en cuanto selección y distribución en el interior del marco. El dominio del lenguaje está en una fase en la que se vislumbran sugerentes posibilidades que habrán de consolidarse cuando la artista, en su creciente proceso creador, asuma la ruptura con el referente inmediato.

*(abril, 1997)*





**Juan José Gil:**  
**En los dominios *Del equilibrio***

**P**uede resultar equívoco aplicar el término paisaje a la muestra *Del equilibrio* que Juan José Gil presenta en la Galería Vegueta porque nos puede asaltar el referente externo como fundamento nutriente de su creación. Sin embargo, a pesar de que los elementos formales del cuadro no se pueden desmembrar de su resultado e impacto final, sí es verdad que, al menos en las superficies, se descubren componentes desarticulados que nos acercan a algunos perfiles universales del paisajismo como las masas, perspectivas verticales y horizontes trazados en cualquier dirección.

Ahora bien, la conceptualización de estas posibles referencias está tan hondamente elaborada desde la creatividad pictórica no figurativa que las percepciones personales del autor evidencian una serenidad de sensaciones. Porque ahí es donde radica la expresividad de la muestra. El pintor, en la elaboración intelectual de su obra, ha optado por buscar el equilibrio no de un mundo externo con otro interno, ni de temáticas en conflicto; sino el equilibrio que emana desde la propia creación artística y del uso que hace del material pictórico. Así ha surgido una pintura con formales elementos autónomos que transpiran sensaciones de alma.



*Juan José Gil.*



El pintor llega a una subjetividad plena, donde tiene su referencia perceptiva, se emancipa de vínculos externos y una vez instalado en ese estado, trata de configurarla con serenidad, con un misticismo de espiritualidad pictórica, un lenguaje de sosiego filosófico en tanto no hay ruptura ni conflicto. Se nos muestra la expresividad de un estado anímico que no encierra ningún atisbo expresionista.

El sosiego radica en las masas curvas, en la trayectoria de las líneas, en la selección de los colores. Deduzco que el pintor está en un momento de satisfacción personal y de dulzura consigo mismo, aunque no es cuestión de aplicar valoraciones psicologistas para no convertir la obra en el diván del creador.

Sin embargo, cuando una muestra como esta es capaz de transmitir esas sensaciones desde la combinatoria formal de los colores primarios, no cabe la menor duda de que el creador pretende con ello trasladar al ojo del observador y a su comprensión un fragmento de su mundo espiritual, asentado en una reflexión en la que prevalece la serena contemplación introspectiva de un paisaje inefable.

*(mayo, 1997)*



## **Saro Medina: Paisajes primarios**

**C**onfluyen en la pintura de Saro Medina dos aspectos previos a la iniciación del formalismo pictórico que se ofrece en esta primera muestra individual que se exhibe en el Club Prensa Canaria.

Un primer aspecto es la trayectoria sólida de su formación en la que se confirma la complicidad con sus maestros, Alvarado Janina, Teo Mesa y, expresamente, Juan Betancort. La labor de la Escuela Luján Pérez y sus maestros es impagable por darle continuidad y aliento a los jóvenes pintores.

Un segundo aspecto es la sensibilidad por el entorno, que queda reflejada en el amplio anecdotario del paisaje cumbreño y de temas etnográficos vinculados al mundo vivencial de su Artenara. La cumbre isleña en su conjunto ofrece suficiente sustancia de contenido para expresarla formalmente bien a través de la palabra poética o de la pintura.

Saro Medina ha centrado su sensibilidad a través de la capacidad de la paleta, transformando en pintura la narración personal de un sentimiento. Esa narración pictórica refleja los paisajes del barranco, la naturaleza abierta de las laderas, los





pinos enhiestos, las puertas de tea de la arquitectura rural, los bodegones que reflejan un mundo etnográfico de claras referencias campesinas y de su entorno. Y todo ello con un colorido variado, donde alternan el verde y los amarillos. En contraste, la luminosidad de las casas de Bañaderos es un gran ejercicio de estilo, que nos muestra la riqueza expresiva de esta mujer que cala con su pintura en un público que se inicia en la contemplación de pintura creativa.

Se encuentra Saro en el umbral de una aventura llena de posibilidades. Ella sabe -porque ya lo practica en algunas de las obras que cuelga- que la formalización del cuadro y la corporeidad de los elementos han de estar en diálogo dentro del lienzo. También la creación de una atmósfera que aglutine esos aspectos formales y le den el definitivo estilo personal a su obra.

*(febrero, 1998)*



## **Teo Mesa: Creador de anaformas**

Cualquiera de las múltiples atalayas metodológicas (técnica, estilo, escuela, época...) desde las que se puede divisar la obra de un artista resultaría válida para descifrar la hermenéutica de la creación. Sin embargo, cuando nos acercamos a Teo Mesa para conocer su obra actual no lo hacemos con el propósito de levantar acta o trazar un inventario del material elaborado, sino con la intención de excavar en el proceso de creación, en la lucha que en todo caso implica el supremo acto creativo. En definitiva, pretendemos realizar una exploración en el origen de su lenguaje, en el diálogo que genera el propio artista en su interior, antes y durante el proceso de creación, hasta que la obra pasa - tras un dilatado estado de gravidez -, al mundo del receptor- espectador.

Las preguntas que en todo tiempo se hacen los intérpretes del objeto artístico giran en torno al cuándo y dónde empieza la obra de arte o qué rastros o huellas del autor quedan prendidos en la misma. Son cuestiones abiertas en tanto forman parte de la lectura interpretativa. Pero lo que realmente parece indudable es que toda interpretación pasa necesariamente por un discurso, por una elaboración de pensamiento a partir de la palabra.



**Teo Mesa, pintor y escultor.**





En la obra *«De lo espiritual en el arte»* (1910), Kandinsky dice que «la verdadera obra nace misteriosamente del artista por vía mística y que un cuadro es bueno no porque esté científicamente dividido en frío y calor, sino porque tiene una vida interior total». Podemos deducir, por tanto, que esa vida interior radica en la relación entre las formas que lo constituyen.

En Teo Mesa encontramos al creador que habla de su oficio, que somete lo que hace a la elaboración de un discurso inmediato, incluso con la existencia de un doble discurso: el discurso de la plástica y el del pensamiento, el discurso reflexivo de lo que hace y el discurso sobre lo realizado. Es artista y es filósofo del arte, que usa un metalenguaje para interpretar la creación propia, y entre ambos traza constantes puentes con el fin de lograr una visión global y unitaria, no ingenua, de su manera de existir en el mundo.

Crear produce placer y dolor, es una vivencia de amor. Es un símil de la vida. La creación es vida y genera vida en tanto que es una biología activa, y por ello, la creación provoca longevidad, prolongación en el tiempo. Alguna vez, casi por deformación profesional, nos hemos preguntado si el artista plástico, al igual que el creador literario - que con la palabra inventa escenarios que cobijan el drama existencial de los personajes- también libra una particular lucha con el tiempo. Es un tema pendiente.

Sin embargo, lo que sí parece una constante es que el artista nace con un signo estético que permanece en su interior a lo largo de la vida y que es lo que permite que en su imaginario habiten connotaciones invariables, que son acaso el origen de un estilo propio. En este sentido, y desde una visión diacrónica, hay que considerar que la obra de Teo Mesa tiene su origen en el paisaje y el retrato. En un primer momento su



obra se amamanta y se impregna de colores y perspectivas del paisaje y del equilibrio de la naturaleza, al igual que el retrato de sus comienzos le permite extraer el alma que oculta el ser humano. Luego su narración plástica avanza por otros caminos...

Hablando, pues, de orígenes, el mismo Kandinsky dice que la belleza está en el interior:

«Bello es lo que brota de la necesidad anímica interior. Bello es lo que es interiormente bello».

Tal vez habría que convenir que al igual que en la suprema Creación en el principio fue el Verbo, la Palabra, la tarea del artista radica en lo bello. Para el artista en el principio está lo bello y por esa razón el conjunto de componentes internos del cuadro, el equilibrio, los colores, la composición es lo que genera belleza y emoción. Cabrían aquí, pues, las palabras que Óscar Wilde recoge en *Intenciones*, libro de teoría literaria, extrapolable a la expresión artística en general:

«El Arte encuentra su propia perfección dentro, y no fuera, de sí mismo. No debe ser juzgado con arreglo a ningún patrón externo de semejanza. Es un velo más bien que un espejo».

La obra gusta porque actualiza un ideal del receptor. Tal vez exista un principio platónico que pone a flote las concomitancias que comparten artista-creador y el propio receptor. En el acercamiento a la obra, el cuadro o la escultura constituyen un hallazgo del receptor consigo mismo y ello justifica que el arte sea una expresión que encierra un modo de conocimiento. La realidad interpretativa, pues, está en el interior del hombre. Sin embargo, la creación de una obra artística es una búsqueda incesante, persistente, que produce dolor por



no encontrar lo que se quiere, de tal manera que en el proceso creativo con frecuencia surge la accidentalidad en tanto en cuanto los resultados obtenidos no están siempre previstos en la mente del creador. Por ello Teo Mesa afirma que «la búsqueda continuada posibilita el camino a expresiones inéditas».

El ideal de lo bello que anida en la mente de todo creador encuentra variantes de expresión mediante formas diversas. Y es que la forma delimita el espacio en el amplio espectro que va desde el punto como mínima expresión artística hasta el volumen, el espacio vacío o la atmósfera que genera una escultura.

Teo Mesa expresa el contenido de su ideal mediante formas nuevas, las anaformas, que son formas no convencionales pero que, en todo caso, delimitan un espacio. La configuración de este universo artístico, presente en su pintura desde los mismos orígenes hasta la actualidad, garantiza que Teo Mesa no viva en el mundo del caos, sino dentro de las connotaciones que le permite la propia obra como tabla de salvación existencial: el equilibrio, el ritmo, el movimiento, el color o la composición, y que parecen elementos ocultos en su obra pero que son los que realmente producen las concomitancias con el receptor.

Ciñéndonos a aspectos concretos, en la obra pictórica que presenta Teo Mesa se manifiesta la línea como una constante: la línea provoca ruptura de planos pero también delimita zonas pictóricas y en ocasiones rompe en dos o tres el espacio del lienzo; la línea está presente connotando horizonte, acaso como referente arqueológico del paisaje que en él habitó. Y es que la línea horizontal denota sosiego, tranquilidad, equilibrio. Teo Mesa busca el equilibrio a través de una línea imaginaria y de la estructuración de colores. En cambio en la escultura, donde se hace presente la línea curva, hay un sosiego dentro del dinamismo. La curva lleva al dinamismo de la danza y el movi-



miento, y cuando la línea es realizada en fragua se vuelve investigación para explorar posibilidades que el artista descubre con sorpresa. Incluso, el rescate etnográfico de unos rolines de pesca, queda elevado a categoría de picto - escultura a la vez que se crea una nueva realidad. Anaformas escultóricas, definidas en paradoja de forma artística. Una vez más, el arte inaugurando caminos de conocimiento...

La consecución de la forma a veces se encuentra mediatizada por la técnica, ya que la técnica por sí misma abre el camino del descubrimiento. En los cuadros quedan marcas de espontáneas gestualidades que denotan una cierta visceralidad y pulsiones existenciales. El cuadro en general logra poseer elementos que el artista controla, pero también suele estar cargado de aspectos emocionales de la mente. La emoción cuando parte del propio artista denota un momento del vivir, un estado de ánimo. Por ello, en la obra plástica de Teo Mesa se vislumbra un expresionismo abstracto no inconsciente, sino realizado desde la reflexión y modulado a partir de una rigurosa elaboración intelectual.

En una época de convulsiones estéticas en que la creación artística está siendo condicionada por la globalización de las comunicaciones, además de ser productos del espectáculo, con predominio del montaje, el volumen y las instalaciones, la presencia entre nosotros de la obra de Teo Mesa, que mantiene una dialéctica constante con la inmanencia, las concomitancias y la trascendencia de su creación innovadora, le va forjando en nuestro ámbito isleño la pátina de un artista clásico.

*(septiembre, 2000)*

## Índice onomástico

	<i>Páginas</i>
Abreu Hernández, José Manuel (estudiante/cantautor) -----	240
Álamo, Néstor (cronista) -----	14, 16, 32, 33, 34, 249
Alberti, Rafael -----	183, 264, 265, 266
Almagro, Martín (prehistoriador) -----	182
Alonso Quesada (escritor) -----	173, 238
Alonso Quintana, Corina (artesana) -----	139, 191
Alonso, María Rosa (escritora) -----	296, 297
Alonso, Teresa (artesana) -----	139
Alvarado Janina (pintor) -----	353
Álvarez Hernández, Ana Gracia (pintora) -----	336, 337, 338, 344, 345
Aranda Aguiar, Santiago (abogado/cazador) -----	72
Arbelo, Pedro (párroco) -----	48
Arencibia Gil, José (pintor) -----	22, 60, 233, 234, 235
Armas Ayala, Alfonso (profesor) -----	215, 216, 217, 265
Arroyo Cardoso, Tomás (poeta) -----	289
Artenteifac (indígena, s.XV) -----	84
Bachelard, Gaston (filósofo) -----	276
Báez González, Domingo (párroco) -----	48, 171, 193
Baricco, Alessandro (escritor) -----	257
Barthes, Roland (lingüista) -----	236
Belli, Gioconda (poeta) -----	292
Benítez Padilla, Simón (investigador) -----	245
Bergamín, José (escritor) -----	266
Berthelot, Sabino (naturalista) -----	260
Bertrana Masramón, Pedro (párroco) -----	48
Bertrana Masramón, Segismundo (comerciante) -----	51, 68



Bertrana Perera, Corina	69
Bertrana Perera, María	26
Bertrana Perera, Segismundo (abogado/cazador)	43
Betancor González, Juan (pintor)	338, 339
Bethencourt Massieu, Antonio (historiador)	14, 88, 89, 90
Böcklin, Arnold (pintor)	258
Borges, Jorge Luis (escritor)	15, 17, 18
Caballero Casasa (restauradora arte)	250, 251
Caballero Mujica, Francisco (beneficiado, historiador)	93
Cabrera Cruz, Juan (numismática)	211
Cabrera Infante, Guillermo (escritor)	209
Cabrera, Melo (comerciante)	101
Cabrera, Montserrat (periodista)	93
Calatayud, Emma (traductora)	63
Calzada Fiol, Alfonso (abogado)	169, 170
Cambreng Mesa, Diego (abogado)	71, 72
Camus, Albert (escritor)	63
Cárdenes Guerra, María (restauradora arte)	250
Cárdenes Perera, Francisco J. (periodista)	20
Cárdenes Rodríguez, Juan (agricultor)	130, 131
Cárdenes, Pedro (arriero)	129
Cardoso León, Teodoro (técnico administración)	212, 214
Carmina, de Miró Mainou	144
Carrillo, Juana (partera)	69
Castillo, Carmen del (restauradora arte)	250
Castro y Álvarez, Ginés de (alcalde real)	270
Cerezo Galán, Pedro (catedrático)	289
Cernuda, Luis (poeta)	272
Cervantes, Miguel de	25, 177
China, Manuel (poeta)	288
Chirino, Luis (técnico obras públicas)	45
Collins, Wilkie (novelista)	15
Cruz Ojeda, Diego (propietario)	69
Cruz Ruiz, Juan (escritor)	121, 273
Cruz, José (pescador)	101
Cubas Rodríguez, Cirila	42
Cubas, Justo (alfarero)	138, 139
Dávila, Antolín (novelista)	67, 127



Déniz, Paco Juan (pintor) -----	127
Díaz Bertrana, Ervigio (abogado, cazador) -----	72
Díaz Bertrana, Federico (abogado, cazador) -----	45, 245, 246, 247, 249
Díaz Bertrana, Ricardo (abogado) -----	171
Díaz Cruz, Manuel (ingeniero montes) -----	195, 319
Díaz Cutillas, Nanino (folclorista) -----	104
Díaz del Río, Bartolomé (alcalde real s.XVII) -----	75
Díaz García, José (juez de paz) -----	171
Díaz Gil, José «Pepe el de Anselmo» (pastor) -----	94
Díaz González, Ismael (artesano) -----	139
Díaz González, Matías (herrero) -----	139
Díaz Hernández, José (abogado) -----	26
Díaz Hernández, Juan (médico) -----	193
Díaz Lorenzo, Juan Carlos (cronista) -----	57
Díaz Luján, Keko (regatista/cazador) -----	223, 224, 225
Díaz Quintana, Manuel (secretario ayuntamiento) -----	26, 31
Díaz Rodríguez, Juan (médico analista) -----	212, 213, 214
Díaz Sánchez, Miguel (párroco) -----	48
Díaz, José (guarda forestal) -----	194, 195
Díaz Almeida, Román (pastor) -----	41, 42
Diouf, Jacques (departamento ONU) -----	317
Domínguez Jaén, Sergio (poeta) -----	261, 262, 263
Domínguez, Oscar (pintor) -----	297
Doreste, Domingo «Fraylesco» (periodista) -----	247
Espinosa, Agustín (escritor) -----	121, 167, 206, 219
Fábregas, Salvador (arquitecto) -----	196
Falcón Sanabria, Juan José (compositor) -----	136, 294
Fernández Gómez, Margarita (pintora) -----	347, 348
Ferrera, Dacio (folclorista) -----	104
Franquelo, Rafael (escritor) -----	127
Fumagallo, Felipe (archivero) -----	211
Gabriel y Galán (poeta) -----	96
García Abril, Antón (compositor) -----	295
García de Vegueta, Luis (cronista) -----	58
García Lorca, Federico (poeta) -----	183
García Márquez, Gabriel (novelista) -----	209, 273, 276
García Montero, Luis (poeta) -----	204
García Rodríguez, Juana (alcaldesa) -----	69



García Suárez, Juan «El Corredera»	169
García, Antonio (pastor)	94
Gil Suárez, Carmelo (médico)	101
Gil, Francisco «Panchito el Largo» (pastor)	94
Gil, Juan José (pintor)	127, 144, 350, 351
Gómez Pablos, Milagrosa (restauradora arte)	251
Gómez Santos, Rafael (profesor)	127
González Aguiar, Isabel (lexicógrafa)	298
González Barrera, Manuel (poeta)	191
González Cuesta, Pablo (escritor)	91
González Déniz, Emilio (escritor)	127
González Gorrín, Lucio (rector seminario)	211
González Muñoz, Manuel (escultor)	104, 199, 201, 332, 333, 334
González Padilla, Carlos	49
González Padrón, Antonio (cronista)	57, 58, 60
González Pérez, Adán (párroco)	48
González Sosa, Pedro (cronista)	57, 58
González, Jerónimo (s.XVI)	74, 165
González, Pedro (párroco)	36
Goytisoló, José Agustín (poeta)	240, 241
Granados, Juan (carpintero)	48
Grau Bassas, Víctor (conservador museo)	71, 72
Guanarteme, Fernando de	180
Guerra Bertrana, Francisco (comerciante)	68
Guillén, José (artesano)	139
Guillén, Juan Francisco (obispo, s.XVIII)	46, 75
Henríquez Romero, Isabel	43
Hernández Cabrera, Clara E. (profesora universitaria)	211
Hernández Guerra, Rafael (párroco)	48
Hernández Jiménez, Vicente (cronista)	42, 57, 58, 63, 64, 65
Hernández Martín, Orlando (escritor)	58, 134, 135, 136
Hernández Monzón, Juan (alcalde)	36
Hernández Pérez, Victoria (cronista)	57
Herrera Martín, Antonio R. (músico)	159, 161
Hidalgo Almeida, José (ingeniero montes)	195
Hierro, José (poeta)	258
Hitchcock, Alfred (cineasta)	259
Iglesias Pérez, Manuel (profesor)	211





Jackobson, Roman (lingüista)	263
Jesús Vélez, Pablo (cronista)	57, 58
Jiménez Martell, Germán (historiador)	233
Jiménez, Juan (poeta)	187
Jovellanos, Gaspar Melchor de	141
Juan Ismael (pintor)	219
Juan Mercedes (molinero)	99
Kandinsky, Vassily (pintor)	358, 359
Kraus Trujillo, Alfredo (tenor)	14, 161, 254, 255, 256
León Barreto, Luis (escritor)	14, 242, 243, 244
León y Castillo (político)	58
León, Federico (médico)	128
León, Ponciano de (profesor)	211
León, Saro (galerista)	199
Leopardi (poeta)	215
Lezcano Montalvo, Pedro (poeta)	96, 184, 187
López García, Juan S. (profesor universitario)	73, 323
Lorenzo Rijo, Juan Luis (oficial notaría/cazador)	72
Lugo Medina, Carmela (alfarera)	139
Luján Cabrera, Severiano (alcalde)	304
Luján Henríquez, Manuel (abogado/cazador)	72
Luján Sánchez, José	38
Luján Sánchez, Manuel (alcalde)	43, 225, 275
Luján, Daymí (médico)	37, 39
Machado, Manuel (escritor)	183
Marante Díaz, Julio (cronista)	57
Marín y Cubas (historiador)	60
Marrero, Judith (pintora)	127
Marrero, Marcelino (propietario)	155
Martí, José (poeta)	209
Martín Chirino (escultor)	14, 115, 116, 117, 144
Martín de Artevirgo, Juan (alcalde real, s.XV)	84
Martín de Guzmán, Celso (historiador)	180, 181, 182, 190
Martín Moreno (cronista)	57, 58
Martínez, Margot (pintora)	347
Mary Sánchez (folclore)	161
Medina Medina, Saro (pintora)	353, 354, 355
Melián García, Juan Andrés (abogado)	304



Melián Medina, Pilar	38
Mendoza Vega, Manuel (alcalde)	79, 304
Mendoza, José (pastor)	94
Mérida, María (folclore)	159, 161
Mesa, Teo (pintor)	356, 357, 358, 360, 361
Millares Sall, Agustín (poeta)	184, 187
Millares, Yuri (periodista)	96
Miró Mainou, Baudilio (pintor)	14, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 281, 282
Mitterrand, François (político)	66
Moisés, Julio (restaurador arte)	250
Monagas, Rafael (escultor)	127
Mondrian, Piet (pintor)	338
Monterroso, Augusto (escritor)	199
Montesdeoca, Bartolomé (fraile, s. XVIII)	75
Monzón, Felo «jr» (pintor, profesor)	114
Moore, Henry (escultor)	104
Morales Padrón, Francisco (profesor universitario)	273
Morales, José (fraile)	74
Morales, Tomás (poeta)	294
Moreno, Arístides (cantautor)	185, 186, 187
Muñoz Molina, Antonio (novelista)	287
Naranjo, Francis (artista)	341, 342
Navarro Quintana «familia»	42
Neruda, Pablo (escritor)	54, 237
Nogales Hernández, Juan (ingeniero montes)	125, 195
Oramas, Jorge (pintor)	45
Ortega Domínguez, Gloria	43
Ortega Ojeda, Gonzalo (profesor universitario)	18, 228, 229, 230, 298
Padilla, Jerónima	49
Padorno Navarro, Manuel (poeta)	14, 202, 203, 204, 294
Padrón, Antonio (pintor)	338
Páez Martín, Jesús (profesor universitario)	268
Pastrana, Andrés (político)	209
Pellicer, Manuel (prehistoriador)	182
Perdomo Cerpa, Manuel (cronista)	57, 157, 158
Pereda, José María (escritor)	96
Perera Almeida, Felisa	166



Perera Perera, Matías ( <i>guarda forestal</i> )	193
Perera, Adelaida	131
Pérez de Oliveira, Manuela ( <i>pintora</i> )	187
Pérez Galdós, Benito ( <i>novelista</i> )	215
Peri Rossi, Cristina ( <i>novelista</i> )	271
Pernas, José Luis ( <i>poeta</i> )	187
Pozuelo Herrero, José ( <i>obispo</i> )	46
Proust, Marcel ( <i>escritor</i> )	273
Puente, Antonio ( <i>escritor</i> )	167
Quevedo, Francisco de ( <i>escritor</i> )	88, 254
Quintana García, Ignacio ( <i>maestro nacional</i> )	99
Quintana Henríquez, Emiliano ( <i>secretario</i> )	51
Quintana Sánchez, José Cástor ( <i>párroco, poeta</i> )	48, 97
Quintana, Fortunato ( <i>molinero</i> )	99
Quintana Domínguez, Rosa María ( <i>directora museo</i> )	42
Rachmaninov, Sergei ( <i>compositor</i> )	258
Ramírez Oliva, Ezequiel ( <i>profesor</i> )	304
Ramos Hernández, Wifredo ( <i>cronista</i> )	57
Reyes Cazorla, José ( <i>guarda forestal</i> )	195
Riol, Máximo ( <i>escultor</i> )	157, 220, 221, 222
Rivero, Francisco ( <i>diseñador prensa</i> )	20
Rivero Rivero, Manuel ( <i>párroco</i> )	48
Rivero Guerra, Vicente ( <i>agricultor</i> )	70
Rodríguez, Fructuosa	129
Rodríguez Díaz de Quintana, Miguel ( <i>historiador</i> )	77
Rodríguez Padrón, Jorge ( <i>profesor</i> )	261
Rodríguez Palenzuela	156
Rodríguez Suárez, Pedro J. ( <i>cronista</i> )	57, 128
Rodríguez Vega, Antonio ( <i>agricultor</i> )	165, 166
Rodríguez Vega, José ( <i>párroco</i> )	99
Romero González, Abraham ( <i>comerciante</i> )	28
Romero González, Cristina	131
Romero González, José ( <i>guarda forestal</i> )	195
Romero Martín, José ( <i>comerciante</i> )	26, 27
Romero Ruiz, Carmen ( <i>investigadora</i> )	269
Romero, Matías ( <i>comerciante</i> )	49
Ruiz, Manuel ( <i>pintor</i> )	144
Saavedra Acevedo, Jerónimo ( <i>político, profesor universitario</i> )	73, 144



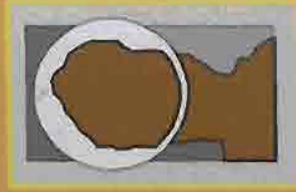
Sáenz Tejera, Mari Paz (inspectora educación) -----	133
Salgado Medina, Ana (artista) -----	329, 330, 331
Salvador Caja, Gregorio (profesor universitario, académico) -----	210, 211
Sánchez Araña, Vicente (cronista) -----	58
Sánchez Brito, Luis (cronista) -----	57
Sánchez Grimón, Nicolás (cronista) -----	57
Sánchez Ojeda, Francisco (archivero) -----	228
Sánchez Pérez, Juan (comerciante) -----	42
Sánchez Rodríguez, Domingo (cazador) -----	72
Sánchez Rodríguez, Julio (vicario, investigador) -----	42, 65
Sánchez, Lidia (etnógrafa) -----	53
Sánchez, Octavio (estudiante) -----	169, 171
Santana Cabrera, Manuela (alfarera) -----	139
Santana Díaz «familia» -----	49
Santana Díaz, Santiago (pintor) -----	43, 44, 45
Santana García, Juan (carpintero) -----	48
Santana, Lázaro (escritor) -----	172, 173
Santana Quintana, Ángel (concejal/marchante) -----	304
Saramago, José (novelista) -----	14, 175, 176, 177, 226, 227, 292
Serra Ráfols, Elías (prehistoriador) -----	182
Socorro Pérez, Manuel (profesor) -----	127
Sosa, Chano (poeta, cronista) -----	110, 111, 112
Steiner, George (filósofo) -----	244
Suárez Betancor, José (economista) -----	101
Suárez García, Serafina (cronista) -----	57
Suárez Martell, Jacinto (cronista) -----	58
Suárez Moreno, Francisco (cronista) -----	30, 31, 154, 155
Suárez, José Pedro (etnógrafo) -----	53
Talavera Alemán, Diego (periodista) -----	20
Tarajano Pérez, Francisco (poeta, cronista) -----	183, 184
Torón, Saulo (poeta) -----	192, 279
Torre, Claudio de la (escritor) -----	266
Trapero, Maximiano (profesor universitario) -----	55
Trapiello, Andrés (escritor) -----	215
Tusón, Vicente (profesor) -----	63
Umpiérrez «familia» -----	260
Unamuno, Miguel de (escritor) -----	65, 190, 208, 289, 290
Valbuena Prat, Ángel (profesor universitario) -----	238
Valentina «la de Sabinosa» (folclorista) -----	104



Valle, Teresa (restauradora arte) -----	250
Vargas Llosa, Mario (novelista) -----	25
Vega Guerra, Matías (político/abogado) -----	49
Vega Rivero, Pedro (cronista) -----	58
Vega Sánchez, Juan (secretario ayuntamiento s.XIX) -----	48, 49
Ventura, Tomás (canónigo doctoral/poeta) -----	97, 127
Vera, Cristino de (pintor) -----	179
Vermeer, Johannes (pintor) -----	21
Viana, Antonio (escritor) -----	54
Vicent, Manuel (escritor) -----	273
Vieira, Manolo (humorista) -----	185
Viera y Clavijo, José (historiador) -----	54
Villa-Lobos, Heitor (compositor) -----	256
Villar Cuadra, Manuel (abogado/cazador) -----	72
Wilde, Oscar (escritor) -----	359
<i>Yourcenar, Marguerite (novelista)</i> -----	63
Zamora Sánchez, Juan (cronista) -----	91, 92, 93

Este libro se terminó de imprimir  
en la Isla de Gran Canaria,  
el lunes, día 18 de agosto de 2003,  
festividad de Santa Elena,  
en los talleres de Tegrarte,  
sobre papel registro ahuesado, de 100 grs.  
Cosido con hilo vegetal  
y encuadernado en rústica.





Pablo Rivero / OJEDA

Este libro es resultado de la reunión de una serie de artículos que José A. Luján, cronista de Artenara, ha venido escribiendo en los últimos años para dar curso a sus desazones. Por ellos ha desfilado la efervescencia de los más variados temas, humanísticos siempre: la literatura, la pintura, el ecologismo, la historia, la música, la lingüística. Porque lo que en verdad traza su autor a lo largo y ancho del texto es un itinerario por la médula física, artística e intelectual de la Isla. Sin embargo, no es posible hablar del libro sin referirnos al estilo depurado con un no menos sobresaliente tono de prosa poética, sin caer en vacuidades de artificio, que en forma sostenida transpira la escritura de Luján. Y ello es lo que propicia la lectura deliciosa de las páginas, en las que el "paseante de la Isla" nos infunde sensaciones de fruición como las que le procuran al lector sensible los libros de viajes.

*Gonzalo Ortega Ojeda,  
Catedrático de Lengua Española,  
Universidad de La Laguna.*



**CAJA RURAL  
DE CANARIAS**

[www.ruralcanarias.com](http://www.ruralcanarias.com)